



Dicen que la verdad es hermosa...
mienten.

Beautiful Lies

emery rose

 for
Paradise
BOOKS

¡Ayuda al autor adquiriendo sus libros!

Este documento fue realizado sin fines de lucro, tampoco tiene la intención de afectar al escritor. Ningún elemento parte del staff del foro Paradise Books recibe a cambio alguna retribución monetaria por su participación en cada una de nuestras obras. Todo proyecto realizado por el foro Paradise Books tiene como fin complacer al lector de habla hispana y dar a conocer al escritor en nuestra comunidad.

Si tienes la posibilidad de comprar libros en tu librería más cercana, hazlo como muestra de tu apoyo.

¡Disfruta de la lectura!



Moderación y Traducción

Team Jade

Traducción

Corazon_de_tinta

Ezven

Kalired

Laura A

Luisa1983

RRZOE

Tessa

Veritoj.vacio

Walezuca Segundo

Yira Patri

Corrección y Lectura Final

Bella'

Diseño

Tolola

Contenido

Staff	16
Contenido	17
Sinopsis	18
Prólogo	19
1	20
2	21
3	22
4	23
5	24
6	25
7	26
8	27
9	28
10	29
11	30
12	Epilogo
13	Siguiente Libro
14	Sobre la autora
15	

Sinopsis

Un artista talentoso. Drogadicto. Un hermoso mentiroso con alma de poeta.

Connor Vincent.

Una vez, mi tonto corazón creyó que mi amor sería suficientemente fuerte para arreglarlo.

Qué equivocada estaba.

Nos elevamos a las mayores alturas y nos estrellamos juntos en las profundidades.

Empezar de nuevo no era posible.

Sin embargo, aquí estaba, con el corazón en la mano, pidiendo otra oportunidad.

Solo una tonta estaría de acuerdo.

Pero cuando se trata de Connor, siempre he sido una tonta.

Mi musa. Mi pájaro azul de la felicidad. La astuta ladrona que me robó el corazón.

Ava Christensen había sido lo mejor de mi vida, pero nos arruiné.

Una oportunidad más para hacerlo bien.

Le mostraría que he cambiado. Ya no estoy empeñado en la autodestrucción. No seré descuidado con ella. No otra vez.

Esta vez todo será diferente.

Pero una vez más mi pasado me alcanza, y tendré que demostrar que soy más fuerte que mi adicción. Más fuerte que mis secretos y mentiras. Lo suficientemente fuerte para ser el hombre que ella merece.

No más secretos. No más mentiras.

Dicen que la verdad es belleza... están mintiendo.

Prólogo

Envolví la manta alrededor de mis hombros y subí la escalera hasta la litera superior.

—Mira como vuelo, Kill. Soy el Capitán Valiente.

Killian resopló mientras se ponía el pijama.

—Eres el Capitán Estúpido.

—¿Es un pájaro? ¿Es un avión? —dije—. No. Es Connor el niño maravilla. —Salté de la litera y durante aproximadamente un segundo, realmente sentí que podía volar. Entonces el suelo se apresuró a recibirme y aterricé con un ruido sordo. Todo el aire salió de mis pulmones. Me puse de lado y me hice un ovillo—. No puedo respirar —jadeé.

—Eres un idiota —dijo Killian, riéndose a carcajadas.

—Son palabras de pelea —le dije, lanzándome. Él se apartó del camino y yo choqué contra el tocador, haciéndolo reír aún más fuerte. Por alguna razón, me reí. Nos reíamos tanto que las lágrimas brotaron de mis ojos. Dejamos de reír cuando escuchamos los fuertes pasos en el pasillo.

—Métete en el armario —dijo Killian.

—No. —Crucé los brazos y amplié mi postura, como había visto hacer a Killian.

Me agarró por los hombros y me empujó al armario.

—Quédate ahí y no salgas hasta que lo diga —advirtió antes de cerrar la puerta, dejándome en la oscuridad, en un espacio donde no podía respirar de verdad. Se me revolvió el estómago al oír que se abría la puerta del dormitorio.

—Se supone que debes estar en la cama. ¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Seamus, arrastrando las palabras. Había estado bebiendo Jack Daniels esta noche. Tal vez simplemente se iría y eso sería el final. Crucé las manos en oración y oré en silencio, moviendo mis labios pero ningún sonido salió de mi boca—. ¿Dónde está tu hermano?

—Dormido.

No se molestaría en comprobarlo. Nunca lo hizo. A nuestro padre yo no le importaba una mierda. Lo había dicho más veces de las que podía

contar. Me llamó una lamentable excusa de hijo y todo tipo de otras cosas, ninguna de ellas buena.

—Me voy a la cama ahora —dijo Killian—. Vuelve a tu televisor y whisky.

Killian. Mantén la boca cerrada.

—¿Crees que puedes decirme qué hacer, muchacho?

Escuché el crujido de los huesos seguido de un gruñido de Killian. Cubrí mis oídos con mis manos, tratando de bloquear el sonido de los golpes de Seamus. Los gruñidos de Killian. Él no lloraría. No gritaría. No correría. Simplemente se quedaría ahí y lo tomaría hasta que Seamus terminara de tratarlo como un saco de boxeo humano.

Lo siento, Killian. Lo siento. Lo siento. Lo siento.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer? —preguntó Killian, y luego se echó a reír. Como un idiota. ¿Por qué tenía que molestar al oso?

Escuché el puño de Seamus golpear el cuerpo de Killian y el sonido de Killian cayendo al suelo. El piso debajo vibró por el impacto.

—Vas a mudarte a tu habitación este fin de semana. Eres demasiado viejo para compartir una habitación. ¿Me oyes, muchacho?

Killian no respondió.

Probablemente no pudo. Quería salir del armario y volar hacia Seamus, golpearlo con los puños. Hacerlo sangrar. Hacerlo sentir dolor. Pero mis pequeños puños rebotarían y no le harían ningún daño. No sentiría nada.

Algún día, tomaría los golpes por Killian. Sería su superhéroe.

Y algún día, me aseguraría de que Seamus pagara por todo lo que nos hizo.

Escuché la puerta cerrarse detrás de Seamus y conté hasta diez antes de abrir la puerta del armario. Killian doblado, con un brazo envuelto alrededor de sus costillas. Me agaché y puse mi mano en su espalda.

Killian levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los míos por una fracción de segundo, el tiempo suficiente para que pudiera ver su labio roto y el moretón que ya se formaba debajo de su ojo derecho. Se pasó la lengua por el labio, atrapando la sangre antes de que goteara sobre la alfombra verde musgo.

—Deberías haberle dicho que fue mi culpa —le dije.

—No hace ninguna diferencia.

Killian tenía razón. No importaba si éramos buenos o malos. En noches como esta, el resultado final siempre era el mismo.

—Ya vuelvo.

—Espera un poco más —dijo, haciendo una mueca al ponerse de pie, cojeando un poco. Agarré su brazo para estabilizarlo y lo ayudé a llegar a la litera de abajo.

Luego me acerqué de puntillas a la puerta de nuestra habitación, puse la oreja contra ella y escuché. En el piso de abajo, podía escuchar la televisión, la voz de un locutor que hablaba de las cosas malas que pasaban en el mundo. Abrí la puerta y revisé el pasillo. Estaba a salvo. *Seguro*. Casi me reí en voz alta ante ese pensamiento. Pero no lo haría.

Sabía cómo ser silencioso, tan silencioso, mientras me arrastraba por el pasillo, evitando las chirriantes tablas del piso que podrían delatarme. Habían pasado meses desde que Seamus había hecho esto, pero la rutina era la misma.

Puse una toallita debajo del agua, recogí mis suministros del armario del baño y regresé a la habitación, cerrando la puerta detrás.

Limpié la cara de Killian lo mejor que pude mientras él yacía en la litera inferior con los ojos cerrados.

—¿Puedes sentarte? —le pregunté.

—Solo déjalo.

—La cinta lo mejora. Lo dijiste la última vez.

Suspiró y se sentó, con la mandíbula apretada para luchar contra el dolor y evitar llorar. Lo ayudé a quitarse el pijama y luego envolví sus costillas con la venda. Firme pero gentil, así no lo lastimaría más de lo que ya estaba. Traté de curar todas las heridas. Contener su cuerpo roto. Como siempre, Killian ni siquiera se inmutó.

Cuando terminé, se acostó en la litera y devolví los suministros al baño, enjuagando la sangre de la toalla antes de tirarla en el cesto. A veces pensaba que debía colgar la toallita ensangrentada en la habitación de Seamus para que pudiera verla a primera hora de la mañana cuando se despertara, ya no borracho. Pero eso sería como agitar una bandera roja frente a un toro.

Me subí a la litera superior y miré las estrellas que había pegado en el techo hace unos meses que brillaban en la oscuridad. La señora García, nuestra niñera, me las regaló para mi séptimo cumpleaños. Se las había señalado en una tienda una vez y ella lo recordaba. Cuando las pegué por primera vez en el techo, me decepcionó que ni siquiera pudieras verlas. Resultó que las estrellas necesitaban oscuridad para brillar.

—Tenemos que decirle a alguien —le dije.

—¿A quién le vas a decir?

Había repasado por esto en mi cabeza un millón de veces. Mis pensamientos me mantenían despierto por la noche. Tenía demasiados de ellos corriendo por mi cabeza. A veces no podía frenarlos.

—La señora García —le dije.

Siempre fue amable con nosotros, pero no hablaba muy bien inglés y dudaba que entendiera la mitad de las cosas que le dije. Había sabido derramar mi corazón hacia esa mujer y siempre le contaba historias, pero todo lo que hizo fue sonreír y asentir. Sin embargo, le encantaron todas las imágenes que dibujé para ella y siempre las llamó *más bonita*, lo que sonaba como algo bueno. Nos dio abrazos y a veces deseaba poder quedarme envuelto en esos abrazos para siempre. Killian siempre se liberaba y decía que era demasiado viejo para abrazos, pero yo no.

—Tal vez necesite aprender español, para que ella entienda lo que digo. O podría hacerle un dibujo, tal vez. O qué tal si le decimos al padre Mc...

—No le vamos a decir a nadie —dijo Killian.

—Pero tal vez nos puedan ayudar. Sacarnos de aquí.

—Nadie nos creará.

—Podrían. Al menos podemos intentarlo.

—Digamos que alguien lo creyó, ¿sabes lo que nos pasaría?

Killian era solo tres años y medio mayor, pero a veces actuaba como si fuera un adulto y yo era el niño estúpido.

—¿Qué?

—Servicios Sociales.

—Está bien. Voy a hacer todo lo posible por ayudar —le dije, aunque no estaba muy seguro de qué era servicios sociales. Pero la palabra *servicios* me dio esperanza—. Tiene que ser mejor que esto.

—No lo es —dijo Killian como si supiera exactamente cómo era servicios sociales. Sin embargo, ese era Killian. Sabía muchas cosas que la mayoría de los niños no sabían, así que tal vez sí sabía—. ¿Quieres que seamos separados?

—Somos hermanos. Nos mantendrán juntos.

—Solo prométeme que mantendrás la boca cerrada, ¿de acuerdo? Mantenlo entre nosotros. Nadie necesita saber qué sucede en nuestra casa.

Odiaba esto. Odiaba los secretos y las mentiras. Odiaba esconderme en el armario como un bebé gordo. Odiaba que no hubiera nada que pudiera hacer para ayudar a Killian. Me froté el pecho, tratando de aliviar el dolor, pero en estos días nunca parecía desaparecer. A veces sentía que había

grandes grietas dentro de mí. Como si me rompiera un poco más cada vez que Killian recibía un golpe.

—Prométeme —me dijo de nuevo.

Me quedé mirando las estrellas, deseando poder estar en cualquier lugar menos aquí. Debía haber algo mejor por ahí. Pero si eso significaba estar separado de Killian, mantendría la boca cerrada. No era un soplón o un chismoso. Ni siquiera mis amigos sabían nada de esto.

—Lo prometo.

Lo escuché exhalar como si hubiera estado conteniendo la respiración, esperando que aceptara. Tenía que saber que lo haría. Siempre estaba de su lado y él siempre del mío. Éramos nosotros contra el mundo.

—Háblame de nuestra madre —le dije un poco más tarde. Había estado pensando mucho en ella últimamente, preguntándome si estaba bien y dónde estaba. Si tenía suficiente comida y dinero—. ¿Cuándo crees que volverá a buscarnos?

—Nunca. Ella no va a volver.

—Pero dijiste... —Dejé que mis palabras se desvanecieran—. ¿Eran solo historias entonces? ¿Cómo los cuentos de hadas? ¿Lo inventaste todo?

Killian no respondió.

—¿Era realmente hermosa? —le pregunté, apretando los puños—. ¿Era realmente agradable? ¿Ella nos amaba? ¿Nos acurrucó en la noche?

—Haces demasiadas preguntas.

—Solo dime la verdad. ¿Nos leyó cuentos antes de dormir? ¿Realmente hizo todas esas cosas o lo inventaste todo? —pregunté, mi voz se elevó.

—Mantén tu voz baja.

—Responde mis preguntas —dije, con los dientes apretados. Metí los dedos en las cuencas de mis ojos para detener las lágrimas. La voz de Seamus sonó en un bucle en mi cabeza.

Los niños no lloran. Deja de ser un puto coño.

—No sé... así es como lo recuerdo —comentó Killian tan silenciosamente que tuve que esforzarme para escucharlo.

—Algún día la encontraré y viviremos con ella.

—Sí, ok, hazlo.

Lo haré, pensé. Lo haré por ti. Por nosotros.

—Quédate con esta habitación, Kill. Quiero que tengas las estrellas.

Él gruñó, pero no peleó conmigo por eso. Yo sabía que quería las estrellas, pero nunca lo admitiría.



Lies

emery rose

for
Paradise
BOOKS

BEAUTIFUL #2
Beautiful

Connor

Estoy en paz. Soy fuerte. Mi pasado no me define.

Repetí mi mantra mientras las agujas perforaban mi piel, excavando en el tejido cicatricial y golpeando cada terminación nerviosa.

Un suave golpe tocó la puerta y se abrió para revelar a Eden, sus ojos verdes brillaban con lágrimas que su sonrisa no podía ocultar.

Mierda. Puse esas lágrimas.

—Hola, Connor... Jared.

Jared levantó la aguja del tatuaje de mi pecho y se recostó en su taburete, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de su brazo. Llevaba trabajando conmigo desde las diez de la mañana, incluso antes de que abriera la tienda. Faltaban horas, pero nos estaba pasando factura a los dos.

—Hola preciosa —dijo Jared, dándole una gran sonrisa.

—¿Les molesta si los acompaño? —Ya había arrastrado un taburete dentro de la habitación privada en la parte trasera de la tienda, por lo que no estaba esperando una respuesta, pero le dijimos que estaba bien. Se sentó, sus pequeños pantalones cortos mostrando sus piernas largas y bronceadas, con un café helado en la mano izquierda. La piedra en su dedo, una esmeralda rodeada de diamantes que Killian le regaló hace tres meses, brillaba en la luz que entraba por la ventana.

Eden tomó mi mano entre las suyas y la apretó.

—Pensé que hoy deberíamos estar juntos. Al menos por un rato. —Su mirada se hundió en mi pecho. Era la primera vez que me veía con el torso desnudo en un año. Un recordatorio visual de la noche en que cuatro hombres llegaron buscando represalias.

—Connor —susurró—. ¿Duele?

Como un hijo de puta.

—No más de lo habitual. —Era una mentira, y ella probablemente lo sabía. Y Jared también. Tatuarse sobre cicatrices era una de sus especialidades. Quería que esperara dieciocho meses o dos años, idealmente, pero ya no podía esperar más. Quería cubrir las cicatrices. Hoy.

—¿Estás bien? —me preguntó Jared.

—Sí.

Jared estudió mi rostro durante unos segundos antes de volver a trabajar.

—Es hermoso —dijo Eden.

Eden veía belleza en la fealdad, pero supongo que se refería a mi diseño: un colorido dragón japonés. Había estado persiguiendo a ese dragón durante años, pero ahora la obra de arte cubriría las letras talladas en mi pecho. Soplón. De todas las cosas que me habían llamado en mi vida, nunca esperé ser esa persona.

—Cuéntame una historia feliz —le dije. Eden era una cuenta cuentos, y esperaba que conjurara uno de la nada.

—Había una vez un niño —comenzó—. Un chico hermoso con cabello oscuro y ojos celestes. Vamos a llamarlo... —Se tocó la barbilla y entrecerró los ojos, fingiendo pensar—. Connor Vincent. El niño creció luchando contra demonios y cuando se hizo mayor, se convirtió en un asesino de dragones. Es valiente, feroz y valiente.

—Creo que estás mezclando a los hermanos en este cuento de hadas.

—Oh, bueno, su hermano también es todas esas cosas, pero tú eres el héroe en esta historia.

No fui el héroe de nadie.

—¿Esta historia tiene un final feliz? —le pregunté.

—Por supuesto. Pero primero, el héroe necesita recuperar a su amada.

Mi amada... mi primer amor, mi primer todo, me había echado a patadas. Había esperado hasta que me recuperé físicamente, tres semanas después del funeral de mi padre, un mes después de la noche que casi me costó la vida, y las de Eden y Killian. Ava me dijo que la hice llorar demasiado. La hacía sentir demasiado de todo: lo bueno... pero más que nada lo malo y lo feo.

—Es demasiado, Connor. No puedo soportarlo más. Necesito que me liberes.

No pude culparla. Era autoconservación de su parte. Pero me estaba matando que ella se hubiera mudado con alguien.

—¿Sigue con Zeke? —le pregunté como si no lo supiera ya. *Vamos, vierte un poco de sal en mis heridas.*

Eden se mordió el labio inferior.

—Sí.

Zeke era un graduado de la Ivy League de cuchara de plata. Ava no pudo encontrar a nadie más diferente a mí. Pero entonces, supongo que ese era el punto.

—Deberías invitarla a una cita —dijo Eden, tomando un sorbo de su café.

Una cita. Así eso resolvería nuestros problemas.

—¿Estás diciendo que debería cortejar a Ava, que actualmente se está acostando con tu amigo Zeke? —Sin mencionar que Ava ni siquiera me habla, y mucho menos va a aceptar una cita conmigo.

Eden se colocó un mechón detrás de su oreja.

—Son más como amigos con beneficios si me preguntas.

Beneficios que no estaba recibiendo actualmente. No por falta de ofertas. Pero la mirada en el rostro de Eden cuando miró mi pecho... sí, no puedo ir allí.

Hola, mano, tenemos que dejar de encontrarnos así.

—¿La hace feliz? —quise saber, sin entender por qué continuaba por este tortuoso camino.

—Lo que tienen es fácil —dijo, eligiendo sus palabras con cuidado—. Zeke es divertido, y es genial pasar el rato con él, pero no es el gran amor de su vida. Es un chispazo, no una llama.

Siempre optimista.

—Sí, bueno, la misma llama la ha quemado demasiadas veces. Ahora mi chica está demasiado asustada para jugar con fuego.

Eden sonrió triunfante.

—La llamaste tu chica.

Siempre sería mi chica. No importaba con quién estuviera o cuánto tiempo estuviéramos separados por tiempo o distancia, Ava siempre sería mía. Sabía en mi corazón que nadie podría amarla como yo. Simplemente no era posible. Desafortunadamente, la había jodido demasiadas veces y eso era a lo que siempre volvía. Nuestra historia era larga, con momentos de pura felicidad, pero lo malo superó a lo bueno para ella, y no había forma de hacer borrón y cuenta nueva, para comenzar de cero.

Maldito infierno. El amor duele.

Mi pecho se apretó y respiré hondo, tratando de luchar contra el dolor. No solo el tatuaje, sino la lucha diaria de la vida como un adicto en

recuperación. Es un viaje paso a paso a la vez y yo intentaba escalar el jodido Everest.

—Es hora de un descanso —me informó Jared, limpiando la sangre de mi pecho. Se quitó los guantes de látex, salió y cerró la puerta detrás, dejándome solo con Eden. Me senté en la mesa, deseando poder cubrir mi pecho para que no tuviera que mirarlo.

—Creo que no fue una historia tan feliz, después de todo —dijo Eden.

Formé una sonrisa para Eden. Necesitaba un cigarrillo, pero ella se quedó un poco más, charlando sobre cosas más felices. En concreto, un mural que le habían encargado pintar en una boutique de Bedford Avenue.

—Pronto serás capaz de renunciar al trabajo de día —le dije.

—Eso es lo que Killian pasa diciendo. Pero me encanta trabajar en el bar. —Sacó su teléfono y miró la hora—. Lo siento. Necesito ir a trabajar.

Me puse de pie y ella miró mi pecho por unos segundos antes de levantar su mirada hacia mi cara.

—Te abrazaría, pero... probablemente no sea una gran idea.

Mis ojos se encontraron con los suyos verdes.

—¿Estás bien?

Asintió y exhaló un suspiro.

—Sí estoy bien. Con Killian fuimos al cementerio esta mañana.

Me froté la nuca, anudada por la tensión. No he estado en el cementerio desde el día en que pusimos a mi padre bajo tierra, y no tenía intención de visitar su tumba. Su funeral había sido un circo, miles de policías habían marcado la ruta que habíamos recorrido hasta la iglesia en Bay Ridge. Un mar azul que presentaba sus respetos a un hombre que había escondido sus pequeños y sucios secretos debajo de su placa. Seamus Vincent había sido uno de los mejores policías de Nueva York. Que broma tan enferma.

—Me sorprende que Killian haya ido —comenté.

—Killian está lleno de sorpresas en estos días —dijo—. Él habla y todo.

Compartimos una risa por eso. Abrir a Killian nunca había sido una tarea fácil, pero Eden lo hizo. Lo abrió de par en par, luego recogió todas las piezas rotas y lo ayudó a unirlos.

Cuando Eden se fue, salí por la puerta trasera y me apoyé contra la pared de ladrillo al lado de mi Harley para fumar un cigarrillo.

—Esa mierda te va a matar —dijo Jared, uniéndose en el terreno baldío cercado con malezas empujando a través de las grietas. Siempre me

sorprendió que las malas hierbas tuvieran un instinto de supervivencia tan fuerte y lograran prosperar en los lugares más improbables—. Dame uno.

Saqué un cigarrillo del paquete y se lo entregué junto con el encendedor.

—Pensé que lo dejaste.

—Lo hice.

Lo miré mientras daba su primera calada. Es lo mejor cuando la nicotina llega al torrente sanguíneo y te da placer. Cerró los ojos y exhaló.

—Maldición. ¿Por qué todas las cosas malas son tan buenas?

Tomé otra calada del cigarrillo y eché la cabeza hacia atrás, sin molestarme en contestar. Las nubes parecían pinceladas pintadas en un cielo azul que te dolía los ojos, un día tan parecido como el año pasado, fue casi inquietante.

—Estoy pensando en abrir otra tienda —dijo Jared.

—¿Dónde?

—California.

Qué. Mierda.

—El invierno se acerca. Odio el frío. Estoy pensando en San Diego. Temperatura perfecta durante todo el año.

Era finales de septiembre, y en un día como este, el invierno parecía estar muy lejos. El aire olía a alquitrán caliente y basura, un olor intensificado por el calor.

—¿Cuándo va a pasar eso?

—Tan pronto como pueda conseguir el dinero.

Arrojé mi cigarrillo al suelo y lo aplasté debajo de la suela de mi bota de moto, pensando en las palabras de Jared. Killian y yo habíamos heredado dinero de nuestro viejo. Seamus nunca gastó un centavo que no necesitaba, y después de más de treinta años en la fuerza, con el salario de un jefe durante los últimos cinco años y una casa libre de hipotecas en Bay Ridge, habíamos terminado dividiendo un montón de dinero. Mucho más de lo que esperaba que él tuviera o nos diera. Dinero manchado con sangre, lo llamé. Killian usó su dinero para financiar programas para jóvenes en situación de riesgo. El mío seguía intacto en una cuenta. Cuando le ofrecí mi parte del dinero a Killian, se negó a aceptarlo. Le escribí un cheque por el dinero que le debía, pero tampoco lo cobró. Pero, entonces, no nos estábamos hablando.

—¿Quieres que compre? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué pasa si no lo hago?

Jared frotó una mano sobre su rubio rapado, sus ojos se entrecerraron mientras daba otra pitada y exhalaba.

—Se lo venderé a otra persona.

Me había comentado esto de dejar Brooklyn durante años, pero eso era todo. Un comentario. Esta vez, fue más que solo hablar. Estaba listo para irse.

—¿Y el edificio? ¿También quieres vender eso?

El salón de tatuajes estaba en el primer piso y Jared vivía en el departamento de arriba. Su abuelo compró el edificio hace cincuenta años, cuando los bienes raíces eran baratos en Williamsburg antes que los invadieran los hipsters y los precios se dispararan.

—Me quedaré con el edificio. Puedes mudarte a mi apartamento y pagar el alquiler.

Me ofrecía la primera oportunidad de algo que siempre quise. Froté mi barba. ¿Estaba listo para manejar mi propia tienda? ¿Invertir dinero en un negocio que me ataba a este vecindario? Aunque terminé de correr, la idea de echar raíces me puso nervioso. Pero lo que más me asustó fue que podría fallar. El fracaso no era una opción. Ya había quemado muchos puentes, y había pasado la mayor parte del año tratando de reconstruirlos, aunque no siempre con éxito.

—¿Lee y Gavin no están interesados? —pregunté, refiriéndome a los otros artistas tatuadores.

—No, no quieren tener una tienda —dijo Jared, arrojando su cigarrillo—. Piénsalo. Tienes una semana hasta que empiece a considerar otras ofertas.

Lo seguí adentro, ignorando la mirada de Claudia cuando salía del baño, sus tetas prácticamente cayendo de su escotado top negro. Se lamió los labios y agitó las pestañas, enviando un mensaje que era alto y claro. Claudia era caliente, con cabello oscuro y largo con curvas en todos los lugares correctos, pero no me interesaba.

—Alguien ha pasado mucho tiempo en el gimnasio —dijo.

Le di la espalda antes de que pudiera ver de cerca mi pecho. Claudia era nuestra recepcionista y colocaba piercing, se había ofrecido, en más de una ocasión, a chuparme el pene. Tenía que admirar lo de ser directa, pero nunca la tomé en cuenta y nunca lo haría.

Cerré la puerta, efectivamente excluyéndola.

—¿Te importa si veo? —preguntó desde el otro lado de la puerta. Sacudí mi cabeza, pero no fue necesario. Jared sabía que no quería una audiencia. Eden había sido una excepción.

—Te necesito en la recepción —dijo Jared.

Ella soltó un suspiro y escuché sus tacones haciendo clic en el suelo de baldosas blancas y negras.

—¿Vas a ir allí? —preguntó Jared, sumergiendo la aguja en tinta cian.

—No.

No se intercambiaron más palabras mientras Jared trabajaba en mi tatuaje, lo que me dio tiempo para pensar en su oferta. Una parte de mí decía que no estaba preparado para este tipo de responsabilidad. La otra parte que era hora de dar un paso al frente y probarme a mí mismo.

Observé los azulejos de estaño prensado en el techo y dejé que mis pensamientos se desviaran hacia la chica de cabello lavanda y ojos grises plateados. Ava Christensen había sido lo mejor de mi vida, pero nos arruiné.



Aparqué mi Harley en la acera frente a Defiance MMA & Fitness y la apagué. El gimnasio cerró hace quince minutos, así que esperaba atrapar a Killian cuando saliera. Me abrí paso por la puerta principal del convertido almacén, sorprendido que aún no estuviera cerrado. Killian estaba en la jaula con Nico, un chico al que entrenaba, y retrocedí para verlos luchar.

En mi adolescencia, pasé horas mirando las sesiones de entrenamiento de Killian en un gimnasio en Bay Ridge. Mientras entrenaba, dibujé y creé un cómic que mi viejo había encontrado escondido debajo de mi colchón. Convertir a Seamus Vincent en el malvado villano de mi cómic gráfico no había sido una de mis ideas más brillantes. Había quemado mi cuaderno de bocetos y me había golpeado con tanta fuerza que mis oídos zumbaron durante una semana. Killian no había estado en casa esa noche. Si hubiera estado, habría intervenido. Tenía trece años en ese momento, y una parte enferma y retorcida de mí se enorgullecía que había aceptado esa golpiza.

Vi como Killian metió a Nico en un estrangulamiento del que no podía liberarse.

—Toca el tapete, Nico —dijo Killian. A regañadientes, Nico golpeó su mano con el tapete y lo soltó. Se pusieron de pie frente al otro—. Rendirse no es lo mismo que perder —dijo Killian—. Lo hiciste bien hoy.

Nico asintió, pero pude ver por la expresión de su rostro que no estaba convencido.

—Nico —dijo Killian, deseando que escuchara y creyera sus palabras—. Lo hiciste bien.

—Si hombre. Gracias —murmuró Nico. Salió de la jaula e intercambiamos un saludo antes de dirigirse al vestuario.

—Estoy cerrando ahora —dijo Killian.

—No estoy aquí para hacer ejercicio. ¿Tienes un minuto?

—Ayúdame a guardar las colchonetas —dijo, mirando mis botas de motociclista. Killian siempre ha sido muy exigente con las reglas, intentando dar estructura a un mundo de caos. El uso de zapatos en las colchonetas estaba prohibido—. Y te daré más de un minuto.

Me quité las botas y las alineé contra la pared debajo del logotipo negro y rojo del gimnasio. Killian regresó del armario de suministros con escobas y trapeadores y nos pusimos a trabajar, limpiando las colchonetas.

Nico salió del vestuario con jeans y una camiseta, su bolso de gimnasia colgado sobre su hombro, y siguió el camino alrededor de las esteras, con cuidado de no pisarlas con sus zapatos de calle.

—¿Necesitas ayuda para limpiar? —preguntó.

Killian sacudió la cabeza.

—Descansa un poco. Bebe mucha agua. Y si me necesitas para *algo*, llámame.

Nico asintió y me pregunté si sabía qué suerte tenía de tener a mi hermano de su lado. Estuve tentado de llevar a Nico a un lado y advertirle que no desperdiciara la fe que Killian tenía en él. Pero tal vez este chico era más listo que yo.

—Gracias —dijo.

Killian lo acompañó hasta la puerta y le dio una palmada en el hombro a Nico, diciendo algo en voz baja que no entendí. Una charla motivadora, o palabras de consejo, tal vez. Killian había tomado a Nico bajo su protección hace nueve meses cuando abrió este gimnasio y tuve la sensación de que él quería seguir los pasos de mi hermano. Hace un tiempo, Killian había sido un campeón de UFC. Cuando su oponente, Johnny Ramírez, murió de sus heridas hace dos años, mi hermano se alejó de su carrera de MMA. Había sido un accidente, pero la culpa era profunda, y prometió no volver a pisar el Octágono. En cambio, entrenó a tipos como Nico.

Después que se fue, Killian se unió a mí en las esteras.

—¿Cómo está Nico? —le pregunté, sabiendo que venía de un trasfondo similar al de nosotros.

—Su padrastro de mierda puso a su madre en el hospital.

—Mierda.

—Ella no lo dejará. Tiene demasiado miedo de estar sola —dijo Killian.

Era fácil juzgar a alguien desde afuera, y mucha gente pensaba que era fácil simplemente levantarse e irse. ¿Por qué quedarse con una pareja abusiva? ¿Por qué no denunciar a un padre abusivo? Pero no siempre fue tan simple.

—Y Nico siente que es su deber protegerla —supuse.

—Sí. —Trabajamos en silencio durante un rato, fregando las colchonetas con desinfectante.

—Escuché que te hiciste un nuevo tatuaje —dijo Killian.

—Sí. Eden se detuvo para ofrecer apoyo moral.

Ante la mención de su nombre, sus labios se curvaron en una sonrisa que vino más fácil ahora que antes.

—Jared busca vender su tienda —dije, presentando mi razón para pasar por aquí—. Me está dando la preferencia.

—¿Estás listo para eso? —Escuché la duda en su voz que me dijo que no creía que lo estaba.

—Es hora de que asuma algo de responsabilidad.

—Manejar tu propio negocio es un trabajo de tiempo completo. No puedes irte cuando quieras. No puedes simplemente aparecer, tatuarte y marcharte cuando termine tu turno. Es un montón de...

—Lo sé —lo interrumpí con los dientes apretados. Respiré profundamente por la nariz, tratando de calmarme. *Estoy en paz. Soy fuerte. Mi pasado no me define*—. ¿Qué de un poco de apoyo? Como, “Hola Connor, buen trabajo. Eres un gran artista del tatuaje. Creo en ti”.

Apretó la mandíbula y completamos la tarea en un silencio sepulcral. Quizás Killian estaba lleno de sorpresas cuando se trataba de Eden, pero conmigo, el conflicto era real. No tenía a nadie a quien culpar sino a mí mismo. En el pasado, me había dado muchas oportunidades para hacer las cosas bien, más de lo que merecía. Pero ahora que estaba haciendo todo lo correcto, era demasiado tarde.

Como un golpe de gracia en la despedida cuando salimos del gimnasio, dijo:

—Si hablas en serio sobre esto, deberías hablar con Zeke.

—Qué gran idea de mierda. Le pediré ayuda al nuevo novio de mi ex novia.

—¿Sabes cómo armar un plan de negocios? Porque estoy seguro que no.

—Lo resolveré. —Me senté a horcajadas sobre mi Harley y su mano agarró mi bíceps para evitar que me pusiera el casco y me fuera.

—Quiero creer en ti —dijo.

Me soltó el brazo y miré por la calle a los almacenes que bordeaban la manzana, con sus puertas de metal corrugado cerradas por la noche. Un acondicionado Cadillac negro pasó junto a él, la música de rap resonó desde las ventanas abiertas, el sonido se desvaneció en el aire nocturno mientras doblada la siguiente cuadra.

—Pero no puedes hacerlo.

Killian se frotó la mandíbula y apartó la vista.

—Lo estoy intentando. Eso es lo mejor que puedo darte en este momento. —Giró sobre sus talones y se alejó, haciendo sonar las cerraduras de su SUV.

Eso es lo mejor que puedo darte en este momento.

En este punto, necesitaba realizar tres milagros y ser canonizado por santidad antes de que confiara en mí.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo y lo saqué, revisando la pantalla. Tate.

—¿Cómo te fue hoy? —me preguntó, omitiendo el saludo. Miré por encima del hombro. Killian ya se estaba alejando de la acera, quemando llantas para llegar a casa en Eden.

Le di a Tate un resumen de mi día sin mentirle. Era como mi sacerdote y yo era el pecador sentado en el confesionario. Tate era un buen patrocinador, y me había hecho bajar de la cornisa más de una vez durante el año pasado. Cuando tenía demasiada mierda que manejar, lo llamé en lugar de intentar consumir.

Él escuchó, sin interrumpir, y cuando terminé, esperé sus palabras de sabiduría o aliento o lo que sea que estuviera en el menú de hoy. Sopa de pollo para el alma, y toda esa mierda.

—Parece que has progresado mucho —dijo.

—¿Qué parte de lo que te dije fue progreso? —pregunté, frotando mi mano sobre mi pecho. El tatuaje comenzaba a picar como el infierno, y todavía podía sentir las crestas de las cicatrices debajo de mis dedos, pero ya no podías verlas. Progreso.

—¿Has intentado consumir hoy?

—No.

—¿"Necesito drogarme para pasar este día" fue tu primer pensamiento?

—No es mi primer pensamiento. —Pero siempre estaba ahí, esa pequeña voz en la parte posterior de mi cabeza que me decía que conocía una forma segura de alejarme de todo, hacerme olvidar el mundo. Me prometía euforia y dulce alivio, aunque fugaz.

—Ahí tienes —dijo Tate—. Progreso.

Me reí.

—Sí. Estoy en un gran lugar.

—Mucho mejor que el año pasado. Solo da un paso a la vez. Sigue haciendo el trabajo, y la gran mierda se resolverá sola.

—Correcto.

Tras una pausa, dijo:

—Mantener una mierda así dentro come a una persona. Se merece la verdad.

Tate no había hablado de esto en meses, y estaba agradecido por ello, pero supongo que sintió que merecía una mención en el primer aniversario.

—Eso es todo lo que voy a decir sobre eso. Llama si me necesitas.

—Gracias.

Corté la llamada y guardé mi teléfono en el bolsillo. Quizás Killian tenía derecho a saberlo, pero la verdad era fea. ¿Cómo podría ayudar revelarlo?

¿Creería Killian que ocultaba la verdad para protegerlo? Me peleaba conmigo mismo a diario. No sabía de lo que Ronan Shaughnessy era capaz. Había sido el titiritero tirando de todos los hilos, y me había hecho bailar para él. Si le contaba a Killian, dudaba que lo dejara pasar. Ese no era su estilo. Asaltaría el castillo, intentando interpretar al caballero blanco, pero fracasaría igual que yo. Ella no quería ser rescatada. Había elegido a su segunda familia sobre la primera y nos dejó sin mirar atrás. Imaginé a Keira Shaughnessy, la hermana de la que Killian no sabía nada, la hermana con la que no tenía idea de que estábamos relacionados. Intentar acercarme a ella había sido mi perdición.

No había salida fácil. Pero entonces, ¿ha existido una alguna vez?

Encendí un cigarrillo y tomé una calada, deseando que todas las cosas malas no supieran tan malditamente bien. Me entretuve brevemente con la idea de llamar a Claudia y aceptar su oferta. O ir a un bar, pedir una gaseosa y lima, y encontrar a la primera chica caliente dispuesta a tener sexo. No sería tan difícil, y tal vez eso sonara arrogante, pero las chicas se sintieron atraídas por mi apariencia física. Bonito por fuera, algo completamente diferente por dentro.

Ava una vez me llamó cebolla.

—Haces llorar a la gente. Y tienes tantas capas diferentes... nunca se sabe lo próximo que revelará.

Una cebolla. Jesucristo.



Lies

emery rose

for
Paradise
BOOKS

BEAUTIFUL #2
Beautiful

2

Ava

—Zeke, cariño, ¿quieres más pastel? —Mi mamá llamó por la puerta mosquitera.

—No gracias.

—¿Qué tal más pasta y albóndigas? ¿O sopa mediterránea? Te encantó eso. —Mi madre proviene de una gran familia italiana, y en su mundo, la comida es amor. No descansaría hasta que rellenara a Zeke como un pavo de Navidad.

—Me encantó todo —dijo, mostrándole una gran sonrisa. Zeke parecía haber salido de un anuncio de Ralph Lauren, con su cabello rubio y piel bronceada. No solo era apuesto de ver, sino que no era un imbécil—. Pero no puedo comer otra cosa.

—Voy a preparar un recipiente de sobras para más tarde.

—No voy a decir que no a eso —contestó con una sonrisa.

—Lame culos —bromeé. Zeke me guiñó un ojo. Sabía cómo jugar el juego, mucho mejor que yo. Se crio en Greenwich en una gran casa con una piscina y canchas de tenis. Sin embargo, aquí estaba en el patio trasero de la casa de campo de mis padres, hablando con mis abuelos, tías y tíos, mi hermana Lana y su esposo Joe, ganándoselos. Podía encantar a pájaros y, a los cinco minutos de haber entrado por la puerta, había encantado a toda mi familia. Dos horas después y todavía lo estaba haciendo.

—Ayúdame en la cocina —me dijo mi madre, llamándome. Sabía lo que venía y suspiré cuando crucé el patio trasero y abrí la puerta mosquitera.

—Me gusta ese chico —dijo, poniéndose guantes de goma amarillos para proteger su manicura. Sumergió los platos sucios en el agua jabonosa. Frotó, enjuagó y me entregó un plato para secar y guardar en el armario.

—¿Cuándo van a comprar un lavaplatos? —le pregunté, con el objetivo de cambiar de tema.

—Le ofrecí comprarle uno —dijo mi padre desde su lugar en la mesa de la cocina. Pasó la página de su periódico, acostumbrado a pasar el rato con la familia de mi madre. O cualquiera. A diferencia de mi madre que amaba rodearse de gente, a mi padre le gustaba la paz y la tranquilidad.

Heredé su genial aspecto nórdico, cabello rubio claro y piel pálida, pero en cuanto a personalidad, era una mezcla de ambos. Una vez hice una prueba que me dijo que era una introvertida extrovertida. En conflicto, como yo.

—Si quisiera un lavavajillas, lo compraría yo —dijo mi madre, entregándome otro plato—. Me gusta lavar los platos. Me da la oportunidad de mirar por la ventana.

—Y espiar a los vecinos —bromeé, ganándome una sonrisa de mi padre.

Mi madre agitó su mano hacia mí, empapándome con agua jabonosa, su mirada aún enfocada en la ventana donde Zeke estaba al frente y al centro hablando con Lana. Parecía impecable, como siempre, con el cabello castaño cortado en largas capas y un maquillaje aplicado por expertos que no le quitaba su clásica belleza. No nos parecíamos en nada, teníamos muy poco en común y no estábamos tan cerca. Ella vivía en Long Island y solo nos juntamos para las vacaciones, y manteníamos una charla educada, en el mejor de los casos.

Lana siempre usaba tacones, sin importar la ocasión, y compraba en Nordstrom, lo que garantizaba que sus elegantes trajes de diseñador obtuvieran la aprobación de mi madre. Yo compraba en tiendas vintage y mercados de pulgas, que nunca me dieron ningún punto. Mi conjunto actual era una camiseta vintage de Ramones, pantalones de mezclilla rallados y botas de combate negras. Tal vez debería haber hecho un mayor esfuerzo para complacer a mi madre. Al menos mi camiseta cubría mi tatuaje, algo que garantizaba fruncir el ceño cada vez que lo veía.

Cuando tenía dieciocho años, Connor tatuó pájaros azules en mi bíceps derecho. Un año después, tenía alambre de púas entintado alrededor de los pájaros azules. Cuando él se enteró, irrumpió en la mitad de mi sesión de estudios en el salón de la Universidad de St. John. Me arrojó sobre su hombro, conmigo dándole patadas y gritando, me secuestró en mi habitación, exigiendo una explicación.

—Eres el alambre de púas, Connor. Quiero terminar.

—Eres mía. Perteneceemos juntos.

—Toma una decisión. Yo o las drogas. Me niego a esperar y ver cómo te matas.

—No voy a morir, nena. Lo tengo bajo control.

Como de costumbre, terminamos desnudos, y me folló hasta que olvidé mi propio nombre, y mucho menos la razón de mi preocupación.

—¿Vas en serio con Zeke? —me preguntó mi mamá.

Me encogí de hombros.

—No. Solo estamos pasando el rato.

—No traes un chico al almuerzo de cumpleaños de tu padre si solo estás “pasando el rato”. Es tan guapo —dijo con una voz soñadora que la hizo sonar como una adolescente con su primer enamoramiento—. Con tan buenos modales. Y es muy fácil hablar con él. Es un buen partido. No dejes que se vaya.

Mi madre no dijo las palabras, pero no necesitaba hacerlo, Zeke era todo lo que no era Connor. El dinero y el estatus eran importantes para ella, y aunque nunca habíamos tenido ninguno, todavía aspiraba a eso. Pero no amaba a Zeke, y él no me amaba. Lo que sea que estuviéramos haciendo, probablemente había alcanzado su fecha de vencimiento. Traerlo hoy había sido un error.

—Tengo la sensación de que va ir por cosas más grandes y mejores. Con su educación, podría estar trabajando en Wall Street o dirigiendo una de las compañías de su padre en poco tiempo.

—A Zeke le gusta dirigir el bar con Louis. Antes de eso, era camarero, mamá. No tiene grandes ambiciones.

—Un día, lo hará. Recuerda mis palabras. Ese chico va a llegar lejos.

Suspiré. Por supuesto, Zeke obtendría el beneficio de la duda. Mi madre probablemente ya había buscado en Google a su familia y conocía su patrimonio neto.

—Cariño, ¿por qué no vienes al salón y me dejas arreglarte el cabello? —dijo mi mamá, quitándose los guantes. Me coloque mi cabello color lavanda detrás de la oreja y me miró a la cara, frunciendo el ceño ante mi delineador negro, grueso y alado—. Una cara tan hermosa. No necesitas todo ese delineador negro. Déjame arreglarte el cabello. Apuesto a que a Zeke le encantaría...

—Mamá. No, simplemente no. Necesitamos ir a trabajar.

Pasé junto a ella, intentando no darme cuenta de cómo su rostro se desilusionaba. Siempre parecía terminar así con nosotros.

—Hey, Zeke. Tenemos que irnos.

Me despedí de todos y salimos de ahí lo más rápido posible. Lo cual no fue lo suficientemente rápido. Mi madre nos retuvo en la cocina, tomándose su tiempo para guardar las sobras para Zeke.

Me subí al Jeep Wrangler de él y me desplomé contra el asiento, agotada.

—Siento haberte sometido a mi familia.

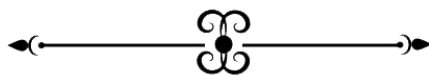
—No te preocupes. Son geniales. La comida estuvo buena. Valió la pena el viaje.

—Sabes que eres demasiado bueno para ser verdad, ¿cierto?

Sonrió.

—Es gracioso. Eso es lo que siempre pensé en ti.

Probando una vez más que era demasiado perfecto. Y un mentiroso de mierda.



Con Zeke nos reíamos cuando entramos en el Trinity Bar. La risa murió en mis labios cuando vi a Connor sentado en un taburete, con los brazos cruzados sobre la barra mientras hablaba con Louis. Como siempre, mi pulso se aceleró al verlo. Miró hacia la puerta, sus ojos azul eléctrico me abasaron con su intensidad. Y necesité recordarme cómo respirar. Cómo pararme sobre mis propios pies después de que arrancó el suelo debajo.

¿Cómo una persona podía crear una reacción tan fuerte en mí? ¿Por qué no podía estar libre de él?

Todavía recordaba al chico que era todo codos y rodillas, su cabello oscuro caía en sus ojos. Ya no era ese chico. A los veinticuatro años, sus hombros anchos y su paquete de seis abdominales amenazaban con reventar las costuras de su camiseta blanca. Su cabello oscuro era corto, su rostro cincelado y más duro de lo que solía ser.

Pero seguía siendo el chico más hermoso que había visto. Y todavía me dolía el corazón.

En los últimos once meses, solo lo había visto una vez. Conocía su horario, sabía dónde estaría en cualquier momento del día, e hice todo lo posible para evitarlo.

Sentarse en el Trinity Bar un sábado por la tarde no era parte de su rutina diaria.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Odiaba lo fría que sonaba mi voz. Odiaba cómo el calor y la luz en sus ojos se desvaneció. Sobre todo, odiaba que todavía me importaran sus sentimientos cuando obviamente no le importaban los míos.

Su mirada se dirigió a Zeke, ignorándome.

—¿Tienes unos minutos?

—Claro —dijo Zeke, tomando un taburete junto a Connor como si esto fuera perfectamente normal, a pesar de que nunca habían sido amigos.

Pasé velozmente junto a ellos, muriendo por saber qué podría querer Connor con Zeke, pero me obligué a seguir caminando, mis botas golpeando el piso de madera. Cuando pasé por las puertas abiertas que daban al patio, miré hacia afuera. Era casi octubre, pero parecía más un día de verano. Los hipsters abarrotaron las mesas de picnic, hablando y riendo con la música, el aire perfumado con cerdo asado de Jimmy's Taco Truck, junto con lavanda y menta que planté.

Cuando llegué a la seguridad de la oficina, me hundi en la silla giratoria de cuero negro y respiré hondo, tratando de recuperarme. Aquí había mucho para mantenerme ocupada. Trabajar en Trinity Bar era el trabajo perfecto. Hacía mis propios horarios, me destacaba en las redes sociales, que solía promover el bar, y me encantaba el aspecto organizativo del trabajo. Manejaba muchas cosas: hacer el papeleo, la contabilidad, reservar el show, hacer promociones, atender mi pequeño jardín en el patio, por lo que nunca sufría de aburrimiento. Si quisiera socializar, podría. Si quería esconderme en la oficina, eso también era genial. Sí, mi vida era miel sobre hojuelas.

Un poco más tarde, les estaba recordando a todos mis amigos virtuales que salieran a ver la banda de indie rock de esta noche cuando Zeke entró en la oficina.

—Hey —dije, tratando de sonar casual. Giré mi silla para mirarlo—. Entonces, ¿qué fue eso? ¿Algo personal? Quiero decir... ¿sobre nosotros?

Zeke sacudió la cabeza y me sacó de la silla giratoria y me abrazó. Me besó y se lo devolví. Era un buen besador, pero sus besos no me convertían en gelatina. Todavía tenía mis ideas claras, y lo consideré una de las ventajas de este acuerdo. Zeke me soltó, y miré hacia la puerta, sintiendo su presencia a pesar de que no había hecho ningún sonido. Para un tipo tan grande, de un metro noventa de puro músculo sólido, Connor se movía como un ninja, una habilidad que había perfeccionado para sobrevivir en su infancia.

Connor entrecerró sus ojos, su mandíbula trabajando para contener sus emociones, pero vi lo que trató de ocultar. Celos. Dolor. Tristeza. Enfado. Pasaron por su rostro antes de que lo ocultara y apretara la mandíbula, el músculo de su mejilla saltaba mientras nos mirábamos el uno al otro.

La cagaste, imbécil. No tenía que ser así, le dije con los ojos.

Zeke ocupó mi lugar en la silla que había desocupado y entrelazó sus dedos detrás de su cabeza, tan cool como quieras. Le lancé una mirada. Se

encogió de hombros con indiferencia como si no pudiera evitarlo. Me había besado a propósito, sabiendo que Connor lo vería.

—Pasaré el lunes antes de que abra la tienda. ¿A mediodía te bien? —le preguntó a Connor.

—Olvidalo —gruñó Connor—. Mala idea.

Zeke me lanzó una sonrisa cuando él se fue.

—¿Qué fue eso? —siseé, plantando mis manos en mis caderas. No parecía que Zeke fuera cruel, pero sabía que restregarlo a la cara de Connor lo lastimaría.

Zeke agarró mi pelota anti estrés, con la cara sonriente de Buda, que guardaba en el estante con mis carpetas codificadas por colores, apoyó sus pies sobre el escritorio y arrojó la pelota de mano en mano.

—Ava, eres hermosa. Eres inteligente. Eres sexy. Y eres totalmente genial. Pero no soy el chico para ti porque todavía estás enamorada de otra persona.

—No estoy... Connor y yo... lo que sea que tengamos... es historia antigua —farfullé—. Terminamos.

—Sigue diciéndote eso. —El pronunció las palabras con una sonrisa, pero aún sentía el aguijón. Inclino la cabeza—. ¿Por qué estás conmigo?

Zeke cambiaba el juego. Esto no era lo que buscábamos. Pasábamos el rato, nos divertíamos, compartíamos una buena risa y teníamos sexo. No mostramos nuestras almas ni nos presionamos para obtener respuestas a preguntas difíciles. Nuestro acuerdo comenzó así: *¿Qué tal si nos enrollamos exclusivamente?* En otras palabras, solo íbamos a tener sexo entre nosotros, y cuando uno de nosotros estaba listo para pasar página, lo dejábamos. Sin daño, sin falta. Plan perfecto

—Porque es fácil —dije, decidiendo ser honesta—. No vienes con mucho equipaje. —Me apoyé contra el borde del escritorio y me crucé de brazos—. ¿Por qué estás conmigo?

—Necesitabas una distracción. Estoy bien con eso. Pero estoy empezando a pensar que quiero más. Algo serio, ¿sabes? Como tienen Eden y Killian. Como tú y Connor tenían... *tuvieron*.

No me molesté en recordarle que con Connor terminamos y que estuvimos juntos por casi cinco años. *Cinco años* y todavía me estaba aferrando a... ¿qué? Al fantasma de un recuerdo.

—¿Estás buscando una relación? —le pregunté sorprendida. Zeke siempre había sido un mujeriego y le gustaba ser así.

Se echó a reír.

—Nah. Solo estoy jugando contigo. No estoy listo para conformarme con una persona en el corto plazo. Pero esto no se trata de mí. Es sobre ti. No pretendo conocer a Connor... esos hermanos Vincent no lo ponen fácil.

Zeke tenía razón. Nada había sido fácil con ellos, pero sus vidas tampoco habían sido fáciles.

—¿Pero sabes lo que pienso? —Sacudí mi cabeza, curiosa por escuchar sus pensamientos—. Cuando se enamoran, caen fuerte y es para toda la vida.

—El amor no siempre es suficiente.

—Tal vez no. —Se encogió de hombros—. Pero esa es tu decisión. Todo este exceso de honestidad es agotador. El horario de oficina de Zeke ha terminado oficialmente.

—Y supongo que nosotros también.

—Aún podemos ser amigos. —Me lanzó una sonrisa.

Gruñí.

—Esa es una línea que apesta. Pero de alguna manera funciona.

—¿Qué puedo decir? Es un regalo.

—Gracias por todo. No me arrepiento ni un minuto de eso.

—Esto empieza a sonar como un especial después de la escuela.

—Somos patéticos —le dije, y luego nos reímos y abrazamos.

Deseaba que las cosas pudieran ser diferentes. Amar a Zeke sería muy fácil. Pero no era mi destino.

Tal vez no podías elegir a la persona de quien te enamorabas. A lo largo de los años, había intentado tantas veces fortalecer mi corazón contra Connor, pero él siempre entraba como una bola de demolición. Derribó todos los muros, destruyó los cimientos y me dejó con los escombros. Nuestra marca de amor nunca haría un especial después de la escuela. Era feo, crudo y desgarrador. Con Connor... había tantos obstáculos en nuestro camino.

Pero por un tiempo, nuestro amor había sido hermoso, y lo había sido todo.

¿Cómo podrías odiar y amar a alguien al mismo tiempo?

3

Ava

Hace diez Años

Mi estómago vacío se agitaba mientras bajaba por el abarrotado pasillo de la escuela, las sucias paredes beige se cerraban sobre mí. Me tragué el miedo y me metí otro chicle en la boca. No importaba lo que hiciera, no podía quitarme el mal sabor de boca. Mi madre me creyó cuando le dije que tenía un virus en el estómago. No podía retener la comida. Apenas salí de mi cuarto el viernes. Lo mismo pasó el sábado y el domingo. Ahora era lunes. Hora de enfrentar mi infierno personal. Tiré de mi gorro más bajo, escondiendo mi cabello trasquilado que había cortado esta mañana, mis mechones rubios y blancos cayendo al suelo del baño. Cuando mi madre vio lo que había hecho, se quedó sin palabras. No fue una hazaña fácil, pero me las arreglé para hacerlo.

—Harías cualquier cosa por llamar la atención —había siseado Lana.

Mis pasos vacilaron al acercarme a mi casillero. ¿Estaría él allí? ¿Con esa sonrisa en su cara? Su voz se burlaba de mí. Mi visión se nubló, y el pasillo se inclinó. Respiré hondo hasta que el mundo se enderezó de nuevo y empujé los recuerdos a lo más profundo de su interior, donde no podían resurgir.

En el mar de cuerpos, uno sobresalía. Killian Vincent era difícil de no ver. A los dieciocho años, parecía más un hombre que un niño. No era solo que estuviera esculpido como un Dios joven o que su altura fuera al menos un pie más alto que la mía, podía intimidar a simples mortales con solo una mirada. Aparentemente, tenía un mal carácter y siempre se metía en peleas callejeras. O eso me dijeron mi hermana Lana y sus amigos que eran mayores, como él.

Sin embargo, Killian había sido mi salvador.

Mi mirada se dirigió al tipo de su derecha. Connor. Un novato como yo. Su cabello oscuro desordenado y un poco largo, sus ojos azules tan azules que no parecían reales. Connor era el más guapo, siempre lo pensé, con rasgos más finos y pestañas largas que las chicas envidiarían. Algo que

probablemente le habría horrorizado si lo hubiera dicho en voz alta. Lo cual no haría. Nunca habíamos hablado.

Pero ver a los hermanos Vincent en la iglesia todos los domingos había sido uno de mis pasatiempos favoritos. Gracias a mi madre, que recibía todos los chismes en el salón y le gustaba transmitirlos en las cenas familiares, supe que su madre se había escapado hace diez años, dejando a Seamus solo para criar a los niños. Mi madre siempre sacudía la cabeza y suspiraba, llamando santo al hombre, pero nunca había confiado en los ojos azules de acero y la cara dura de Seamus Vincent. A veces Killian tenía un ojo morado, o un labio partido y Connor era arrastrado a sus pies por el cuello cuando no se ponía de pie durante la misa. Pero Seamus Vincent era un pilar de la comunidad, y nadie cuestionaba sus habilidades como padre.

A medida que me acercaba, me di cuenta de que debían estar esperándome. ¿Por qué más estarían parados frente a mi casillero?

—Hola Ava —dijo Connor—. Soy el hermano de Killian, Connor.

Asentí, sin palabras de saludo saliendo de mi boca.

—¿Estás bien? —preguntó Killian.

Volví a asentir. Su mirada se deslizó sobre mi cara, tratando de decidir si estaba mintiendo. Pude ver que sabía que lo estaba, pero cruzó los brazos sobre su amplio pecho y asintió una vez. No iba a desmentirme. Mi mirada se dirigió a Connor. Sus labios se movieron en una suave sonrisa. Era demasiado dulce, y no sabía cómo manejarlo, así que estudié los intrincados diseños azules y negros de su antebrazo izquierdo que debió entintar con los Sharpies. ¿Pájaros? ¿Continuaban más allá de su codo donde su camisa de cuadros azules estaba atada?

—Si Jake Masters se acerca a ti otra vez... —me dijo Killian, llamando mi atención sobre él—. Si te mira o respira en tu dirección, me lo haces saber y me ocuparé de ello. ¿Entiendes?

Asentí, que parecía ser lo único de lo que era capaz. Killian levantó las cejas a Connor y una mirada pasó entre ellos que parecía comunicar más de lo que las palabras podían. Entonces se giró sobre sus talones y se alejó. Solo después de que se fue me di cuenta de que nunca le había agradecido por venir a rescatarme. Me ocupé de colgar mi abrigo en la taquilla y empacar mis libros para las clases de hoy. Cargando mi mochila, cerré mi casillero de golpe y giré el dial del candado. Connor seguía ahí, apoyado en el casillero junto al mío. Sus ojos estaban fijos en mi cara, pero tuve la sensación de que lo estaba asimilando todo. La sudadera con capucha de gran tamaño, los pantalones holgados metidos en mis botas Ugg, las ojeras bajo los ojos.

No solo me miraba a mí, sino que miraba directamente a través de mí. Me veía, pensé.

—Lo entiendo —dijo, con la voz baja.

—¿Qué entiendes? —le pregunté, mirando el cordón de cuero negro alrededor de su cuello, un destello de plata desapareciendo dentro del cuello de su camiseta gris.

—Tratando de hacerte invisible —dijo.

Tragué con fuerza, no estaba segura de qué hacer con sus palabras, mi mirada seguía enfocada en el colgante que no podía ver.

—San Judas. —Levanté mis ojos a los suyos, mi ceño fruncido. Connor sacó el medallón de plata, una medalla de santo—. El santo patrono de las causas perdidas —me dijo, metiéndolo de nuevo en su cuello.

Extendió su mano, sus dedos rozando mi hombro. Me estremecí por su toque y di un paso atrás, apretando la correa de mi mochila.

—Solo iba a llevar tu mochila —dijo en voz baja, como si estuviera hablando con un animal salvaje al que debía acercarse con precaución.

—Yo puedo —le dije mientras sonaba la primera campana, cortando las voces a nuestro alrededor. Agaché la cabeza y empecé a caminar hacia mi primer período.

—¿Todavía bailas? —preguntó, caminado a mi lado.

Lo miré de reojo. La parte superior de mi cabeza llegaba a su hombro. Se había estirado durante el verano. Alto y flaco, como si aún no hubiera crecido en su cuerpo.

—¿Cómo sabes que bailo?

Sus labios dibujaron una sonrisa, apareciendo un hoyuelo en su mejilla derecha. Sabía que solo tenía uno y me gustaba que fuera único, no parte de un juego.

—El estudio de danza está al lado del gimnasio donde Killian entrena. Solía mirarte a veces a través de la ventana. —Pasó su lengua por su labio inferior, sus ojos se entrecerraron sobre mí como si tratara de medir mi reacción a esa confesión. Su honestidad me sorprendió. También me sorprendió que la idea de que me observara no me asustó.

—Suena mal. Pero no fue así. Lo prometo.

—¿Cómo fue? —le pregunté.

—¿Quieres la verdad? —preguntó mientras nos detuvimos en la puerta de mi clase.

No estaba segura de lo que quería.

—Vas a llegar tarde a clase.

Se encogió de hombros.

—Eso parece —dijo, sin hacer ningún movimiento para salir, aunque sonara la última campana, señalando que teníamos que estar en nuestras aulas.

Mis ojos se dirigieron a la puerta de mi aula, deseando no tener que entrar. Quería ser impulsiva. Quería tomar la mano de Connor y pedirle que huyera conmigo. Que siguiera corriendo hasta que dejáramos este lugar atrás. En vez de eso, puse mi cara de valiente y le pedí que me diera algo más.

—Está bien. Dame la verdad.

Metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros descoloridos, saliendo con un papel doblado. Lo presionó en mi mano y yo lo miré. Cuando levanté la cabeza, se había ido. Lo vi caminar por el pasillo como si no tuviera prisa por llegar a ninguna parte. Antes de doblar la esquina, se dio la vuelta y retrocedió, sin dejar de mirarme a la cara. Incluso desde la distancia, sus ojos eran hipnotizantes, y yo di un paso involuntario hacia delante como si fuera a cerrar la distancia entre nosotros. Levantó su brazo en el aire antes de desaparecer de mi vista.

—¿Planea unirse a nosotros, Srta. Christensen? —preguntó el Sr. Salazar, con las cejas arqueadas mientras estaba de pie en la puerta, su mano en el pomo de la puerta.

Asentí.

—Nada de gorros dentro de la escuela —me recordó cuando entré en el aula. Es curioso cómo la escuela aplicaba algunas de sus tontas políticas, y sin embargo dejaban que otras se deslizaran. A regañadientes, me quité el gorro mientras me deslizaba en mi asiento en la tercera fila, junto a mi ex mejor amiga, Holly Chambers. *Estúpido alfabeto*, pensé, mientras sentía su juicio. Ella continuó mirándome mientras sacaba mi cuaderno, bolígrafo y libro de texto de mi mochila.

—Bonito corte —dijo, puntuándolo con una risita.

Mi mirada se fijó en su cara. Arrugó su nariz como si acabara de oler algo malo. Le di el dedo medio y me dio algo de satisfacción cuando sus ojos oscuros se abrieron, y su mandíbula cayó.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, haciendo una mueca—. Oh Dios mío, eres tan rara. Ya ni siquiera sé quién eres.

Me quité de la cabeza los recuerdos de las fiestas de pijamas, las risas por los enamoramientos de los chicos guapos, compartir una bandeja de brownies mientras veíamos películas. Holly me había expulsado de nuestro pequeño círculo de amigas a principios de este año. Había sido sutil al principio. Le preguntaba si quería pasar el rato y me decía que estaba ocupada con las cosas de la familia. Cada fin de semana tenía una excusa diferente. Resultó que seguía saliendo con nuestros otros amigos, se reunía

para ir de compras o al cine, y tenía pijamadas de fin de semana a las que yo no estaba invitada. Me enteré de eso en la mesa del almuerzo. Una vez escuché una conversación en la que me destrozaban.

—Escuché que ella da buena mamada. ¿Quién iba a pensar que la perfecta pequeña Ava se convertiría en una zorra?

—Siempre actuó como si fuera mucho mejor que nosotros.

Bienvenido al instituto. Era un milagro que alguien saliera vivo.

Ava Christensen, la princesa perfecta, se había ido. Esta era la nueva yo. Mi piel era más gruesa. No sería una víctima. Era una guerrera. Cuadré mis hombros, repitiendo las palabras en mi cabeza. Si las decía con suficiente frecuencia, empezaría a creerlo. No permitiría que un imbécil como Jake Masters me destruyera. Ya había tomado suficiente, no le daría ese poder.

La voz del Sr. Salazar hablaba sin parar sobre la Guerra Fría. Todo lo que decía venía directamente del libro de texto. No tenía sentido tomar notas. Miré el papel doblado que había puesto en mi cuaderno y lo metí en mi libro de texto para después. Tuve la sensación de que era algo especial y al abrirlo ahora, con Holly mirándome a escondidas, lo arruinaría.

Connor estaba esperando fuera de mi clase cuando salí, apoyado contra la pared como si hubiera estado allí por un tiempo. Se apartó de la pared, con la mirada fija en mi cabello. Pasé mis dedos por las capas entrecortadas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Mi alfombra mágica. ¿Necesitas que te lleve a tu próxima clase?

Me reí, ganándome una sonrisa de él.

—Hola Connor —dijo Holly, mostrándole una gran sonrisa.

Él sacudió su barbilla en su dirección.

—¿Cómo va todo?

—Genial —dijo alegremente—. Soy la amiga de Ava, Holly... ¿Tenemos el cuarto período de inglés juntos?

Amiga. Sí, claro. Pasé por delante de ellos y me abrí paso a través de los chicos en el pasillo. Conociendo a Holly, le contaría a Connor todo lo que le confié en la secundaria cuando nos contábamos todo sobre nuestros enamoramientos secretos.

—Tienes que señalármelo —decía—. Si es tan lindo como dices...

—Nunca lo veo en la escuela. —No había sido una mentira. A veces lo veía en el pasillo, pero eran fugaces.

Había hecho pucheros.

—Bueno, entonces tenemos que hacer que nuestra misión sea encontrarlo. O tienes que invitarme a la iglesia alguna vez.

—Eres judía —le recordé, secretamente emocionada por mantener a Connor para mí, aunque no sabía por qué.

Después de eso, había dejado de hablar de Connor y Holly había dejado de preguntar por él. Ni siquiera me di cuenta de que ella tenía una clase con él este año.

—¿Estás tratando de deshacerte de mí? —preguntó una voz a mi lado, y capté el tono burlón.

Eché un vistazo a Connor.

—Solo necesito ir a clase. Así que, tú y Holly... —Me detuve.

—Supongo que tenemos una clase juntos. —Se encogió de hombros—. Y supongo que no son realmente amigas.

—Solíamos serlo. Ya no tenemos mucho en común.

—Sucedé.

—No puedes acompañarme a todas mis clases, ya sabes.

—¿Quién lo dice?

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté—. ¿Killian... —Respiré con dificultad. Killian no podía saber lo que había pasado. Solo había captado la parte en la que Jake me había tirado al contenedor. Después de que Killian me ayudara a salir del contenedor, hui y no miré atrás, aunque escuché el sonido del puño de Killian golpeando la cara de Jake. Había oído los gruñidos de Jake y sus palabras—: Eres un maldito maníaco.

Killian debió haberlo callado con otro puñetazo.

—¿Miraste el papel que te di?

—Todavía no. Estaba... guardándolo para más tarde. Esta soy yo —dije, apartándome para dejar pasar a los chicos.

Connor pasó una mano por su cabello oscuro y entrecerró los ojos en la puerta del aula.

—Tengo que irme. La clase de arte es la única a la que vale la pena ir. ¿Cuándo almuerzas?

—Quinto período.

—Lo mismo.

—¿En serio? Nunca te vi en el almuerzo. —Mis ojos se abrieron de par en par cuando me di cuenta de lo que había dicho. Me dio una sonrisa torcida, un brillo travieso en sus ojos azules.

—Quiero decir, no es que haya mirado alguna vez...

—Suelo pasar el rato en la sala de arte. Al Sr. Santos le parece bien. Pero me halaga que te haya dado cuenta. Nos vemos fuera de la cafetería.

—No tienes que...

Pero él ya se había ido, y yo sabía que mis palabras se desperdiciaban, aunque se hubiera quedado a escucharlas. Estaría allí, esperándome. Apoyado contra la pared, con los auriculares en los oídos, la música a todo volumen, su mano golpeando el ritmo de su muslo. Ignoraba a sus amigos cuando le daban mierda por salir con la chica rara. Si lo molestaban, les decía que se fueran a la mierda. Connor, vendría a aprender que no marchaba al ritmo del tambor de nadie. Él estableció su propio ritmo. Era una ley para sí mismo, un espíritu libre atrapado en su propio infierno privado.

Más tarde esa noche, sola en mi habitación, la música hip-hop en mis oídos ahogando las voces en mi cabeza, desplegué el grueso pedazo de papel y alisé mi palma sobre los pliegues. Lágrimas sin derramar obstruyeron mi garganta mientras estudiaba el dibujo. Era la primera de muchas obras maestras de Connor Vincent que había coleccionado a lo largo de los años. Pero esta... siempre ocupó un lugar especial en mi corazón. Los pájaros azules se elevaban sobre los tejados de Bay Ridge, su color vibrante contra el cielo gris y nublado y el mundo desolado de abajo.

Con unos pocos trazos de lápiz y rotuladores, había capturado la sensación que tenía cuando estaba bailando. La libertad. Alegría. Vuelo.

Tienes magia en tus manos, Connor Vincent. ¿Cómo había visto tanto desde la ventana de mi estudio de baile? La puerta de mi habitación se abrió y mi madre se quedó allí. Aún no había comprendido el concepto de llamar antes de entrar, aunque se lo había pedido un millón de veces. Doblé el boceto y lo volví a meter en el libro de texto, a salvo de sus ojos entrometidos antes de sacarme los auriculares.

Tomó asiento al borde de mi cama y suspiró fuertemente mientras inspeccionaba mi cabello.

—Déjame al menos arreglarlo —dijo, con resignación en su voz—. No puedo dejar que andes por ahí así. ¿Qué pensaría la gente?

—¿Por qué te importa lo que piense la gente?

—Soy dueña de una peluquería. No es momento de discutir conmigo, señorita. Vamos. En el baño.

La seguí al baño donde ya había un taburete delante del espejo. Me roció con agua y pasó el peine por él, sus pesados suspiros me hicieron saber exactamente cómo se sentía. Me miré en el espejo. Toda mi vida me lo han dicho mi madre y sus amigos, extraños en la calle, que yo era hermosa. Como una muñeca de porcelana con labios carnosos y ojos grises casi

demasiado grandes para mi cara. El corte dentado de mi cabello acentuaba mis pómulos, me hacía ver más nerviosa. Más bien como una malvada. Me gustaba.

—¿Por qué hiciste esto? —preguntó—. Tienes un cabello tan hermoso. Las chicas matarían por este color y es tan bonito y grueso. —Me encontré con sus ojos marrones en el espejo.

Había intentado decirle a mi madre lo de Jake en septiembre.

“Oh cariño, eres una chica hermosa. Los chicos hacen cosas tontas cuando están enamorados de una chica. Solo sé amable con él”, había dicho.

“Ese es el precio que pagas por alardear en su cara y jugar con él”, había dicho Lana cuando intenté confiar en ella. Hubo un tiempo en el que estuvimos cerca, pero eso se sintió como si fuera hace mucho tiempo.

“No estoy jugando a ningún juego” insistí, sin saber por qué seguía hablando con ella. Salí de su habitación y nuestra ya tensa relación se deterioró aún más. Habían sido las clases de baile las que habían abierto la brecha entre nosotras. Había mostrado un talento natural, según la Srta. Iverson, nuestra instructora y Lana no. Para mí, bailar había sido tan fácil como respirar. Sentía la música en mi alma, en cada célula de mi cuerpo.

—¿Por qué te cortaste el cabello, Ava? —me preguntó mi madre de nuevo, con el ceño fruncido mientras sus tijeras volaban por este, intentando que quedara bien.

Quería decírselo, pero sabía que nunca lo haría. Nunca se lo diría a nadie. La mano se me fue al pómulo, sorprendida de que el moretón no fuera permanente. Me sorprendió que nadie pudiera ver el daño. Todavía podía sentir el escozor, el calor en mis mejillas, la grava clavada en las rodillas de mis vaqueros mientras me arrodillaba delante de ese imbécil en el frío hormigón. Me había arrastrado por el cabello a sus pies y las lágrimas me picaban en los ojos, pero me negué a que me viera llorar. No le daría esa satisfacción. Mi madre hablaba, pero yo no escuchaba sus palabras.

Mis pensamientos se dirigieron a esos pájaros azules, al chico de ojos azules fascinantes que llevaba una medalla de San Judas alrededor de su cuello.

—Así que esas clases de baile que tomas... ¿qué tipo de música es?, —me preguntó durante el almuerzo.

—Depende. Tomo danza moderna, jazz y hip-hop.

—Cool. ¿Así que quieres ser una bailarina?

Sacudí la cabeza.

—No. Quiero decir, solo me gusta bailar. Mi madre siempre habla de Juilliard, pero no es mi sueño. No quiero que el baile se convierta en una competición.

—Lo entiendo.

—¿Lo haces?

—Sí. Bailas para ti misma porque te hace feliz. No quieres que te juzguen.

—Exactamente.

Habíamos hablado durante todo el almuerzo, sobre todo y nada, y había sido divertido. No me había reído o sonreído tanto en meses. No solo eso. Hablar con él había sido tan fácil y tenía la habilidad de hacerme sentir como si fuera la única persona en la cafetería. Como si todo lo que yo decía le importara.

—¿Qué te parece? —preguntó mi madre, arrastrándome al presente.

Me miré en el espejo a mi corte a la altura de la barbilla y le di una sonrisa.

—Se ve bien.

—No te atrevas a llevarte las tijeras al cabello otra vez. Sigues siendo mi hermosa niña —dijo, con su cara suavizándose. Plantó un beso sobre mi cabeza, sus ojos se encontraron con los míos en el espejo.

—Te amo, cariño.

—Te amo también. —Deseaba que ella encontrara un adjetivo diferente para mí que hermosa.

—¿Por qué no invitas a Holly a una fiesta de pijamas este fin de semana? —me preguntó, con una voz muy alegre—. Ustedes siempre se divierten mucho juntas.

—Sí, claro —dije, sabiendo que nunca sucedería, pero ella sonrió, complacida con mi respuesta.

Connor

Tenía una rutina, algo que antes me faltaba en mi vida, pero ahora la cumplo estrictamente. A las siete de la mañana del lunes, la alarma de mi teléfono sonó. Saqué mi trasero de la cama, me vestí con jeans y camiseta, y comí fruta fresca, yogurt griego y granola. Después de beber una botella de agua, la llené del grifo y agarré mi mochila, ya llena con mi ropa de gimnasio.

Nunca sabrías que soy millonario. Mi apartamento de una habitación en Greenpoint parecía un dormitorio universitario. Mi colchón y mi somier colocado en el suelo de mi dormitorio, junto a una caja que hacía las veces de mesita de noche. En la sala de estar, un gastado sofá a cuadros colocado frente a un televisor de pantalla plana flanqueado por una estantería de madera abarrotada de libros muy queridos. Un sistema de sonido, altavoces y cajas llenas de cuadernos de dibujo y material de arte, complementaban la decoración. A pesar de la miseria de mi apartamento, todo estaba ordenado y limpio. Debería estar orgulloso de ello, aplaudirme a mí mismo por pasar página.

Levantarme temprano y mantener mi vida organizada eran dos de esos pequeños pasos que había dado. *Sí, estoy haciendo algo*, pensé, mientras salía por la puerta y caminaba dos cuadras hasta el garaje de motocicletas donde estacioné mi Harley. Ayer hice más de 300 millas con mi moto. Me dirigí a la autopista Hawk's Nest y mi adrenalina se disparó través de las curvas y tomar la alocada curva cerradas. El camino sinuoso y las vistas de las montañas, el río y los valles me dieron un subidón natural. Siempre es algo bueno.

A las 7:55, Tate y yo entramos en el sótano de la iglesia para nuestra reunión semanal de NA. Tate tenía unos cuarenta años, pero parecía mayor, con el rostro curtido y el cabello castaño canoso que llevaba largo y recogido en un elástico. Delgado y vigoroso, era unos cinco centímetros más bajo que yo, pero era muy duro. En aquel entonces, estaba en un club de motos y cumplió condena por robo a mano armada. Su adicción a la heroína había empezado en la cárcel. Con siete años de sobriedad en su haber, yo era la

primera persona a la que había apadrinado, y él era el único padrino al que nunca había intentado engañar.

Pasamos por delante de la mesa cargada de donuts y una cafetera y nos sentamos en sillas metálicas plegables.

—Cristo, hace calor aquí —refunfuñó Tate como lo hacía cada semana. Incluso a esta hora temprana, el aire era sofocante y olía a moho. Los ventiladores en las esquinas de la habitación sin ventanas sonaban como las hélices de un helicóptero, pero hacían una mierda para enfriarlo.

Me senté en mi silla y toqué el ritmo de la canción que sonaba en mi cabeza, “Redemption” de Bob Marley, en mi muslo. Mi canción para la reunión de hoy. *Tú lo dijiste, Bob, la esclavitud mental es una perra. Emancípate, hermano.*

Durante la reunión, Tate usó un palillo para limpiar el aceite de motor y la suciedad de debajo de sus uñas. Era mecánico y tenía un garaje, y la grasa se acumulaba en las grietas de sus manos que nunca se veían limpias. Mientras nos sentábamos en el calor sofocante del sótano de la iglesia, escuché a medias las historias de adicción de la gente. Rara vez compartía mi propia historia en las reuniones. Estaba cansado de repetir los eventos y asuntos personales que me habían llevado a este punto de mi vida. Estas reuniones eran más bien una cuestión de responsabilidad para mí, una hora y media en mi agenda semanal que me recordaba que yo era como todos los demás reunidos en esta sala.

Me llamo Connor, y soy adicto. Admití que era impotente ante mi adicción, y mi vida se había vuelto inmanejable.

Tiempos de diversión.

No había consumido drogas en dieciocho meses. Técnicamente, había estado limpio durante ese tiempo. Pero hace un año, mi médico me recetó opiáceos después de la operación para reparar mi mandíbula rota con placas y tornillos de titanio. Por qué le había dado opiáceos a un adicto era algo que cualquiera podía adivinar. Ava repartió el Vicodin según las instrucciones del frasco. Guardaba las pastillas en un cajón del Trinity Bar y las contaba cada vez para asegurarse de que no las había robado. A eso nos habíamos reducido. Se había convertido en mi guardiana, la confianza tan rota que necesitaba contar las malditas pastillas para asegurarse de que no recaía. Ni siquiera podía mirarme sin llorar. Y yo no podía mirarla sin recordar toda la mierda por la que la había hecho pasar a lo largo de los años.

La sobriedad era una perra. Te obligaba a hacer un inventario moral y a mirar todo más claramente.

Traté de concentrarme en la reunión, pero mis pensamientos vagaban hacia el recuerdo de Ava besando a Zeke. Hijo de puta. Quería que viera que había reclamado su derecho. ¿Por qué había entrado en el bar del que Zeke

era copropietario, el bar donde Ava trabajaba, pidiéndole ayuda? Maldito masoquista. Ava y Zeke habían entrado por la puerta riéndose como si no tuvieran ninguna preocupación en el mundo. Lo cual era así. Sin mí, la vida de Ava era mejor. Más fácil. Más feliz. En cuanto me vio, dejó de reírse. ¿Cuándo fue la última vez que la hice feliz?

Nos imaginé a los dieciocho años, el verano que Killian y yo nos mudamos a Park Slope. Habíamos alquilado un apartamento de piedra rojizas frente a Prospect Park, más bonito que cualquier otro lugar donde hayamos vivido antes. Ava estaba acostada en mi cama, desnuda, con su largo cabello rubio platino cayendo sobre sus hombros. Su piel cremosa y ese pequeño y perfecto cuerpo en plena exhibición. Apoyó la cabeza en su mano y se lamió los labios de color rojo cereza, sus ojos grises llenos de un deseo que coincidía con el mío. “Hysteria” de Muse salía de mis altavoces y la luz del sol de la noche se filtraba por las ventanas abiertas, haciendo que su piel de porcelana brillara.

Hielo en el fuego, esa era Ava.

—No puedes sentarte medio desnudo y esperar que no me tiente —dijo—. Te quiero ahora.

—Te quiero todo el tiempo. Aún no he terminado, Ava Blue —dije mientras bosquejaba su cuerpo desnudo, la curva de su cadera, su estómago plano, pechos redondos con pezones rosados que rogaban ser adorados por mi boca, mi lengua, mis dientes.

Ella hizo un puchero, pero yo capté el malvado brillo de sus ojos antes de que cerrara los párpados y deslizara su mano entre las piernas.

—Supongo que tendré que cuidarme entonces.

Tiré mi cuaderno de dibujo al suelo y me acerqué a la cama.

—Oh, ¿quieres unirme a mí ahora? —me preguntó mientras me bajaba los pantalones.

Me arrastré hasta la cama, y ella abrió las piernas para mí, sabiendo que yo me ocuparía de ella primero. Habíamos aprendido todo juntos, cómo jugar con el cuerpo del otro, cómo prolongar el placer hasta que nos cegara nuestra necesidad.

Cuando estaba enterrado en lo profundo de Ava, su cuerpo envuelto alrededor del mío, no pensaba en la oxicodona escondida en mi armario. O en cómo conseguiría más píldoras cuando se me acabara el suministro. Ava no sabía nada de eso. Tampoco Killian. Aún no. Seguía en negación, diciéndome a mí mismo que no era un adicto, y que podía dejarlo en cualquier momento. Era una pendiente resbaladiza y perdí el control un año después cuando fumé heroína por primera vez. No pasó mucho tiempo antes de que me enganchara y empezara a inyectarme. Mi relación con Ava terminó y nunca pudimos recuperar lo que se había perdido.

Ava era mi verdadero amor, pero la heroína había sido mi amante. Tentadora, prohibida y exigente. Más. Más. Más.

Pero ese día, cuando teníamos dieciocho años, la posibilidad de lo que podíamos ser parecía infinita.

—Veo la forma en que las chicas te miran. ¿Alguna vez te has sentido tentado? —me preguntó más tarde, con su cabeza apoyada en mi pecho, su pierna colgada en mi cintura.

—Nunca —dije, pasando mi mano por su pantorrilla—. Eres la única chica para mí.

—Quiero ser tu chica para siempre.

—Eres mi chica de todo.

—Cuando me gradúe de la universidad, tendremos nuestro propio lugar. Solo tú y yo.

—Podemos ir a cualquier parte. ¿Dónde quieres vivir?

—California. O en cualquier lugar. No importa. —Puso su mano sobre mi corazón—. Tu corazón está acelerado.

—Por tu culpa. —Era la verdad, pero también era una mentira. La oxicodona hacía que mi corazón se acelerara también.

—Buena respuesta.

—¿Gané un premio? —me burlé.

—Ya lo hiciste. Soy el premio. —Sus dedos bailaron sobre mi pecho al ritmo de la música—. Te extrañaré cuando me vaya.

—Solo vas a Queens, nena, no al otro lado del país.

—Lo sé. Pero, aun así. La vida en los dormitorios, ugh.

Sus padres querían que viviera en los dormitorios de la Universidad de St. John para tener una experiencia universitaria completa. Si hubiera dependido de su madre, Ava habría sido enviada a otro país, tan lejos de mí como fuera posible pero mi chica sabía lo que pensaba, así que fue a Queens.

—Pasaremos los fines de semana juntos y te visitaré tan a menudo que te hartarás de mí.

—Nunca me cansaré de ti —dijo—. Ni siquiera cuando seamos viejos y grises.

En ese momento, estábamos completos y éramos perfectos.

Cuando la reunión terminó, Tate y yo escapamos del calor del sótano de la iglesia y salimos por la puerta lateral hacia el aire exterior que estaba diez grados más frescos. Nos quedamos junto a nuestras Harleys estacionadas, respirando profundamente aire fresco. O tan fresco como en Brooklyn.

—¿Sacaste algo de eso?

—¿Cuentan el paseo por el callejón de los recuerdos?

Cruzó los brazos e inclinó la cabeza, con la frente arrugada como si lo estuviera pensando seriamente.

—Cuenta el que hayas aparecido. —Tate se rascó la cabeza—. He estado pensando en lo que me dijiste la otra noche. Sobre la compra de la tienda. ¿Qué te detiene?

—No quiero joderlo todo.

—No está sucediendo. El negocio está establecido, así que no estás empezando de cero. Ya manejas la tienda cuando Jared está fuera. Trabajas qué... ¿cincuenta horas a la semana?

—Sobre eso. —Probablemente más. Me quedaba después de la hora para limpiar o hacer lo que pudiera para ayudar a Jared. Le debía eso, y más. Durante los últimos seis años, mi trabajo había sido la única constante en mi vida, y la única cosa que no había arruinado. Jared merecía el crédito más que yo. Los yonquis no eran los empleados más fiables, pero incluso después de desaparecer durante meses, dejándolo en la deriva, me había llevado de vuelta, sin hacer preguntas. Y yo estaba agradecido por eso.

—Puede que necesites acumular más horas, hacer la contabilidad, y mantenerte al tanto de todo el papeleo. Nadie quiere meterse con el IRS. Pero lo tienes cubierto. Sabes lo que estás haciendo.

—Como artista de tatuajes, sí. Pero el resto...—No tenía ni puta idea.

—Si un perro viejo como yo puede aprender nuevos trucos, un joven cachorro como tú no debería tener problemas.

Con eso, se subió a su moto, se ató el casco y se fue.



Diez minutos después, entré en el gimnasio de Killian donde su clase de autodefensa femenina estaba en pleno apogeo. En enero, Eden y Ava habían tomado las clases de Killian de Krav Maga, y me dijeron que habían pateado traseros. Sonreí al pensar en la pequeña Ava derribando a un tipo del doble de su tamaño.

—¿Puedo conseguir una voluntaria? —preguntó Killian a las mujeres que estaban delante de él. Cada mano disparada al aire. Hizo un gesto con la mano y Mitch, el portero de fin de semana del Trinity Bar y uno de los instructores de Killian en el gimnasio, trotó y se puso al lado de Killian. Las caras de las mujeres se cayeron cuando vieron que estarían tratando con

Mitch y no con Killian. Mitch tenía la cara como un bulldog y estaba construido como un tanque.

Me reí para mis adentros de camino a los vestuarios.

Después de pasar dos horas en el cuarto de pesas, me di una ducha. Era la primera vez que hacía ejercicio desde que me hice el tatuaje, y cuando me desnudé, no sentí la necesidad de esconder mi pecho de los tipos que entraban y salían del vestuario. Podía ducharme sin vergüenza. Progreso.

Me duché y me vestí, me senté en el banco para ponerme las botas. Mi celular sonó en mi mochila y lo saqué, revisando la pantalla antes de contestar. Jared.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Zeke está aquí. Dice que se supone que se reunirán.

No, carajo.

—Dile que no necesito su ayuda.

—Díselo tú.

Dos segundos después, escuché la voz de Zeke en la línea. Me pellizqué el puente de la nariz y traté de no perder mi mierda.

—Olvidalo. Yo me encargo de esto.

—Podemos hablar mientras me haces un tatuaje.

—No te voy a hacer un tatuaje.

—Sí, lo harás. Jared me reservó para las doce y media.

—La tienda no abre hasta la una. Hoy estoy completamente ocupado. —¿Por qué discutía esto con él?—. Estaré allí en diez minutos. —Corté la llamada, me colgué el bolso al hombro y salí del vestuario. Killian estaba llenando su botella de agua en la nevera y se volvió hacia mí, enroscando la tapa.

—¿Estás bien? —preguntó.

Era una pregunta capciosa. Define bien.

—Zeke quiere que le haga un tatuaje.

Las cejas de Killian se levantaron.

—¿En serio?

Me reí en voz baja.

—Sí. De verdad.

—Huh. ¿Hablaste con él?

—Brevemente —dije, dejándolo así.

Mientras me ejercitaba, había tomado mi decisión. Iba a comprar la tienda e iba a tener éxito. En cuanto a Ava, necesitaba encontrar una manera de dejarla ir y seguir adelante como ella lo había hecho. Desafortunadamente, no tenía ni idea de cómo hacerlo.



—No hago tatuajes de YOLO —le informé a Zeke cuando entré y lo vi sentado en el sofá de cuero negro en la sala de espera. Jared se rio, compartiendo mi desdén por los tatuajes de YOLO, y encendió el sistema de sonido. “*Sugar, We’re Goin’ Down*” de Fall Out Boy sonó por los altavoces. Nada como un poco de emoción para empezar el día de trabajo.

—Entonces es bueno que no quiera un tatuaje de YOLO —dijo Zeke—. Quiero una brújula de estrella náutica. Justo aquí. —Puso su mano en medio del pecho.

—No tengo tanto tiempo.

—Sí, lo haces —dijo con una gran sonrisa. Estuve tentado de clavarle los dientes. En vez de eso, me pellizqué el puente de la nariz, respiré profundamente y conté hasta diez, un truco de relajación que había aprendido en rehabilitación.

Revisé el horario de las citas en la computadora para verificarlo, mi cita de la una había sido borrada. Maldita sea.

—Me ocuparé de eso —dijo Jared. ¿Qué clase de vudú había hecho Zeke para salirse con la suya? En el pasado, Zeke y yo habíamos sido conocidos ocasionales y nunca había tenido problemas con él. Ahora lo tengo. Y estoy seguro que no quería pasar tiempo personal con el tipo que se acostaba con mi exnovia.

—Relleno su papeleo —dijo Jared.

—Creí que te tomabas el día libre —dije.

Jared se encogió de hombros.

—Cambio de planes. Le dije que eras el mejor.

—¿Ahora me estás echando humo por el culo? ¿Adónde se dirige el mundo?

—San Diego, allá voy.

Sacudí la cabeza. Dondequiera que vaya, ahí estaba. Si creía que un nuevo paisaje y el buen tiempo podían cambiarlo todo, se estaba preparando para la decepción.

—Deberías pensarlo más.

—Y deberías salir de mi vista y ponerte a trabajar —dijo Jared—. Ya he tomado mi decisión. Todavía estoy esperando la tuya.

—Terminemos con esto —dije, haciendo un gesto para que Zeke me siguiera a mi estación. Zeke se rio como si le hubiera contado un buen chiste.

Siguiendo mis instrucciones, Zeke se quitó la camiseta, y yo miré su suave pecho. Joder, era perfecto, sin cicatrices. Lo odié por eso. Odiaba la idea de que Ava pasara sus manos sobre él, descansando su cabeza sobre él. *Joder, joder, joder*. Necesitaba cerrarlo y dejar de pensar.

Tomé fotos, tomé medidas y preparé el arte de la transferencia. Normalmente, me enorgullecía de mis diseños originales, pero esta vez me importaba una mierda.

Jared me enseñó el arte del tatuaje cuando tenía dieciocho años. El verano que me gradué del instituto, llegué con el portafolio que me había llevado al Instituto Pratt. Jared me tomó como aprendiz, y nunca terminé yendo a la escuela de arte. La beca que me ofrecieron no me iba a ayudar en la matrícula, y no quería que me cargaran con préstamos estudiantiles o dejar que Killian me pagara como me había ofrecido. La falta de fondos no fue la única razón por la que abandoné la escuela de arte. Me encantaba dar vida a mi arte en un lienzo humano. Y, en su mayor parte, disfrutaba interactuar con los clientes. Escuchando sus historias. Mirando sus caras cuando miraban su nuevo tatuaje por primera vez. Y sabiendo que mi diseño estaría entintado en su piel para siempre.

Después de preparar la piel de Zeke y hacer el dibujo, le advertí que dolía, y que la tinta era permanente, algo que les decía a todos mis clientes. Como el homicidio no era una opción, opté por un enfoque profesional. Cuanto antes entrara y saliera, mejor.

—¿Todavía lo quieres? —le pregunté, esperando que cambiara de opinión y saliera corriendo por la puerta.

Se acomodó en la silla reclinada.

—No estaría aquí si no lo hiciera. —A pesar de sus palabras, todo su cuerpo se tensó, y pude ver que estaba conteniendo la respiración.

—Respira lenta y profundamente y relájate.

Esperé hasta que hizo lo que le dije, pero aun así parecía muy nervioso. ¿Por qué debería importarme?

—El primer minuto es el peor. Te acostumbrarás a él.

Asintió.

—Gracias.

Empecé la línea de trabajo. Él hizo un gesto de dolor, pero se quedó quieto, así que continué.

Esperaba que pudiéramos hacer esto en silencio, así podría bloquear todo y concentrarme en el tatuaje, no en la persona sentada en la silla. O todo lo que esta persona había llegado a representar, un nuevo comienzo para Ava. Ella había estado con otros chicos desde que yo estaba con otras chicas, pero nunca había conocido a ninguno de los chicos con los que se había enrollado, y ninguno de ellos había durado mucho tiempo. Había sido lo mismo para mí a lo largo de los años, y a veces me preguntaba por qué me molestaba cuando sabía que nadie se acercaría a ella.

—Ava y yo terminamos —dijo Zeke.

No reaccioné, pero quería saber si Ava lo terminó o Zeke lo terminó. ¿Por qué debería importar? Solo porque no estaba con Zeke no significaba que quisiera estar conmigo.

—Todavía está enamorada de ti —dijo.

Terminé de delinear el diseño y levanté la aguja del tatuaje de su pecho.

—Una palabra más sobre Ava y tendrás que encontrar un tatuador diferente.

—Solo para que lo sepas.

Cambié las agujas y volví a trabajar, sombreando y coloreando. Mantuvo la boca cerrada, pero el silencio no duró.

—Mi hermano mayor Alex me enseñó a navegar —dijo—. Por eso fui por la brújula. Es simbólico, ¿sabes? Tratar de encontrar una dirección en tu vida... algunas personas lo pasan peor que otras. No lo sé. Tal vez es solo que todos están conectados de manera diferente. Alex lo tenía todo. Mi familia es rica, mis padres son buenas personas. Crecimos sin querer nada. Fue a Harvard, y tal vez la presión le afectó o algo así. Nadie se dio cuenta de que había desarrollado una adicción a los opiáceos. Hasta que tuvo una sobredosis y acabó en Urgencias.

—¿Por qué me dices esto?

—Solo haciendo conversación.

Mentira.

—¿Qué te dijo Ava?

—Nada. Nunca habló de ti. —Le creí. Ava siempre se había guardado mis sucios secretos. Zeke bajó la voz, así que no se le escuchó por las agujas y la música.

—El año pasado, encontré tu receta en el cajón del escritorio. Te vi después de que te golpearan y supe que eso tenía que doler mucho. Y, aun

así, Ava guardaba tus medicinas bajo llave. No hacía falta ser un científico espacial para saber por qué.

El enojo y la vergüenza ardían dentro de mí. Odiaba que Zeke pudiera ser tan engreído, tan superior, armado con el conocimiento de que necesitaba a mi exnovia para controlar mi medicación para el dolor.

—Felicitaciones. Eres un maldito genio.

—Oye, no te estoy juzgando. Entiendo lo difícil que es. Vi a Alex pasar por un infierno. Recayó dos veces. Pero ahora está en un buen lugar.

Un buen lugar. Eso es lo que todos nos esforzamos por conseguir, ¿no?

—Así que, escucha, sobre el negocio... —dijo unos minutos después—. Hablé con Jared antes...

—Olvidalo.

—Estoy de tu lado. Quiero ayudar si puedo. ¿Por qué tú y Killian lo hacen tan difícil?

—Debe ser la forma en que estamos conectados.

—Él entrara en razón. Eventualmente.

Si Zeke hubiera ido por Eden, el infierno se habría congelado antes de que Killian llegara. De todas las chicas que Zeke pudo haber tenido, ¿por qué necesitaba ir por Ava? ¿Por qué ella fue por él?

Necesitaba recuperarla. Le mostraría que mi vida iba por buen camino y que había cambiado. No estaba empeñado en la autodestrucción, y no estaba huyendo de nada. Me mantenía firme y soportaba la tormenta.

Esta vez, no sería descuidado con Ava. Todo podría ser diferente. Encontraría la manera de hacer que se enamorara de mí otra vez.

5

Connor
Hace ocho años

Ava levantó sus brazos al aire e hizo un baile de victoria antes de saltar a mis brazos y envolver sus piernas en mi cintura, las luces de la sala de juegos parpadeando detrás de ella.

—Eres mi héroe.

Me quitó la gorra de los yanquis y se la colocó al revés en su propia cabeza antes de tomar mi cara en sus manos y presionar sus labios contra los míos. Pasé mi lengua por la comisura de sus labios, probando la sal del océano. Sus labios se separaron, y nuestras lenguas girando juntas. Sabía al helado italiano de cereza que había comido antes. Sus brazos rodearon mi cuello y mis manos sujetaron su perfecto culo en pequeños shorts de mezclilla. Sus tetas presionaban mi pecho mientras sus piernas se apretaban a mi alrededor. *Dios mío...*

—Ya. Ustedes dos. Suficiente con la DPA. Elijan su premio y váyanse de aquí.

Solté a Ava y ambos nos reímos cuando la puse de pie e intenté recuperar el aliento. Sus mejillas estaban rosadas por el sol que habíamos tomado antes, su cabello rubio platino enredado por el agua de mar. Habíamos venido sin prepararnos, volando sin cepillo ni toallas, en vez de dejar que el sol nos secara la piel. Su mirada se fijó en mis pantalones cortos que no hacían nada para ocultar mi erección. Me dio la espalda y se apoyó en mi pecho, su culo se apoyó en mi polla, lo que no ayudó en nada. Observé sus dedos, las uñas pintadas de azul índigo, ajustar la correa de su bikini rojo que se había deslizado por su hombro. El rojo era mi nuevo color favorito, lo había decidido antes cuando ella lanzó su camiseta con estampado de calaveras y sus shorts a la arena y luego corrió hacia el agua, mis piernas más largas la pasaron fácilmente. La levanté, la arrojé sobre mi hombro y me metí en el agua con ella riendo y golpeando mi espalda con sus puños.

La rodeé con mis brazos mientras estudiaba los premios que se ofrecían antes de elegir una Hello Kitty de peluche.

A nuestro lado, una niña con coletas rubias nos miraba con interés.

—Amo a Hello Kitty —dijo, con su boca formando un mohín. Cruzó los brazos y miró fijamente al hombre que estaba a su lado.

—Papá, ¿no puedes intentarlo de nuevo? —Levantó su dedo índice—. Uno más. Por favor.

—Ya me ha costado un brazo y una pierna. Este lugar está manipulado.

Ava se giró en mis brazos y me dio una pequeña sonrisa, sus ojos haciendo una pregunta que entendí sin que ella tuviera que decir las palabras.

—Adelante.

Ava se arrodilló frente a la niña y le ofreció la Hello Kitty.

—¿Sabes qué? Creo que Hello Kitty preferiría ir a casa contigo.

Los ojos de la niña se abrieron de par en par.

—¿Ah, ¿sí?

—Sí, lo sé —dijo Ava—. Solo prométeme una cosa.

—Bien.

—Dale muchos abrazos y hazla sentir especial.

La niña asintió, sus coletas rebotando de arriba a abajo.

—No podemos aceptarlo —dijo el hombre, echándome una mirada.

—Claro que sí —le dije—. Mi novia quiere que tu hija la tenga. Y yo quiero lo que sea que haga feliz a mi novia. —Maldición, me azotaron, pero no me importó una mierda. Estaba loco por esta chica y haría cualquier cosa para hacerla feliz.

Ava me sonrió y yo le rodeé el hombro mientras caminábamos por el paseo marítimo, perfumado con perritos calientes y patatas fritas. El aire estaba caliente y húmedo, pesado, como si estuviera conteniendo la respiración y esperando algo. O tal vez era solo yo.

—Nunca me habías llamado novia.

—¿Te parece bien ese título? —pregunté.

Se inclinó hacia mi lado y me rodeó la cintura con su brazo. Tomaré eso como un sí.

—Esta es la mejor primera cita en la que he estado.

Me reí.

—¿Comparado con qué? ¿Todas tus otras primeras citas?

Ava se rio.

—Buen punto. Pero incluso si hubiera estado en cientos, esta seguiría siendo lo mejor.

—Aún no hemos llegado al evento principal —le informé, guiándola hacia el Cometa. A Ava le encantaban las montañas rusas, por eso la traje a Coney Island hoy. Eso y la oportunidad de verla en bikini.

—Tú eres el evento principal —dijo.

—Esta noche te estás pasando de la raya —bromeé. Pero me encantaba. Me encantaba que ella pensara que yo era alguien especial. Alguien digno. Me encantaba la forma en que podíamos hablar durante horas de todo y nada y nunca aburrirnos el uno del otro. Me encantaba la forma en que podíamos estar en silencio. Nuestro silencio nunca estaba vacío o incómodo y ninguno de nosotros sentía la necesidad de apresurarse y llenarlo. Con Ava, sentía que era suficiente.

—¿Cuántas horas de almacenamiento te costó esa Hello Kitty? —preguntó mientras hacíamos cola para el viaje.

Cinco horas. Pero me importaba una mierda el dinero. Estaba feliz de pasar algo de tiempo con ella. Solo habíamos cruzado la línea de la amistad a algo más hace un mes, en su decimosexto cumpleaños cuando nos besamos por primera vez. Desde entonces, había sido difícil encontrar tiempo a solas. Su madre no me aprobaba.

—Dejó sus clases de baile por tu culpa —me acusó.

—Ava renunció porque ya no la hacía feliz —le respondí. *Lo que dejé de lado fue que las constantes presiones de su madre le habían quitado la alegría a Ava.*

—Desde que te conoció, ha cambiado. Ava solía ser razonable. Solía... hablarme. —Su madre agitó las manos en el aire—. Ahora cree que puede hacer lo que quiera. Y sé que es tu influencia.

Agarré la mano de Ava y le di un apretón mientras la fila avanzaba. Tuvimos suerte y fuimos los dos últimos en pasar. Nos subimos a nuestros asientos, la barra de seguridad bajó y pronto arrancó y tomamos velocidad. Ava levantó sus brazos en el aire y gritó como loca durante todo el recorrido. Miré su cara y vi la alegría que solía obtener del baile. Tan pronto como la montaña rusa se detuvo, la barra de seguridad se elevó, me agarró por detrás de la cabeza y me acercó, plantando un beso en mis labios.

Montamos en la montaña rusa tres veces más, nuestros besos se volvieron más frenéticos, nuestras risas y sus gritos se hicieron más fuertes antes de tomar el metro de vuelta a Bay Ridge. En el tren, compartimos auriculares, uno para ella y otro para mí. Escuchamos la lista de canciones británicas en mi iPod. The Rolling Stones, The Smiths, Led Zeppelin, The Verve, Oasis.

—Vamos a tu casa —me dijo, comprobando la hora en su teléfono—. Todavía tengo tiempo antes de mi toque de queda.

—¿Estás segura? —pregunté mientras el tren se detenía en mi estación.

—Claro —contestó, agarrándose la mano—. Tenemos que darnos prisa.

Al salir de la estación, los truenos retumbaron, y los relámpagos cruzaron el cielo.

—Me encantan las tormentas de verano —dijo, con la cara iluminada.

A mí también.

—La ira de Zeus.

—Eres tan inteligente.

Resoplé. No era tan inteligente. Pero el año pasado me había metido en una patada de mitología griega. Mi historia favorita era Odiseo, y se la conté a Ava hace unos meses, sobre cómo se le ocurrió un astuto plan para meter al ejército griego dentro de los muros de Troya ahuecando un caballo de madera para esconder a los guerreros griegos. Después de ganar la guerra, Odiseo se fue a casa. Le tomó diez largos años llegar a su hogar en Ítaca. A lo largo del camino, pasó por peligros y tentaciones, luchó con dioses y monstruos, el mar, y magos y hombres. Sin importar las dificultades que se le presentaron, Odiseo luchó a través de todo y nunca se rindió.

La primera gota de lluvia cayó sobre mi nariz. Solo habíamos caminado media cuadra cuando los cielos se abrieron y desataron la lluvia. Ava extendió sus brazos y giró en círculo, su cara se inclinó hacia el cielo.

—Vamos, chica loca. Te llevaré a dar un paseo. —Me agaché, y ella saltó sobre mi espalda, sosteniendo sus sandalias en su mano. Me acarició el cuello mientras corría las tres manzanas hasta el apartamento que compartía con Killian encima de un restaurante.

Cuando entramos, nuestra ropa estaba pegada al cuerpo y el cabello de Ava goteaba en el suelo de parque desigual. Me quité mis Nikes y me retiré al baño. Me quité la camiseta mojada y la colgué en la barra de la ducha y luego agarré una toalla seca para Ava. Cuando volví a la sala, Ava se había desnudado quedando en bikini. Los pequeños trozos de tela dejaron algo a la imaginación, pero no mucho. Tragué con fuerza mientras le entregaba la toalla. Me dio las gracias y se la envolví en los hombros mientras recogía su ropa mojada y la colgaba en las sillas de madera de la mesa de la cocina para que se secara.

—Yo... me voy a poner unos pantalones cortos secos —le dije. Ahora que estábamos aquí arriba, solos en el apartamento, no sabía qué hacer conmigo mismo. Había estado aquí antes, unas cuantas veces después de la escuela, pero nos quedábamos en el sofá y veíamos la televisión o

hacíamos las tareas juntos. Pero ella no había estado aquí desde nuestro primer beso y ciertamente no había estado en un pequeño bikini.

Joder.

Entré en mi habitación, una habitación pequeña apenas lo suficientemente grande para caber mi cama doble, solo un colchón y una base, y una cómoda destartalada que Killian y yo habíamos comprado en el Goodwill. Me puse shorts de baloncesto y colgué los mojados en el radiador. Un rayo iluminó mi habitación y oí sus pasos detrás de mí, el suelo crujiendo bajo su peso.

—¿Me prestas una camiseta? Solo hasta que mis cosas se sequen.

—Sí. Seguro. —Le di una camiseta de los Rolling Stones de mi cajón y ella se la pasó por la cabeza. Le llegó a la mitad del muslo.

Pasó su lengua por su labio inferior, sus ojos se fijaron en mi pecho desnudo. Luego levantó los ojos hacia los míos y dio un paso más. Acuné su cara en mis manos y sus brazos se envolvieron alrededor de mi cuello. Cerré los ojos y la besé y mientras la tormenta de verano se desataba afuera, me sentí en paz de una manera que solo sentía cuando estaba con Ava. Nuestras manos exploraron el cuerpo del otro, su piel tan suave y sus besos tan dulces, mi camiseta de los Rolling Stones cayó al suelo cuando caímos en mi cama. Ella me enganchó una pierna alrededor de la cintura, tirando de mí y yo rodé sobre mi espalda, trayéndola encima de mí. Ava puso sus palmas en mi pecho y se sentó, con sus piernas a horcajadas mientras apoyaba su cuerpo contra mí. Me agarré a sus caderas y guie sus movimientos. Nunca había estado tan duro en mi vida.

—Oh —dijo, sus ojos se cerraron y sus labios se separaron.

—Oh Dios.

Jesucristo. Esta era la forma más dulce de tortura, ver a Ava correrse. Le temblaban las piernas y me montaba con más fuerza, aplastando su cuerpo contra mi erección, sus uñas cortas clavándose en mis hombros.

—Connor —lloró mientras el orgasmo la atravesaba, sus labios se separaron en un jadeo, sus ojos se cerraron cuando se corrió. Se desplomó sobre mí, sin fuerzas, su cabeza apoyada en mi hombro, su suave aliento en mi cuello. La rodeé con mis brazos y enredé mi mano en su cabello mojado, mi polla tan dura que me dolía. Ella levantó su cabeza y me besó.

—Muéstreme qué hacer —susurró.

Algo en la forma en que lo dijo y la forma en que se veía... como si estuviera nerviosa, me hizo dudar.

—No necesitas hacer nada.

—Quiero hacerte sentir tan bien como tú me hiciste sentir a mí.

Me reí entre dientes.

—No hice nada. Solo estuve acostado aquí.

—Entonces muéstrame lo que te haces a ti mismo. Quiero mirar.

—¿Quieres verme masturbarme?

—Sí —dijo sin dudarlo. Se alejó de mí y se acostó de lado, con la cabeza apoyada en la mano, con los ojos fijos en el bulto de mis pantalones.

—No tardaré mucho.

Me bajé los pantalones y me envolví la mano alrededor de la polla.



Me desperté con un sobresalto y parpadeé en la oscuridad. El cuerpo caliente de Ava estaba acurrucado contra el mío, su respiración era profunda y uniforme. Instintivamente, mi brazo alrededor de ella se apretó mientras los golpes en la puerta se hacían más fuertes e insistentes.

—Abre la puerta —gritó Seamus desde el otro lado.

Joder. Salté de la cama y agarré la ropa de Ava de las sillas, aún húmeda, pero tenía que hacerlo. Se sentó en la cama, frotándose los ojos.

—¿Qué está pasando?

Mi padre estaba fuera de nuestra puerta, golpeándola, y habría un infierno que pagar.

—Necesito que te vistas y te quedes en el dormitorio. ¿Entiendes? Me desharé de él y luego te llevaré a casa, ¿de acuerdo?

—Pero ¿por qué... —Sus ojos se abrieron de par en par al comprobar la hora en su teléfono—. Oh Dios mío, Connor. Son las dos de la mañana. Mi mamá me va a matar. Cinco llamadas perdidas. —Jugueteó con su teléfono—. El tono de llamada estaba en silencio. *Oh, Dios mío.* Estoy muerta.

—Me ocuparé de todo. Prometido. Solo quédate aquí —le dije, cerrando la puerta del dormitorio detrás de mí.

No tenía tiempo de explicarlo. Por toda la charla que tuvimos y mi honestidad, guardé los sucios secretos de Seamus. Y por alguna razón, Ava nunca se había preguntado por qué vivía con Killian y no en casa.

Abrí la puerta y me enfrenté al hombre que me había criado. Músculo sólido con hombros anchos y cabello oscuro y liso. Su cara era de un alarmante tono rojo, la mandíbula apretada, el músculo de su mejilla saltando. Me llevó dos segundos evaluar la situación. Su sudor olía como una destilería. Había estado bebiendo, y esto no tendría un bonito final.

—¿Qué crees que estás haciendo, muchacho? —preguntó, con su voz baja y dura, abriéndose a través de mí. Seamus Vincent nunca gritaba cuando estaba enfadado—. Marie Christensen me llamó. Dice que su hija está contigo. Debía estar en casa hace horas. ¿Es eso cierto?

No tenía sentido mentir. El resultado sería el mismo sin importar lo que yo dijera.

—La llevo a casa ahora.

—Ella viene conmigo. Dije que la llevaría a casa.

—No la llevarás a ningún lado. Apestas a whisky.

—¿Qué has dicho?

—Tú no estás llevando a Ava a ningún lugar

Me miró y yo me quedé parado, fortaleciéndome por el impacto de sus golpes.

—Tu trabajo es lo único que te queda. ¿Quieres poner eso en peligro? Está bien. Pero no estás poniendo la vida de mi novia en peligro.

El puño de Seamus me golpeó en la cara. Mi cabeza se fue hacia atrás y escuché a Ava gritar.

—Cuida tu boca, muchacho. Recuerda con quién hablas.

—Me importa una mierda si eres el Papa. Mi novia no se va a subir a un auto contigo, viejo.

Seamus me golpeó contra la pared, me inmovilizó con su brazo presionado contra mi garganta y me golpeó en el estómago, sacándome todo el aire de los pulmones. Pequeños puntos negros flotaban frente a mis ojos y no podía respirar. Apenas sentí el siguiente golpe.

—Déjalo en paz —gritó Ava, agarrando el brazo de Seamus y tirando de él. La miró, confundido, y me soltó de su agarre. Fue suficiente para darme una ventaja. Lo empujé tan fuerte como pude, lo agarré con la guardia baja y él tropezó hacia atrás, chocando contra el costado del sofá.

—Mierdecilla —dijo, sus ojos se entrecerraron cuando se acercó a mí otra vez.

—¿Qué coño estás haciendo? —rugió Killian cuando entró por la puerta. Agarró a Seamus por los hombros y lo inmovilizó contra la pared, golpeándolo justo en la cara.

—Quítame las manos de encima —le dijo Seamus, empujándolo. Se había terminado. Por ahora.

—Necesito llevar a Ava a casa. Está demasiado borracho para conducir. —Metí los pies en mis Nikes, agarré las llaves de la mesa de café y tomé la mano de Ava, la llevé fuera del apartamento y bajé las escaleras.

—Connor. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y todo su cuerpo temblaba.

—Estará bien —dije, llevándola por la acera hacia la estación del metro. Dos paradas en el tren R y una caminata de cuatro cuadras desde la estación hasta su casa. Estaríamos allí en veinte minutos.

—Todo está bien.

—Espera —llamó Killian detrás de nosotros. —Miré por encima de mi hombro a Killian, que sostenía un juego de llaves—. Los llevaré. Es más rápido.

Ava y yo subimos al asiento trasero del todoterreno de Seamus. Estaba en el asiento del pasajero y no necesité mirarle la cara para saber que estaba furioso. O que pagaríamos por este pequeño truco. Se había humillado a sí mismo, y habría un precio que pagar. Seamus normalmente se las arreglaba para controlarse en público y aplicar el castigo a puerta cerrada. Esta vez había cruzado la línea permitiendo que alguien presenciara su arrebató. No solo alguien. *Ava*.

—Envía un mensaje a tu madre —le dije en voz baja—. Avisale que vas en camino.

Sacó su teléfono del bolsillo con manos temblorosas y envió un mensaje de texto, exhalando mientras pulsaba enviar. Ninguno de nosotros habló mientras Killian conducía por las calles de Bay Ridge.

—Te dejaré el auto mañana —dijo Killian mientras se detenía frente a la casa de dos pisos en la que crecimos. Seamus gruñó, sabiendo que había sido golpeado, y cerró la puerta detrás de él cuando se fue.

Cinco minutos después, Killian se detuvo frente a la casa de Ava. La luz del porche estaba encendida y Ava miró por la ventana, sin hacer ningún movimiento para salir.

—Vamos, nena. Todo va a estar bien.

—No es por mí por quien estoy preocupada —dijo en voz baja, apoyando la palma de su mano en mi pómulo—. Connor... —Sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez. No podía soportar verla llorar.

—No te preocupes por mí. —Me acerqué a ella y abrí la puerta del vehículo. Salió del todoterreno y giró para cerrar la puerta, pero no iba a dejar que se enfrentara a esto sola.

—Vuelvo enseguida —le dije a Killian.

—Deberías irte —dijo Ava, con la voz baja mientras yo caminaba a su lado.

—No quiero que te metas en más problemas. Yo puedo manejar esto. No es gran cosa.

Le di un pequeño apretón de manos cuando la puerta se abrió y los padres de Ava se pararon en la entrada. Su madre se paró en la entrada con las manos en las caderas.

—¿Dónde has estado, jovencita? ¿Sabes qué hora es? Ni siquiera contestaste el teléfono.

—Acabo de... Perdí la noción del tiempo...

—Tuve que llamar a Seamus. —Me echó un vistazo—. Como si tu pobre padre no tuviera suficiente con lo que lidiar. Su trabajo es bastante estresante sin ti...

Las manos de Ava se cerraron puños a sus lados.

—Seamus...

—Nos traje hasta aquí —le dije. Una rápida mirada sobre mi hombro confirmó que los cristales tintados y la oscuridad ocultaban la identidad de quien estaba al volante del todoterreno de mi padre—. Fue mi culpa. Todo. Arrastré a Ava a una fiesta. Ella estaba lista para irse, pero yo no. —Me encogí de hombros como si me importara una mierda. Los ojos de su madre se entrecerraron.

—¿Has estado bebiendo?

—Tomé unos cuantos de más. Ava no tocó ni una gota de alcohol.

—Connor no bebe —informó Ava.

—Nena, no tienes que cubrirme. —Me froté la nuca—. Así que sí... mi padre insistió en que confesara y me disculpara porque es lo correcto.

—Connor, ¿por qué estás...

—Todo es culpa mía —le dije a su madre—. No sea tan dura con ella. Intentó hacer lo correcto, pero me dejó llevar. —Le di a su madre un saludo simulado y me fui.

—Connor. Espera —me llamó Ava. Seguí caminando sin darme la vuelta.

—Entra en esta casa ahora mismo, jovencita —dijo su mamá mientras yo abría la puerta del pasajero.

—Connor. Espera. —Ava puso su mano en mi brazo y me giré para mirarla—. Te amo, Connor. Yo... siento como si te hubiera amado siempre. No lo sé. Tal vez lo he hecho. En otra vida o algo así... —Sacudió la cabeza y se rio un poco—. Eso sonó loco. Pero solo quería que lo supieras. Que eres amado.

Con una pequeña sonrisa, Ava se dio la vuelta y se alejó mientras yo estaba junto al todoterreno, atónito.

Me subí al asiento del pasajero y me abroché el cinturón de seguridad, mirando la casa de Ava por la ventana mientras Killian se alejaba del bordillo, sus palabras resonaban en mi cabeza. *Eres amado.*

Killian no dijo una palabra hasta que volvimos al apartamento.

—Deberías haberte puesto un poco de hielo antes —dijo, vaciando una bandeja de hielo en un paño de cocina.

—Gracias —contesté, colapsando en el sofá, presionando el hielo contra mi pómulo.

—¿Estás bien?

—Sí —le dije, a pesar de que mi cabeza palpitaba y cada vez que respiraba hacía que mis costillas gritaran en protesta.

Se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados.

—Si quieres seguir viviendo conmigo, tienes que ser más responsable.

—Lo sé. Lo haré. Nos quedamos dormidos —comenté, dejando fuera la parte que venía antes—. Su madre llamó a Seamus. Ella cree que todavía vivo allí.

Killian dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Joder. Y Ava lo vio golpearte.

—Sí.

—No puedo estar aquí para vigilarte. No estoy en casa lo suficiente...

—No necesito una niñera. Está bien. Estoy bien.

—Estás demasiado solo —dijo, y pude oír la culpa en su voz—. Intentaré estar más en casa.

Killian pasaba seis horas al día entrenando y las noches como barman en el bar para perseguir sus sueños y mantener un techo sobre nuestras cabezas, y yo estaba tan condenadamente agradecido de tenerlo en mi esquina que habría caminado sobre brasas calientes por él. Lo último que quería era poner en peligro sus sueños.

—No tienes que preocuparte por mí. Necesitas ir por tus sueños. Va a suceder para ti. El UFC... el dinero... todo. Tendrás todo por lo que estás trabajando y valdrá la pena. Vas a ser un campeón del Octágono. Algún día gritarán tu nombre.

Abrió la boca como para decir algo y luego la cerró y se frotó la nuca, incómodo con los elogios que le estaba haciendo.

—Estás tan lleno de mierda. —Sacudió la cabeza y rio.

—Estoy diciendo la verdad. —No le mentía. Killian tenía la disciplina, el talento y el impulso para convertirse en un campeón. Sin mencionar que la MMA era su pasión. No tenía ninguna duda de que llegaría hasta el final.

Tiré el hielo en el fregadero y volví a la sala de estar. Killian estaba clasificando una pila de facturas en la mesa de café. Estábamos cortos de dinero y el recuerdo del dinero que había gastado hoy me hizo estremecer. Sin mencionar que me había comprado un nuevo cuaderno de dibujo y lápices hace unos días.

—Pediré algunas horas extras... para ayudarte con las facturas.

Killian sacudió la cabeza.

—Tienes que ahorrar tu dinero para el futuro. Cuando seas un artista famoso, puedes devolverme el dinero. —Me reí de eso—. Necesitas relajarte con Ava.

—Ella me ama —dije, todavía maravillado por esas palabras. Nunca las había escuchado antes. Ni de nadie.

—Sí, lo he oído —dijo Killian. Esperé a que dijera más, pero apuntó el mando a distancia a la TV y pasó por los canales. Lo más probable es que se quedara dormido en el sofá por el claro silencio de la TV como lo hacía la mayoría de las noches.

Cerré la puerta del dormitorio, me desnudé hasta quedar en calzoncillos y me acosté en la cama, con el aroma de Ava en la almohada. Enterré mi nariz en ella e inhalé profundamente. Olía a flores, a lluvia y a mar. Olía como el cielo.

6

Ava

Bajé corriendo las escaleras del cuarto piso y salí de mi edificio en una mañana de otoño y un cielo azul sin nubes. Un clima perfecto en Brooklyn. Mientras caminaba por la Avenida Bedford, me saqué de la cabeza todos los pensamientos de Connor. Cuando llegué a Brickwood Coffee, casi me había convencido de que dejarlo ir era lo mejor que había hecho.

La campana de la puerta sonó cuando entré en la cafetería de madera rústica e inhalé el aroma a nuez del café recién hecho. Me encantaba el olor del café, pero nunca había adquirido el gusto por él. Escaneé la tienda en busca de Eden, ya que era pequeña, y solo tardé unos segundos en darme cuenta de que aún no estaba aquí. Mi mirada se posó en el tipo del mostrador y mi corazón tartamudeó mientras sus ojos se fijaban en los míos, sus pasos lo acercaban. Girando para irme, agarré la manija de la puerta. Su mano me rodeó el brazo para detenerme.

—Espera. No te vayas —dijo con su voz ronca. Rasposo. Sexy. El tipo de voz que querías escuchar en la oscuridad. Mis rodillas aún se debilitaban al oírla.

Me soltó el brazo cuando me alejé de la puerta para dejar salir a un cliente.

—Connor...

—Te pedí un chai latte.

—Eden no va a venir, ¿verdad?

—No.

Aunque no fue divertido, me reí. Le hice lo mismo a Eden hace un año, tratando de juntarla con Killian. Había funcionado, pero no tenían una historia complicada.

—Hola, soy Connor Vincent —dijo.

Giré y levanté mis ojos hacia los suyos, mi frente se arrugó.

—¿Qué?

—Pretendamos que esta es la primera vez que nos encontramos.

Negué con la cabeza.

—La vida no funciona así.

—Lo sé. Pero podemos intentarlo. Conocernos sin pasar... sin malos recuerdos.

Los recuerdos no se pueden borrar, ni los malos ni los buenos. Desafortunadamente, los recordaba todos. ¿Connor lo hacía? Lo dudaba. Estaba demasiado ocupado persiguiendo su siguiente dosis.

—¿Cómo funciona eso?

—Empezaremos de nuevo. Lo hago todos los días. Un minuto, una hora, un día a la vez. Pasos de bebé, Ava.

Su tono era engañosamente ligero. Sabía que no podía ser fácil, ni para él ni para nosotros.

—Te odio, ¿recuerdas? —Pero incluso mientras lo decía, pude oír que mi voz carecía de convicción.

—¿Nos acabamos de conocer y ya me odias? —bromeó.

Puse los ojos en blanco. Me dio una sonrisa que derretía el hielo alrededor de mi corazón. Me encantaba ese hoyuelo en su mejilla derecha y el brillo de sus ojos azules.

—Hola, soy Ava Christensen. —*Y soy una tonta por seguir con este plan.*

Su sonrisa se amplió.

—Encantado de conocerte, Ava. ¿Puedo invitarte a una bebida?

Me reí en voz baja. Esto era ridículo.

—Tomaré un chai latte.

—Lo llevaré a la mesa.

Asentí con la cabeza, y de alguna manera mis pies me llevaron a una mesa. Me senté de espaldas a la ventana y vi a Connor caminar hacia mí con dos vasos de cartón en sus manos. Afeitado, con una camiseta azul, jeans descoloridos colgados en sus estrechas caderas y botas negras de motero, se veía tan bien que era casi comestible.

¿Cómo podría funcionar esto? Durante los últimos diez años, había sido tantas cosas diferentes para mí: el mejor amigo, el peor enemigo, el amor de mi vida, un rompecorazones, un imbécil con una I mayúscula.

Empezar de nuevo no era posible.

Puso el té delante de mí y le agradecí, sonando tan primitiva y apropiada que apenas me reconocí. Connor giró su silla y se sentó a

horcajadas. Por dentro, me quejé. *Odiaba cuando se sentaba así. Me encantaba cuando se sentaba así.* No pensaba en sentarlo a horcajadas en una silla.

—¿Cuándo vas a aprender a sentarte en una silla? —le pregunté, con los nudillos blancos en mi vaso de cartón.

Me dio una sonrisa lenta y fácil, y tamborileó sus dedos en el respaldo de la silla, dando golpecitos a cualquier canción que tuviera en la cabeza. Quería saber qué canción era, cómo sonaba la banda sonora de nuestra vida ahora, pero no le pregunté.

Bebimos a sorbos y nos miramos a escondidas como si estuviéramos en una primera cita. Curiosos, atraídos el uno por el otro, pero sin saber cómo proceder. *Con precaución, Ava, así es como debes proceder.*

Un cordón trenzado de cuero negro alrededor de su cuello desaparecía dentro del cuello de su camiseta, la medalla de plata de San Judas que siempre llevaba escondida a la vista. El santo patrono de las causas perdidas, perfecto para Connor.

Mi mirada bajó a los tatuajes en los brazos de Connor. Conocía bien los peces y pájaros de tinta azul y negra que encajan como un rompecabezas en su brazo izquierdo. Pero su manga derecha seguía siendo un misterio. La había entintado el año pasado, y aproveché la oportunidad para estudiarla ahora. Todos los diseños eran intrincados y entrelazados y aunque no había un tema central, encajaban perfectamente. Las ramas desnudas de un árbol con un cráneo enterrado en el tronco, enredaderas envueltas alrededor de él como si hubieran ahogado la vida del árbol. Las estrellas. Alas de pájaro. ¿Era Odiseo? *Oh, Connor.* Cuanto más cerca miraba, más veía. La palabra LIBRE escrita con guion en su antebrazo...

Connor me atrapó mirando. Con el pretexto de rascarse la espalda, expuso la parte inferior de su bíceps. Un ojo gris enmarcado por largas y oscuras pestañas me miraba fijamente. Una perfecta gota de lágrimas caía de la esquina.

Oh, Dios. Levanté mis ojos hacia los suyos.

Sus ojos se cerraron brevemente, y ese simple gesto casi me mata. Igual que el ojo tatuado en su brazo, *mi ojo.* Desvié la mirada e intenté estabilizar mi respiración.

El silencio se extendió entre nosotros mientras sus ojos revoloteaban sobre mi rostro, tratando de averiguar cómo me sentía acerca del tatuaje. No estaba segura de lo que pensaba. No estaba segura de nada en este momento.

Solíamos ser capaces de comunicarnos sin palabras. Ahora no tenía ni idea de lo que estaba pensando. *¿Qué está pasando en esa retorcida y hermosa mente tuya, Connor?*

Eden me había dicho que se había hecho un nuevo tatuaje en el pecho para cubrir las cicatrices, pero si estábamos jugando a este juego de “solo nos vemos”, se suponía que no debía saberlo. Me aclaré la garganta.

—¿Tienes más tatuajes, además de tus brazos?

Me dio una pequeña sonrisa.

—Tengo un halcón en mi espalda. Los halcones representan la esperanza y la libertad. Y un dragón japonés en mi pecho.

Asentí, ninguno de los dos comentando el simbolismo del dragón. Aunque me moría por verlo. Los diseños de Connor siempre eran sorprendentes. Especiales. Únicos. Artísticos. Era tan talentoso, y siempre me había sorprendido que sus grandes y fuertes manos pudieran crear obras de arte tan detalladas e intrincadas.

—Los tatuajes son geniales.

—Me alegro de que pienses así. Soy un artista del tatuaje. —Tomó un sorbo de su café y me miró por encima del borde—. En realidad, estoy comprando la tienda donde trabajo.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿La estás comprando?

—El actual propietario se está mudando a California.

Vaya. Eso era algo enorme. Connor estaría asumiendo una gran responsabilidad. Tal vez realmente había terminado de correr.

—Siempre quise vivir en California.

—¿Qué te detuvo?

Me encogí de hombros. *No me importaba dónde vivía si estuvieras allí.*

—Brooklyn no es tan malo. Tengo buenos amigos y un buen trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en un bar a pocas cuadras de aquí. Hago las redes sociales, reservo el entretenimiento, el papeleo...

—Apuesto a que eres buena en lo que haces. Irreemplazable.

—Me gustaría pensar que sí.

—Estoy seguro de que es verdad —dijo Connor.

Pensé que tal vez hablaba de algo más que de mi trabajo. *¿Soy irremplazable en tu vida, Connor? Si eso era cierto, ¿por qué lo habías tirado todo por la borda? ¿Por qué las drogas te habían dado algo que yo no podía? ¿Por qué le habías dado a las drogas tanto poder sobre tu vida? Te habían arruinado a ti, a nosotros y a todo lo que era bueno y real.*

—Connor, esto no va a... —Funcionar.

—Ava. ¿Alguna vez has tenido la sensación de que estás al borde de algo realmente bueno... y estás emocionada y esperanzada, pero estás nerviosa porque no quieres arruinarlo?

—¿Es así como te sientes ahora? —le pregunté.

—Sí, así es exactamente como me siento. Como si estuviera en una montaña rusa y estuviera subiendo, y sé que pronto estaré en la cima, y entonces tomará velocidad y estaré volando. Pero en la parte de atrás de mi cabeza, estoy pensando... ¿y si esta cosa salta las vías? Es así.

Conocía esa sensación tan bien, la forma en que tu estómago se revuelve con la anticipación, el miedo y la emoción. El vértigo de caer en picado y caer en picado a una velocidad vertiginosa.

—Me encanta montar montañas rusas.

Connor sonrió.

—Sé que lo haces. ¿Qué más te gusta hacer?

—Me encanta bailar en mi salón hasta que me pongo caliente y sudorosa y me desplomo en el suelo. —Se rio, y supe que podía imaginárselo—. Me encanta cantar una canción de Adele o cantar con Lana Del Rey. Me encanta su letra y su voz sensual. Es mi chica enamorada. Y me encanta hurgar en toda la basura de los mercados de pulgas y las tiendas vintage. Porque sé, solo sé, que voy a encontrar algo único, raro y maravilloso. Es como una búsqueda del tesoro, ¿sabes? —Asintió, y su sonrisa se amplió, como si escuchar todo lo que ya sabía de mí fuera único, raro y maravilloso. Dejé de lado mi recién descubierta alegría, la clase de sedas aéreas que había empezado a tomar hace ocho meses. Eso era mío, y no lo compartía con nadie—. ¿Qué te gusta hacer?

—Dibujar y esbozar. Graffiti. Tatuajes. Montar mi Harley a las montañas o a la playa o a cualquier lugar, en realidad. Me encanta leer libros que me hacen ver el mundo de manera diferente. O que me hagan preguntarme qué diablos pasaba por la cabeza de esa persona cuando escribió eso. He estado leyendo a Bukowski. Sus historias son crudas, arenosas y sucias. El otro día leí uno de sus poemas que me recordó...

—¿Te recordó qué? —lo incité.

Negó con la cabeza.

—Solo una chica que solía conocer.

—¿Era cruda, arenosa y sucia?

—Era nuestra relación.

—No siempre. —Una vez que las palabras salieron, deseé poder retirarlas.

—Cierto. Durante un tiempo fue increíble. La mejor cosa que jamás había conocido. Ella era lo mejor que había conocido.

Mis ojos se lanzaron alrededor de la tienda, buscando refugio. No podía hacer esto con él.

—Tengo que irme.

Dejó escapar un respiro.

—Sí. Está bien.

Nos pusimos de pie, y me hizo salir de la cafetería. Estaba tan cerca que olí el débil olor del humo del cigarrillo mezclado con su propio olor a feromonas y masculinidad. Odiaba la forma en que olían los cigarrillos. Debería haber sido un gran apagón. De alguna manera, no lo fue. Cuando se trataba de Connor, siempre me saltaba las reglas.

Cuando salimos de la cafetería, sentí que había sido absorta de nuevo por el mundo de Connor, un lugar peligroso, embriagador lugar para vivir. A veces, me sentía tan pequeña a su lado, probablemente porque era trece centímetros más alto que yo. Pero otras veces, me hacía sentir como si midiera tres metros de altura. Como si fuera... increíble. Tenía la habilidad de hacerme sentir como si fuera todo su mundo. Hasta que ese mundo se estrellaba y se quemaba a nuestro alrededor.

—¿Necesitas que te lleven?

Negué con la cabeza. Necesitaba caminar para poder despejar mi cabeza. Montar en la parte trasera de su Harley, con mis brazos rodeándolo, no me ayudaría a hacerlo.

—¿Puedo llevarte a cenar?

—No. Yo...

—Almuerzo entonces. El almuerzo es seguro.

Nada es seguro contigo. ¿Cuántas veces podría dejar que me rompiera el corazón? A los diecinueve, me destruyó. A los veinticuatro, todavía estaba recogiendo los pedazos. Cometí el error de mirarlo de frente. A la luz del sol, sus ojos eran casi translúcidos, enmarcados por una maraña de pestañas gruesas y oscuras. Mi mirada se dirigió a su boca, a sus labios llenos y sensuales. Sabía de lo que era capaz esa boca, lo que sus labios y su lengua podían hacerle a mi cuerpo. Podía hacer que mi cuerpo cantara, que me retorciera de placer y de dolor. Nadie daba tan buen dolor como Connor.

Mantente fuerte, Ava. Una cosa es que te engañen para que lo veas, pero solo una tonta lo haría a sabiendas.

—No puedo almorzar contigo. O la cena. O cualquier otra cosa.

—Todo lo que pido es otra oportunidad para hacer las cosas bien.

—Estás pidiendo demasiado.

—Mi trágico defecto. Pero te lo pido de todas formas. Una oportunidad más para hacerlo bien. —Se acercó y bajó su cabeza, su cálido aliento en mi cuello enviando escalofríos por mi columna mientras me susurraba al oído—. “*Wild Horses*”. Esa era la canción que sonaba en mi cabeza.

Di unos pasos atrás para poner distancia entre nosotros y sacudí mi cabeza, tratando de despejarla, pero puso la canción en mi cabeza. Ahora estaría atrapada allí, tocando en repetición. ¿Por qué seguía de pie en la acera delante de él? Una chica cuerda se habría ido tan pronto como hubiera entrado en la cafetería.

—Almuerzo —me dijo—. Tú, yo, comida, conversación. Perfectamente inofensivo. Te enviaré un mensaje de texto.

Sin darme la oportunidad de responder, se alejó. Había sido mucho más fácil cuando había cumplido mis deseos y no había enviado un mensaje de texto, llamado o intentado verme. Tal vez estaría demasiado ocupada dirigiendo la tienda para tener tiempo para mí. Tal vez se olvidaría de enviar mensajes de texto como solía hacerlo antes de que todo se desmoronara. Pero no, quería mostrarme que había cambiado. Quería mostrarme la posibilidad de nosotros. Solo necesitaba decidir si estaba emocionalmente preparada para ir a la carrera.

No sabía que a los dieciséis la montaña rusa iba a ser nuestra vida juntos.



—Eres malvada —le dije a Eden después de que abriera la puerta de la boutique para dejarme entrar. Incluso cubierta de salpicaduras de pintura con su cabello rubio en un desordenado moño, Eden era preciosa. La malvada carcajada de bruja que emitió no fue tan bonita.

—La venganza es una perra —contestó, volviendo a su pintura. Estaba pintando un mural en la pared de una boutique en Bedford Avenue que vendería ropa y joyas y que se inauguraría el próximo mes. Normalmente, me regodearía en las obras de Eden, pero mi cerebro estaba demasiado revuelto para apreciarlo. Retorcí las manos y anduve de un lado a otro de la tienda.

—Entonces... ¿cómo fue? —preguntó.

—Terrible. No puedes entrometerte en nuestras vidas porque... no es lo mismo que tú y Killian. Somos... Connor y yo... —Dios mío, ni siquiera pude formar una frase coherente. Planté mis manos en mis caderas y le miré la espalda. Un completo desperdicio de energía—. ¿Esta fue tu idea?

—Fue idea de Connor. Pero pensé que era la manera perfecta de juntarlos a los dos.

—Felicitaciones. Misión cumplida. —Caí sobre la tela que protegía el suelo de madera y me quedé allí tumbada, mirando la lámpara de cristal que estaba encima de mí y el techo azul de medianoche con estrellas doradas metálicas—. ¿Pintaste el techo?

—Sí.

—Está bien —dije a regañadientes.

—Esta tienda va a ser genial. Te encantará. —Giré la cabeza para mirar la pared que estaba pintando. Una escena celestial. Era genial. Me encantaba.

—Así que... cuéntame sobre tu cita para el café —dijo Eden.

—No era una cita —espeté—. Tú y Connor conspiraron para... destruirme, creo.

Me miró por encima del hombro.

—No pareces destruida.

—¡Estoy tirada en el maldito suelo como una muñeca de trapo! —grité.

—Tus pulmones todavía funcionan.

Suspiré. Actuaba como una niña de seis años, reducida a hacer un berrinche. Debía ser una rebelión por todos esos años de búsqueda de la perfección y tratar de cumplir las expectativas de mi madre. Qué horrible para ella que haya desbaratado todos sus planes cuidadosamente elaborados. Qué horrible que Connor todavía tuviera este tipo de poder sobre mí.

—No sabes lo que me hace.

—Dile al Dr. Madley. Lo convenceré de que baje de la cornisa.

—Estás de su lado.

—Los quiero a los dos. No estoy tomando partido. De hecho, esperaba que fueras mi dama de honor.

—¿En serio? —le pregunté, emocionada por la perspectiva. Me encantaban las bodas, y aunque nunca había pasado por una con los ojos secos, todavía las amaba. Y amaba a Eden y Killian, por separado, pero aún más como pareja. Eran perfectos el uno para el otro.

—¿Lo harás? —preguntó.

—Me encantaría. Pero será mejor que no me hagas llevar un vestido feo.

Me miró con el ceño fruncido por encima del hombro.

—Debería estar ofendida por tu falta de fe en mí.

—Lo siento. Sé que no harías eso. No eres Lana. Me hizo usar un vestido que parecía un cepillo de baño rosado caliente. Juro por Dios que era el vestido más feo de la historia de los vestidos de dama de honor.

Eden se rio.

—Lo elegiremos juntas.

—¿Connor será el padrino? —Qué triste que incluso tuviera que cuestionar eso.

—No lo sé —dijo Eden en voz baja—. Debería ser un hecho, pero Killian... bueno, ya sabes...

Lo sabía. Me dolía el corazón, como cada vez que pensaba en la noche en que esos cuatro hombres vinieron en busca de venganza.

El rostro de Connor... apenas lo reconocí. Esos hombres lo habían hecho papilla. Tallaron letras en su pecho con una navaja. Le habrían disparado, y tal vez a Eden también, si Killian y su padre no hubieran aparecido en una misión de rescate. Me senté junto a la cama de Connor en el hospital porque Killian no podía... o no *quería*. Le tomé la mano y le canté, porque no sabía qué más hacer. Me senté a su lado en la limusina de camino al funeral de su padre, me agarré de su brazo durante el servicio y el entierro. Derramé suficientes lágrimas como para llenar un océano.

Todo lo que me importaba era que Connor estuviera vivo. Pero cuando los días se convirtieron en semanas, y su cuerpo empezó a curarse, mi ira se apoderó. Se había metido en ese lío y arrastrado a todos los demás a él.

Sabía que tenía que sacarlo de mi vida y eliminar todo contacto con él. Necesitaba encontrar una forma de perdonarle todo el dolor y el daño que había causado. Todos esos años de preocupación de que terminaría muerto por una sobredosis, o un accidente con drogas en su Harley, o cualquier cantidad de cosas locas que le pudieran pasar a un drogadicto. Su acto de desaparición de cinco meses cuando se fue a Miami y no sabíamos si estaba vivo o muerto...

Y, aun así, acababa de pasar tiempo con él en una cafetería. *Realmente necesitas que te examinen la cabeza, Ava.*

—Todavía tenemos mucho tiempo para hacer que funcione —dijo Eden—. No nos casaremos hasta junio. Dime cómo fue la cita del café.

—Connor sugirió una segunda oportunidad. Hacemos como si nos acabáramos de conocer y nos volvemos a conocer. No puedo ver cómo va a funcionar eso.

—Suenas como el plan perfecto. ¿Por qué no empezar de nuevo y darle una oportunidad de luchar?

¿Por qué no? Podría pensar en un millón de razones.

—Oye —dijo Eden—. ¿Recuerdas la exposición de arte a la que fuimos el año pasado? *¿Destrucción y renovación?*

—Sí. —Lo recordaba perfectamente. Había sido el día en el que había preparado a Eden y Killian para la cita del café, y después, se había reunido conmigo en la galería. Le había dicho a Eden que una de las esculturas, una pila de basura reciclada toda pegada, se parecía a mi vida.

—Esa es tu relación. La destrucción ha quedado atrás, y ahora puedes trabajar en la renovación. Recoger las piezas y volver a unir las. A veces terminas con algo que es mucho mejor y más fuerte que lo que tenías antes.

—A veces terminas con un montón de chatarra retorcida haciéndose pasar por arte —murmuré.

—Puede que te sorprendas. En el buen sentido —añadió—. Tengo fe en Connor. Se esfuerza mucho por dejar atrás su pasado y hace todo lo posible por arreglar las cosas. Sé que no estuve ahí para todas las cosas malas, pero... no sé... solo tengo un poco de fe en él.

—¿Por qué nunca lo culpas por lo que pasó esa noche?

—Porque estoy bien. Y porque se culpa a sí mismo. Lleva tanta culpa. Es un castigo más que suficiente para cualquiera. Entiendo por qué necesitabas un descanso de él, y creo que fue bueno para ambos. Él realmente ha conseguido recomponerse. Y tú eres tan fuerte, Ava. Estuviste a su lado cuando más te necesitaba... y ahora...

—¿Y ahora? —le pregunté, esperando que tuviera las palabras mágicas para convertir esta tragedia en un cuento de hadas.

—Pueden construir una nueva y mejor versión de lo que tenían antes.

Valoraba su amistad y sus consejos, y quería creerle. Era una de esas personas que te construía en lugar de derribarte. Aprendí por las malas lo raro que era eso en las amistades femeninas.

Pero no podía ir por ese camino. Necesitaba mantenerlo a una distancia segura. Eso era lo más inteligente.

Una vez que me decidí, me puse en pie, lista para asumir el reto de mantener a Connor fuera de mi vida.

—Gracias por la charla. Te veré mañana en el trabajo. Y tú mural se ve muy bien.



Llegué al bar justo cuando una furgoneta de reparto se paró delante. Un tipo saltó del asiento del conductor, desapareció en la parte trasera de la furgoneta, y salió con un enorme ramo de flores.

—¿Puede firmar por esta entrega? —preguntó el tipo mientras abría la puerta delantera.

—Claro. —Garabateé mi nombre en la pequeña pantalla con el lápiz óptico. Siempre terminaba pareciendo un garabato de jardín de infantes en estas máquinas—. ¿Para quién son?

—Ava Christensen.

Santo cielo. Connor Vincent me envió flores. Delphiniums azules, rosas rosadas y blancas, cardo blanco. Las llevé adentro, ignorando las cejas levantadas de Louis al pasar la barra, y las puse en el escritorio. Sentándome en la silla giratoria, abrí el pequeño sobre con mi nombre y leí la tarjeta que había dentro.

Ava, me encanta tu sonrisa. Espero verte de nuevo.

Connor

Le escribí un mensaje rápido:

Gracias por las flores, pero no deberías haberlas enviado. No puedo hacer esto. Necesito proteger mi corazón. Nunca ha estado a salvo contigo.

¿Por qué dije eso? Debería haber borrado las dos últimas frases antes de pulsar “enviar”.

7

Connor

—Ava Blue —dije mientras ella salía por la puerta principal del almacén en Bushwick, con su mochila colgada al hombro.

Puso sus manos en sus caderas y me miró fijamente. Mis mensajes no habían sido contestados, así que opté por el elemento sorpresa. A juzgar por su rostro, no era una buena sorpresa.

—¿Me acosas ahora?

—Solo te ofrezco llevarte a casa.

—Voy a tomar el metro.

—Puedes ir en la parte de atrás de mi moto.

—Hola, Ava. ¿Vienes? —le preguntó un tipo.

—No —dije—. Viene a casa conmigo.

El tipo miró de mí a Ava.

—Dame un segundo —le dijo Ava al tipo.

—Puedes irte —le dije, despidiéndolo. Vamos, el tipo tenía un moño de hombre. ¿Para qué lo necesitaba?

Cruzó los brazos sobre el pecho. El tipo se veía como una ardilla. Me disgustó al verlo.

—Esperaré a Ava.

Mis ojos se entrecerraron sobre él.

—¿Quién eres?

—Orlando. Estoy entrenando a Ava para el Cirque de Soleil. Estamos huyendo juntos —dijo, guiñándome un ojo. Quería envolver mis manos alrededor de su garganta y estrangularlo. En vez de eso, mis manos se enroscaron en puños y lo miré con desprecio.

—Necesito hablar con Ava.

—¿Ava necesita hablar contigo? —preguntó Orlando.

Imbécil. Lo ignoré y me concentré en Ava.

—Quiero mostrarte algo. Es importante. —Se mordió el labio inferior, y pude ver que lo estaba considerando. Todavía la conocía tan bien. Le dediqué una sonrisa y dije un por favor.

—Está bien —dijo Ava a Orlando—. Nos vemos la semana que viene.

La abrazó y le susurró algo al oído. Cuando la soltó, Ava le dio una gran sonrisa que iluminó todo su maldito rostro. Quería ser yo quien le pusiera esa sonrisa. Con una última mirada hacia mí, Orlando se dio vuelta y se alejó.

Crucé los brazos sobre el pecho y entrecerré los ojos.

—¿Te acostaste con él?

—Eso no es asunto tuyo.

Mierda. ¿Eso fue un sí? ¿Con cuántos tipos ha estado desde mí? Respiré profundo y calmado. Necesitaba controlar mis celos. No ayudaría a mi causa.

—¿Qué tipo de clase es esta?

—¿Por qué estás aquí?

—Súbete a la parte de atrás de mi motocicleta y te mostraré. —Desenganché la red elástica del asiento del pasajero y recuperé el casco de repuesto. *Su* casco. Lo compré para ella cuando tuve mi primera Harley hace seis años. Ninguna otra chica se lo había puesto o había montado en la parte trasera de mi moto. Dio unos pasos más cerca—. Después de eso, te llevaré a comer empanadas.

—Grandioso. Una explosión del pasado —refunfuñó.

En el instituto, solía venir conmigo cuando hacía graffitis en las paredes de Bushwick. Después, siempre parábamos en la cafetería de veinticuatro horas para comer empanadas. Le encantaban tanto como los tacos de Jimmy, y eso decía algo.

—¿Cómo puedes rechazar una oferta como esa? Sabes que te mueres por una empanada. La de chorizo picante... mmm. —Me lamí los labios y dejé escapar un bajo gemido.

—Deja de hablar de empanadas —dijo—. ¿Cómo supiste dónde encontrarme?

Incliné la cabeza y estudié su rostro. Su cabello estaba recogido en una cola de caballo y su rostro estaba libre de maquillaje. Natural. Sin adornos. Con una sudadera con capucha, leggings, y Nikes, parecía más joven, sin rodeos. Ava siempre había sido impresionante, con una belleza etérea que siempre se había sentido fuera de alcance.

—¿Era un secreto?

—Es solo mío. Algo que hago solo por mí. No lo anuncio. Lo que significa que me has estado acosando —acusó.

Acosar me hacía parecer un asqueroso. Hice mi trabajo para saber dónde estaba y qué hacía en su tiempo libre. Pero descubrir su clase de los jueves por la noche en Bushwick había sido puramente accidental.

—Hace unas semanas, vine a Bushwick a comprar materiales de arte. Te vi salir de la estación de metro.

—¿Y me seguiste?

—Me di cuenta de adónde te dirigías —la corregí. No la había acechado ni esperado fuera del edificio hasta que su clase terminara como yo quería. Me obligué a seguir conduciendo, honrando su deseo de mantenerme fuera de su vida. Pero había tomado nota del letrero del Estudio de Artes Aéreas en el almacén y lo busqué en Google cuando llegué a casa—. Entonces, ¿qué haces? ¿Trapezio?

—Danza aérea. Con sedas. Subes a las cuerdas de seda y luego haces danza moderna, acrobacias... —Agitó la mano en el aire para indicar que era todo eso y mucho más.

Eso sonó tan jodidamente genial. Me encantaría verla hacer eso.

—No puedes aparecerte, Connor. Como dije, es lo mío y si quisiera que lo vieras... *lo cual no hago*... necesitarías una invitación. Y no vas a recibir una.

Eso dolió. Me froté el pecho y su mirada bajó hasta mi mano.

—Siempre hacías eso —dijo suavemente.

—¿Hacer qué? —Sacudió un poco la cabeza y desvió la mirada—. Ven conmigo. Haré que valga la pena.

Miró por encima de mi hombro, debatiendo. Ava tenía un rostro expresivo y verlo era como leer un cuento. Pude ver el momento en que cedió. Se quitó el elástico de su cabello y lo sacudió, el cabello lavanda cayendo por su espalda. Antes de que cambiara de opinión, le puse el casco en la cabeza y ajusté la correa bajo su barbilla, mis dedos rozando su piel suave y sedosa. Dios, quería tocarla en todas partes.

Hacía tiempo que no se subía a la parte trasera de mi moto, pero se subió detrás de mí como una vieja profesional y puso sus pies en los reposapiés. Esperé a que me abrazara. Cuando no ocurrió, miré por encima del hombro.

—Ava. Vamos. Juega bien.

—Me quedaré en el asiento.

Como el infierno que lo haría. Alcancé detrás de mí, le agarré las manos y me rodeé con sus brazos.

—Agárrate fuerte —dije, acelerando el motor.

Me alejé de la acera con suficiente velocidad para que no tuviera otra opción que agarrarse. Qué lástima. Me encantaban sus brazos alrededor de mí, su pecho presionado contra mi espalda. Estaba justo donde quería. Bueno, no exactamente, pero me conformaría con eso. Por ahora.

El muro que bombardeé anoche estaba a solo tres cuerdas y minutos después, me puse delante y apagué el motor. Desenvolvió sus brazos y desmontó. Se quitó el casco, lo puso en el asiento y se acercó a la pared para inspeccionar mi grafiti. Colgué mi casco en el manubrio y me uní a ella en la acera, observando su cara mientras lo asimilaba. No había duda de que era mío. Pero, si había alguna duda, lo había firmado con mi nombre de etiqueta: *TRISTE*. Se nos ocurrió el nombre cuando teníamos dieciséis y nos creímos muy listos. Triste era azul en francés, como triste.

Estudió mi grafiti, y me pregunté qué pensaba de él. Era su rostro de perfil, su largo cabello lavanda soplando detrás de ella como si fuera arrastrado por el viento. En sus manos, tenía un corazón anatómico. *Mi* maldito corazón.

Ava cruzó sus brazos sobre su pecho para protegerse.

—¿Por qué me haces esto? —Se dio la espalda a la pared y se enfrentó a mí, sus ojos brillando de rabia—. ¿Por qué me haces esto? —repitió.

—Nena... —le dije, dando un paso más.

—No. —Levantó las manos para protegerse—. No puedes llamarme *cariño* o *nena* o *Ava Blue*. No puedes jugar con mis emociones y manipular mi corazón... —Dio otro paso más. Me puso las manos en el pecho y me empujó. No me moví. Eso la enojó. Me golpeó el pecho con los lados de sus puños. Era casi cómico, como Piolín enfrentándose al Increíble Hulk. No sentí nada. Envolví mis manos alrededor de sus muñecas y la apoyé contra la pared.

—Muéstrame algunos de tus movimientos de autodefensa —le dije, poniendo sus manos contra la pared—. Hazme daño.

—Jódete, Connor.

Presioné mi cuerpo contra el de ella, atrapándola.

—Libérate de mi control, Ava.

Me miró fijamente, con el pecho hinchado y los ojos grises muy abiertos.

Bajé la cabeza y encontré la concha de su oreja:

—Defiéndete —susurré, sintiendo un temblor atravesar su cuerpo. Mi boca bajó hasta su cuello justo debajo de su oreja y presioné mis labios contra su pulso acelerado. Olía a vainilla y a algo que era solo ella. Dulce y

cálido con un toque de especias. Ella olía como el cielo. Olía como el único hogar que había conocido.

—Hazlo. Hazlo.

Giró su cuerpo, rompiendo mi sujeción con su hombro. Era rápida y fuerte. Un codo se clavó en mis costillas seguido de una rápida patada en la ingle.

Joder. Me doblé, cegado por el dolor.

—Tú te lo buscaste.

Lo hice. Pero no esperaba que su ataque fuera tan brutal.

—No te pateé tan fuerte como pude —añadió, con la voz teñida de arrepentimiento.

Gracias por eso. Respiré profundamente, tratando de combatir las náuseas hasta que pasaron, y pude ver de nuevo. Me acarició la espalda, aunque no estaba seguro de cómo eso podría ayudar a mis bolas magulladas.

Era oficial. Estábamos locos. Un choque de trenes esperando a suceder.

Apreté los dientes y me enderecé. *Joder, eso dolió.*

—Lo siento —dijo, masticando su labio inferior, sus cejas juntas.

—Como acabas de demostrar, el poder es todo tuyo. Puedes defenderte de mí.

—Físicamente... pero ese no es el tipo de dolor que me das.

Cierto. Nunca le he puesto una mano encima a ella ni a ninguna mujer, y nunca lo haría. Al menos Ava podría confiarme su cuerpo. Después de esa pequeña exhibición, no estaba tan seguro de poder decir lo mismo.

—Mi corazón necesita tanta protección de ti como el tuyo de mí.

—No te rompí el corazón —susurró.

—Sí. Lo hiciste. O tal vez yo me rompí el corazón. —Después del ultimátum de Ava para que la eligiera a ella o a las drogas, me había desintoxicado con la ayuda de Killian, una clínica de desintoxicación y la metadona. Había sido un desastre, mis emociones estaban por todas partes. En medio de mi infierno personal, la madre de Ava me había visitado. Me dijo que si alguna vez amé a Ava, tenía que dejarla ir. Dijo que no era lo suficientemente bueno para su hija. No la merecía y nunca lo haría. Tenía razón. Después de que saqué a Ava de mi vida, volví a mi amante la heroína. Pero nunca dejé de amar a Ava. Ni siquiera en mis días más oscuros.

Abrió la boca como si fuera a decir algo. Luego la cerró y se alejó caminando, pasando por delante de mi motocicleta. Aceleró, corriendo por

la acera agrietada como si no pudiera escapar lo suficientemente rápido. La alcancé y le envolví los brazos alrededor de la cintura, tirando de su espalda contra mi pecho.

—No te vayas. No huyas de mí.

Bajó la cabeza.

—¿Por qué, Connor? Cada. Vez. Eres como arena movediza.

—Pensé que era como una cebolla —bromeé.

—¿No lo entiendes? Tú y yo no somos buenos juntos. Somos tóxicos.

Le di vuelta para que me mirara.

—Mírame a los ojos y dime que no me amas.

Sus ojos no llegaron a los míos.

—El amor requiere confianza. No confío en ti. Mi corazón ha sido roto por ti tantas veces... tantas veces, Connor.

La tomé en mis brazos y la abracé. Se inclinó hacia mí, su mejilla presionó contra mi pecho.

—Cariño, por favor... haré lo que sea necesario para que esto funcione. Cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? —me preguntó, con la voz apagada.

—Cualquier cosa que no requiera dejarte ir. Porque no sé cómo hacerlo. Nunca he encontrado una manera. —Cerré los ojos y respiré su aroma. Podía sentir su temblor, su resolución se debilitaba.

La solté y di unos pasos atrás.

—Encontremos el camino para volver a ser amigos —dije.

Se mordió el labio inferior, considerándolo. ¿Merecía otra oportunidad? Probablemente no. Le estaba pidiendo que diera un salto de fe. Sabía por qué se había roto, nuestra relación y sabía lo que tenía que hacer para arreglarlo. Me arrodillé y mantuve mis manos juntas como si estuviera rezando.

—Tienes mi corazón latiendo en tus manos. No me exprimas la vida.

Ava puso los ojos en blanco, tratando de suprimir una sonrisa.

—Eres ridículo.

Me reí y me puse de pie.

—Lo sé. Pero es por eso que me amas.

Sacudió la cabeza, pero no se molestó en negarlo. Pequeña victoria.

—¿Sigues ofreciendo empanadas?



Lies

emery rose

for
Paradise
BOOKS

—Todas las empanadas que puedas comer.

—Bien. Me muero de hambre. —Me pinchó en el pecho—. Y tú lo vas a comprar.

BEAUTIFUL #2
Beautiful

8

Connor

Ava ordenó suficiente comida para alimentar a un pequeño país. Como China.

—Tomaré lo mismo que ella —le dije a la camarera.

Cuando se fue de la cabina, puse monedas en la rocola de la mesa y le di un vistazo a la música, pulsando los botones para hacer mis selecciones. Me encantaba esta cosa. Aún necesitaba monedas y la música no se había actualizado en décadas, muy parecido a este viejo restaurante. Una mesa con tapa de fórmica me separaba de Ava y una cinta adhesiva plateada remendaba la rotura de mi asiento de vinilo rojo, pero la comida compensaba la mala decoración.

Mi primera selección empezó a sonar: “*I Walk the Line*” de Johnny Cash y Ava gimió como si fuera realmente doloroso.

—Realmente vas a ir a por ello, ¿verdad? —preguntó.

—Hazlo a lo grande o vete a casa, cariño.

Extendió su mano y movió sus dedos.

—Entrega las monedas, pastelito.

Levanté mis manos vacías. Me lanzó una mirada que me envió hasta la caja registradora para cambiar. *Qué tonto*, pensé mientras volvía a nuestra cabina con un puñado de monedas para mi princesita. Me recompensó con una sonrisa petulante, y me pregunté si elegiría las mismas canciones que antes. Siempre había algo de Elvis: “*California Dreaming*”, The Beach Boys: “*Wouldn't It Be Nice*”, y un número de Tammy Wynette: “*Stand by Your Man*”.

—¿Lo de siempre? —le pregunté cuándo se inclinó en su asiento, satisfecha con sus elecciones.

—Lo mezclé. Sin Tammy.

Le di una pequeña sonrisa.

—Tal vez la próxima vez.

—Tendrías que ganarte eso.

—Dime cómo.

—Tenemos que establecer algunas reglas básicas —dijo, toda negocios ahora.

—Dispara.

—Nada de sexo. Si me emborracho y te llamo, no cedas, aunque te suplique que tengas sexo conmigo. No sabré de qué hablo y me arrepentiré a la mañana siguiente.

Sonreí mientras la camarera servía nuestro jugo de papaya.

Cuando la camarera se fue, Ava dijo:

—Borra esa sonrisa de tu rostro. Nada de sexo. Lo digo en serio.

—Oh, estoy seguro que sí. —El hecho de que sintiera la necesidad de mencionar el sexo significaba que estaba tentada. Debería haber sabido que no debía establecerse de esa manera—. Aunque me ruegues por sexo cuando estés completamente sobria, te diré que no. No soy ese tipo de hombre. —Me señalé y luego a ella—. Lo que tenemos aquí es un acuerdo de amigos sin beneficios. Si eliges honrar eso, entonces estamos listos para irnos. —Inflé el pecho—. No puedes usarme por mi cuerpo. De hecho, me ofende que insinúes tal cosa.

—Eres molesto.

—Eres adorable. —Miré sus labios rosados y gordos, su delicada nariz y esos amplios ojos grises que podían pasar de helados a tormentosos en un instante. Dios, amaba su rostro. La amaba por todo.

Respiró hondo.

—Por lo menos lo entendimos bien.

—Absolutamente. Nada de sexo. Ni siquiera si me lo suplicas. —Me recliné en mi asiento y extendí mis brazos a lo largo de la parte superior de la cabina—. ¿Algo más?

—Si dices que vas a estar en algún lugar, tienes que estar allí. Tendrás un período de gracia de quince minutos, pero si llegas tarde, o si no has llamado con una excusa válida, no estaré esperando por ti. Necesito saber que puedo confiar en ti.

—Hecho.

Tamborileó sus dedos sobre la mesa.

—No mentir. Sin promesas vacías.

—Solo hice promesas vacías cuando me drogaba. —*Pero sigo siendo un mentiroso.*

—Lo sé. —Se inclinó, apoyando sus brazos cruzados sobre la mesa. Mi mirada bajó por la columna de su cuello hasta blusa tipo tanque deportivo negro, exponiendo su piel cremosa y una pizca de escote. Chasqueó los dedos para atraer mi atención hacia su rostro—. Si alguna vez descubro que te estás drogando, no volveré a hablarte nunca más. No habrá más oportunidades. No como amigos o cualquier otra cosa. Solo... no puedo volver allí.

Yo no podía volver allí. Tenía demasiado en juego para perder la pelea ahora.

—Lo sé. Y nunca esperaré que lo hicieras.

El rostro de Ava se arrugó.

—Siento que perdí al chico que amaba. Hubo tantas veces que temí por tu vida. Y no quiero volver a sentirme así nunca más.

Alcancé sus manos y las apreté en las mías, mis pulgares trazando círculos perezosos sobre la fina piel de la parte interna de sus muñecas.

—He terminado con esa vida. Se acabó. Trabajé muy duro para salir y volver a caer en ella. No quiero volver a pasar por eso, y no quiero que la gente que me importa sufra por ello.

Miró nuestras manos juntas, pero no trató de apartar las suyas.

—Intentaremos esto. Pero como amigos... nada más.

Solté sus manos mientras la camarera trasladaba los platos de comida de su bandeja a nuestra mesa.

—Gracias —le dije a la camarera.

—Uh huh —dijo ella, metiendo la bandeja bajo su brazo. Era de mediana edad, con la piel pastosa y el cabello castaño fino tirado hacia atrás en una cola de caballo apretada, sus labios presionados en una línea plana. Me pregunté cuándo fue la última vez que sonrió o se iluminó de alegría. Mientras se alejaba, vi la derrota en la caída de sus hombros, como si la vida no hubiera sido fácil para ella. Se veía tan desgastada y maltratada como este viejo restaurante, deshinchada por los bordes, remendada con cinta adhesiva.

—No creo que haya encontrado satisfacción en el trabajo —dijo Ava.

—Cuando tienes seis hijos y un marido desempleado que mantener, no puede ser fácil —dije, cayendo en uno de nuestros viejos juegos de contar historias, preguntándome si Ava le seguiría la corriente como solía hacerlo.

Ava tomó una empanada y le dio un enorme mordisco. El jugo de chorizo goteaba por su barbilla. Alcancé la mesa y la limpié con el pulgar. No pareció darse cuenta ni ofenderse. Probablemente se sintió familiar.

—El hombre nunca deja a su La-Z-Boy —dijo Ava, continuando nuestra historia—. Remoto en una mano. La cerveza en la otra.

—Sin embargo, es un campeón de bolos. Su equipo ganó la copa el año pasado.

Entre palear la comida en nuestras bocas, Ava y yo rellenamos más detalles sobre nuestra camarera y su marido e hijos ficticios.

Observé con diversión cómo Ava devoraba sus empanadas y luego cavaba en el arroz y los frijoles como si aún estuviera hambrienta. Para una chica tan pequeña, siempre me había sorprendido que pudiera guardar tanta comida. Me encantaba su enorme apetito. No solo por la comida, sino por la vida. Cuando esta chica era mía, me quería con todo su corazón y no se guardaba nada. Eso era lo que ahora buscaba, volver de alguna manera a ese lugar mágico donde podría amarme así otra vez.

Cuando terminamos de comer, se inclinó en su asiento y se frotó el estómago plano, gimiendo como siempre lo hacía después de comer lo suficiente para alimentar a un equipo de fútbol.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Estoy a punto de entrar en un coma alimenticio. Aparte de eso, todo está bien.

Me reí entre dientes.

—Una regla más...

Levanté las cejas. Miró la rocola en la acusación cuando "*Don't Be Cruel*" de Elvis empezó a sonar. Otra de mis opciones.

—Esta cosa está amañada. Ni siquiera tocó mis canciones.

Me reí y negué con la cabeza.

—Podemos quedarnos más tiempo. —Me instalé de nuevo en mi asiento sin prisa por irme. Demonios, me quedaría aquí toda la noche si pudiera, solo para pasar el rato con ella y seguir hablando de todo y nada. Ninguna chica me había intrigado tanto como Ava. En un día cualquiera, ella era una mezcla. Me gustaba que siempre me hiciera adivinar.

—También tengo una regla —dije—. No más patadas en las bolas.

—Eso fue algo único. —Me señaló con el dedo—. Me provocaste.

—Podrías haberme dado un puñetazo en la nariz.

Se encogió de hombros.

—En retrospectiva es veinte/veinte. No intentes convencerme de que vea una película de terror contigo —dijo—. Tendré sueños espeluznantes durante semanas, y me convenceré de que los degolladores y los zombis acechan en cada esquina. Confía en mí, no quieres ir allí.

No quería ir allí. Tuve que oírlo durante semanas.

—Es gracioso... creo recordar un Halloween en el que alguien pensó que sería una gran idea ver películas de zombis y slasher espalda con espalda. ¿Y quién sugirió esa visita de medianoche al cementerio después?

—Creo que fuiste tú.

—Eso fuiste toda tú. Yo fui el pobre imbécil que lo aceptó.

—¿Pobre imbécil? Me agarraste en la oscuridad y me asustó mucho.

Eso fue muy gracioso. Hasta que casi me parte los tímpanos.

—Tus gritos fueron lo suficientemente fuertes como para despertar a los muertos.

—Los tengo bailando sobre sus tumbas.

—Fue la mezcla de monstruos.

—Somos tan raros. —Me dio una gran sonrisa feliz que no me había mostrado en mucho tiempo. Nos recordaba a los diecisiete. Pero la sonrisa se desvaneció demasiado rápido, como si se hubiera sorprendido haciendo algo que no debía.

—Deberíamos irnos —dijo, subiendo la cremallera de su sudadera.

Llamé a nuestra camarera y le pedí la cuenta. Lo sacó del bolsillo de su delantal y lo puso sobre la mesa.

—¿Me prestas tu bolígrafo? —pregunté.

Lo puso encima del ticket y se fue. Le di la vuelta al ticket y saqué unos billetes, luego tiré suficiente dinero para cubrir la cuenta y una generosa propina. Ava me dio una suave sonrisa mientras nos deslizábamos fuera de la cabina, las primeras notas de "*Ring of fire*" de Johnny Cash saliendo de la rocola. La elección de Ava.

—Eso es duro —dije, frotando mi pecho.

Arqueó las cejas.

—Debí haber sabido que no debía jugar con fuego.

—Tú eras la pirómana, nena. Incendiaste mi mundo.

—Me dejaste con las cenizas —dijo, su voz baja pero lo suficientemente fuerte para que yo la oyera.

Quería decirle que ella era el fénix que surgió de las cenizas, pero no sabía si era verdad o no. Ava podía ser dura, pero dijo que yo la hacía vulnerable y frágil. Hace cinco años, fuimos a Brooklyn Glass a ver los sopladores de vidrio. Qué cosa tan genial para ver. De camino a casa, Ava me dijo que su corazón era de cristal, que algún día lo rompería en mis manos y que no sabría cómo recoger todos los pedazos. Quería proteger su

corazón, pero me lo dio de todos modos y confió en mí para mantenerlo a salvo. No lo hice.

Mantuve la puerta abierta para ella y la seguí fuera de la cafetería. Esta noche, esos días de verano se sintieron como algo del pasado. El aire era fresco y húmedo, el tipo de clima que se asentó en tus huesos. Ava se abrazó para calentarse y yo quise calentarla con mi calor corporal. En lugar de eso, me quité la sudadera y se la entregué.

—¿No lo necesitarás?

Negué con la cabeza.

Me dio las gracias y pasó los brazos por las mangas, subiendo la cremallera.

—Me veo ridícula —dijo, subiendo las mangas. Se ahogaba en mi sudadera con capucha, pero no se veía ridícula. Sonreí cuando se metió la nariz en el cuello, cerrando los ojos mientras inhalaba mi olor.

—Tú tatuaje... —dijo cuando le entregué su casco—. ¿Es la única forma en que me recuerdas? ¿Llorando?

Respiré profundamente y lo dejé salir. Mi brazo derecho era un tapiz de mi vida en los últimos años, un recordatorio de dónde había estado y el viaje que había hecho para llegar a este punto. Libre de drogas. Aferrándome a la vida por mis dientes. Asfixiado por las vides, pero aun así sobreviviendo. Mi cráneo enterrado en el árbol. Las lágrimas de Ava. La esperanza. Desesperación. La muerte de mi antigua vida y un renacimiento. Había dibujado los diseños a altas horas de la noche, cuando el sueño no llegaba, y durante el año pasado, Jared lo había entintado en mi piel pieza por pieza hasta que tuve una manga llena.

Cuando tocas fondo, te hacen creer que no hay otro lugar donde ir que hacia arriba. Lo que nadie te dice es cuánto tiempo lleva o lo difícil que es cavar y salir de ese infierno.

—No —dije—. No es la única forma en que te recuerdo. Es más bien un recordatorio... Estoy tratando de traer cosas buenas a mi vida ahora. Y tú... eres lo mejor. No nos arruinaré. No otra vez.

—¿Puedes hacer ese tipo de promesa?

No estaba seguro.

—Puedo prometer que me esforzaré al máximo.

Estudió mi rostro, y sentí que podía ver directamente en mi alma y leer todas las cosas que no decía.

—Es un buen comienzo.

—¿Soy redimible, Ava? —me burlé.

—El tiempo lo dirá, Connor. —Su mirada se dirigió a la antigua calavera de plata de Harley y la hebilla del cinturón de huesos cruzados que me regaló en mi decimonoveno cumpleaños—. Esa es una hebilla de cinturón de jazz. La persona que te la regaló tiene buen gusto.

Puse una pierna sobre mi motocicleta y pateé el soporte.

—Ten cuidado, chica. No deberías mirar mi hebilla del cinturón. Y ni siquiera pienses en lo que hay debajo de ella.

—No lo estaba. Nunca se me pasó por la cabeza —dijo rápidamente.

—Sé que es *duro* no pensar en algo tan *grande*, pero sácalo de tu mente.

Ava gimió.

—Oh Dios, no has cambiado nada.

Sonreí.

—Algunas cosas no han cambiado. —Me agarré de la entrepierna, y su mirada se quedó allí. Fue muy divertido no presionar para obtener más de una reacción. Me acaricié a través de la tela de mis jeans. Todavía estaba tierno, pero como por arte de magia, mi polla se endureció al tocarla—. Las pesas no son solo para levantar en el gimnasio —dije, recordándole el piercing que le encantaba. Había conseguido la apadravya, un percing genital, para ella cuando teníamos dieciocho, habiendo aceptado su reto.

Su lengua se deslizó sobre su labio inferior. *Dios mío*. Quería que su lengua estuviera donde estaba mi mano. Solíamos ser atrevidos. A Ava le gustaba tener sexo y hacer mamadas en lugares donde nos podían atrapar. Ahogué un gemido. Dios, eso fue fantástico.

Dejé de tocarme. Si continuaba, explotaría en mis jeans.

Le guiñé un ojo.

—Súbete a la parte trasera de mi motocicleta, nena. Te llevaré a dar un paseo que nunca olvidarás.

—Idiota engreído —murmuró. Me reí en voz baja mientras se ponía el casco y se subía, con sus brazos rodeando mi cintura sin que tuviera que avisarle. Una vez me dijo que le encantaba tener el poder de la Harley entre sus piernas. Siempre la mojaba. Traté de no pensar en eso mientras la llevaba a casa, sabiendo muy bien que no me invitaría a su apartamento.

Ava

Solo era el almuerzo del domingo. Nada de qué preocuparse, pensé, mientras salía de mi edificio de departamentos hacia un día gris y nublado de octubre. Connor estaba apoyado contra el pilar de mi edificio de ladrillos rojos de antes de la guerra, viendo pasar el mundo por Bedford Avenue. Era uno de esos tipos que nació para apoyarse. Como un personaje de James Dean. Un rebelde sin causa. Los chicos malos que las chicas querían arreglar.

La mirada de Connor me recorrió, captando cada detalle desde la parte superior de mi cabeza hasta el holgado suéter gris, la minifalda plisada de tartán, los calcetines de canalé hasta los muslos y las botas Doc Marten. La chica Harajuku se encuentra con la dama del bolso. Mis ojos se deslizaron sobre su Henley negra ajustada debajo de una chaqueta de motocicleta de cuero negro y regresaron a su cara. Estuve tentada de pasar los dedos por la barba incipiente de su mandíbula cincelada. Arrastrar mi mano por su duro pecho y sentir el calor de su piel debajo de la tela de su camiseta. Lamer el hueco en la base de su cuello. En cambio, apreté mis labios y junté mis manos detrás de mi espalda.

—Tu mamá te agarró —adivinó, mirando mi cabello.

Me encogí de hombros.

—Era hora de un cambio.

Después de las constantes quejas y los mensajes de texto sin parar de mi madre, ayer fui a su salón. Fue un error, no por el color de mi cabello, sino por la conversación.

Connor envolvió un mechón de mi cabello rubio platinado alrededor de sus dedos, su mirada fija en mi boca.

—Me encantan esos labios rojo cereza. —Mi lengua salió disparada, y la pasé por mi labio inferior, viendo sus ojos oscurecerse—. Te ves como alguien a quien solía conocer.

—¿Era cruda, arenosa y sucia?

—Algunas veces. Pero de la mejor manera —dijo, con la mirada fija en mi boca.

Mis mejillas enrojecieron por el calor. Miré por encima del hombro hacia la puerta principal, jugando con la idea de regresar a la seguridad de mi departamento. Sujetó mi mano y me guio hasta su Harley, mi estómago dando volteretas.

Con el casco puesto, me subí a la moto detrás de Connor. Cerrando los ojos, dejé escapar un suspiro mientras envolvía mis brazos alrededor de su cintura. Se sentía bien, como hace tres noches. Y peligroso. Y familiar. Podía sentir sus músculos flexionándose contra mis brazos, la tensión de su estómago. Mientras se alejaba por la calle, el poder surgió entre mis piernas y me sentí salvaje y libre.

Una parte de mí quería que saliera de Brooklyn, tomara la carretera y siguiera conduciendo, por la carretera que abrazaba el río Hudson o hasta el fin del mundo. Eso era lo que solíamos llamar Montauk, el extremo más oriental de los Hamptons. La otra parte de mí tenía miedo de que me llevara lejos y yo perdiera la orientación. Conflictivo, como siempre, cuando se trataba de nosotros.

Ayer, mientras mi madre realizaba su magia en mi cabello, recibí un mensaje de texto de Connor. Ella lo vio. Mi mamá no se perdía nada.

—Ava Christensen, no te atrevas a dejar que ese chico vuelva a tu vida. Te has deshecho de él de verdad.

Tiré mi teléfono en mi bolso, a salvo de sus miradas indiscretas.

—Solo somos amigos.

—No puedes ser amiga de alguien como él.

—¿Qué quieres decir con... alguien como él? —le pregunté, los pelos de mi nuca se elevaron. Qué extraño que luché contra él, pero lo defienda delante mi madre. Siempre lo he hecho.

—Ninguna madre quiere ver a su hija con un drogadicto —siseó, manteniendo la voz baja para que los otros clientes y estilistas no oyeran esas malas palabras saliendo de su boca. Drogadicto—. Le advertí que se mantuviera alejado de ti. Me prometió que lo haría. Rompió contigo y todo... pero debería haberlo sabido mejor que confiar en ese chico. Simplemente no puede dejarlo lo suficientemente bien, ¿verdad?

—¿Fuiste tú? ¿Rompió conmigo por tu culpa? —Hace cuatro años y medio. Había estado intentando limpiarse. Se había limpiado. Luego rompió conmigo y volvió a las drogas. ¿Y mi madre había estado detrás de eso?

—¿Qué le dijiste? —contesté.

—Que no te merecía. Que no era lo suficientemente bueno para ti y que nunca lo sería. —No había indicio de culpa o remordimiento en su voz.

—Toda su vida le habían dicho que no era lo suficientemente bueno. —
Me imaginé su graffiti, mis manos sosteniendo su corazón—. ¿Cómo pudiste
decirle esas cosas? Intentaba limpiarse, pero tú...

—Oh no, señorita. No te atrevas a culparme de su debilidad. Hice lo que
haría cualquier buena madre. Tu padre y yo estábamos muy preocupados por
ti. Gracias a él, ni siquiera pudiste disfrutar de tu experiencia universitaria.

—No era tu decisión.

—Sabía que nunca te merecería. Él lo admitió.

—Toda su vida le dijeron que no era lo suficientemente bueno. ¿Sabes
lo que hizo Seamus para...?

—Nunca creí eso por un minuto. Seamus Vincent era un buen policía.
Dios lo tenga en su gloria. Y debido a Connor, está muerto.

—Bueno. Él obtuvo lo que merecía.

Mi mamá suspiró con fuerza.

—A veces no sé de dónde vienes, Ava. Traté de criarte bien. Con buenas
costumbres y valores. Al igual que Seamus hizo con sus chicos. —Mordí el
interior de mi mejilla con tanta fuerza que me hice sangre—. No podría haber
sido fácil para ese hombre. Dejado por su cuenta así... y esos chicos tenían
problema escrito sobre ellos. Tampoco me sorprendió cuando Killian mató a
ese hombre en una pelea. Siempre había sido violento... metiéndose en todas
esas peleas callejeras como lo hacía...

—No es violento. Y la muerte de Johnny no fue su culpa —dije con los
dientes apretados.

Mi mamá esnifo. Estaba perdiendo el aliento. En el libro de mi mamá,
los hermanos Vincent siempre serían una mala noticia. Había tomado una
decisión hace mucho tiempo y nada de lo que hicieran ahora lo cambiaría.

Era inútil tratar de discutir con ella. Veía el mundo en blanco y negro,
correcto e incorrecto. Veía lo que quería ver, e incluso cuando se equivocaba,
se negaba a escuchar razones. Mi padre era un santo por aguantarla durante
treinta años.

Antes de irme, mi madre me abrazó y me dijo que estaba hermosa.

—Te amo. Solo quiero lo mejor para ti.

Sabía que me amaba y quería lo mejor para mí. Pero quería lo que ella
pensaba que era mejor para mí, independientemente de lo que yo quisiera.

Mientras viajaba en la parte trasera de la moto de Connor, con mis
brazos alrededor de él, pensé en el pavo real que Connor había dibujado
para nuestra mesera. Un recordatorio de que podía caminar erguida y
orgullosa y encontrar su belleza interior. Casi lloré cuando lo vi. Eso era lo

que Connor hacía. Trataba de hacer que el día de la gente fuera un poco más brillante.

Connor siempre había sido sensible, sintonizado con los sentimientos de la gente. Sentía su dolor y sufrimiento tan profundamente. Cuando estábamos en la secundaria, solía hacer bocetos de personas sin hogar. Les llevaba café y bocadillos. Pasaba un rato y hablaba con ellos. En el invierno, les compraba mantas, gorros y guantes. Usó el dinero de su trabajo almacenando estantes en el supermercado para financiarlo. La mayoría de la gente habría seguido caminando, haciéndose de la vista gorda, pero no Connor. No podía soportar ver sufrir a nadie.

Tal vez por eso había comenzado a consumir drogas. A veces, el mundo real era demasiado para él.

Connor no me sacó de Brooklyn, pero me llevó de regreso a un lugar al que rara vez me aventuraba ahora. Park Slope. Cuando pasamos por la casa de piedra rojiza con torretas donde Killian y Connor vivieron durante cuatro años, miré hacia las ventanas del departamento del segundo piso que solían alquilar, e imaginé que teníamos dieciocho años... tan increíblemente jóvenes. Invencibles.

Pasó por ahí a propósito, una explosión del pasado que no estaba en nuestro camino. El restaurante al que me llevó estaba en Crown Heights, a un corto paseo del Jardín Botánico de Brooklyn, uno de mis lugares favoritos. Después de una espera de diez minutos, el camarero nos mostró una mesa para dos y nos entregó los menús. Me senté de espaldas a la pared de ladrillos expuestos y estudié el menú. Era una lucha. Panqueques cubiertos con fruta fresca o huevos benedictinos.

Connor vio mi lucha.

—¿Debería elegir una mano?

—¿Por qué harías eso? —pregunté tímidamente. Eso era lo nuestro. Cuando no podía decidir entre dos elementos del menú, Connor me ayudaba.

—Pareces indecisa.

Panqueques. Izquierda. Huevos Benedict. Derecha.

—De acuerdo.

Entrecerró los ojos hacia mis manos sobre la mesa y tocó la derecha.

—¿Qué es? ¿Panqueques o huevos benedictinos?

Me reí. No pude evitarlo. Sabía cada pequeña y estúpida cosa sobre mí, hasta lo que elegiría en el menú.

—Los huevos.

Connor no era tan predecible como yo.

—¿Ensalada de col rizada rallada y tortilla de salmón ahumado? — pregunté cuando el camarero dejó nuestra mesa. Killian siempre había sido el loco por la salud, no Connor—. Tienen hamburguesas con tocino, queso y papas fritas...

Su boca se curvó con diversión.

—Sí, leí el menú.

—Oh. Correcto. De acuerdo. —Miré alrededor del restaurante, admirando las lámparas art déco y la barra de madera brillante frente a mí. Era un paraíso hipster lleno de gente guapa, más discreta y elegante que los restaurantes que solíamos frecuentar en el pasado.

Una familia de cuatro estaba sentada a nuestro lado, los padres hablando en tonos modulados. Los niños eran gemelos idénticos, vestidos con suéteres de polo a juego sobre camisas blancas con botones, el cabello peinado hacia atrás tan perfectamente que podía ver las marcas del peine. La madre me recordó a Lana, con cabello peinado, maquillaje perfecto y un vestido cruzado negro que probablemente era de diseñador. Su sonrisa era tensa y me pareció forzada. Su marido era anodino, vestía una camisa Oxford azul y pantalones caqui. Tengo la sensación de que no eran de Brooklyn. Parecían demasiado tensos para los habitantes de la ciudad.

Cuando uno de los niños habló con la boca llena, su madre lo reprendió. La desconecté mientras ella instruía a sus hijos sobre la etiqueta adecuada en un restaurante.

El camarero entregó el Virgen Mary de Connor y mi agua con gas y jugo de granada. Connor me entregó su apio y lo mordí distraídamente. Odiaba el apio. Siempre lo hizo.

—Esto es extraño —dije, tomando un sorbo de mi bebida para lavar el apio—. ¿Te parece extraño?

Tocó la punta de mi bota con la suya debajo de la mesa.

—Sígueme la corriente. Lo extraño no está mal. Eres un bicho raro, pero aún me gustas.

Me reí.

—Háblame de esta tienda que estás comprando.

—Jared y yo nos reuniremos con el abogado el martes para firmar los papeles.

—Guau. Eso es algo importante.

—Lo sé. —Se subió las mangas de su Henley y apoyó los brazos cruzados sobre la mesa, quedando demasiado cerca de mí. Instintivamente, me recliné en mi asiento y crucé los brazos, luego los des crucé, tratando de no parecer que estaba a la defensiva.

—¿Estás nervioso?

Encogió un hombro.

—Jared me dio un curso intensivo de contabilidad esta mañana. Todavía me duele la cabeza.

—Puedo ayudarte con esas cosas... y las redes sociales... si alguna vez necesitas... —¿En serio? Necesitaba abofetearme a mí misma. ¿Por qué estaba ofreciendo mi ayuda?

Connor me dio una gran sonrisa.

—¿Sí?

—Bueno... solo si no puedes resolverlo por tu cuenta, lo cual estoy segura que harás. Eres un chico inteligente.

No hizo ningún comentario sobre eso, así que le hice más preguntas sobre el negocio, lo que parecía un tema seguro.

—Jared se quedará hasta finales de octubre, hasta que me familiarice y contrate a un tatuador para que lo reemplace. Mi contrato de arrendamiento vence en unas pocas semanas, así que no perderé mi depósito cuando me mude a su casa. Todo está funcionando.

—La casa de Jared es agradable —dije, a falta de algo mejor que decir. Pero era *agradable*. Había renovado el interior e instalado una nueva cocina con encimeras de granito y electrodomésticos de acero inoxidable, un elegante baño con suelos de baldosas de piedra caliza y de madera oscura en el dormitorio y la sala de estar.

—Sí, es un lugar agradable —dijo, sus ojos se nublaron como si estuviera recordando el mes que había vivido allí. Y tal vez el día que salí de su vida.

Nuestra conversación, ya forzada y demasiado cortés, se detuvo abruptamente. Connor se echó hacia atrás mientras el camarero entregaba nuestra comida. Unos minutos después, Connor preguntó si mi comida era buena. Le dije que sí y le hice la misma pregunta. *Sí*, respondió. Después de eso, nos concentramos en nuestra comida en lugar de tratar de entablar una conversación. A pesar del silencio y la tensión, logré comer cada bocado de mi comida. Me quedé mirando mi plato vacío, devanándome la cabeza en busca de algo que decir.

Nuestro silencio fue interrumpido por uno de los niños de la mesa de al lado que tenía unos cinco o seis años. Se acercó a nuestra mesa, con los ojos pegados al brazo izquierdo de Connor.

—Hola amigo —dijo Connor con una sonrisa—. ¿Estás bien?

Asintió y le tendió un marcador mágico azul.

—¿Puedes hacer eso para mí? —El niño se subió la manga de su suéter, indicando que quería un tatuaje en su brazo. Me hizo reír.

—Este no es con marcador mágico —dijo Connor—. Es un tatuaje. Es permanente.

Los ojos del chico se agrandaron mientras miraba a los pájaros y peces en el brazo de Connor.

—¿No puedes lavarlo? ¿Nunca?

—Nop.

—¿Nunca?

—Nunca.

Su hermano se unió a él, la curiosidad se apoderó de él.

—¿Cómo lo hiciste?

—Con agujas y tintas especiales.

El chico se estremeció.

—No me gustan las agujas. ¿Dolió?

Connor sonrió.

—Un poco.

El chico ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué pasa si cambias de opinión y ya no te gustan los pájaros y los peces?

Su hermano le dio un codazo en las costillas.

—Eso es tonto. A todo el mundo le gustan los pájaros y los peces.

El chico se encogió de hombros.

—Supongo. Pero puedes dibujar algunos pájaros y peces en mi brazo y puedo lavarlo, ¿verdad? —preguntó, su voz esperanzada.

—Deberías pedir permiso a tus padres —le dijo Connor, sorprendiéndome. Pero lo más probable es que él hubiera observado las mismas cosas que yo acerca de los padres de los niños y había decidido pecar de cauteloso para variar.

Los niños corrieron hacia sus padres y procedieron a rogar y suplicar, mientras señalaban a Connor.

Su madre frunció los labios.

—Los marcadores mágicos son tóxicos. No pueden ponerse eso en la piel.

—Pero...

—Sin peros. Nos vamos —dijo, guardando los marcadores y los libros para colorear en sus bolsos.

—Cuando crezca, me haré un tatuaje —dijo el niño.

—Sobre mi cadáver —dijo la mujer, entregando a los niños sus bolsos mientras su padre firmaba el recibo de su tarjeta de crédito.

—No pagamos todo ese dinero por la escuela privada, para que puedas convertirte en un matón —dijo el padre, lanzando una mirada a Connor.

—¿Qué es un matón? —preguntó el niño, con el ceño fruncido.

—Es un niño del lado equivocado de las vías —dijo Connor—. Suelen convertirse en adictos. No quieres mezclarte con ese tipo de personas.

El padre sacó a sus hijos del restaurante, pero la madre se quedó atrás y se paró junto a nuestra mesa, con las manos en las caderas y la mirada furiosa dirigida a Connor.

—Eso no era necesario —siseó.

—Estaba tratando de ayudar a su causa. Que tenga un buen día ahora, señora. —Connor le dio un saludo burlón, con una mirada insolente en su rostro que yo conocía tan bien. Era la misma que había usado en la escuela cada vez que los maestros lo habían disciplinado. Le hacía parecer un problema y nunca le había hecho ningún favor.

Después de que la mujer se fue, se reclinó en su asiento y se cruzó de brazos, sosteniendo mi mirada. Estaba esperando a ver cómo reaccionaba.

—¿Qué te parece salir con un... *matón*?

Decidí seguir mi primer instinto.

—Obviamente no aprecian el buen arte. Eran unos culos pomposos.

Me dio una suave sonrisa.

—Me gusta cuando estás de mi lado.

—Siempre solía estar de tu lado.

—Lo sé. Lo recuerdo.

Se produjo una pequeña pelea cuando el camarero entregó la cuenta.

—Déjame pagar la mitad —insistí—. Eso es lo que hacen los amigos.

—Deja que pague el matón. —Arrojó suficiente dinero en efectivo para cubrir la cuenta y una propina y me arrastró fuera del restaurante.

—Pero estás comenzando un nuevo negocio y...

—Un almuerzo no me arruinará.

—Gracias.

—¿Qué tal una visita guiada a los jardines botánicos? —dijo, mirando hacia la calle.

—¿Quién es el guía?

—Yo.

Probablemente conocía los jardines mejor que él, pero lo seguí. Me llevó al jardín japonés Hill-and-Pond, mi parte favorita.

—El señor Santos me enseñó como mirar un árbol —dijo.

El señor Santos era el único maestro que Connor había respetado. Ayudó a Connor a armar la carpeta que lo llevó al Instituto Pratt. Santos vio el potencial de Connor. Lo alentó y lo fortaleció en lugar de tratar de derribarlo como los otros maestros que trataban a Connor como un alborotador que necesitaba mano firme y disciplina.

—¿Qué quieres decir con... te enseñó a mirar un árbol? —pregunté.

—Un árbol no flota en el espacio. Tiene raíces y está firmemente plantado en el suelo, por lo que debes demostrarlo cuando dibujas un árbol. Quieres sentir la textura de la corteza. Mostrar la forma en que las ramas se adhieren al tronco y las hojas a las ramas. Me dijo que estudiara el espacio negativo entre las ramas. Las ramas nunca son rectas. Para darle vida a un árbol, debes mostrar las torceduras y nudos. El tronco nudoso. Las sombras y las líneas más pesadas. Los árboles son tan complejos. Son perfectamente imperfectos.

Traté de mirar el árbol a través de los ojos de un artista como lo hacía Connor. Cuando miré por primera vez este árbol, no había visto sus imperfecciones. Todo lo que había visto era su belleza y elegancia, las hojas rojizas en marcado contraste con el cielo gris opaco. No había notado las ramas retorcidas y nudosas, el tronco ligeramente doblado o las raíces que se levantaban del suelo.

Perfectamente imperfecto. Como Connor. Como yo. Como nosotros.

Miré a Connor. Él observaba mi cara, no el árbol. Estaba echando raíces. Era sombras y luz. Complejo. Hermoso y dañado, pero tal vez... no más allá de la reparación.

Cuando tomó mi mano, dejé que lo hiciera. Mientras caminábamos por los jardines, hablando y riendo, fingí que nos acabábamos de conocer y que aún estábamos en la fase de llegar a conocerse. Si eso hubiera sido cierto, habría dicho que sí a otra cita porque este tipo... era alguien a quien quería conocer mejor.

Connor

—¿Cómo te fue ayer con Ava? —me preguntó Tate mientras salíamos de nuestra reunión del lunes por la mañana y subíamos por la calle hacia nuestras Harleys. De alguna manera, nos las arreglamos para conseguir el mismo espacio de estacionamiento todas las semanas, frente a un árbol desaliñado fuera de una casa azul desgastada, la pintura agrietada y descascarada. Una pareja de ancianos se sentaba en sillas de jardín de tela palmeada junto a la pileta para pájaros cubierta de musgo en su pequeño patio delantero cercado con rejas blancas de hierro forjado. La mujer llevaba rulos en el cabello, bata de casa y pantuflas. El hombre vestía una camiseta blanca andrajosa y pantalones de vestir. Se sentaron, mirando a la distancia, sin hablar. Le di la espalda a la casa y Tate y yo nos paramos en el borde de la acera, de cara a la calle.

—Tuvo sus altibajos —dije, pensando en el almuerzo silencioso y nuestra conversación forzada. Pero luego se puso de mi lado. Y nuestro paseo por el jardín había sido... agradable. Hablamos y reímos, y ella me dejó tomar su mano—. Aunque mayormente bueno. —Saqué un cigarrillo del paquete y lo encendí.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó—. Tienes mucho en tu plato en este momento.

Tomé una larga calada y exhalé, mirando hacia el cielo donde el sol intentaba atravesar las nubes.

—¿Estás diciendo que no *crees* que sea una buena idea?

—No es mi decisión. Pero sé que ella es uno de tus factores desencadenantes —dijo, mirando el Winston que tenía entre mis labios. Por lo general, esperaba hasta después de ir al gimnasio para fumar—. Eras un desastre cuando ella te dejó.

—Estaba hecho un desastre por toda la mierda que pasó. Ese fue mi fondo.

—Sé eso. Pero esa chica te tiene todo retorcido y anudado.

No puedo negar eso. Ayer había sido duro. Un paso adelante, tres pasos atrás. Ella todavía estaba tratando de protegerse de mí.

—¿Alguna vez has estado enamorado?

—Sí. Estuve allí, hice eso, obtuve la camiseta.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—La cagué. Fui enviado a prisión. Le dije que no la quería cerca de mí. Quería visitarme en la cárcel estatal. Una mujer como ella nunca debería poner un pie en un lugar así. Si hubiera sido inteligente, se habría mantenido a un kilómetro de mí. Ella nunca debería haber tenido nada que ver con gente como yo.

—El amor no es lógico. El corazón quiere lo que el corazón quiere.

Sacudió la cabeza.

—Sí, lo sé. Hace que la gente cometa locuras de mierda.

Cuéntame sobre eso. Deseando y esperando. Tratando de seguir la línea para una oportunidad más en algo que quizás nunca vuelva a ser. Pero Ava no podía negar que aún me amaba. Eso tenía que contar para algo.

—¿Qué le pasó a la mujer? —pregunté, echando la cabeza hacia atrás mientras el sol hacía acto de presencia.

—Casada. Dos niños. Bonita casa. Obtuvo la vida que estaba destinada a tener.

—¿Es feliz?

Entrecerró los ojos, mirando a la distancia, tal vez revisando sus recuerdos de la mujer que amaba.

—Está mejor.

Le di una calada a mi cigarrillo, reflexionando sobre eso.

—¿Aún la amas?

—No tiene sentido insistir en eso. Hice lo mejor para ella.

Lo tomaría como un sí. El amor no se va. Vive en nuestros frágiles corazones. Cuando amas a una mujer, ella se mete debajo de tu piel, persigue tus sueños y tus horas de vigilia. El mal de amor, había decidido, es algo real.

—¿Estás diciendo que el amor se trata de autosacrificio?

—A veces lo es. A veces no.

Me reí.

—Gracias por aclarar eso.

—Nunca pretendí ser un experto. Solo trato de cuidarte, eso es todo. El camino hacia la recuperación no está pavimentado en oro. Es un trabajo duro. Y si las personas en tu vida no te apoyan, eso lo hace mucho más difícil.

—Ella me apoya —le dije, saltando en su defensa—. La hice pasar por mucho. Es difícil para ella.

Me dio una palmada en el hombro.

—Cuida de ti mismo primero. Sigue haciendo el trabajo y no dejes que tu barco sea sacudido por cada tormenta.

—Eso fue profundo. ¿Leíste eso en una galleta de la fortuna?

Se rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Sabes lo que estoy diciendo, listillo.



—Connor. Espera —me llamó Killian cuando salía del gimnasio.

Solté mi agarre en la puerta principal y me giré hacia él, levantando las cejas cuando se paró frente a mí.

Se frotó la nuca sin mirarme a los ojos.

—Debería haberte apoyado más. Sobre la compra de la tienda. Es una buena idea.

Parecía que le había dolido decir esas palabras.

—¿Eden te incitó a esto?

Se encogió de hombros.

—Ella me hizo ver el error de mis maneras. Pero hablo en serio. Estoy orgulloso de ti. Lo estás haciendo bien.

Había esperado mucho tiempo para escuchar esas palabras, y ahora no estaba seguro de cómo manejar sus elogios. Froté mi mano sobre mi pecho.

—Gracias.

Asintió y se fijó en un punto por encima de mi hombro. Apestábamos en esta mierda cálida y difusa y ahora ninguno sabe qué decir o hacer a continuación.

—¿Me harías un favor? —le pregunté.

Los ojos de Killian se entrecerraron. Cruzó los brazos sobre el pecho, ampliando su postura. Ahogué una risa. El bueno de Killian. Siempre a la defensiva.

—Cobra ese cheque que te di.

Giró los hombros y relajó su postura.

—No necesito el dinero. Ponlo en tu negocio.

—Si no lo necesitas para ti, introdúcelo en tu programa. No se trata solo del dinero. Se trata de asumir la responsabilidad de mis acciones. —El cheque que le había dado cubría la cantidad que pagó por mi rehabilitación y el efectivo que le había robado a lo largo de los años para financiar mi adicción. Decir que no estaba orgulloso de rebajarme tanto era la subestimación del siglo, y necesitaba que él lo entendiera. Todo lo demás... lo que pasó el año pasado, no podía hacer nada al respecto. Pero esto era algo que podía hacer bien—. Es importante para mí.

Killian estudió mi rostro durante unos segundos antes de asentir.

—De acuerdo.

Dejé escapar un suspiro de alivio. Un elemento más para marcar en la larga lista de enmiendas que necesitaba hacer.

—Gracias.

Su teléfono sonó y miró la pantalla.

—Se supone que te invite a cenar mañana por la noche. ¿Estás libre?

Parecía que no era gran cosa, y tal vez debería haber sido perfectamente normal para él invitarme a cenar a su casa. Pero era el primero. Sabía que era idea de Eden. Pero Killian estaba de acuerdo. Eso me dio esperanza.

—Sí. Pero llegaré tarde. La tienda cierra a las nueve. ¿Está bien?

—No llego a casa hasta entonces, así que sí, funciona.

Salí del gimnasio, sintiéndome más ligero y mejor equipado para manejar toda la mierda que pasaba en mi vida. Killian estaba dando pasos tentativos para apoyarme, y eso significaba más para mí de lo que jamás podría expresar con palabras.



Estacioné mi moto en el garaje subterráneo de Killian y recuperé la caja de trufas de chocolate, las favoritas de Eden, de la red elástica. Por suerte, la caja seguía intacta. Killian arqueó las cejas.

—¿Le trajiste chocolates a Eden?

—Aún no estás casado. Todavía tengo una oportunidad con ella.

—En tus sueños.

—Ella siempre está en mis sueños —le dije, incitándolo.

Me frunció el ceño.

—Será mejor que no lo esté.

Me reí. Eden era genial, pero la amaba como a una hermana. Una *hermana*. Aparté los pensamientos de Keira Shaughnessy de mi cabeza mientras seguía a Killian al ascensor.

—¿Tomas el ascensor hasta el tercer piso? Te estás volviendo perezoso en tu vejez —bromeé. Pasa doce horas al día en su gimnasio, impartiendo clases y entrenando a luchadores aficionados. Pereza no era una palabra que nadie usaría para referirse a Killian.

Hizo un gesto con la mano.

—Puedes usar las escaleras.

—Estoy bien —dije mientras las puertas se cerraban. El ascensor se detuvo en el vestíbulo y las puertas se abrieron a la chica que realmente me visitaba en mis sueños, con un enorme ramo de boca de dragón en sus manos.

—Joder —murmuró Killian.

—Me alegro de verte también —dijo Ava—. Gracias por la bienvenida.

—No sabía que estabas invitada —dijo Killian. Por la expresión de su rostro, tampoco estaba feliz por eso. Killian se esforzaba por mantenernos separados de Ava. Nuestra relación le jodió la cabeza, como me había dicho en numerosas ocasiones.

—Eden lo ha vuelto a hacer —dijo Ava, dándonos la espalda.

—Parece de esa manera —dije, en silencio agradeciendo a Eden por entrometerse. Killian me lanzó una mirada. Me encogí de hombros. *No es mi culpa, amigo. Coméntalo con tu futura esposa.*

—¿Estabas involucrado en esto? —preguntó Ava a la puerta del ascensor.

—No esta vez.

Miré la parte superior de la cabeza rubia de Ava. No tenía nada en contra del cabello lavanda. Era genial. Pero ahora se parecía más a la Ava que solía conocer. Cuando la vi el domingo, no pude evitar preguntarme si era simbólico. Los labios rojo cereza y el cabello rubio. Sabía que siempre me habían gustado esos labios rojos. Se veían tan maduros y besables. Tentador como una manzana venenosa.

—Solo estoy de acuerdo con esto por Eden —me dijo Ava en voz baja mientras caminábamos hacia el desván.

Dos podrían jugar este juego.

—Solo estoy aquí por la lasaña —dije mientras el aroma flotaba en mi camino.

Mis ojos recorrieron a Ava, observando las curvas de su cuerpo que había escondido debajo de un suéter holgado el domingo. Se desató el cinturón de su largo cárdigan negro, dejando al descubierto una camiseta de tirantes negra y sedosa y unos vaqueros pintados. ¿Eran de cuero? Jesús. Parecía que iba a un club. Mis ojos viajaron por sus piernas hasta unos botines con tacón. Luego regresan a esos labios rojos fóllables y cabello rubio platinado que enmarca su hermoso rostro. Era casi demasiado para manejar.

—Te ves sexy —le susurré—. No que me diera cuenta.

—Tú también —susurró—. No es que mirara.

Le guiñé un ojo.

—Lástima que mi cuerpo esté fuera de tu alcance.

—Justo detrás de ti.

Se pasó el cabello por encima del hombro y entró en la cocina. Observé su perfecto y apretado culo y el balanceo de sus caderas, sabiendo que estaba haciendo un espectáculo para mí mientras la seguía.

Eden nos agradeció los bombones y las flores, nos abrazó y rechazó nuestra oferta de ayuda. La cena estaba lista. La mesa estaba puesta y todo lo que teníamos que hacer era tomar asiento.

Estaba sentado al lado de Ava y frente a Eden con una vista del horizonte del centro de Manhattan desde la pared de ventanas a lo largo de la extensión de su sala de estar / comedor de planta abierta. El loft estaba bien con techos altos, paredes de ladrillo visto y suelos de madera envejecida cubiertos con alfombras orientales descoloridas. Una lujosa sección y sillas mullidas se agruparon alrededor de una mesa de café de un carro de ferrocarril de época. Los cuadros abstractos de Eden colgaban de las paredes y los estudié desde lejos. Usó muchos tonos grises y azules con explosiones de color para romper la oscuridad.

—No juzgues mis pinturas con demasiada dureza —dijo cuando me sorprendió estudiándolas—. Killian insistió en colgarlas. Si hubiera sido por mí, estarían viviendo en el armario.

—Dile que están bien —me pidió Killian. No necesité que me lo pidieran.

—Son increíbles. Deberías montar tu propia exhibición en una galería.

—Es lo que le dije —dijo Ava, dándome una sonrisa como si estuviéramos en el mismo equipo para variar. Regresó su atención a Eden—. Lo promocionaré por ti.

—Hazlo —le dije a Eden—. Puedes alquilar el espacio. Venderías lo suficiente para cubrir el costo y terminarías obteniendo ganancias.

—Lo haces parecer tan fácil.

—Es fácil. —No tenía ninguna duda de que la gente compraría sus cuadros. Pintar con óleos sobre lienzos nunca había sido mi forma de arte elegida, pero podía decir desde el otro lado de la habitación que sus abstractos estaban en capas y texturizados. Tenían vida, forma y movimiento. No hay dos personas que vean lo mismo cuando los miran, lo cual es la belleza del buen arte. Estaba abierto a interpretación. Demandaba que te sentaras y prestaras atención—. ¿Qué es lo peor que puede pasar? —pregunté, tomando un bocado de ensalada.

—Todos los odiarán. Me llamarán aficionada. Y nadie los comprará.

—No va a pasar —dijo Killian—. Tu arte es asombroso.

—Eres parcial.

—¿Soy parcial? —nos preguntó Killian a Ava y a mí.

Ava y yo dijimos que no al unísono, una vez más de acuerdo en algo.

—Hazlo —le dije—. La vida es demasiado corta para preocuparse por las opiniones de otras personas. Si a alguien no le gusta, que se joda.

—El lema de Connor —dijo Ava—. Nunca se preocupa por lo que piensen los demás.

La miré de reojo.

—Me preocupan las opiniones de algunas personas.

—Lo dije como un cumplido.

—En ese caso, gracias.

Me dio una sonrisa brillante.

—De nada.

Tomé un bocado de mi lasaña y capté la mirada de Eden. Ella sonrió.

—Se me ocurrió el mejor plan. —Killian gimió y ella golpeó su brazo—. Oye. Estoy llena de grandes ideas. Mira lo genial que está resultando esta cena. Ya es un éxito.

Mi mano izquierda se acercó al muslo de Ava. Ella no la apartó. Éxito.

—La noche es joven —murmuró Ava.

Le di un suave apretón en el muslo, probando, y una vez más ella no me negó. Ava y Eden se hicieron cargo de la conversación, charlando sobre

vestidos de dama de honor, combinaciones de colores, flores y todo lo relacionado con la boda, mientras Killian y yo devorábamos nuestra cena. Parecía que Ava no solo era la dama de honor, sino que se había asignado a sí misma como organizadora de bodas. Ni siquiera estaba seguro de que me invitaran a la boda, y mucho menos que me pidieran que fuera el padrino.

—Vamos a armar una hoja de cálculo mañana —dijo Ava, entrando en calor con su tema. Dios ayude a Eden. Cuando Ava se hacía cargo de un proyecto, podías estar seguro de que exageraría y se lanzaría al cien por cien.

Mi mano se aventuró más lejos, deslizándose por su muslo interior. La escuché tomar aire cuando mis dedos encontraron su punto dulce y se frotaron contra su clitoris. Sus labios se separaron y su respiración se hizo superficial, así que apliqué más presión. Ella se resistió contra mi mano.

—¿Ava? —preguntó Eden. Sentí que había estado hablando durante un tiempo, pero ambos nos habíamos perdido todo lo que había dicho.

—¿Hmm? —Ava se llevó la copa de vino a los labios y tomó un sorbo—. Gran vino. Buena comida... todo es...

Mi polla se tensó contra mis jeans mientras frotaba entre sus muslos. *Oh Dios*. Esta era la forma más dulce de tortura. Estaba tan excitado que apenas podía ver bien.

—Genial —terminó Ava, su voz entrecortada.

Eden estaba hablando. Ava asentía con la cabeza. Quizás incluso estaba respondiendo. ¿Quién diablos sabía?

Ava volvió a levantar su copa de vino y me di cuenta de que estaba cerca por la forma en que le temblaban las piernas. La acaricié, mi dedo presionando contra su clitoris a través del cuero. Su cuerpo sufrió un espasmo y su copa se inclinó. El vino tinto se derramó por la parte delantera de mi camisa.

Dejó su copa sobre la mesa y miró mi camisa azul abotonada.

—¿Cómo ocurrió eso?

Sonreí.

—No tengo idea, dedos de mantequilla.

Eden se levantó de un salto de la mesa y tomó toallas de papel de la cocina. Killian se retiró a su habitación y regresó con una camiseta limpia. Sequé el vino con toallas de papel antes de levantarme, con la camisa pegada a la piel.

—Te ayudaré a limpiarte —dijo Ava, empujando mi brazo. Sonaba como una promesa, una que estaba muy dispuesto a aceptar.

Cuando entramos en el baño de visitas, cerró la puerta detrás de ella, obligándonos a entrar en un espacio cerrado que era demasiado pequeño para los dos.

—No puedo creer que te dejé hacer eso —dijo en voz baja—. Se supone que somos amigos... no...

Le di una sonrisa traviesa mientras ajustaba mis jeans. Cristo, estaba tan duro. Su cuerpo me rozó mientras intentaba pasar y contuve el aliento.

—Quizás deberías darme un minuto por mi cuenta.

Su mirada bajó.

—¿Te vas a masturbar en su baño?

—¿Quieres mirar? ¿O quieres que termine lo que empecé?

—Sí. No. Por supuesto que no —dijo, presionando los labios.

Me dio la espalda, metió un paño bajo el agua y le echó jabón de manos. Me estaba mirando en el espejo sobre el lavado mientras desabotonaba mi camisa, esperando la gran revelación, sin duda. Podría haberme hecho a un lado para darnos más espacio, pero me quedé donde estaba, justo detrás de Ava. Me quité la camisa manchada de vino y la tiré al suelo de baldosas. Se dio la vuelta para mirarme, sus ojos estudiando el dragón en mi pecho. Durante unos largos momentos, se quedó mirando en silencio antes de que sus ojos se alzaran hacia los míos.

—Es tan hermoso —dijo en voz baja.

Le di una pequeña sonrisa.

—Para ocultar lo feo.

Ella bajó los ojos y pasó la toalla sobre mi pecho, sus movimientos bruscos. Pude ver que estaba luchando por mantener la compostura, respirando profundamente para calmarse. Su rostro siempre la delataba. Estaba al borde de las lágrimas. Nunca había sido capaz de manejar sus lágrimas y siempre había querido besarlas, hacer las cosas mejor para ella. Irónico que la hubiera hecho llorar más que nadie.

Le quité el paño de la mano y terminé el trabajo yo mismo, luego lo enjuagué y lo escurrí. Me puse la camiseta de Killian y Ava recogió mi camisa manchada del suelo.

—La lavaré.

—No te preocupes por eso. —Le quité la camisa de la mano—. Puedo lavar mi propia ropa.

Tomando su barbilla, incliné su rostro hacia mí. Sus ojos grises buscaron los míos, sus labios entreabiertos. Bajé la cabeza y rocé mis labios con los suyos. Agarrando su labio inferior entre mis dientes, lo mordí y luego lo chupé para quitarle el escozor. Su cuerpo se inclinó contra el mío, suave

y flexible y quise tomarla allí, ahora mismo. Levantarla sobre el tocador y follarla hasta que la única palabra en sus labios fuese mi nombre. Pero esta no era la forma en que la quería. Quería todo de Ava.

La solté y salí del baño, limpiándome el lápiz labial de la boca con el dorso de la mano antes de reunirme con Eden y Killian en la cocina.

Aparté a Eden del fregadero.

—Yo haré eso.

—Gracias.

Enjuagué y apilé los platos y cubiertos en el lavavajillas mientras Killian molía granos frescos y preparaba café en su elegante máquina italiana. Sin duda el café era para mí, la única persona en esta pequeña fiesta que tenía que abstenerse de beber alcohol. Puso una taza de café en mis manos y llenó las copas de vino de los demás. Apestaba ser yo. Agregué leche y bebí mi café colombiano con la melodía de “Starting Over” de Macklemore. En algún momento, Ava se unió a nosotros, y ella y Eden devoraron las trufas de chocolate.

—Entonces... aquí está mi idea. Podemos hacer una exhibición juntos —dijo Eden, sonriéndome como si acabara de resolver todos nuestros problemas—. Lo haré si lo haces conmigo.

Negué con la cabeza.

—No está pasando.

—¿Asustado? —Se burló.

—Estoy demasiado ocupado para trabajar en algo así. —Dios, acabo de comprar la tienda esta mañana. Ni siquiera podía pensar en una exposición de arte.

—Probablemente ya tienes toneladas de cosas que puedes exhibir —dijo Ava, llevándose un chocolate a la boca.

—No lo hago —dije, mirándola lamer el chocolate de sus dedos. Era tan jodidamente sexy que casi me olvido de lo que estábamos hablando. Dios, le encantaba torturarme—. No soy pintor.

—Sí lo eres. Eres un artista de graffiti —dijo Ava—. Eso es pintura. Además, eres muy rápido. Puedes preparar una pieza en unas pocas horas.

—Exactamente —dijo Eden—. Me lleva días, a veces semanas, terminar una pieza.

—Porque eres perfeccionista con tu arte —dijo Killian, sin enmascarar el orgullo en su voz.

—No existe el perfeccionista cuando se trata de arte —dijo Eden.

Eden confiaba en todos los aspectos de su vida excepto en su arte. Aún no creía que fuera lo suficientemente buena, pero entendí exactamente de dónde venía.

—Si no lo haces, yo no lo haré —dijo Eden, cruzando los brazos.

Killian hizo un gesto con la barbilla, indicando que debería seguirlo. ¿Cómo diablos mi sugerencia inocente había llegado a esto? Caminamos hasta la pared de ventanas con marcos de acero negro. Desde la cocina, escuché a Eden y Ava hablando, sus palabras ahogadas por la música.

—Te debo una —dijo Killian.

Ojalá nunca hubiera sugerido esta idea. Estaba destinado a Eden, no a mí. No mentía cuando dije que estaba ocupado. Ya tenía un montón de cosas con las que lidiar. Dirigiendo la tienda. Poner al día con la contabilidad y el papeleo. Trabajaba muchas horas y no tenía tiempo para esto. Sin mencionar que no tenía ningún deseo de mostrar algo en una galería. Esa no era mi escena. Perfecto para Eden, una idea terrible para mí.

—El arte de Eden pertenece a las galerías. El mío no lo hace. Soy tatuador.

Miró por la ventana, perdido en sus pensamientos.

—Siempre has tenido el mismo problema que Eden. Pensar que tu arte nunca es lo suficientemente bueno —dijo—. Seamus estaba equivocado. Tienes que dejar de creer las cosas que dijo.

Rodé mis hombros, recordando algunas de las cosas que solía decir. *¿A eso lo llamas arte? Un niño de jardín de infantes podría hacerlo mejor que eso. Deja de perder el tiempo garabateando y haz algo útil. Saca tu cabeza de las nubes, jodido coño.*

—¿Tú lo hiciste? —le pregunté a Killian

—Estoy trabajando en ello.

—¿Sigues viendo al psiquiatra?

—Sí. Solo estoy financiando sus exóticas vacaciones.

Me reí.

—Así de malo, ¿eh?

—No es fácil, eso es seguro.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes. Lo vivimos. Pero salimos por el otro lado. Más fuertes. Más resistentes.

Killian nunca hablaba así. ¿Me estaba poniendo en esa misma categoría? ¿Más fuerte? ¿Más resistente? Sus sesiones de psiquiatra deben estar dando sus frutos. Ayer dijo que estaba orgulloso de mí.

—¿Por qué no puedes exhibir graffiti en una galería? —preguntó.

Estaba pidiendo un favor y estaba en mi poder concederlo. No me recordó que les debía a él y a Eden todo lo que les había hecho pasar el año pasado. Debido a mi cagada, Killian había recibido tres disparos en el pecho. Gracias a Dios, llevaba un chaleco antibalas. Le disparó y mató al hombre que había amenazado la vida de Eden. Eden, que había sido golpeada y pateada, atada por los tobillos y muñecas, con una pistola apuntada a su cabeza mientras yo estaba atado a una silla, sin poder ayudarla. Pero parecía que Killian estaba tratando de dejar eso atrás. No quería hacer esta exposición, pero parecía que necesitaba hacerlo.

—No hay razón por la que no pueda.

—Bien. Y la próxima vez que quieras hacer que tu ex novia se venga, no lo hagas en mi mesa.

Me reí entre dientes.

—No tengo idea de lo que estás hablando.



Ava

—Me van a matar —le dije a Killian por teléfono después de haberle dado todos los detalles del espacio de la galería: seiscientos pies cuadrados de espacio de exhibición en Bed-Stuy. Inclusión en un boletín bimensual con dos mil suscriptores. Exposición en redes sociales en el sitio web de la galería y la página de Facebook. Un técnico de la galería para supervisar la instalación del arte. Música y un sistema de megafonía. Y un sistema para colgar cuadros. Perfecto. Excepto por una cosa. Una cancelación reciente había liberado las únicas fechas disponibles por un año y solo faltaban dos meses para eso. Todos los demás espacios de las galerías que llamé se reservaron con un año o dos años de anticipación.

—Es mejor así —dijo Kilian—. Menos tiempo tiene para perder los nervios. Resérvalo. —Me dio los detalles de su tarjeta de crédito y me aseguró que todo estaría bien. Cuando colgamos, reservé la galería, no muy segura de que todo estaría bien.

—Buenas noticias —le dije a Eden cuando entró en la oficina para recoger su cheque de pago. Una actitud positiva era el mejor enfoque—. Reservé la galería. Para mediados de diciembre. Eso te da dos meses para prepararte. —Le di dos pulgares arriba—. Perfecto, ¿verdad?

Su mandíbula cayó al suelo y cerró la puerta de golpe.

—¿Estás loca? —gritó—. No estaré lista en dos meses. Necesito más tiempo... Necesito... —Dejó de hablar y comenzó a hiperventilar, a pasear de un lado para otro diciendo *Oh, Dios mío* de manera repetida.

Metí la mano en el cajón del escritorio donde guardaba mis suministros en caso de emergencia y le arrojé un paquete de Twizzlers¹.

—Esta es una de esas situaciones en las que solo necesitas dar el salto —le dije mientras Eden masticaba furiosamente el regaliz—. Atrévete.

—Es fácil para ti decir eso. No tienes idea de lo estresante que es esto.

¹ Twizzlers es una marca popular de caramelos con sabor a frutas.

Apoyé mis pies en el escritorio y me recosté en la silla con los brazos cruzados.

—Diselo a la *Dra. Christensen*. Te hablaré desde la cornisa.

—Esto es una venganza, ¿verdad? Por esa cita de café y la cena. Estás tratando de castigarme por interferir en tu relación —acusó.

—Debería ofenderme que pienses tan poco de mí. —Le lancé la pelota antiestrés de Buda—. Dale a Buda algunos apretones. Te sentirás mejor. Y no, esto no es venganza. Killian y yo estamos haciendo esto por ti. Es una gran idea y puedes agradecernos más tarde. Será un éxito total. Creo en ti.

Ella mordisqueó sus Twizzlers y apretó la bola de Buda con su otra mano. Eden estará bien. Ella tenía el apoyo total de Killian y había terminado de pintar su mural en la pared de la boutique, por lo que tendría tiempo para trabajar en sus pinturas.

—¿Connor estuvo bien con eso?

Connor. Sabía que solo estaba haciendo esto por Eden y Killian. Nunca había deseado exhibir en una galería. Me aclaré la garganta.

—Aún no lo sabe. Se lo diré en persona. Hoy.

Sus cejas se arquearon.

—¿De Verdad? ¿Vas a Forever Ink?

Me encogí de hombros como si no fuera gran cosa. Solía pasar mucho tiempo allí, pero habían pasado algunos años desde que puse un pie en la tienda de tatuajes. Ese era el espacio de Connor y me había alejado.

—No puedo enviarle un mensaje de texto o llamarlo y decirle algo como esto. Necesito decírselo en persona.

Me va a matar.

Eden asintió y volvió a colocar al Buda en el estante, pero se quedó con los Twizzlers.

—¿Crees que puede manejar todo esto, Ava? Ni siquiera pensé en todo lo que está pasando cuando lo convencí de esto.

—Estará bien —dije, esperando que fuera cierto—. Sus mejores trabajos son cuando está bajo presión. Deberías haberlo visto cuando estaba haciendo su portafolio para la escuela de arte. Nunca había planeado postularse, pero su maestro creía en él y lo alentó a que lo hiciera. Connor decidió hacerlo un mes antes de la fecha límite. Luego se dejó el culo para preparar las piezas. Y fueron increíbles.

—Y no solo entró, sino que obtuvo una beca.

—¿Killian te dijo eso? —pregunté sorprendida. Sabía que Connor no lo habría hecho. Nunca se jactaba de eso. Dudaba que alguna vez se lo dijera a alguien que no sea yo, Killian y el Sr. Santos.

—Sí. Está orgulloso de Connor —dijo Eden—. Simplemente le cuesta expresarlo. Pero él está mejorando.

—Parecen que les va mejor. —Lo que había visto el martes por la noche me había dado esperanza.

—Sí. Creo que Killian está listo para seguir adelante y dejar atrás el pasado.

—Eso es bueno. Se necesitan.

—Sí, lo hacen —dijo pensativa—. Entonces, ¿qué hay de ti y Connor? ¿Estás lista para dejar atrás el pasado?

—Estoy...

La puerta se abrió y Zeke entró, salvándome de tener que responder la pregunta.

—¿De qué chismean ustedes dos?

—Tú —dijimos al unísono y chocamos los cinco.

Zeke nos guiñó un ojo.

—Apuesto a que es jugoso.

—Los veo luego, chicos —dijo Eden, saludando por encima de su hombro.

Gruñí.

—Odio la palabra jugoso.

Zeke se rio.

—Lo sé. Jugoso. Húmedo. Chorreante.

Me estremecí.

—Deja de torturarme con tu palabra porno. —Salté de mi silla y me puse el cárdigan blanco, abroché los pequeños botones de perlas y tomé mi bolso—. Me voy de aquí.

—¿Por lo que dije? —preguntó Zeke, tomando asiento y rodando frente al escritorio.

—Hay un lugar al que necesito ir. —No conocía el horario de Connor. Probablemente lo atraparía en medio de un tatuaje. Habían pasado años desde que lo había visto trabajar. Pero solía amarlo. Antes de irme, le conté a Zeke todo lo que había hecho hoy. Las facturas pagadas. La actualización de nuestras redes sociales. La reservación para la fiesta de Navidad de una firma de abogados corporativos.

—Eres una estrella —dijo.

—Brillo —estuve de acuerdo, feliz con la forma en que las cosas habían salido conmigo y con Zeke. Era como si nunca nos hubiéramos enrollado. Habíamos vuelto a ser amigos y colegas sin ningún tipo de incomodidad. Si tan solo el resto de mi vida pudiera ser así de simple.

—Me encanta el cabello, por cierto —dijo, sus dedos volando sobre el teclado mientras escribía un correo electrónico.

—Dicen que las rubias se divierten más. Pensé que volvería a probar esa teoría.

—¿Cómo te está yendo con eso?

Pensé en el casi orgasmo que Connor me dio en la mesa hace dos noches. Y el beso burlón en el baño. Me había dejado con ganas de más. A propósito. No podríamos hacer eso más. De ahora en adelante, no me permitiría cruzar las líneas de la amistad.

—Primeros días. Pero hasta ahora, todo bien.

—Estoy alucinando con el estilo de la abuela sexi —dijo.

Miré mi falda midi de gasa blanca, medias negras y Doc Marters, sin estar segura de si eso era un cumplido o no. Al salir, tomé un taco del camión de Jimmy y le pedí que lo pusiera en un contenedor para llevar. Carnitas era la favorita de Connor. Tal vez una donación de alimentos suavizaría el golpe.

En la caminata de quince minutos a Forever Ink, hice una lista mental de cómo podría ayudar a Connor. Sabía que Jared usaba el mismo software de contabilidad que usamos en el bar. Podría ayudarlo con eso y organizar la oficina para él. Podría configurar una cuenta de Instagram para la tienda, algo que había alentado a Jared a hacer hace años, pero nunca lo había hecho. La tienda estaba abierta de una a nueve, siete días a la semana. Cincuenta y seis horas a la semana más las horas adicionales para limpiar la tienda y esterilizar el equipo. Además de eso, tendría que pagar facturas, hacer el inventario y ordenar, y la contabilidad. No sería fácil, pero Connor podría hacerlo.

A pesar de apenas sobrevivir en la escuela secundaria, Connor era inteligente. Cuando estudiaba y se lo proponía, sacaba fácilmente una A en sus exámenes para elevar su promedio a una nota de aprobación. En nuestro último año, su profesor de inglés lo acusó de hacer trampa. Insistió en que él había plagiado o había conseguido que alguien más escribiera sus ensayos. Los llamó brillantes y perspicaces y no creía que Connor tuviera la capacidad de hacer ese tipo de trabajos. Había salido volando de su salón de clases y cerrando la puerta. Llamó al consejero vocacional y al director para que se ocuparan de ello. Afortunadamente, el consejero vocacional no fue una pesadilla total y sugirió que Connor escribiera un ensayo en su

oficina. El maestro aceptó a regañadientes que estaba al mismo nivel que los demás, pero Connor nunca recibió una disculpa lo que lo cabreó. Como resultado, entregó un trabajo mediocre durante el resto del año y terminó con una C en lugar de una A.

Cuando entré en la tienda, me sentí bien con mi decisión de venir a ver a Connor. Tal vez disminuiría el golpe cuando le dijera que solo tenía dos meses para prepararse para la exhibición. Una chica con el cabello largo y oscuro, un anillo en el labio y múltiples perforaciones en las orejas, me miró por encima del mostrador.

—¿Tienes una cita?

—No. Estoy aquí para ver a Connor.

Mi mirada vagó hacia su estación. Estaba tatuando el brazo de un chico y se reía de lo que sea que dijera. Connor parecía estar en su elemento, como si estuviera en el lugar que pertenece. Contento. Confidente. Relajado. En completo control de la máquina en su mano. Mi mirada se demoró en su rostro. Estaba en la zona, y no existía nada a su alrededor, excepto el tipo y el tatuaje en el que estaba trabajando. Se ponía así cuando estaba trabajando en su arte, de la misma manera que yo lo hacía en mi clase de sedas aéreas.

—Connor está ocupado —dijo la chica detrás del mostrador, atrayendo mi atención hacia ella.

—Puedo esperar.

—Podría tardar un tiempo. Y a él no le gusta que lo interrumpan cuando está trabajando.

—Me sentaré en el sofá y esperaré a que termine.

—Como quieras.

—Bien, me quedaré aquí.

Me hundí en el sofá de cuero negro, puse el recipiente de tacos en la mesa de café y crucé las piernas para esperar. Mientras esperaba, vi a Connor. Se veía tan bien con sus jeans desteñidos y su camiseta blanca ajustada, los músculos de su brazo se flexionaron mientras tintaba su diseño.

Dios, extrañaba su cuerpo. Extrañaba todo de él.

Había intentado tanto olvidarlo. Pero había estado allí en cada canción, en cada recuerdo, en cada lágrima.

—Hola Ava —dijo Jared, acercándose a mí—. Mucho tiempo sin verte.

Me puse de pie y abracé a Jared. Después de conversar durante unos minutos, me presentó a Claudia, la chica detrás del escritorio.

—Deberías mostrarle a Ava las joyas —le dijo a Claudia—. No te importa un piercing, ¿verdad, niña?

Ya tenía tres piercings en cada oreja y un piercing en el ombligo, todo lo cual había conseguido en esta tienda cuando tenía dieciocho años y me había ido de juerga.

—Tengo algunos, pero creo que estoy bien.

—¿Cómo se conocen? —preguntó Claudia, tratando de sonar casual pero obviamente estaba buscando información y sus ojos estaban entrecerrados en mí.

—Nos remontamos a hace mucho tiempo atrás —dijo Jared—. Conocí a Connor y Ava hace seis años. Eran inseparables.

—Erase hace una vez... —dije.

Claudia arqueó las cejas.

—¿El cuento de hadas terminó?

La miré directamente a los ojos y lo vi escrito en toda su cara. Ella quería a Connor. Por eso me había dado esa actitud. Me veía como la competencia.

—El cuento de hadas aún no ha terminado —dijo Connor, saliendo de la nada. Me pasó un brazo por los hombros y me acurrucó a su lado como si tratara de probar algo—. Ava sigue siendo mi princesa. Estoy trabajando para ser su caballero blanco.

Levanté mis ojos a los suyos.

—Suena a una buena historia.

—Garantiza tener un final feliz.

—¿Estás haciendo garantías ahora?

Bajó la cabeza y me susurró al oído.

—¿Estás aquí para aprovecharte de mí? Eso lo puedo arreglar.

Sin darme la oportunidad de responder, Connor me llevo lejos del escritorio y hacia una habitación privada en la parte de atrás. Cuando entramos, cerró la puerta detrás de mí y me enjauló en sus brazos.

—¿Me extrañaste?

Cada. Maldito. Día.

Sus labios rozaron mi mandíbula. Mis ojos se cerraron y me recosté contra la puerta en busca de apoyo.

—Connor, —susurré.

—Dime lo que quieres, Ava.

Presionó su cuerpo contra el mío y pude sentir su erección presionando contra mi cadera. Oh Dios. Qué fácil sería entregarme a él. Dejar que me llevara a la mesa de tatuajes. Contra la pared. En cualquier sitio. Puso sus besos en mi cuello. Solo eran susurros de un beso, tan suave y gentil que casi duelen. Quería apretar mi cuerpo contra el suyo, liberar el dolor entre mis muslos. En cambio, me quedé completamente quieta, con las palmas de las manos apoyadas contra la puerta, las piernas temblando debajo de mí y la respiración entrecortada.

Te necesito. Ahora.

—Connor... —jadeé.

—Dime que me detenga. —El dorso de sus dedos rozó mi pezón. Mi sujetador y mi camiseta no ofrecían protección. Mis pezones se endurecieron bajo su toque y estaba mareada por la necesidad y el deseo.

—Detente —susurré, sabiendo que él haría lo que le pedí.

Dejó caer los brazos a los costados y retrocedió unos pasos. Con mi cuerpo traicionando mis palabras, me apoyé contra la puerta en busca de apoyo.

—Tus deseos son mis órdenes.

Realmente no lo había dicho en serio. Pero quería decirlo en serio.

—¿Te acostaste con Claudia?

Inclinó la cabeza, estudiando mi cara.

—¿Te molestaría si dijera que sí?

Me encogí de hombros como si no me importara de una forma u otra. Pero me importaba. No podría soportar pensar en él con ella o con alguien que no fuera yo.

—Solo curiosidad.

Me sonrió.

—Dame una respuesta honesta y te lo diré.

—Lo que sea. No es asunto mío. Solo somos amigos.

—Así es. Entonces, ¿por qué estás aquí, *amiga*?

¿Por qué estaba aquí? Mierda. Necesitaba contarle sobre la exposición.

—¿A qué hora tienes a tu próximo cliente?

—En quince minutos. ¿Estás buscando un rapidito?

—Saca tu mente del desagüe.

Me sacó de la habitación y a la parte trasera de la tienda.

—Necesito un poco de aire fresco —dijo, encendiendo un cigarrillo.

—¿Fumar no contradice el propósito?

—Ya sabes como soy. Soy una contradicción andante. —Le dio una calada al cigarrillo y exhaló por el costado de su boca, el humo se desplazó en la dirección opuesta a la mía—. Entonces, ¿qué pasa, además de mi polla?

Era casi una invitación a mirar. Cualquiera lo haría. El bulto en sus jeans era difícil de pasar por alto. Connor estaba... bien dotado. Sí, tenía una gran polla y sabía cómo usarla. Oh, lo hizo alguna vez.

—¿Me estás mirando? —preguntó.

—No. —Me apoyé contra la pared y crucé los brazos, ignorando su risa. Lo miré de reojo. Se suponía que fumar no era sexy. Pero cuando Connor fumaba, era sexy. Cuando inhaló, sus ojos se estrecharon, las pequeñas líneas alrededor de sus ojos se arrugaron.

—Está bien, escucha, tengo algo que decirte. No te asustes. Te voy a ayudar.

—¿Ayudarme a hacer qué? —bromeó—. ¿Me la vas a sacar? Mi mano podría usar un descanso.

Reprimí un gemido. No quería pensar en él usando su mano. *Mantente enfocada.*

—He reservado la galería para mediados de diciembre...

—¿Qué carajo? —Me fulminó con la mirada. Cuadré mis hombros y me mantuve firme.

—Estará bien —dije, tratando de tranquilizarlo.

—¿Bien? —preguntó incrédulo—. Tengo un montón de cosas con las que lidiar. No puedo...

—Tú puedes. Eres un artista increíble, Connor. Y como dije, eres rápido. Puedes hacer graffiti en lienzos o... ¿usarías lienzos? —Él todavía me estaba mirando como si estuviera loca. Agité mi mano en el aire sin darle importancia—. De todos modos, será como pintar algo en la pared. Excepto que no tendrás que preocuparte por que te atrapen.

Dio una calada al cigarrillo y sopló el humo en mi dirección.

—Grosero —dije, alejándolo.

—¿Quieres que falle, Ava? —preguntó, su voz baja y enojada. Pero también escuché el dolor en su voz—. ¿Es por eso que hiciste esto?

—No. No quiero que falles. ¿Cómo puedes pensar eso?

Resopló.

—No tengo idea. Tal vez porque has reservado una jodida galería, para dentro de dos meses. Gracias por apoyarme, *amiga*.

—No vas a fallar. Sé que puedes hacerlo. Te vi tatuar a ese tipo y...

—No estoy preocupado por los tatuajes —dijo con los dientes apretados—. ¿Sabes lo duro que debo trabajar para mantenerme alejado de las drogas? Me encontré con Danny... —Se detuvo antes de dar el nombre completo, pero sabía exactamente de quién estaba hablando. Danny Vargas, escoria más grande de la tierra—. Dijo que podía conectarme. Las personas que solía conocer... las que todavía usan... no quieren que esté limpio. Les molesta.

—Pero dijiste que no, ¿verdad?

Sacudió la cabeza.

—Todavía sientes la necesidad de preguntar. Supongo que eso lo dice todo.

Arrojó su cigarrillo al suelo y encendió otro mientras aplastaba el primero bajo la suela de su bota. Me mordí el labio para evitar decirle. Fumar no era genial, pero era mejor que lo que hizo antes.

—Yo solo... me preocupo por ti, ¿de acuerdo? Danny Vargas es un ser humano horrible. Lo culpo por engancharte...

—Nadie me obligó a consumir drogas. Fue mi elección. Pero ahora... estoy intentando con todas mis fuerzas asegurarme de no resbalar. Y hasta hace poco, no tenía el apoyo de Killian. No tenía el tuyo... demonios, todavía no sé si lo tengo. No sé dónde estoy contigo en un día determinado. Me amas. Me odias. Tal vez ni siquiera te gusto. ¿Cuál es el punto de ser amigos o cualquier otra cosa si ni siquiera puedes confiar en mí?

Quiero confiar en ti.

—Haré todo lo que pueda para apoyarte. Te ayudaré con el papeleo y la contabilidad... puedo hacerlo una hora al día y puedo ocuparme de tus redes sociales...

—Gracias, pero no gracias. Necesito hacer esto por mi cuenta.

—No, no lo haces. Quiero ayudarte. No dejes que tu terco orgullo se interponga en el camino.

Apretó la mandíbula. Yo suspiré. Todavía lo conocía muy bien. Lo que significaba que también sabía cómo comunicarme con él.

—¿Recuerdas a Jake Masters?

—Maldito imbécil. ¿Cómo podría olvidar a Jake Masters? —Dio una calada enojada a su cigarrillo, sus ojos se estrecharon en rendijas.

Por alguna razón, de miles de estudiantes, me había atacado.

—Al principio, él solía coquetear conmigo. Como si yo tuviera que sentirme honrada, de que él me eligió. Pero le dije que no estaba interesada, que dejara de molestarme. Todo comenzó con solo palabras... —Connor sabía todo esto, pero sentí la necesidad de recordárselo—. Me llamó princesa de hielo. Me preguntó por qué actuaba como si yo fuera mejor que él.

—Porque eras mejor que él. Y no dejaste que tomara algo que no estabas dispuesta a dar.

—Jake entró al bar hace aproximadamente un año y medio. —No había cambiado mucho desde la secundaria. Todavía tenía una sonrisa permanente en su rostro y el cabello castaño despeinado que probablemente pasó mucho tiempo peinando. Como prueba de que la vida no era justa, había conseguido un trabajo comercial en Wall Street y había comprado un departamento frente al mar en una de las monstruosidades de vidrio y acero en Williamsburg, algo de lo que se había jactado rápidamente—. Estaba en la barra hablando con Killian cuando entró.

Connor aplastó su cigarrillo debajo de su bota y esperó a que yo continuara. Su mandíbula estaba apretada, el pequeño músculo en su mejilla saltando.

—Había pasado tanto tiempo, pero tan pronto como lo vi, tenía catorce años nuevamente. Me hizo sentir... indefensa, como si todavía tuviera todo el poder. —Los recuerdos se apoderaron de mí, pero todavía había uno que siempre bloqueaba—. Tengo esa sensación de malestar estomacal, ¿sabes?

—Sí, lo sé, —dijo, su voz suave, sus ojos llenos de preocupación—. ¿Que pasó?

—Killian quería echarlo, pero le dije que necesitaba enfrentarme a Jake. Así que lo hice. Y después de que me enfrente con él, dijo: ¿Por qué están tan jodidas todas las chicas calientes?

—Maldito idiota —gruñó Connor y luego con una voz más suave dijo— : Lo siento, nena. Lo siento mucho.

—Está bien. Me alegro de haberlo confrontado. Pero después, todo lo que quería hacer era llamarte y hablar sobre eso. Porque solías ser mi mejor amigo. Y tú eres el único que habría entendido cómo me hizo sentir.

Bajó la cabeza y se frotó la nuca.

—Pero yo estaba en Miami.

—Sí. Pero no te digo esto para hacerte sentir mal. Te digo esto porque eras mi caballero blanco, Connor.

—Killian era tu caballero blanco. Golpeó a Jake, no yo.

Eso todavía molestaba a Connor, pero ni siquiera había estado allí cuando sucedió. Por casualidad, Killian había salido y atrapado el final de todo.

—Lo sé y eso fue genial. Aprecié lo que hizo Killian. Pero tú fuiste quien me recogió y me ayudó a volver a armar las piezas. Me hiciste creer que no fue mi culpa. Siempre estuviste ahí para mí. Me hiciste sentir hermosa, especial y apreciada. Sentí que Jake rompió algo dentro de mí...

—No lo hizo —dijo, sonando enojado porque incluso sugeriría eso—. Eras demasiado fuerte para romper.

Fue agradable que él creyera eso, pero, en ese momento, me sentí rota. Y avergonzada. Asustada. Enojada. Victimizada. Y tan sola. Hasta que Connor se hizo mi amigo.

—Porque solo duró unos pocos meses. Pero tú... lo que viviste... Nunca hubiera sido lo suficientemente fuerte como para vivir eso. Me hubiera roto. No te rompí, Connor. Eres mucho más fuerte de lo que crees. Y siempre solía estar de tu lado porque siempre estabas de mi parte. ¿Recuerdas cuando estábamos en el mismo equipo?

Connor entrecerró los ojos viendo a la distancia.

—Recuerdo.

—Cuando te perdí, no solo perdí a un novio, perdí a mi mejor amigo.

Cerró los ojos.

—Ava...

—Te extrañé —dije, siendo más honesta de lo que había sido en mucho tiempo—. Mucho.

—También te extrañé. Me fui por un tiempo, pero ahora estoy de regreso.

—Quiero creer en ti otra vez. —No era lo mismo que decir que sí creía en él, pero era un comienzo.

—¿En qué estabas pensando, Ava? ¿Dos meses?

—Fue la única fecha disponible por un año. Pero puedes hacerlo. Sé que puedes.

Exhaló bruscamente. Claudia asomó la cabeza por la puerta trasera.

—Connor. Tu próximo cliente está aquí.

—Enseguida voy.

Miré por encima del hombro cuando la puerta se cerró detrás de Claudia.

—No me acosté con ella.

—No me acosté con Orlando. —Él sonrió, feliz de haberlo admitido. Orlando era solo un amigo y era un buen instructor. Sin mencionar que era más probable que fuera por Connor que por mí—. Entonces... —aplaudí y me balanceé sobre mis talones—. Aceptarás mi ayuda, ¿verdad?

Me dio una sonrisa malvada en la que no confiaba.

—Ya que te estás ofreciendo... hay algo que necesito.

—¿La cena? Te traje un taco.

Sacudió la cabeza.

—No es lo que tenía en mente.

—¿Que necesitas? —pregunté con cautela. Si estaba hablando de sexo, la respuesta era no. Absolutamente no. No sexo con el ex.

—Una invitación.

12

Connor

Había cuatro mujeres en la clase, pero no me interesaba mirar a las demás. Solo estaba aquí por Ava. Me apoyé contra la pared, fuera del camino. Cuerdas de seda multicolores colgaban de las vigas de un techo de doble altura. Ava llevaba unos leggings de lycra y un sostén deportivo, con el estómago tonificado a la vista. Ella era todo músculo magro, siempre había estado en buena forma, pero esto era lo más en forma que la había visto. Cristo, ella era fuerte y tan flexible que me hizo pensar en cosas que no debería.

Ella quería olvidar que yo estaba aquí, para poder entrar en su zona. Pero de vez en cuando me miraba y luego sacudía la cabeza un poco como si necesitara dejar de hacerlo. No quería estropear su clase o arruinar su concentración, así que jugueteé con mi teléfono por un tiempo y busqué en Google cosas al azar: vidrio soplado, el graffiti en el Muro de Berlín y Río de Janeiro. Me desplazé por las fotos de *Cristo Redentor*, con los brazos abiertos sobre una ciudad en expansión. Playas de arena y colinas verdes, arquitectura colonial, el carnaval. El vibrante arte callejero en una ciudad plagada de crímenes, habitada por ricos y miserables. Parecía mi tipo de lugar, una ciudad con latidos, calor, color y contradicciones.

Cuando empezaron a sonar las primeras notas de los "*Undisclosed Desires*" de Muse, guardé mi teléfono y eché la cabeza hacia atrás, mirando hacia arriba. Ava se había subido a la cima, con una seda turquesa envuelta alrededor de su tobillo, sus manos sosteniendo la otra tira de seda tensa, la espalda arqueada y su cuerpo suspendido boca abajo y muy arriba. Me di cuenta por la expresión de su rostro que estaba completamente en su zona. Todo a su alrededor había dejado de existir. No sabía decir lo que estaba haciendo. No tenía la mínima idea de los nombres de sus movimientos. Todo lo que sabía era que era valiente, atrevida y jodidamente hermosa. Volando y cayendo en caída libre. Lo hizo parecer sin esfuerzo, su cuerpo flexible se inclinó a su voluntad. Fluido y elegante. Sus movimientos sincronizados con la música.

Ava, mi musa, mi inspiración. Ella sería mi arte.

No se dio cuenta cuando tomé fotos con mi teléfono. O la forma en que la miraba, en estado de shock y asombro. Frágil, mi trasero. Esta chica no estaba hecha de vidrio. Fue forjada de acero maleable.

Si Ava fuera un árbol, ella sería un sauce. Se doblan, pero no se rompen.

Cuando terminó la clase, esperé a que ella viniera a mí. Se vistió con su sudadera con capucha y Nikes, se despidió de las demás y caminó hacia mí con una sonrisa que era solo para mí. Reconocí esa sonrisa como una canción que no había escuchado en mucho tiempo pero que aún recordaba todas las letras.

—Me impresionas.

—No es fácil sorprenderte —dijo—. Con tu corta capacidad de atención.

Cierto. Tenía un umbral bajo para el aburrimiento, pero Ava nunca me había aburrido. La encontraba infinitamente fascinante.

—Siempre logras mantenerme entretenido.

—¿Empanadas?

Me reí y le quité la mochila del hombro y la colgué sobre el mío.

—Traje mi iPad —dijo, siguiéndome a mi motocicleta—. Podemos hacer un plan. También tengo un montón de monedas y un gran apetito.

—Deberías haber sido una Girl Scout. Siempre preparada.

—No hubiera durado un día. No juego bien con los demás, ¿recuerdas?

Me reí. Su maestra de segundo grado había escrito eso en su boleta de calificaciones y todavía la molestaba.

—Eso es porque todavía desempeñabas tu papel de princesa perfecta. Dejaste a esa chica en el polvo hace años.

—Justo cuando te conocí.

—Te arruiné para todos los demás —le dije.

—Lo hiciste.

—¿Qué pasa con Zeke? —pregunté.

—¿Qué hay de él?

Estaba a punto de ponerle el casco, pero ella me lo quitó y lo hizo ella misma.

—Vamos —dijo—. Tengo hambre.

En el corto viaje al restaurante, me torturé pensando en ella y en Zeke juntos. ¿Qué podrían tener en común? Además de trabajar juntos. Y estar durmiendo juntos. Mierda. Necesitaba dejarlo ir, pero era difícil.

Cuando nos sentamos en una cabina con menús frente a nosotros, ella dejó un puñado de monedas contra el borde de la mesa y las derramó sobre la mesa.

—Podemos jugar Quarters² con nuestro jugo de papaya.

—Tiempos divertidos.

—No hagas eso —dijo, introduciendo monedas en la máquina.

—¿Hacer qué?

—Lo que haces cuando estás enojado. Te pones todo de mal humor y desagradable.

Estoy en paz. Soy fuerte. *Bla, bla, jodidamente bla.*

Me recosté contra el asiento y crucé los brazos.

—¿Con cuántos chicos has estado?

Golpeó las teclas de la máquina, ignorando mi pregunta, luego recogió las monedas adicionales y las arrojó en su bolso. Ava sonrió cuando "*I Heard It Through the Grapevine*" comenzó a sonar.

—Graciosa.

—¿Realmente importa cuántos tipos hubo? Si ninguno de ellos...

—Si ninguno de ellos... ¿qué?

La conversación se interrumpió cuando la camarera se detuvo en nuestra mesa para tomar nuestro pedido, una camarera diferente a la última vez. Hice el pedido para los dos. Estúpido, de verdad. Como si tuviera algo que demostrar. Como si necesitara tener el control de algo en mi vida.

Después de que la camarera dejó nuestra mesa, Ava apoyó los brazos cruzados sobre la mesa.

—No importa si he estado con dos hombres o veinte.

Veinte. Que mierda. A mí me importaba.

—No es que no hayas estado con otras chicas.

—No he estado con nadie desde esa noche contigo. —Dieciocho... diecinueve meses atrás. Pasaron unos días antes de que Killian me hubiera sacado el culo del mundo a rehabilitación. Ava me había llamado cuando se

² Quarters es un popular juego de beber en el que los jugadores hacen rebotar una moneda en una mesa en un intento de que la moneda caiga, sin otro rebote, en un vaso (o taza) sobre la mesa.

sintió deprimida y yo estaba volando alto. La parte triste fue que apenas recordaba esa noche con ella.

—Ni siquiera... ¿solo por una noche? —ella preguntó.

Sacudí mi cabeza. Su mirada se posó en mi pecho, luego sacó su iPad y un teclado y lo colocó sobre la mesa.

—Vamos a organizarnos —dijo, levantando una hoja de cálculo. Pequeña señorita eficiente.

—¿Crees que una hoja de cálculo resolverá todos nuestros problemas? —pregunté, viéndola escribir algo en una de las celdas. Ella siguió escribiendo, con el ceño fruncido, como si esta hoja de cálculo fuera lo más importante del mundo.

—Si estás sexualmente frustrado, entonces tal vez deberías hacer algo al respecto —dijo, todavía escribiendo.

—¿Y qué sugieres? ¿Debo aceptar la oferta de Claudia?

Su boca se abrió y levantó la cabeza de la pantalla.

—¿Ella se ofreció a tener sexo contigo?

—No te veas tan horrorizada. Algunas mujeres piensan que soy sexy.

—La *mayoría* de las mujeres piensan que eres sexy. —Levantó sus ojos hacia mi cara y luego los bajó nuevamente—. Es solo que... Claudia no parece a tu tipo.

—¿Y Zeke era el tuyo?

Ella se encogió de hombros.

—Fue divertido por un tiempo.

—Divertido —dije como si fuera una mala palabra.

—Fue fácil, ¿de acuerdo? No me juzgues por eso. Estaba tratando de superarte. He estado tratando de superarte durante años.

—¿Y cómo va eso?

—Dígamelo tú. Estoy sentada al otro lado de la mesa en un restaurante al que solíamos ir cuando estábamos locamente enamorados. Y no quiero que estés con Claudia ni con nadie más. Pero todo lo que puedo ofrecerte ahora es mi amistad y mis habilidades organizativas. No fuerces mi mano, Connor. No me tientes a darte algo que no estoy lista para darte. —Le temblaba el labio inferior y lo apretó entre los dientes.

Durante unos largos momentos, ninguno de los dos habló. Sabía que ella no solo hablaba de sexo. Ella no estaba lista para confiarme su corazón.

—Te esperaré —dije finalmente.

—No sé cuánto tiempo llevará... o incluso si...

—Esperaré.

—Connor...

Se recostó mientras la camarera nos servía la comida. Por unos segundos, ella solo miró frente a nosotros. Luego levantó su mirada hacia mí y ambos nos reímos cuando Tammy Wynette comenzó a cantar acerca de estar junto a tu hombre.

—Una canción tan tonta —dijo, recogiendo una empanada—. Tammy no era muy feminista.

—Después de todo, él es solo un hombre —citó.

—Exactamente. ¿Qué puedes esperar? —preguntó ella, dándole un gran mordisco a su empanada—. Parece que la mujer tiene que hacer todo el trabajo pesado.

Moví mi barbilla hacia su iPad.

—Deberías estar tomando notas. Tammy te está dando buenos consejos.

—Cómo construir el sexo más débil. Cómo aceptar todo lo que hace, incluso cuando no lo entiendes. Cómo perdonarlo por cada cosa de mierda que hizo... una y otra vez. Debería haberme ganado una insignia por eso.

Estreché mis ojos hacia ella. Desvió la mirada y pude ver que lamentaba haber dicho las palabras, pero las había dicho de todos modos. Cuando amas a alguien, le das el poder de destruirte. Con una palabra descuidada. Una mirada. Un gesto. Sabes cómo lastimarlos más profundamente que nadie. El amor te hace vulnerable, te expone, tu alma descubierta para ellos.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No quise decir eso.

—Lo hiciste. Pero está bien. Te ganaste la insignia.

Ella no respondió. Mientras comía, dedicó su atención a construir una hoja de cálculo. Una extensa lista de tareas pendientes de todas las cosas que necesitábamos lograr en los próximos dos meses, todo diseñado para prepararme para esta jodida exposición mientras también dirigía la tienda y hacía todo lo que necesitaba para mantenerme en el camino correcto... Tiempo de gimnasio. Horario de alimentación saludable. Mis reuniones semanales. Apeataba. Todo ello. Siempre me consideré un espíritu libre, una ley para mí, pero eso no había funcionado tan bien. Por mucho que odiara seguir un horario, seguir todas las reglas, ahora era una de las necesidades de la vida.

Ava y yo habíamos cambiado. La vida nos ha cambiado. Nos convirtió en personas que a veces no reconocía. Pero a veces todavía captaba fugaces destellos de quién solía ser. Cuando Ava era más confiada, más abierta, más dispuesta a creer que podía ser alguien bueno. Alguien digno. Alguien que

ella quería construir en lugar de derribar. Tal vez todavía estaba aferrado al pasado, aferrado a fragmentos de un sueño que se había desvanecido.

—¿Trabajar en el bar te hace feliz? —le pregunté cuándo la dejé frente a su departamento.

—Amo mi trabajo.

—Está bien.

Inclinó la cabeza, leyendo la mirada escéptica en mi rostro.

—¿Por qué la duda?

Me encogí de hombros.

—Siempre pensé que harías algo creativo. Baile o coreografía... Nunca te imaginé trabajando en una oficina.

—Estudié negocios en la universidad.

—Lo sé. —Eso también me había sorprendido. Siempre pensé que Ava pertenecía a un centro de atención, no se escondía detrás de los libros de texto y las pantallas de las computadoras.

—¿Quién sabe? Podría correr al Cirque de Soleil algún día.

—Serías la estrella del espectáculo.

Su sonrisa se desvaneció.

—Odio cuando hiero tus sentimientos. —Me encogí de hombros como si no fuera gran cosa. Deseaba que las palabras simplemente se deslizaran por mi espalda, pero nunca lo hicieron. Las palabras siempre me habían dolido más que los puños. Había aprendido a aceptar los golpes hace años, y había desarrollado un exterior duro, pero las palabras... aún se me metían debajo de la piel y hacían eco en mi cabeza mucho después de que se decían—. Trataré de abstenerme de comentarios maliciosos.

—Di lo que necesites. —Golpeé mi puño contra mi corazón—. Estoy usando mi armadura.

—¿Puedes manejar las hondas y las flechas de mi afilada lengua?

—Incluso las venenosas. Déjalas volar.

—Mi caballero con una armadura brillante —bromeó.

Le guiñé un ojo y la vi alejarse. Cuando llegó a la puerta de su casa, se volvió y me lanzó un beso antes de entrar. Sostuve mi mano contra mi corazón.

Ah, Ava, me matas.

13

Ava

Habían pasado tres semanas desde la noche en que Connor vino a ver mi clase de sedas aéreas. La semana pasada, Killian ayudó a Connor a mudarse a la casa de Jared. No les llevó mucho tiempo. Connor no tenía muchas cosas y la mayoría de eso había terminado en el refugio, porque Connor compró todos los muebles de Jared. Jared quería comenzar de nuevo en San Diego cuando o si terminaba estableciéndose allí. Primero, iba a viajar y no tenía planes más allá de los próximos meses.

—Tú otra vez —gruñó Claudia, de pie al otro lado del escritorio de la oficina de Forever Ink. Realmente no podrías llamarlo una oficina. Solo un espacio en la parte posterior separado del resto de la tienda.

Levanté mi taza de té verde a mis labios y la miré por encima del borde mientras tomaba un sorbo.

—Deberías acostumbrarte a mí. Voy a estar por mucho aquí.

Ella puso los ojos en blanco y descansó sus brazos cruzados sobre la el escritorio

—¿Cuál es el trato entre tú y Connor?

Arqueeé una ceja.

—¿Somos amigos por ahora?

—Sé cuándo contar mis pérdidas. Además, nunca me pagó con el menor interés.

Sonreí ante su admisión. No me debería de importar. Lamentablemente lo hizo.

—No te regodees. Es molesto.

—Ugh. Lo sé. Tienes razón —dije, limpiándome la sonrisa de la cara—. ¿Dónde está?

Miró por encima del hombro.

—Con un cliente. En la delantera. —Volvió su atención hacia mí y levantó las cejas, esperando una respuesta.

—Solo somos amigos.

Ella resopló.

—Eso nunca funciona.

—Está funcionando. —Había estado absteniéndome de comentarios maliciosos y Connor me había tratado como una amiga. Algo así.

—Créeme, terminará en una de dos maneras. Volverán a estar juntos y todo saldrá bien porque son mayores y más sabios y se perdonaron mutuamente por errores pasados. O recordarán todas las razones por las que no podrían estar juntos y se darán cuenta de que las personas no cambian tanto.

—¿Estás hablando por experiencia?

—Soy licenciada en psicología. Es inútil para todo excepto para dar consejos. Soy genial repartiéndolos. Tomarlos es una historia diferente.

—Bueno, gracias por la charla.

—En cualquier momento. Y para que conste, todavía lo haría.

—Para que conste, si vas tras él, te sacaré los ojos. —*¿Cuál es mi problema?* No lo quiero, pero tampoco quiero que nadie más lo tenga. ¿A quién estaba engañando? Todavía lo quería. Simplemente no quería quererlo. Apreté la grapadora varias veces con frustración, las grapas formaron un montón en el escritorio.

Mauulló.

—La gatita tiene garras.

Metí las grapas en la papelera, ocultando la evidencia.

—Y las perversas habilidades de Krav Maga³. Vigila tu espalda.

—Maldición, me encanta cuando eres toda *Kill Bill*.

Miré por encima del hombro a Connor, mirando la camiseta de Led Zeppelin que había tenido desde la secundaria. Nunca solía encajarle tan... cómodamente. Necesitaba mantenerse alejado del gimnasio o comenzar a usar camisetas más holgadas. Esto era demasiado molesto.

—¿De dónde vienes?

Sonrió.

—Vigila tu espalda. Estaba justo detrás de ti.

Dirigí mi mirada a Claudia, mis ojos se entrecerraron. Ella se encogió de hombros.

³El krav magá es el sistema oficial de lucha y defensa personal usado por las Fuerzas de Defensa y Seguridad israelíes.

—Pensé que estaba al frente.

—Se mueve como un ninja —murmuré.

Claudia desapareció al frente de la tienda, dejándome sola con Connor. Arrojó su cigarrillo electrónico en el estante recién instalado detrás de mí. Hace unos días, conseguí que Connor colgara estanterías en la pared para almacenar las carpetas codificadas por colores que le había preparado. Era más fácil que hurgar en las cajas de cartón que Jared había usado para el papeleo.

—Esa cosa apesta.

—Eso, no ennegrecerá tus pulmones como la nicotina, o el alquitrán.

—Sí, sí. Ya escuché tu conferencia.

—Entonces, compra un paquete de cigarrillos y deja de culparme por preocuparme por tu salud y bienestar. Tú eliges, *Rocket Man*⁴.

—¿*Rocket Man*? Oh no. —Su boca se arqueó con diversión—. No me digas que todavía escuchas esa canción.

—Es una gran canción.

Connor se rio por lo bajo.

—¿Todavía te hace llorar?

Me encogí de hombros.

—Tal vez.

—¿Que te hace llorar? —preguntó Lee, deteniéndose en su camino hacia afuera, con un paquete de camel y un encendedor en la mano. Su cabello oscuro peinado, desafiando la gravedad, con la ayuda de una cantidad generosa de gel.

—Los cigarrillos electrónicos me hacen llorar —dijo Connor, mirando los cigarrillos de Lee.

—No jodas, amigo. —Lee frotó su dedo medio sobre la barra plateada que perforaba su ceja derecha, como si estuviera sopesando lo de los cigarrillos electrónicos—. No son satisfactorios.

—Tampoco le causarán cáncer de pulmón —señalé.

—Todos tienen que irse algún día. También podría disfrutar de la vida mientras pueda. Si necesitas fumar, estoy afuera —dijo Lee, empujando la puerta trasera.

—Me voy —le dije—. Haz lo que quieras. Fuma. No fumes. Es tu vida.

⁴ *Rocket Man* es una canción compuesta por Elton John y Bernie Taupin y originalmente interpretada por Elton John.

Connor puso sus manos a cada lado de la silla giratoria, su cara tan cerca de la mía que podía oler su chicle de canela y su limpio aroma viril. Su olor me dejó medio atontada. Mi mirada recorrió su rostro, hacia la maraña de pestañas oscuras que enmarcaban sus ojos azules y hasta su boca. Se pasó la lengua por el labio inferior y tragué fuerte. Mi pulso se aceleró, latiendo en mis oídos. Él sabía lo que me estaba haciendo. Sabía que su cercanía se me metía a la cabeza.

Su boca se curvó en una sonrisa, mostrando sus dientes blancos y rectos y el hoyuelo en su mejilla derecha.

—Sal de mi espacio —le dije. *No puedo respirar*

Mordió su chicle, con una sonrisa perezosa todavía en su rostro. Estuve tentada de golpearlo. Dios, me ponía violenta. Todavía no podía creer que lo hubiera pateado en las bolas. Ese fue un mínimo histórico. Había tenido tanto dolor que me había dado náuseas.

—¿Realmente le sacarías los ojos a Claudia? —preguntó, soltando mi silla. Moví la silla hacia atrás antes de levantarme para no estar en su espacio personal.

—Solo estaba bromeando —dije, poniéndome mi chaqueta militar y cargando mi bolso.

Él inclinó la cabeza, una sonrisa tirando de sus labios.

—Parecía bastante serio.

—Necesito volver a trabajar. —Traté de caminar alrededor de él, pero me bloqueó mi salida como una pared de músculos. Agité mi mano en el aire—. Fuera de mi camino.

Su sonrisa se ensanchó. Puse mis manos en mis caderas y lo fulminé con la mirada.

—Te recogeré después de la clase esta noche —dijo, aún sin moverse.

—Necesitas estar aquí. Revisé tu horario de citas. Estás completamente reservado hasta el final de la noche.

—Mierda —murmuró.

—Es algo bueno. Y estoy bien llegando a casa sola. Sabes que puedo defenderme. Soy una tipa dura.

Él se rio entre dientes mientras yo me estiraba con mi metro con sesenta centímetros.

—Una tipa ruda en un paquete divertido.

—Tamaño divertido —me burlé—. Sal de mi camino antes de que te obligue.

Connor se hizo a un lado para dejarme pasar y se puso a mi lado.

—No te olvides de tomar fotos de los tatuajes —dije, mirando hacia las estaciones de tatuajes donde trabajaban Gavin y AJ, el nuevo artista del tatuaje. El cabello rojo de AJ serpenteaba sobre su hombro, su camiseta sin mangas mostrando sus coloridas mangas de tatuajes. El solía trabajar en una tienda en la ciudad con Gavin, por lo que no tuvo problemas para hacer la transición a esta tienda. Los artistas del tatuaje eran como agentes libres que traían a sus propios clientes y pagaban un porcentaje de sus ganancias a la tienda, por lo que Connor realmente no necesitaba administrarlos. Solo tenía que hacer un seguimiento de sus días libres y ordenar sus suministros—. A tus seguidores en Instagram les encanta.

Connor estaba demasiado ocupado tarareando "Rocket Man" para preocuparse por sus seguidores. No es que le importara de todos modos. No sabía qué tenía contra las redes sociales, pero siempre había sido raro al respecto. Nunca había tenido cuentas personales de Facebook, Instagram o Twitter. He mantenido actualizadas las cuentas de Forever Ink, aunque específicamente me dijo que no incluyera fotos de él.

—Detente con el "Rocket Man"—dije mientras cantaba algunos versos, manteniendo la puerta abierta para mí. Tenía una buena voz para cantar, pero me abstuve de mencionarlo. No hay necesidad de alentarlos.

Se detuvo en la acera frente a mí y entrecerró los ojos a la luz del sol de la tarde. Me puse las gafas de sol de gran tamaño para cortar el resplandor.

—¿Por qué esa canción te pone triste? —me preguntó, su mirada se posó en mi cara.

Porque eres el hombre del cohete y te fuiste por mucho, mucho tiempo. Alto como una cometa. Tal vez la canción no era sobre el abuso de drogas, pero así es como siempre la interpreté.

—Suenan tan solo —le dije, porque para mí, lo hacía.

—Estoy de vuelta en la tierra —comentó, y supongo que entendió todas las palabras que no había dicho. Tal vez todavía podía leer mi mente de la forma en que solía hacerlo. Qué pensamiento era tan aterrador.

—Nos vemos mañana —le dije, alejándome—. El mismo mal momento, el mismo mal lugar.

—La mejor parte de mi día —me informó.

Mío también. Me despedí por encima del hombro. Connor probablemente no necesitaba mi ayuda, pero disfrutaba la hora que pasaba en la tienda todos los días. Me encantaba verlo en su elemento. Me encantaba verlo limpio y sobrio, y feliz de una manera que no había estado en mucho, mucho tiempo. Mientras caminaba hacia el bar a la suave luz del sol, el aire limpio y fresco, que olía a lápices recién afilados y humo de madera, pensé en lo que había dicho Claudia. La razón por la que Connor y

yo nos habíamos separado ya no era un problema. Estaba libre de drogas y trabajaba duro para mantenerse así. Como había dicho en el restaurante, sus mentiras y promesas vacías provenían de su uso de drogas. Siempre había tratado de ocultarlo, justificarlo, esconderlo.

¿Debo seguir culpándolo por todos los errores del pasado, guardar rencor y negarme a perdonarlo por el daño que me causó? Tenía tantas ganas de dejarlo pasar, confiar en él y creer en él de nuevo. Mi vida no se sentía completa sin él en ella.

Connor

Eché el humo por mi ventana abierta y vi cómo se enroscaba en el aire de la noche. Mi nuevo plan era seguir con el cigarrillo electrónico durante el día y recompensarme con el real por la noche después de que la tienda cerrara, y yo estuviera en casa, solo. Patético. Pero fumar era el último vicio que me quedaba y no estaba listo para dejarlo.

Mi televisión se oía de fondo, un programa de naturaleza, y miraba desde mi lugar en la ventana como un león perseguía a una gacela a través de las llanuras africanas. La gacela era hermosa. Rápida y elegante. Y a punto de convertirse en la próxima comida del león. Contra todo pronóstico, yo estaba a favor de que la gacela ganara. La naturaleza era cruel. La supervivencia del más fuerte. La gacela no tenía ninguna oportunidad contra un león hambriento. Giré la cabeza. No podía soportar verlo.

Mi teléfono sonó en mi bolsillo y lo saqué, revisando la pantalla. ¿Por qué me llamaba Ava a medianoche?

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. No podía dormir.

—¿Necesitas que te cante una canción de cuna? ¿Un poco de Elton John? —Tomé otra calada de mi cigarrillo y exhalé por el costado de mi boca.

—¿Estás fumando?

—Sí.

Se quedó en silencio durante unos segundos y esperé a que me maldijera o diera otra conferencia.

—Eso es realmente bueno.

Me reí.

—Ayer fuiste como el fiscal general emitiendo advertencias sanitarias. ¿Y ahora es realmente bueno?

—No el fumar. Tu honestidad.

Hubo un tiempo en que todo lo que le dije era la verdad. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Cómo estuvo la clase? ¿Estabas volando alto?

—Sí. Fue una carrera total. —Hablaba de cómo la hacía sentir y yo escuchaba sus palabras, pero sobre todo su voz. Su voz era sexy. Respiraba. Pero cuando cantaba, era diferente. Podía cantar bajo y sensual, con una calidad de humo y jazz en su voz y podía alcanzar las notas altas cuando cantaba esas canciones de Adele de las que hablaba. Cuando estaba en el hospital y se sentó al lado de mi cama, cantando en voz baja, o hablándome, era su voz la que había calmado mi alma atribulada. Su voz me había arrastrado desde el borde y me dio la esperanza de que el mundo no podría estar tan jodido si ella estaba en él.

Escuché un crujido como si se estuviera acostando.

—¿Estás en la cama?

—Sí.

—¿Qué llevas puesto? —Me la imaginé en uno de sus sexys conjuntos. Su lencería era material de mis sueños húmedos. Debajo de su ropa del mercado de pulgas, siempre llevaba números de encaje. O de seda. Por la noche, usaba esas pequeñas camisolas de seda y conjuntos de bragas. Femenino. Sexy como el infierno.

—No vamos a jugar a este juego —dijo.

Dejé que mi imaginación llenara los espacios en blanco. Su atuendo era de seda y rojo, del mismo tono que su lápiz labial. La camisola estaba recortada con encaje, mostrando su escote. Tiré mi cigarrillo por la ventana, haciendo una nota mental para limpiar las colillas mañana, y me hundí en el sofá que le compré a Jared. De terciopelo azul medianoche y muy cómodo. Apoyé los pies en la mesa de café y apoyé la cabeza en el cojín. Al otro lado del sofá había dos sillas de cuero en mal estado. Mi televisor de pantalla plana, el equipo de sonido y los libros caben en la moderna estantería de la pared opuesta. Era el montaje perfecto. Apunté el mando a distancia a la TV y lo apagué, sumiendo la habitación en el silencio y la oscuridad.

—¿Por qué no puedes dormir? —pregunté.

—Solo pienso en ti.

Quería preguntarle si estaba pensando en cosas buenas o malas, pero no lo hice.

—¿Eso te mantiene despierta por las noches?

—Me gusta escuchar tu voz en la oscuridad. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí, lo ha hecho.

En secundaria, solíamos hablar hasta tarde en la noche. Cuando todavía vivía bajo el techo de sus padres y encontrar tiempo para estar juntos era un desafío, a menudo frustrado por su madre que trataba de mantenernos separados.

—¿Hiciste algún tatuaje interesante hoy?

Flexioné mi mano derecha, todavía acalambrada después de la sesión de seis horas de hoy.

—Terminé de tatuar la manga de un tipo. Quería un tema japonés. Hice peces koi, flores de cerezo, un templo sintoísta... un guerrero samurai... una montaña con los símbolos kanji para la cita: *Cae siete veces, se levántate ocho*.

—Eso suena increíble —dijo, y escuché la emoción en su voz. Ava siempre había estado fascinada con la cultura, la moda, la comida y el diseño japonés. Me preguntaba si todavía tenía el juego de té japonés que le regalé para su cumpleaños dieciocho—. Espero que tengas fotos.

Las tenía, pero estaban en mi portafolio, no en las redes sociales.

—Ugh. No lo hiciste —dijo—. Necesitas mostrar tu trabajo.

—Lee, Gavin y AJ estuvieron subiendo fotos todo el día. Perfecto para tu pequeño corazón Instagrammer.

—Quiero que estés ahí.

—Mis clientes me encuentran de boca en boca. —Me reservaban con meses de anticipación. Eso era suficiente para mí—. Es la mejor publicidad.

—Tal vez —murmuró—. Pero aun así sería bueno que mostraras tu talento.

No quería mi nombre en las redes sociales, y no quería fotos que mostraran mi talento o cualquier otra cosa sobre mi vida. Todo lo que quería hacer era volar bajo el radar, dirigir un negocio exitoso, y tatuar. Fin de la historia. Lo último que necesitaba era que Keira Shaughnessy me localizara. O, peor aún, Ronan. Sabía dónde estaba, pero no quería llamar la atención. Un año después, seguía mirando por encima del hombro, preguntándome si alguien me buscaba. Por primera vez en mi vida, tenía un arma, una Glock que guardaba en mi mesilla de noche. Esperaba no tener que usarla nunca.

—Escucha, Ava, hazme un favor. No me pongas en tus redes sociales o en las redes sociales de Forever Ink. No quiero fotos mías por ahí, no quiero que nadie tenga fácil acceso a cada pequeña cosa que hago en un día. No quiero ser parte de ello, ¿entiendes? —Mi voz sonaba más dura de lo que pretendía, pero quería que supiera que iba en serio.

—¿Por qué tienes un problema con las redes sociales?

—Quiero mantener mi vida personal en privado.

—A veces te pareces tanto a Killian.

Cuando se trataba de las redes sociales, compartíamos el mismo punto de vista. Cuando Killian era una superestrella de la UFC, Ava había construido su marca a través de las redes sociales. Había hecho un trabajo tan bueno que tenía medio millón de seguidores que sabían lo que comía en todas sus comidas, cuántas horas al día entrenaba, su música favorita... conjeturaban sobre el significado de cada tatuaje en su cuerpo y virtualmente invadían su privacidad. No, gracias.

—Pero ustedes están bien, ¿verdad?

—Sí, todo está bien. —Killian se había ofrecido a ayudarme a mudarme, y Eden dijo que no venía de ella. Ese fue un gran paso en la dirección correcta, y yo quería que continuara así.

Encendí otro cigarrillo y me acerqué a la ventana, mirando a la luna teñida de naranja.

—¿Crees que el hombre de la luna se siente solo?

—A veces —dijo—. Pero cuando mira hacia abajo en la tierra, ve todos los problemas que la gente ha creado y se siente más seguro donde está.

—O tal vez ve las verdes colinas, el océano y el desierto y está celoso. Como, qué demonios, tengo un montón de polvo lunar y cráteres y ellos tienen montañas, ciudades y playas.

—La hierba es siempre más verde desde lejos.

Sus palabras me entristecieron y enojaron en igual medida. Ava solía ser optimista. ¿Le había hecho esto a ella?

—¿Cuándo te convertiste en pesimista?

No respondió a la pregunta.

—¿Elegiría la seguridad si eso significara que tuviera que renunciar a todos sus hermosos recuerdos?

—¿Lo harías? —*Por favor, di que no.*

—¿Tú lo harías? —respondió.

—No. Estás en cada uno de mis hermosos recuerdos. Eso sería como cortar un pedazo de mi corazón.

—Siempre has sido muy valiente.

—¿En qué sentido? —Algunos me llamarían cobarde. Escapar a un mundo de drogas. ¿Valiente? No tanto.

—Nunca has tenido miedo de decir lo que sientes. Eso es lo que me hizo enamorarme de ti. Tienes el alma de un poeta.

Eso sería una poesía de mierda.

—Solo soy así contigo.

—Lo sé —me dijo en voz baja. Después de un momento, preguntó—: ¿Por qué me elegiste?

—Porque tú eres sexy y yo soy superficial.

Se rio.

—Además de eso.

Le di una calada en mi cigarrillo, pensando en ello. Ava siempre había sido mi talón de Aquiles. No sabía por qué me hacía tan vulnerable. Por qué tocaba un lugar dentro de mí que nadie había tenido nunca. O por qué siempre le había dicho cosas que nunca le dije a nadie más.

—Tal vez es porque creíste en mí cuando nadie más lo hizo. Tal vez es por la forma en que me amaste.

—¿Cómo te amé?

—Con el poder de mil soles.

—Ni siquiera sé lo que eso significa.

Me reí entre dientes. Yo tampoco.

—Es un calor abrasador... y tan fuerte que quemaba la tierra.

—Grandioso. Soy responsable del calentamiento global. Mi amor fue malo para el medio ambiente.

Me reí. A veces me hacía reír.

—Tal vez estés más segura en la luna.

—Ahora sabes por qué no me aventuro a bajar a la tierra muy a menudo.

—¿Porque ahora vivo aquí a tiempo completo? —Mi tono era ligero y burlón, pero mi corazón estaba pesado.

Ava suspiró.

—¿Qué voy a hacer contigo, Rocket Man?

—Se me ocurren algunas cosas que puedes hacer conmigo. Si se me cae la mano, no seré un gran artista del tatuaje.

—¿Cuántas veces al día te masturbas?

—¿Hoy? Tres. Podría noquear otro antes de irme a dormir.

—¿En serio?

Ahugué una risa.

—¿Demasiado? ¿No es suficiente? ¿Cuál es la dosis diaria recomendada?

—Estoy segura de que no hay límite...

—A mi imaginación.

—¿Qué te imaginas?

A ti.

—No necesito usar mi imaginación. Dejo que las estrellas porno hagan todo el trabajo.

Me imaginé que pondría los ojos en blanco en esa.

—¿Ahora ves porno?

No.

—Tienes una mente sucia. No deberías pensar en mi polla o en lo que hago con ella.

Estuvo en silencio durante unos segundos, probablemente pensando en lo que le dije que no hiciera. Sonreí en la oscuridad. ¿A qué juego estábamos jugando?

Ava cambió el juego de nuevo. Era buena para cambiar las cosas.

—Te culpé... por todo. Por las drogas y por desaparecer sin decir una palabra. Y luego esos hombres... iban a matarte después de que te golpearan y te cortaran el pecho...

Eden debe haberle dicho eso porque yo nunca lo hice. Intenté decirle a Ava lo menos posible sobre lo que había pasado esa noche. Eden creyó que yo había estado inconsciente cuando ese tipo me había cortado el pecho. Dejé que pensara eso, aunque no fuera cierto. Había sentido cada pinchazo de la cuchilla al cortarme la piel, marcándome con una palabra que me marcaría para siempre por más tinta que cubriera las letras.

—Pero no me mataron.

—No quiero imaginar un mundo sin ti en él. Sería un lugar tan triste y solitario. Pero todavía estoy tratando de superar...

Dejé escapar un aliento y arrojé cenizas por la ventana.

—¿Superar qué?

—La forma en que te fuiste. No sabía si estabas vivo o muerto.

No está vivo. Sobreviviendo, pero deseando estar muerto. Estuve tentado de contarle todo. Sobre la rehabilitación y cómo me sentí como si me estuviera saliendo de mi piel. Las intensas ansias. La forma en que me agotó, me dejó deseando estar muerto. Esos largos días montando en un Greyhound hasta Miami, engañándome a mí misma al pensar que estaba en camino hacia algo bueno, que de alguna manera podría arreglar las cosas.

Quería contarle cómo la realidad me había pateado el trasero, dejándome desilusionado y sin esperanzas. Quería contarle sobre Ronan y Keira, sobre la madre que no recordaba que había pasado los últimos veinte años fingiendo que Killian y yo nunca habíamos existido. Y sobre la noche en que caminé hacia el océano, pensando que sería mucho más fácil hundirme en el olvido y dejar que el agua me cubriera. Que robara todo el aliento de mis pulmones. Pero me había imaginado su rostro. Escuché su voz en mi cabeza. Nadé de vuelta a la orilla y me tumbé en la playa. Vi las estrellas rodar por el cielo y recé a Dios por la fuerza y la serenidad para aceptar todas las cosas de mierda que no podía cambiar.

Quería tirar todo mi exceso de equipaje a sus pies y aligerar mi carga. Pero no podía hacerle eso, así que mantuve mi boca cerrada sobre todo ello.

El silencio se extendió entre nosotros, pero escuché la suave respiración de Ava al otro lado de la línea, así que supe que seguía ahí.

—Lo siento —dije. ¿Qué más podía decir?—. No puedo hacer nada para cambiar lo que pasó en el pasado.

—Lo sé. Estoy tratando de dejar atrás el pasado. Estoy trabajando en ello. Solo... es difícil, ¿sabes?

—Predicando al coro, nena.

—¿Me culpas por haberte dejado? —preguntó.

—¿Por qué vas por este camino?

—Es importante sacar todo eso a la luz.

Me dejó cuando más la necesitaba. Dos veces. La primera vez la alejé porque no era bueno para ella. Una parte de ella debió haberse sentido aliviada de estar libre de mí. De lo contrario, habría luchado por quedarse. No lo hizo. Siguió con su vida, sin mí. De vez en cuando, llamaba para ver cómo estaba yo. Esas llamadas eran duras, nuestra conversación era forzada. ¿Qué le dices a tu ex-novia que vivía la vida universitaria, tan lejos de tu mundo que bien podría haber estado viviendo en otro planeta?

La segunda vez me dejó porque no podía soportar lo que había hecho para poner mi vida y la de otras personas en peligro. No podía soportar que yo desapareciera sin contactarla. Antes de irme a Miami, no habíamos sido ni amantes ni amigos. Habíamos sido dos personas con una historia, que se habían controlado mutuamente. A veces se emborrachaba o se sentía sola y me llamaba para tener sexo, solo para arrepentirse a la mañana siguiente. Así que sí, entendí todo sobre tratar de dejar atrás el pasado. ¿Pero la culpaba? No estaba seguro. Hizo lo mejor que podía hacer por sí misma.

—Entiendo por qué lo hiciste —le dije.

—No te acobardes. Sé honesto. ¿Me odiaste por eso? Porque ha habido muchas veces en las que te he odiado.

—Una parte de mí te culpó. Una parte de mí te odiaba por renunciar a mí. Siempre fuiste una luchadora... intrépida. ¿Pero qué chica en su sano juicio podría amar a un drogadicto? No quería arrastrarte conmigo. —Si no hubiera sido por su madre, probablemente lo habría hecho. Los adictos son egoístas. Toman, y toman, y toman, y dan muy poco de sí mismos a cambio. Ella se había quedado con mi escoria y se merecía mucho más.

—Nunca te superé realmente. Lo intenté... tan duro. Pero algo siempre me frenaba.

—¿Qué fue ese algo? —pregunté.

—Mis hermosos recuerdos. Quiero hacer más contigo. Algún día. Tal vez.

Algún día. Tal vez.

Tate tenía razón. Tratar de recuperar a Ava me estaba jodiendo la cabeza. ¿Llegará el día en que podamos tener una conversación sin jugar al juego de las culpas? ¿Sin desenterrar el pasado?

—No lo sabía, Connor. No sabía que mi madre estaba involucrada en nuestra ruptura. Cuando me alejaste, pensé que era porque elegiste las drogas en vez de a mí. Por eso me alejé. Pero siempre me sentí... tan avergonzada. Como si me hubiera dado por vencida contigo.

Apreté mis ojos como si eso fuera a bloquear el dolor de ese recuerdo.

—Es más fácil ser honesto en la oscuridad —dijo—. Por teléfono.

—Supongo que sí.

—¿Connor?

—¿Hmm?

—Tal vez soy mala para ti. Tal vez por eso... te drogaste.

Me pellizqué el puente de la nariz y respiré profundamente.

—No hiciste nada malo. Todo fue culpa mía.

—¿Por qué? ¿Por qué las necesitabas tanto?

Dios, ¿cómo podría hacer que un no-adicto entendiera cómo es? Había un agujero dentro de mí que no podía llenar sin importar lo que hiciera. Las drogas habían llenado ese agujero, me hicieron sentir menos vacío. Cuando tomaba heroína, sentía como si me inyectara sol en la sangre. Después de la prisa inicial, el mundo entero tomó un suave y cálido resplandor. Y seguí persiguiendo ese sol... persiguiendo la luz y el calor...

—¿Connor? —me dijo.

—No sé qué decirte. Excepto que nunca fue tu culpa. Nunca pienses que lo fue. Me diste todo y yo te di lo que quedaba de los pedazos rotos de mí mismo.

—¿Todavía estás roto?

Probablemente. Tal vez siempre lo estaría. Como siempre sería un adicto, sin importar cuánto tiempo pasara sin consumir drogas. Pero estaba organizando mi vida y cada mañana, intentaba recordarme a mí mismo estar agradecido por las cosas buenas de mi vida.

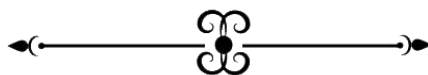
—Estoy pegando las piezas de nuevo. Con super pegamento.

Después de un momento, dijo:

—Mi novio me hizo un tatuaje cuando tenía dieciocho años... pájaros azules... pero lo estropeé con el alambre de púas. Ahora me arrepiento de eso.

—Es difícil vivir con arrepentimientos.

—Sí, lo es. Pensé que tal vez podrías ayudarme. Reservé una cita contigo mañana por la noche. Tal vez puedas hacer tu magia.



Me desperté con un sudor frío, con el corazón acelerado. Respiraciones profundas. Dentro... Fuera. Adentro. Afuera.

—Esperaba algo mejor de ti —dijo Marco—. Me decepcionaste, Dylan Connelly... o quienquiera que seas... y este tipo de traición... te perseguirá, como mi fantasma.

Esas fueron sus últimas palabras. Había sido él o yo, y me había elegido a mí. Le dispararon tres veces mientras estaba de pie frente a él, con los brazos atados a la espalda y un arma apretada en mi cabeza. Lo había visto morir, sus palabras resonaban en mi cabeza mientras la vida se le agotaba. Él tenía razón.

Me perseguía, como su fantasma.

15

Ava

—Sorpréndeme —dije cuando Connor trató de mostrarme el boceto que hizo anoche después de que colgamos.

—¿Estás segura de eso?

—Confío en ti —dije, caminando hacia su estación de tatuajes.

—La tinta es para toda la vida —me recordó.

Me desnudé hasta mi camiseta negra y puse mi chaqueta y mi bolso en el estante detrás de la silla.

—A menos que encuentres un tatuador increíble que pueda cubrir una mala decisión.

—¿Soy increíble y ahora confías en mí? —me preguntó, tratando de averiguar si había una trampa.

—Estoy dando un salto de fe.

Me subí a la silla de cuero negro y le ofrecí mi brazo derecho. Hizo una mueca por mi actual tatuaje. Ya me había dicho, en numerosas ocasiones, que el alambre de púas era tan de los noventas y cada vez que miraba mi tatuaje, le daba náuseas.

—Si no te gusta —dijo, preparando mi pie—, ¿me patearán las bolas de nuevo?

—¿Te ha dado una patada en las pelotas? —preguntó Gavin, horrorizado. Miró desde su estación, su aguja de tatuaje sobre el hombro de un hombre. Hebras de cabello rubio escaparon del elástico que sostenía su cabello.

—Tal vez se lo merecía —dijo AJ desde su puesto.

Lo que inició un debate con los clientes en las sillas de Gavin y AJ, que resultaron ser chicos. Desafortunadamente, medias paredes dividían las cuatro estaciones, para que todos pudieran participar con sus opiniones y ser escuchados.

Si le das una patada en las pelotas a un tipo una vez, nunca lo superará. Mientras hablaban, Connor aplicó la transferencia, y yo evité cuidadosamente mirarme el brazo.

—Amigo, espero que lleves un protector —dijo Gavin.

—Estoy dando un salto de fe —dijo Connor, guiñándome un ojo—. ¿Lista? —me preguntó, la máquina zumbando en su mano.

Respiré profundamente y asentí con la cabeza.

—Ve por ello. —Hice una mueca antes de que las agujas tocaran mi piel.

—Cariño.

—Ignora mis expresiones faciales.

Se rio mientras yo intentaba suavizar mis rasgos sin éxito.

—Es un poco difícil.

—Estoy lista. Solo hazlo. —Cerré los ojos y tomé respiraciones profundas y calmantes mientras las agujas se clavaban en mi piel. Se acabaría antes de que me diera cuenta. Esto no llevaría mucho tiempo. Después de unos minutos, me acostumbré. Más o menos.

Lo suficiente para abrir los ojos, al menos. Me concentré en la pared opuesta, gris oscuro con un efecto de concreto pintado. Connor la había pintado para Jared el año pasado, o eso me dijo Eden, mi fuente de información cuando Connor y yo no nos hablábamos. Mi mirada se dirigió a las ventanas que daban a la calle, iluminadas con letreros de neón de Forever Ink. No podía creer que Connor fuera el dueño de este lugar ahora. Recuerdo la primera vez que vinimos aquí. Después de visitar una docena de otras tiendas por todo Brooklyn, Connor dijo que esta era en cuanto entramos por la puerta. Le encantaba que fuera dirigido por un artista y que los diseños fueran originales. Le encantaba la sensación del lugar. Genial, pero no estéril, con mucho carácter. No era crudo ni sórdido como otros lugares que habíamos visitado.

—¿Está saliendo bien? —pregunté.

—Ya veremos.

—Eso no suena muy prometedor.

Gruñó. De nuevo, no es muy prometedor.

—Tengo el remordimiento de tatuado.

—Sucedé.

—Me precipité demasiado. Quiero decir, ¿por qué castigar a esos hermosos pájaros?

No hay respuesta. Era una pregunta retórica de todos modos.

—¿Serás capaz de cubrir el alambre de púas sin arruinar el diseño del pájaro?

—No.

Tal vez lo sospechaba, y por eso elegí no mirar el nuevo diseño. Tamborileé al ritmo de *"Going to California"* de Led Zeppelin con mi mano libre. Una balada tan melancólica.

—Te encantaba Led Zeppelin.

—Todavía me encanta.

—Podría imaginarte en una banda de rock —dije—. Serías el baterista.

—Sexo, drogas y rock 'n roll. Es el estilo de vida perfecto para mí.

—Yo habría sido una de tus groupies.

—Tú habrías sido la cantante principal.

Nos quedamos en silencio otra vez.

—Esto parece estar tomando mucho tiempo.

—Estoy usando más propiedades.

—¿Estás haciendo mi tatuaje más grande? Ugh. No es de extrañar.

—Tal vez deberías haber mirado el diseño.

—Así son las mujeres —dijo Gavin—. Siempre quejándose de algo. — Le eché un vistazo. Todos los clientes se habían ido, la tienda estaba cerrada, y Gavin y AJ estaban limpiando sus estaciones.

—Y te preguntas por qué no tienes novia —le dijo AJ.

—¿Cuándo nos invitarás a Connor y a mí a ver la acción de chicas con tu novia? —preguntó.

Levanté las cejas. Connor resopló.

—Nunca —dijo AJ.

—¿Es ese el tipo de porno que ves? —le pregunté a Connor en voz baja.

—No veo porno —dijo.

—Anoche dijiste que sí.

—Solo te estaba tomando el pelo.

—Tu pasatiempo favorito.

Me dio una sonrisa malvada.

—No es mi favorito.

No le pedí que se explicara sobre eso. Seguía aventurándome en territorio prohibido. No importaba cuántas veces me dijera que no debía

decir ciertas cosas, parecía que no podía captar las palabras antes de que salieran de mi boca. Realmente, debería pensar antes de hablar. Debería pensar antes de hacer muchas cosas. El tatuaje del alambre de púas era el ejemplo perfecto de eso.

—Invita a Ava —dijo Gavin—. Tres chicas, dos chicos. ¿Qué tan caliente sería eso?

—Sofocante —dije sarcásticamente.

AJ se rio mientras ella y Gavin vinieron a ver mi tatuaje, todavía en progreso.

—Buen trabajo, Conn —dijo AJ con aprobación—. Me gusta la forma en que...

Levanté mi mano izquierda.

—No lo digas. Es una sorpresa.

Sus cejas se arquearon.

—Chica valiente.

—Acabas de decir que era bonito.

Gavin se quitó el elástico de su cabello y le pasó una mano por él.

—Una elección audaz, Vincent. No hubiera pensado que Ava fuera una amante de las serpientes.

Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Serpiente? Aclaré mi garganta.

—¿Me tatuaste una serpiente en el brazo?

—Eso es lo que obtienes por confiar en mí —dijo Connor, con la cabeza inclinada sobre mi brazo.

AJ negó con la cabeza. Nos sonreímos en solidaridad. Gavin vio de uno al otro y movió las cejas.

—¿Pasa algo entre ustedes dos?

Se encogió de hombros, y yo capté el brillo burlón de su mirada.

—¿Por qué no? Ava está buena.

—Lo mismo digo —dije.

—¿Lo harían entre ustedes? —preguntó Gavin, intrigado.

AJ me guiñó un ojo.

—Lo más que hice fue besar a una chica —dije—. Pero con AJ, podría estar tentada a intentarlo más. —Era una mierda total, pero nos estábamos divirtiendo con ello, y AJ lo sabía.

—Connor, ¿sabías de las maneras bi-curiosas de tu ex-novia? —preguntó.

Sacudió un poco la cabeza.

—Ava nunca deja de sorprenderme.

—Lo mantiene fresco —dijo AJ.

—Absolutamente —dije.

Gavin me miró de reojo.

—¿Son exs con beneficios o...?

—¿Terminaste aquí? —preguntó Connor, levantando la cabeza y echando una mirada a Gavin. Gavin obviamente estaba buscando información, pero si pensó que la obtendría de Connor, se equivocó. Cuando se trataba de su vida personal, Connor era una bóveda.

Gavin levantó las manos y se alejó.

—Fuera de aquí. Nos vemos mañana.

Nos despedimos y la puerta se cerró detrás de AJ y Gavin, dejándome sola con Connor en una tienda vacía. Aunque la música seguía sonando en el equipo de sonido y la máquina en la mano de Connor zumbaba, un silencio se apoderó de nosotros.

—¿Besaste a una chica? —preguntó un poco más tarde.

—Una vez.

—¿Lengua?

—Sí.

—¿Cuándo fue esto?

Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y cerré los ojos, recordando.

—Día de San Valentín. Se suponía que lo iba a pasar con mi novio, pero lo olvidó. Era su vigésimo cumpleaños. —No estaba segura de por qué me refería a Connor como si fuera otra persona. Tal vez eso lo hacía más fácil—. Seguí llamándolo y enviándole mensajes de texto, pero nunca contestó su teléfono. Así que terminé yendo a una fiesta. Fue en el apartamento de Scott. Me fumé un porro con él y Megan. —Megan había sido mi compañera de cuarto y Scott había sido su novio en ese momento. Ahora, Megan vivía en Boston y trabajaba para una empresa de consultoría. Trabajaba de sesenta a setenta horas a la semana, se ponía trajes para trabajar y aspiraba a subir la escalera corporativa.

—¿Fumaste un porro? —me preguntó Connor, sorprendido.

Primera y última vez. Me dio náuseas y me puso paranoica, demostrando que las drogas y yo no éramos una buena pareja. Como si necesitara una prueba.

—Realmente no me gustó.

Pensé en esa noche. La música house estaba sacudiendo las paredes, y se sentía como si todo estuviera pasando a mi alrededor en cámara lenta, como si yo no fuera parte de ello. Estaba bailando, el bajo resonando en mi cuerpo, mi cabeza en un funk nebuloso, y todo lo que quería era olvidar. Al igual que Connor había hecho. La chica tenía cabello negro y grandes ojos marrones y nunca supe su nombre.

—Cuando empezó a besarme, le seguí la corriente solo para ver cómo se sentiría.

—¿Y cómo se sintió? —me preguntó en voz baja.

—Extraño. Interesante. No está mal, pero tampoco está bien. Me sentí... como si fuera otra persona. Tal vez así es como quería sentirme.

Connor levantó la aguja del tatuaje y se sentó en su taburete.

—Necesito cerrar. —Asentí y me dio un suave apretón en el hombro—. Ya casi está. Lo estás haciendo muy bien.

Lo vi caminar por el suelo de baldosas blancas y negras, sus hombros cuadrados y las líneas de su torso formando una perfecta forma de V. No me di cuenta de lo bien que se veía su trasero en esos descoloridos Levi's. No, no me di cuenta.

Connor cambió la música y *"Pretty When You Cry"* de Lana Del Rey sonó por los altavoces. Connor no jugaba limpio. Sabía cómo romper mis defensas y lo usaba a su favor.

—Connor —susurré cuando se sentó de nuevo.

Una sonrisa fantasmagórica le recorrió la cara antes de que doblara la cabeza y volviera al trabajo.

Cerré los ojos y escuché la música. La voz sensual de Lana, y las letras que podrían haber sido escritas para nosotros, hicieron que me doliera el corazón. Me hizo anhelar algo que había perdido, pero no estaba segura de lo que era o cómo encontrarlo de nuevo.

Cuando la canción terminó, apareció otra canción de Lana Del Rey. Me preguntaba si había hecho esta lista de canciones solo para mí. Pensé que tal vez lo había hecho. Mientras la máquina de tatuajes zumbaba y la música giraba a nuestro alrededor, recordé muchas de las cosas que me gustaban de Connor. La forma en que me escuchaba cuando hablaba, como si todo lo que dijera fuera importante para él. La forma en que me cuidó cuando me enfermé de gripe en mi primer año de universidad. Me puso sopa en la boca. Me calentó con su calor corporal cuando tuve los escalofríos. Me bañó con una toalla cuando la fiebre se desató. Me leía porque me dolía demasiado la cabeza para ver películas. *"On the Road"* de Jack Kerouac. En mi cerebro nebuloso, había reconocido a Connor en esa historia. Esa loca búsqueda de la vida, de arder, de buscar la aventura.

Solíamos hablar de ir a la carretera, cruzar el país en la Harley de Connor. Quedarse en moteles baratos. Comer en cenas y buceos. Ser salvaje y libre. En carreteras desérticas donde no veríamos otro auto en kilómetros y kilómetros. Nos sentiríamos como las únicas dos personas en el mundo. Veríamos el amanecer sobre el Océano Pacífico. Hacer el amor bajo las estrellas. Bailaríamos a la luz de una luna que fue colgada solo para nosotros.

Abrí los ojos cuando Connor levantó la cabeza. Miré sus ojos azules y vi al chico que una vez amé tan ferozmente que no creí que nada ni nadie pudiera separarnos.

—¿Estabas soñando con California? —preguntó.

—¿Cómo lo supiste?

—A veces, todavía puedo leer tu mente.

—Estaba pensando en nuestro viaje por carretera. Nunca fue sobre el destino, ¿verdad?

—No. Se trataba del viaje.

—Pensé que lo habrías hecho por tu cuenta...

Dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza.

—No habría sido lo mismo. —Se apoyó en su taburete y se quitó los guantes, extendiendo los hombros—. Todo listo.

Apreté mis ojos. Se rio.

—Podría ser más fácil ver con los ojos abiertos.

El momento de la verdad. Abriendo un ojo y luego el otro, miré la parte superior de mi brazo y me quedé sin aliento. Era la cosa más hermosa que jamás había visto. Connor me sacó de la silla y me llevó al espejo de la pared para tener una mejor vista.

Una flor de loto de color rosa oscuro y una libélula multicolor, turquesa, verde, azul cobalto, cubría la parte superior de mi brazo.

—Nada de pájaros azules —dije.

—¿Decepcionada?

—No. Es precioso. ¿Cómo lo hiciste?

—Magia.

Sonreí. Tenía magia en sus manos. Ya lo sabía. Los colores estaban tan saturados, tan vibrantes, que no podía ver ningún resto de los pájaros azules y el alambre de púas.

—Ni siquiera puedo ver el viejo diseño.

—Todavía está ahí —dijo Connor, atrapando mi ojo en el espejo.

Me vendó el brazo y se negó a aceptar el dinero que le ofrecí. Volvería y le pagaría a Claudia mañana, lo decidí.

—Gracias. Es perfecto.

Me dio una sonrisa suave, sus ojos revoloteando sobre mi cara. El aire entre nosotros estaba cargado de electricidad. En un movimiento audaz, le pasé las manos por el pecho y le rodeé el cuello con los brazos.

Sus manos acariciaron mis costados, enviando temblores por todo mi cuerpo y cerré los ojos. En este momento, en este instante, éramos las únicas dos personas en el mundo. Deslizó una mano por mi cabello y su otro brazo me rodeó la cintura, acercándose. Nuestros cuerpos se fusionaron, encajando en su lugar como dos piezas de un rompecabezas. Parecía una eternidad desde que me había tocado así. Me mantuvo lo suficientemente cerca como para inhalarlo.

Mis manos exploraron sus duros planos y las crestas de sus músculos bajo su camiseta como si fuera un territorio inexplorado. Conocía su cuerpo tan bien como el mío, pero ahora se sentía diferente. Más lleno. Más duro. Como si me estuviera aferrando a algo sólido. Algo que no desaparecería en una bocanada de humo si me agarraba demasiado fuerte.

Levanté mi cara hacia la suya y él bajó su cabeza, sus labios suaves y cálidos, el rastrojo de su mandíbula raspó a mi piel. Sabía cómo el chicle de canela que había estado masticando antes. Nuestras lenguas se arremolinaron juntas, atrapadas en una danza loca y yo apoyé mi cuerpo contra la sensación de su erección presionando mi pelvis. Nos besamos, nuestras manos se movieron a tientas, queriendo tocarnos en todas partes a la vez.

Mis manos se aventuraron en su pecho y sobre su estómago plano. Él inhalaba mientras yo me metía con la hebilla de su cinturón y desabrochaba el botón superior de sus vaqueros. Capturó mis manos en las suyas para detenerme.

—Si hacemos esto, ¿te arrepentirás?

—No quiero vivir más en el pasado. No me arrepentiré.

Sus ojos revoloteaban sobre mi rostro, tratando de medir mi estado de ánimo. Tratando de averiguar si hablaba en serio lo que dije.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Te quiero a ti. Aquí mismo. Ahora mismo.

—Esta noche, te quedarás conmigo. En mi cama —dijo, cruzando la habitación para apagar las luces mientras me desnudaba rápidamente, tirando las botas y la ropa en un montón en el suelo.

Ya me había decidido, así que no tenía que preocuparse por si me escapaba o me arrepentía mañana por la mañana. Sabía que no lo haría.

—¿Estás segura? —me preguntó una vez más mientras estaba delante de él completamente desnuda, sus ojos se oscurecieron cuando me miró fijamente los pechos y luego me miró a los ojos, el brillo de neón del letrero bañando la habitación en rojo.

—Estoy segura —confirmé confiada, encontrándome con sus ojos mientras mis dedos jugueteaban con los botones de sus vaqueros y lo tomé en mi mano, oh Dios, estaba tan duro, y rodeé el piercing con la almohadilla de mi pulgar—. ¿Sin ropa interior, eh?

Sonrió y se pasó la camiseta por la cabeza, tirándola al suelo. Sus manos tomaron mis pechos y los miró fijamente un momento antes de bajar la cabeza y levantar mi pecho al calor de su boca, su mano deslizándose entre mis muslos, frotando entre los pliegues resbaladizos. Mi agarre se apretó sobre él y yo apreté su polla, sintiendo que se movía en mi mano.

—¿Qué quieres? —preguntó, con su voz ronca.

—Fóllame. Duro —dije descaradamente. Teníamos toda la noche para los juegos previos. Ya estaba lista para él.

Sus manos se deslizaron por mi trasero y por la parte posterior de mis muslos y yo estaba en el aire, mis piernas se apretaban alrededor de su cintura, mi espalda presionada contra la pared.

—¿Condón?

No me preguntó si todavía tomaba la pildora. Me preguntó si alguna vez me había acostado con alguien más sin condón. Juré que nunca lo haría.

—Nadie más que tú.

—Lo mismo. —Su boca se estrelló contra la mía e introdujo la lengua en la mía mientras usaba su mano para posicionarse en mi entrada. Mis uñas se clavaron en sus hombros y le arañaron la espalda desnuda mientras me follaba. Duro. Nuestro sexo era crudo, salvaje e implacable. Dejamos nuestras marcas el uno en el otro, sus dedos clavados en mi culo, mis dientes en su cuello. Cuando me corrí, grité su nombre. Siempre había sido ruidosa con él durante el sexo, como cuando me subía a la montaña rusa. El orgasmo me atravesó el cuerpo, los músculos apretados a su alrededor, mi cuerpo temblaba mientras lo montaba. Era casi demasiado para manejarlo. Era demasiado de todo. Lo sentí cuando llegó, su boca buscando la mía, su cuerpo temblando en mis brazos, un jadeo escapando de sus labios.

Se apartó para mirarme a la cara antes de bajarme y le hice ver que no había sido un error. Mis labios se curvaron en una sonrisa y me dio un suave beso en los labios.

—Te extrañé. Tanto —dijo mientras mis pies desnudos tocaban el suelo.

Me lancé al baño para limpiar, pensando que probablemente era la primera vez en años que Connor había tenido sexo cuando estaba sobrio. Cuando me di vuelta del lavabo, él estaba parado en la puerta, con mi ropa en sus brazos.

—Hola —dije, saludándolo un poco.

Connor se rio.

—Hola. ¿Tienes hambre?

—Muerta de hambre.

—¿Sushi?

Mi sonrisa se amplió.

—Podemos ir a nuestro pequeño lugar. —Era un pequeño agujero en la pared, pero el sushi era increíble. Cuando Connor empezó a trabajar aquí, solíamos ir todo el tiempo y sentarnos en el mostrador, viendo a los chefs de sushi preparar nuestra comida. Me vestí mientras Connor limpiaba su estación.

Connor me rodeó el hombro mientras caminábamos hacia el lugar de sushi, a solo tres cuadras de aquí. No pude borrar la estúpida sonrisa de mi rostro. Me sentí como un niño en la mañana de Navidad. Mi teléfono estaba sonando, y lo saqué de mi bolso, revisando la pantalla. Me quejé cuando vi que era mi madre.

—Es como si supiera que estoy contigo —dije sin pensar—. Quiero decir... —Mierda.

Me apretó el hombro.

—Está bien. Solo responde.

Arrojé mi teléfono en mi bolso. Todavía estaba enojada con ella después de su confesión en la peluquería. *¿Cómo se atreve?* Para cuando llegamos al lugar del sushi, mi madre ya había llamado dos veces, y mi teléfono sonó de nuevo. Suspiré y presioné el botón de respuesta, levantando un dedo hacia Connor para indicar que solo necesitaba un minuto. Asintió, y nos detuvimos fuera del restaurante antes de entrar.

—Hola mamá, estoy ocupada ahora mismo. Te llamaré más tarde mañ...

—Cariño... es tu padre.

Connor

Lars Christensen era un hombre decente. Humilde. Tranquilo. Trabajador. Trabajaba como yesero. El verano que tenía dieciocho años, como aprendiz de Jared, me dio algunos trabajos de pintura para ayudarme a ganar dinero extra. Pensé que me daría algunos puntos con la madre de Ava. Resultó que Lars nunca le había hablado de ello. Un día olvidó su almuerzo y ella apareció en el trabajo. Yo estaba trabajando para él ese día y nunca más me llamó para otro trabajo. No me molesté en preguntarle por qué. Sabía que la madre de Ava tenía la última palabra en su relación. También sabía que me odiaba. Nunca lo había ocultado. Me odiaba por "corromper" a su hija. Me odiaba por "faltarle el respeto" a mi padre. No le gustaban mis tatuajes o mi actitud hosca, mis malos modales, mi motocicleta, mis perspectivas de futuro que, a sus ojos, eran un gran cero. En resumen, no le gustaba nada de mí, y no me quería cerca de su hija.

Sin embargo, aquí estaba yo, acompañando a Ava al hospital, mi brazo alrededor de su hombro, su brazo alrededor de mi cintura. Necesitaba mi apoyo y yo tenía que estar aquí para ella. Necesitaba compensar todas las veces que no había estado ahí para ella en el pasado. La noche en que Jake Masters entró en el Trinity Bar y la hizo sentir como si tuviera catorce años otra vez. Indefensa y vulnerable. Mi vigésimo cumpleaños. Había hecho pastelillos para mí. Envolvió los regalos que me compró y me escribió una tarjeta. Cuando me presenté en su dormitorio al día siguiente, tiró las magdalenas y los regalos por la ventana.

"A veces desearía no haberte conocido nunca", dijo.

Le prometí de arriba a abajo que no volvería a pasar. Le prometí que dejaría las drogas. Promesas, promesas, promesas, todas ellas vacías. Me cerró la puerta en la cara, y rescaté los regalos, desenvolviéndolos más tarde cuando llegué a casa, marcadores Cópico y una nueva medalla de San Judas para reemplazar la que había perdido. Cuando pierdes una medalla del santo patrono de las causas perdidas, sabes que estás jodido.

Su madre estaba sentada en la sala de espera, con el bolso en el regazo, la cabeza en las manos. Se veía pequeña y frágil, nada como la central eléctrica que me había gritado y amenazado con alejarme de Ava.

—¿Mamá?

Solté a Ava y se arrodillé frente a su madre, tomando sus manos en las suyas.

—Mamá...

Su madre levantó la cabeza y acarició la cara de Ava con la mano. Amaba a su hija, no lo dudaba ni un minuto, pero su amor no era incondicional.

—Si algo le pasara, no sé cómo seguiría —dijo su madre.

Sus palabras me golpearon en el estómago. Llevaban casados más tiempo que yo en esta Tierra, y aunque eran muy diferentes, y no debería funcionar, habían construido una vida juntos, criado dos hijas juntos. Se apoyaron mutuamente en los buenos y malos momentos. ¿Tendríamos Ava y yo un amor así?

—¿Está... cómo está? —preguntó Ava—. ¿Qué pasó?

Su madre dejó salir un aliento desigual.

—Se quejaba de dolores musculares. Y sabes que tu padre... es tan estoico. Nunca se queja. Le dije que estaba trabajando demasiado y que se estirara en el sofá y se relajara. Un poco más tarde, fui a ver cómo estaba y él estaba... agarrando su pecho. Pude ver que tenía dolor. Llamé al 911. Los paramédicos llegaron justo a tiempo. Lo conectaron a todas las máquinas y a la intravenosa y... —Se detuvo y respiró profundamente—. Lo trajeron rápidamente a una angioplastia... y ahora tenemos que esperar...

—Mamá —llamó Lana. Miré por encima del hombro. Los ojos de Lana estaban llenos de lágrimas mientras corría al lado de su madre. Su madre soltó a Ava y se inclinó hacia Lana—. Estoy aquí ahora. Todo va a estar bien.

—Qué buena chica —dijo su madre, acariciando la mano de Lana—. Nunca me has dado un día de problemas.

Ava se puso de pie, con los hombros caídos. Siempre fue así. Lana era manipuladora y astuta. Siempre había luchado por el afecto de su madre como si fuera un concurso a ganar. Cuando Ava dejó de ser la hija perfecta, Lana se apresuró a juzgar y a señalar con el dedo. Y la madre de Ava, incluso en una crisis, sintió la necesidad de recordarle a Ava cuánto había fallado como hija.

Me acerqué a Ava y tomé su mano en la mía, dándole un pequeño apretón. Me miró con sus grandes ojos grises y deseé poder quitarle el dolor. Hacer que todo fuera mejor para ella. Lo mejor que podía hacer era estar aquí para ella, hacerle saber que estaba de su lado.

Su madre levantó la vista y me vio por primera vez. Sus ojos se entrecerraron en rendijas antes de que su mirada se dirigiera a Ava.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó, con su voz fría y dura.

—Me trajo al hospital.

Su madre presionó sus labios en una línea plana y cruzó sus brazos, con la barbilla en alto.

—Pídele que se vaya.

—Mamá —dijo Ava, horrorizada—. No. Quiero que se quede...

—Necesitas estar con tu familia en un momento como éste. No tiene derecho a estar aquí. Ese chico es un problema. No sé por qué hablaste con él, y mucho menos lo trajiste al hospital cuando tu padre... —Se detuvo y sacudió la cabeza.

—Pero mamá...

Le di a la mano de Ava otro apretón para que supiera que estaba bien.

—Espero que Lars se mejore pronto —dije.

Su madre asintió pero no respondió ni me miró.

Lana levantó la barbilla, imitando la postura de su madre. Si hubiera sido en otro momento, le diría que se fuera al infierno. Pero este no era el momento ni el lugar. Ava me acompañó a la puerta y salió conmigo.

—Lo siento —dijo.

—No es tu culpa.

—Quiero que te quedes, pero...

Le agarré la barbilla con la mano e incliné su cara hacia la mía.

—Es mejor para ti que me vaya. No necesitas ningún estrés extra.

Me rodeó con sus brazos, y yo me aferré a ella, deseando poder hacerlo. Quería ser el que le diera fuerza, sentarme a su lado y tomarle la mano. Para ayudarla a superar esto. Ava dejó salir un aliento estremecido y me liberó, dando un paso atrás.

—Se pondrá bien —le dije, esperando que fuera verdad.

—Lo sé.

—Llama si me necesitas. Para cualquier cosa.

—Gracias. Por el tatuaje. Y por... —Respiró profundamente y lo dejó salir—. Cuando me abrazabas hace un momento, me hizo sentir como si todo fuera a estar bien. Me recordó cómo me sentía antes. Como si pudieras arreglar las cosas. Como si pudieras sostenerme cuando todo se estaba desmoronando.

Le acaricié el cabello y le di un suave beso en la parte superior de la cabeza. *Como solía ser*, no como era ahora. Eso dolió, pero le di una pequeña sonrisa.

—Ve a estar con tu familia.

Me dio una última mirada antes de darse la vuelta y volver a la sala de espera.



Terminé de grapar el lienzo al contrachapado y lo colgué en los pernos que había perforado en la pared. Los focos fueron dirigidos al lienzo vacío, mis latas de pintura en aerosol alineadas en una fila. Me puse guantes de látex, me até la máscara y me conecté a mi música. Eminem sonaba en mis oídos, el volumen tan alto que la música reverberaba en mi cuerpo.

La madre de Ava me había mirado como si fuera basura. No es de extrañar que le gustara tanto mi padre. Tenían mucho en común.

Bombardear una pared. Hacer las paces.

Mi brazo y mi muñeca se movieron a través del lienzo, la pintura en aerosol se filtró en la tela. Quise que mi mano pintara lo que imaginé: el cabello pálido de Ava brillando en los reflectores, los lazos de seda multicolor suspendiéndola en el aire. Era un movimiento borroso, su rostro escondido detrás de una máscara negra recortada con plumas púrpuras. Me acerqué para ver las finas líneas, los compases de música que se arremolinaban en el lienzo. En el momento justo, "*Undisclosed Desires*" llegó a mis oídos. Si esta pieza tuviera un nombre, ese sería.

Di un paso atrás y estudié mi trabajo. ¿Era buena? Demonios, si lo sabía. Si hubiera bombardeado una pared, recogería mis cosas y me iría antes de que la policía me sorprendiera desfigurando la propiedad pública. No tendría tiempo de preguntarme si era mi mejor trabajo. Esa era la belleza del graffiti. Bajo la cobertura de la oscuridad y el anonimato, entraba y salía. Mis piezas rara vez eran cubiertas por otros artistas, una señal de respeto por mi trabajo, y eso siempre había sido suficiente para mí. Con mis tatuajes, trabajaba con los clientes y cuando estaban contentos con mis diseños, me daban el visto bueno para entintarles la piel.

Pero tener gente en una galería estudiando mi trabajo de cerca y personalmente... sería juzgado por mi técnica, mi uso del color, mis líneas y el dominio de un bote de pintura en aerosol. *Yo sería juzgado.* Joder.

Mi teléfono sonó, interrumpiendo la música y mis pensamientos. Presioné el botón de respuesta en la pantalla y la voz de Ava llenó mis oídos.

—Va a estar bien. Necesita quedarse en el hospital un par de días, pero el doctor dijo... que se pondrá bien. —Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Son buenas noticias.

—Sí, lo son. —Se detuvo un momento, y en el fondo, oí una sirena que sonaba—. Connor, lo siento. No sé por qué actúa así contigo. Pensé que sería diferente... con mi padre en el hospital.

Ambos sabíamos por qué su madre actuaba así conmigo, y en cierto modo, tenía todo el derecho a pensar lo peor de mí. Pero ella me había odiado desde el principio antes de que yo tocara las drogas. Incliné la cabeza hacia atrás y miré hacia el cielo azul. Sin estrellas. Sin luna.

—¿Dónde estás?

—Estoy parada afuera del hospital. Necesitaba un poco de aire. ¿Dónde estás?

—Afuera. Detrás de la tienda.

—¿Fumando?

—Pintando.

—¿Pintando? ¿En serio? —preguntó, con emoción en su voz—. Eso es genial. No puedo esperar a verlo.

—Lo verás en la galería. —Qué pensamiento tan aterrador. No quería ver ninguna de mis obras expuestas en una galería. Eché un ojo crítico a mi trabajo. No era lo suficientemente bueno.

—Espera un minuto. ¿No me lo vas a enseñar?

—Te encantan las sorpresas.

—Bueno, sí, pero... ¿no me dejas verlo? —preguntó incrédula.

Me reí entre dientes.

—No.

—Oh —dijo, un tanto desinflada—. Me quedaré en Bay Ridge por unos días. Hasta que mi padre salga del hospital. Con suerte, sobreviviré todo ese tiempo con mi madre y Lana. Joe acaba de llegar... Lana lo trata de la misma manera que mi mamá trata a mi papá. Pero él todavía la ama.

—El amor hace que la gente haga locuras.

—Sí, supongo que sí. Bueno... te dejaré volver a tu pintura. —Nos quedamos en la línea, ninguno de los dos hizo un movimiento para colgar. Pero en realidad no tenía nada que decir. La oscuridad se estaba acercando a mí. Sentí ese viejo vacío familiar royéndome.

—Me alegro de que tu padre esté bien. Hablaré contigo más tarde.

Dejó escapar un suspiro.

—Bien. Adiós.

Corté la llamada y encendí un cigarrillo. Sería más fácil para Ava si cortáramos por lo sano y se fuera con alguien nuevo. Aunque Ava decidiera

que estaba lista para volver a tener una relación conmigo, su madre nunca me aceptaría en la familia. ¿Qué clase de futuro podríamos tener juntos?

Joder. Fumé mi cigarrillo y encendí otro. Tres cigarrillos más tarde, y no pude llenar ese agujero dentro de mí. Arranqué la lona del contrachapado y la metí en el cubo de la basura.

Agarrando mi sudadera con capucha, salí por la puerta principal y la cerré con llave detrás de mí. Necesitaba algo para quitar el borde. Whisky, tal vez. El alcohol nunca había sido mi problema. Había pasado toda una vida tratando de ser todo lo que mi padre no era. Es curioso que eso no resultara. Mientras caminaba por las calles, lo justificaba en mi cabeza. El whisky era el menor de los males. ¿Qué daño podría hacer el tirar unos cuantos de vuelta? *Yo era un drogadicto, no un alcohólico*, razoné, aunque sabía muy bien que era una pendiente resbaladiza.

Encendí otro cigarrillo, con la esperanza de que me quitara esa picazón por algo más fuerte. El diablo en mi hombro me instó a ceder. *Solo una pequeña probada. Piensa en lo bien que se sentiría. La quemadura del whisky cuando te golpea la garganta, el calor se extiende por todo el cuerpo, adormeciendo el dolor.*

El portero de la puerta pidió ver alguna identificación. Le mostré mi licencia y me miró a la cara y luego a la licencia antes de que recogiera mi cargo y me estampara la mano.

Bajé las escaleras hacia club del sótano, buscando subconscientemente a Danny Vargas. No había estado en la Tienda de Dulces en dos años, pero este siempre había sido uno de sus lugares de reunión. Me abrí paso entre la multitud, marcando un lugar en el bar junto a dos mujeres con vestidos diminutos. La rubia me sonreía, sus ojos recorrían mi cara y mi cuerpo.

—Hola. —Se inclinó y arrastró un dedo por mi pecho—. Justo cuando pensaba que esta noche era un fracaso, entraste...

—Lo siento, nena. Tengo novia.

Hizo pucheros.

—¿Por qué están todos los buenos tomados?

No era bueno. Ni mucho menos. Pero mi línea funcionó, y ella y su amiga desaparecieron entre la multitud en busca de algo mejor.

—¿Qué necesitas? —preguntó el cantinero.

—Jameson. Un doble.

Tomó la botella del estante y sirvió una doble, poniendo el vaso frente a mí. Le di un billete de veinte y miré fijamente el líquido ámbar antes de envolver mi mano alrededor del vaso y llevarlo a mis labios.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo y leí el texto de Ava.

Ava: No me importa lo que diga mi madre. Ella no te conoce como yo. No estoy segura de que nadie lo haga.

Dos segundos después llegó otro mensaje.

Ava: Me encanta este tatuaje. La libélula es mi nuevo espíritu animal. Simboliza el cambio y la transformación.

¿Qué demonios estaba haciendo en este club?

Le envié un mensaje de texto.

Connor: Y la belleza y la magia y la luz.

Ava: Eso también. Solo pensé que deberías saber... que creo en ti. Buenas noches, Connor.

Connor: Buenas noches, Ava Blue.

Me alejé del bar, dejando mi bebida intacta, y caminé por un pasillo poco iluminado que olía a suspensorios y a cerveza añeja. Evité que una pareja se besara contra la pared y me metí en el baño de hombres para mear antes de volver a casa.

Mientras me lavaba las manos, estudiaba mi cara en el espejo. *Casi la jodiste*. El alcohol me llevaría inevitablemente a tomar decisiones estúpidas. Como tratar de encontrar a alguien en este club que pudiera darme lo que realmente quería.

Salí del baño de hombres cuando un borracho entró a trompicones.

—Jake —ronroneó una chica—. Deberíamos volver a mi casa.

Eché un vistazo a la pareja que se había estado besando antes. Los brazos del tipo enjaularon a una rubia pequeña que lo miraba con grandes ojos de corderito. Giró la cabeza y le vi la cara de perfil.

No podía ser. Me quedé helado.

—Jake Masters.

Me miró por encima del hombro, con los ojos entrecerrados, tratando de averiguar cómo me conocía. El reconocimiento se le ocurrió.

—Si no es el hermano pequeño de "The Kill".

—Ya no tan pequeño —dijo la chica con una risita.

—Si no es el imbécil que se metió con mi chica. —Amplié mi postura, mis manos enroscándose en puños.

Me sonrió.

—Ava era divertida.

—Divertida. —Hice cortocircuito. Lo agarré por el cuello y lo golpeé contra la pared. Mi puño se conectó con su cara. La chica gritó, su voz chillona en mi oído. Lo ignoré y le volví a golpear la cara con el puño.

Escupió en el suelo y me dio un cabezazo, empujándome contra la pared opuesta.

—Ella se atragantaba por ello. Mi polla estaba tan dentro de su garganta...

Me abalancé sobre él, lo bajé al suelo.

—Ella no se acercaría a ti.

—Pregúntale qué pasó detrás de la escuela.

Rugí y le atrapé las piernas debajo de mí, con mis puños golpeando su cara y su pecho. Me metió una llave y me dio la vuelta. Luchamos y nos agarramos, rodando por el suelo, dándonos puñetazos. Una botella me golpeó en la nuca. Joder. Giré la cabeza y miré por encima del hombro a la rubia. El puño de Jake me golpeó en la cara y mi cabeza se rompió.

—Sepárense. —Una voz masculina gritó órdenes mientras mi puño se estrellaba contra la cara de Jake.

Manos carnosas golpearon mi sudadera y me pusieron de pie. Jake se sentó, se puso las manos sobre la cara y se quejó.

—La policía está en camino. Vas a pagar por esto —dijo la rubia pequeña, con los ojos entrecerrados.

—¿Llamaste a la policía? —preguntó el portero—. No necesitamos involucrarlos.

Eso era seguro.

La rubia se arrodilló junto a Jake.

—Cariño, ¿estás bien?

—Me rompió la maldita nariz.

Me reí duramente.

—Eso no es nada comparado con lo que le hiciste a Ava, maldito imbécil.

El portero me empujó por las escaleras y me sacó por la puerta principal a la acera. Me empujó contra la pared exterior y me sujetó con su

brazo. No era necesario. Mi pelea no fue con él. Jake y la rubia salieron del club, escoltados por otro portero.

—Mira lo que le hiciste —dijo ella, dándome un puñetazo en el brazo.

Acunó su mano herida y me miró fijamente a través de sus lágrimas.

—Aquí tienes un consejo —le dije—. Si vas a golpear a alguien, mantén tu muñeca derecha y mete el pulgar. Y aquí hay otro consejo —Miré a Jake, desplomado, sosteniendo una toalla en su nariz sangrante—. Bota a ese imbécil. Puedes hacerlo mejor.

—Cierra la boca, Vincent. —Escupió sangre en la acera—. Presentaré cargos. Papá ya no está para rescatarte.

Me reí. No tenía ni idea de lo divertido que era. La rubia no había hecho caso a mi advertencia. Se preocupaba por él, arrullando palabras suaves que lo agitaban en vez de calmarlo. Esperé a que se volviera contra ella. No pasó mucho tiempo.

—Quítate de encima —dijo, alejándola.

Esos grandes ojos de ella se llenaron de lágrimas otra vez.

—Jake... estoy tratando de ayudar...

Segundos después llegaron una patrulla y una ambulancia. Jodidamente perfecto.

—¿Necesita asistencia médica? —me preguntó un paramédico.

—No.

—Déjame echar un vistazo. Puede que necesites puntos de sutura...

Sacudí la cabeza.

—Estoy bien.

Una oficial me interrogó. Me quedé mudo. La conocía. Oficial Healey. Treinta y pocos años, atractiva. Me había interrogado hace un año en el hospital y había dejado claro lo que sentía por Seamus Vincent. Pensó que el sol salía y se ponía sobre él. Revisé su mano izquierda. El anillo de bodas de oro ya no estaba allí. Estuve tentado de preguntarle por qué su matrimonio se desmoronó. Si Seamus Vincent había arruinado eso también. Me pregunté si la oficial Healey tenía alguna idea de que tenía un extraño parecido físico con la mujer que nos había abandonado hace más de dos décadas.

Jake estaba hablando mierda desde la parte de atrás de la ambulancia, diciéndole al oficial de policía que quería presentar cargos por asalto.

—Estaba ocupándome de mis asuntos cuando ese lunático me atacó.

Si él todavía estaba hablando, no hice un buen trabajo.

—Necesito llevarte a la comisaría —me dijo la oficial Healey con un suspiro de cansancio cuando se hizo evidente que la había impedido—. ¿Serán necesarias las esposas?

Sacudí la cabeza y me agaché en el asiento trasero de la patrulla. En el camino a la estación, vi las luces de neón desdibujarse más allá de la ventana, las palabras de Jake Masters resonando en mi cabeza.

Mi polla estaba tan metida en su garganta...

Pregúntale qué pasó detrás de la escuela.

¿Todos estos años y se lo había guardado para sí misma? ¿Lo bloqueó?
¿Fingió que nunca había sucedido?

Connor

—El detective Ramsey estará con usted en un minuto —dijo la oficial Healey.

—¿A qué le debo el honor? —pregunté.

—Pidió manejar esto él mismo. —Cerró la puerta detrás de ella y me dejó solo en una pequeña habitación con una mesa de metal y algunas sillas.

Manejar esto. Desafortunadamente, teníamos algo de historia y dudaba que ayudara a mi caso.

Cinco minutos después se abrió la puerta. Ramsey puso una taza de café y tomó asiento frente a mí.

—Detective —dije, mirando su chaqueta y corbata. Aflojó la corbata y desabrochó el primer botón de su camisa. Si tuviera que nombrar al chico más genial que he conocido, probablemente sería Deacon Ramsey. El tipo nunca se enojaba, nunca se inquietaba. En la escuela secundaria, Ramsey había estado más interesado en festejar y violar la ley que en defenderla, así que siempre me sorprendió que se hubiera convertido en policía—. Ascendiendo en el mundo. —Sonrió.

—Tengo la insignia de oro brillante y todo.

—Bien por usted. —Me recliné en mi silla y me crucé de brazos. Me miró por encima del borde de la taza de poliestireno mientras tomaba un sorbo de café—. ¿No tiene algo mejor que hacer?

—Noche lenta. ¿Quieres decirme qué pasó? —preguntó.

No tenía nada que perder si decía la verdad.

—Estaba ajustando una vieja cuenta. Ese idiota intimidó a Ava.

—¿No lo golpeó Killian por eso?

—Era mi turno.

—Probablemente consiguió lo que tenía. Siempre ha sido un idiota.

—¿Me está deteniendo por asalto o soy libre de irme?

—Eres libre de irte.

No me fui como quería, sintiendo que había una trampa y que aún no había terminado conmigo. Con esta noche serían tres veces que Deacon me había salvado el trasero.

Hace poco más de año y medio, fue el primero en llegar a la escena de mi accidente de tráfico. Yo no había causado el accidente y no estaba drogado cuando sucedió. Iba de camino a casa para drogarme. Una camioneta blanca saltó una luz y me golpeó, tirándome de la moto, antes de que despegara. En lugar de arrestarme por posesión, Ramsey llamó a Killian, quien había llevado mi trasero a rehabilitación. Incluso más grande que eso, Ramsey había salvado la vida de Killian la noche en que esos cuatro hombres vinieron en busca de venganza. Y ahora me estaba liberando de nuevo.

—Me debes un favor —dijo. Debería haber sabido que él querría sacar provecho de sus deudas, y realmente no podía culparlo. Killian le había dado una membresía gratuita de por vida en el gimnasio, pero yo le había dado una mierda, excepto un agradecimiento que había ignorado.

—¿Quieres un tatuaje? —pregunté—. Puedo hacer eso por usted.

—Podría aceptarlo uno de estos días. Pero lo que realmente me gustaría es la verdad. ¿Qué pasó en Miami?

—Me arrestaron por marihuana y éxtasis. Hice un trato con la policía. Todo está en los informes. —Lo miré a los ojos. Estaba diciendo la verdad. Pero había omitido algunos detalles.

—Sé lo que dijiste en tu declaración. —Ramsey se pasó la mano por el cabello rubio oscuro—. ¿Por qué mentiste? —Froté mi pecho y sus ojos siguieron mi mano—. ¿Se ha curado?

—Está todo bien —dije, empujando mi silla hacia atrás y poniéndome de pie—. Si terminamos aquí, necesito mi descanso de belleza.

Se puso de pie y rodeó la mesa, ofreciéndome su tarjeta.

—Lláname si tienes ganas de hablar. Puedes confiar en mí. No soy un policía corrupto como tu padre. —No debería sorprenderme escuchar que Seamus había sido un policía corrupto, pero aun así me decepcionó, y también me sorprendió que Ramsey lo expresara.

—¿Por qué siempre estás salvando mi trasero? —le pregunté, la curiosidad se apoderó de mí. No tenía ninguna razón para ayudarme. Habíamos sido conocidos, pero nunca amigos.

Su fachada fría cayó por una fracción de segundo, el tiempo suficiente para que yo viera su vulnerabilidad.

—Fui uno de los afortunados —dijo—. Mi familia de acogida me adoptó cuando tenía ocho años y me crio como su propio hijo. Antes de eso, me

habían pasado a diferentes hogares de acogida. Todos querían un bebé lindo y tierno, no un alborotador.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Algunos niños tienen un golpe de suerte. Tú y Killian no tuvieron tanta suerte. Pero Seamus Vincent obtuvo lo que se merecía. El karma es una perra, ¿no?

—Sí, supongo que lo es. Gracias. Por esta noche.

Él asintió con la cabeza, todavía esperando más, pero me guardé la tarjeta en el bolsillo y salí de la habitación. No me quedaba nada que decir.

Me subí la capucha y bajé la cabeza mientras pasaba por delante del escritorio y salía por la puerta principal. Afuera, respiré hondo para aclarar mi mente.

—¿Qué diablos pasó?

Killian estaba apoyado en su Range Rover, con los brazos cruzados, esperando una explicación.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

—Recibí una llamada de la oficial Healey. —Dejé escapar una risa sin humor—. Entra al auto. Te llevaré a casa.

Miré hacia la Avenida Unión, debatiendo, luego me subí al asiento del pasajero. La noche transcurrió en mi cabeza mientras conducíamos en silencio, el bajo de la música de Killian retumbaba en mi cabeza. Me masajee las sienes con la esperanza de que aliviaría el dolor. Sentí como si mi cabeza se partiera en dos.

Cuando subimos a mi apartamento, encendí la lámpara de pie y me derrumbé en el sofá, con la cabeza palpitante. Killian desapareció en la cocina y escuché el dispensador de hielo arrojando cubitos, el sonido del agua corriendo. Estaba jugando a la enfermera.

Killian se sentó en la mesa de café frente a mí y examinó mi rostro. Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el cojín del sofá, el cansancio se instaló en mis huesos incluso mientras mi mente se aceleraba. Ava. Su madre. Jake Masters. Ronan. Marco. Miami. Todos mis recuerdos de mierda competían por llamar la atención mientras Killian me limpiaba la sangre con una toalla húmeda. Agarré su muñeca y aparté su mano.

—Estoy bien.

Frunció el ceño y presionó el hielo envuelto en una toalla de cocina contra mi pómulo.

—Mantenlo frío. —Killian se sentó frente a mí en una de las sillas de cuero—. ¿Qué pasó?

Le conté la historia y cuando terminé de hablar, mi rostro estaba entumecido y una sensación de malestar se había asentado en mi estómago. Golpear a Jake Masters no había resuelto nada. No podía deshacer lo que había hecho. Tiré el hielo en el fregadero y regresé al sofá.

—Maldito idiota —dijo Killian.

Gruñí y flexioné las manos, mirando los cortes y moretones en mis nudillos. No eran nada comparados con lo que le había hecho a Ava. La recordaba a los catorce años. Diminuta y de aspecto delicado, sus ojos casi demasiado grandes para su rostro. Después del día en que Killian golpeó a Jake Masters, Ava se cortó todo el cabello. Llevaba ropa holgada a la escuela. Sudaderas con capucha y pantalones deportivos de gran tamaño. Gorros para cubrir su cabello cortado. Quería esconderse, desaparecer, camuflar su cuerpo.

—Arruinarás tus delicadas manos de artista —bromeó Killian.

Resoplé.

—¿El Departamento de Policía de Nueva York tiene una línea directa contigo? Cada vez que pasa una mierda, recibes una llamada.

Se movió en su silla, sin mirarme a los ojos.

—Después de todo lo que pasó...

—Bien —dije, llenando los espacios en blanco. Si hago un movimiento en falso, Killian se mantendrá informado.

—Es bueno saber que me respaldas —le dije con sarcasmo.

—¿Qué hacías en un club?

—No estaba buscando anotar.

Me dio una mirada escéptica. Estaba justificado. En el fondo de mi cabeza, ¿no era eso lo que realmente quería?

—Fui a tomar una copa. Pero cambié de opinión.

Exhaló un suspiro de alivio.

—¿Es difícil... no beber?

—Es difícil mantenerse alejado de las drogas. No beber es... —Iba a decir fácil. Pero no lo era—. Sí, a veces es difícil. Es una cosa social. Gavin y Lee me invitan a fiestas a veces o me piden que tome unas cervezas después del trabajo para relajarme, pero yo siempre digo que no. Nunca he aprendido mis límites.

—Apesta ser tú.

Me reí en voz baja y nos quedamos en silencio por un rato, perdidos en nuestros propios pensamientos.

—¿Alguna vez le confiaste a Deacon Ramsey? ¿Sobre Seamus? —le pregunté, ya sabiendo la respuesta antes de que las preguntas salieran de mi boca.

—No. ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Ninguna razón. —Tenía otra pregunta, una que había estado esquivando durante más de un año, mi culpa y vergüenza me impedían preguntar. Pero pensaba en ello todo el tiempo, y esta noche parecía tan buena como cualquier otra para sacarlo todo por ahí—. ¿Alguna vez piensas en ese tipo al que disparaste?

Se quedó en silencio durante unos segundos, entrecerrando los ojos ante algo en la distancia como lo hacía antes de responder preguntas difíciles.

—Sí lo hago. Mi psiquiatra me ama. Tengo más equipaje que el contenedor de carga de un jumbo.

Me eché a reír y él se rio conmigo. No sabía por qué, pero fue una de las cosas más divertidas que había escuchado. Mi humor se desvaneció cuando pensé en el equipaje que llevaba y en el papel que yo había desempeñado para aumentar su carga.

—Lo siento —le dije, esperando que él supiera que lo decía en serio. A veces las palabras eran tan condenadamente inadecuadas.

—Sí. Lo sé. —Se puso de pie y se frotó la nuca—. ¿Necesitas que me quede en el sofá esta noche?

—Ya es tarde. Vete a casa. No necesito una niñera.

Tate me entregó una taza de café y le agregué leche, pero el color no cambió.

—¿Estás preparando alquitrán en esa olla? —pregunté, mirando la olla en el quemador de su garaje. Eran las siete y media de la mañana y no dormía. Después de que Killian se fue, me fui a la cama y miré al techo con demasiados pensamientos corriendo por mi cabeza. Hasta que finalmente, metí mi trasero en la ducha. Luego pasé a confesar mis pecados a mi compañero de sobriedad.

—Te pondrá vello en el pecho —dijo.

Tomé un sorbo, confirmando que probablemente lo haría. Si no hubiera hecho un agujero en el revestimiento de mi estómago primero. Pero hoy necesitaba la cafeína de alto octanaje, así que la bebí. Un martillo

neumático estaba trabajando en mi cabeza y todos los músculos de mi cuerpo dolían.

—¿Necesitas una aspirina para ese dolor de cabeza? —preguntó Tate, mirando a mis gafas de aviador, todavía firmemente en su lugar a pesar de que yo estaba dentro de su garaje con poca luz.

Negué con la cabeza.

—No seas un tonto terco. Toma las malditas pastillas. —Sacó dos del frasco y las metí en mi boca y las lavé con el alquitrán líquido.

Caminamos hacia la bahía y me detuve frente al Mustang Shelby convertible del 69 en el que Tate ha estado trabajando durante meses.

—Dulce paseo —dije, pasando mi mano por el trabajo de pintura negro cereza personalizada.

—Sí. La iba a vender, pero no he encontrado al comprador adecuado.

—La amas y no puedes dejarla ir.

—Supongo que sabrías algo sobre eso. —Sacudió la cabeza y me miró a la cara. No tan bonita a la luz del día.

Tensé mi mandíbula.

—Mis heridas de batalla.

—¿Duelen?

—Nah. He tenido cosas peores. —Lo seguí afuera y me apoyé contra la pared que había pintado hace unos meses, un titán que llevaba el mundo sobre sus hombros con el nombre del taller de Tate, Atlas Motors. Di una bocanada a mi cigarrillo electrónico, el vapor desapareció casi tan pronto como golpeó el aire, y miré el tráfico pasar.

—Deberías intentar meditar —dijo Tate.

Me burlé.

—¿Meditar? No me digas que también has empezado a practicar yoga. A continuación, me dirás que nos reservaste un fin de semana de spa.

—Dice el tipo que chupa un bolígrafo.

Tomé otra calada insatisfactoria de mi cigarrillo falso y esperé un subidón que nunca llegó. Pero aun así perseveré. La definición de estupidez.

—El mensaje de texto de Ava me impidió beber ese whisky anoche —dije.

—Tú tomaste la decisión por ti mismo. Te pertenece. Y la próxima vez que tengas un antojo, llámame.

—¿Me hablarás a través de una meditación telefónica?



Lies

emery rose

for
Paradise
BOOKS

Resopló. Seguimos mirando el tráfico mientras yo vaporizaba y bebía mi café fuerte. Incliné la cabeza hacia atrás para ver el sol de la mañana en mi rostro y traté de convencerme de que todo estaría bien.

BEAUTIFUL #2
Beautiful

18

Ava

Mi padre iba a estar bien. Eso era lo principal.

—Deja de preocuparte por mí —se quejó mientras mi madre se acercaba. Ella no le dejaba mover un músculo tirado en el sofá, siendo atendido de pies y manos, no era su idea de un buen momento. Estaba desesperado por salir de la casa, volver al trabajo y volver a una vida normal. Si fuera por mi mamá, ya estaría retirado. Seguía dejando montones de folletos de viaje brillantes en la mesa de café, al alcance de la mano, pero él apenas los miró.

Martes por la mañana, y no pude salir de esta casa lo suficientemente rápido. No tenía la intención de quedarme tanto tiempo, pero mi madre me había hecho sentir culpable.

—Tu padre podría haber muerto. Lo mínimo que puedes hacer es pasar tiempo de calidad con él.

El tiempo de calidad había consistido en que mi padre leyera el periódico y mirara la televisión mientras yo actualizaba las redes sociales del bar, enviaba mensajes de texto con Eden, los chicos del trabajo y Connor. Cuando mi mamá no había estado rondando a mi papá, me había llevado a un lado para hablar de Connor de corazón a corazón. Lana, como siempre, se había puesto del lado de mi mamá.

—Papá acaba de tener un ataque al corazón —le dije a mi mamá—. ¿Puedes dejar esto ya? Lo que hago con mi vida es asunto mío. Con quién elijo pasar mi tiempo es mi elección.

Mi mamá frunció los labios.

—Ese chico solo volverá a romperte el corazón, Ava. Recuerda mis palabras. Pero si eso es lo que quieres, entonces adelante. —Levantó la barbilla—. Adelante, elígelo. Mira a dónde te lleva eso.

Revisé mi teléfono cuando llegó un mensaje de texto de Connor.

Connor: Estoy aquí.

No necesitaba preguntar dónde era "aquí". Nos encontramos en la misma esquina durante toda la escuela secundaria. Qué triste que teníamos veinticuatro años y seguíamos escondiéndonos. Salté de la silla de flores descoloridas en la sala de estar y agarré mi bolso, enviando un mensaje de texto como respuesta mientras cruzaba la habitación hacia el sofá.

Ava: Voy.

Me despedí de papá.

—Te amo papá. Estarás despierto y dando vueltas en poco tiempo.

—No, si tu madre tiene algo que decir al respecto —se quejó.

Le di una palmada en el hombro con compasión. A veces deseaba que se defendiera, en lugar de seguir la corriente para mantener la paz. Mi padre odiaba las confrontaciones, de cualquier tipo, y las evitaba siempre que era posible. Tal vez contener toda esa frustración y sentimientos reprimidos en su interior fue lo que causó su ataque al corazón.

—También te amo —dijo con brusquedad, escondido detrás de su periódico.

Encontré a mi mamá y a Lana en la mesa de la cocina. Lana estaba frente a su computadora portátil. Tenía un trabajo de ventas y marketing que nunca se había molestado en explicar, pero aparentemente, tenía horarios flexibles y trabajaba mucho desde casa. ¿Por qué llevaba una blusa de seda, jeans ajustados y tacones de aguja para sentarse en nuestra cocina?

—Adiós, mamá. Lana.

Lana ni siquiera levantó la cabeza de la portátil. Mi mamá se puso de pie y me abrazó, sus brazos me apretaron con fuerza. Olía como Coco Chanel, el perfume que había estado usando desde que tengo memoria. Cuando me soltó, dejé el suéter de cachemira doblado de Lana sobre la mesa. Había sido un descuido aparecer en el hospital con una camiseta sin mangas y una chaqueta sin ropa para cambiarse. Cuando mi mamá vio mi nuevo tatuaje, pensé que tendríamos que llevarla al hospital por un ataque al corazón.

—¿Necesitas que te lleven al metro? —me preguntó Lana, sorprendiéndome.

—No. Estoy bien. Pero gracias.

Asintió con la cabeza y se escondió detrás de su computadora portátil de nuevo, sus dedos haciendo clic en el teclado.

—Te veremos en Acción de Gracias —dijo mi mamá.

Ugh. Acción de gracias. Demasiado pronto para otra visita con mi familia. No debería ser tan descortés. Mi papá tuvo un infarto, por el amor de Dios. Un recordatorio de que mis padres no estarían aquí para siempre. Forcé una sonrisa que no sentí.

—Sí.

Salí de mi casa y tragué el aire fresco y húmedo mientras caminaba hacia la esquina. A medida que me acercaba, desaceleré mis pasos, viendo los moretones en la cara de Connor.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué? —pregunté confundida.

—¿Qué te hizo Jake Masters?

Desvié mi mirada.

—Te lo dije todo.

Tomó mis manos entre las suyas y me acercó más, mirándome a los ojos. Me quedé mirando los moretones en su rostro.

—Connor...

—Nena. Dime lo que sucedió.

—¿Te metiste en una pelea? ¿Jake...?

Connor presionó su dedo contra mis labios.

—Dime lo que hizo.

—Tenemos que irnos. Tengo mucho que hacer en el trabajo...

Sus manos agarraron mis caderas. Mis pies no tocaban el suelo y, de alguna manera, estaba a horcajadas sobre la motocicleta, frente a él.

—¿Qué estás haciendo? —Traté de bajarme de la moto, pero su agarre en mis caderas se apretó, manteniéndome en el lugar, sus ojos nunca dejaron mi rostro.

Me fijé en un punto por encima de su hombro. Su mano ahuecó mi barbilla e inclinó mi cara hacia arriba, obligándome a mirarlo.

—¿Qué hizo él?

—Estoy bien, Connor —susurré—. Lo dejé atrás.

—¿Le dijiste a alguien?

Tragué.

—No.

—¿Pensaste que era tu culpa? ¿Creías que hiciste algo para merecer eso?

Lo miré a los ojos.

—¿Tú lo hiciste? ¿Es eso lo que creías al crecer?

—No estamos hablando de mí.

—Sin embargo, es lo mismo, ¿no? Nunca hiciste nada para merecer ese trato. Es mucho más fácil creer las cosas malas que dice la gente que las buenas. Me llamó puta. Y todos lo creyeron.

—No lo hice. Killian no lo hizo.

—Lo sé. Porque ustedes... comprendían cómo operan los matones. Mejor que nadie. ¿Recuerdas a Holly? —Asintió—. Habíamos sido amigas desde la escuela primaria. Solíamos jugar a las Barbies juntas, tener fiestas de pijamas, compartir palomitas de maíz y una bandeja de brownies... —Todas sonaban como cosas tan estúpidas e intrascendentes, pero en la escuela primaria y secundaria, esas cosas habían sido importantes—. Pero cuando llegamos a la escuela secundaria y Jake comenzó a prestarme atención, todo cambió. Holly y mis otros amigos me excluyeron. Creyeron los rumores... y hablaron de mí a mis espaldas. Dijeron que siempre había actuado como si fuera mejor que ellos... —Me detuve y respiré hondo, sorprendida de que incluso después de todos estos años, sus palabras todavía tenían el poder de herirme—. Y nunca traté de defenderme. Si querían creer lo peor, entonces no eran realmente mis amigos. Dolía y me sentía tan sola. Hasta ti. Eras el único amigo que necesitaba. Estuviste ahí para mí... siempre.

Envolvió sus brazos alrededor de mí y me atrajo hacia sí, su mano acariciando mi cabello.

—Nena... dime.

—Fue hace mucho tiempo.

—Dime.

Lo había estado guardando adentro durante tanto tiempo. Ahora, cuando lo imaginé, sentí que le había pasado a otra persona, no a mí.

—Me arrastró hasta la parte trasera de la escuela junto a los contenedores de basura. Y él... me empujó que caí sobre mis rodillas y se bajó la cremallera de sus jeans y... —Tragué saliva, viendo cómo todo se desarrollaba como una película. Los brazos de Connor a mí alrededor se tensaron y presioné mi mejilla contra su pecho, cerrando los ojos y respirando el olor a cuero y especias. Me sentí segura en sus brazos, como si las cosas malas no pudieran alcanzarme si él me abrazaba—. Agarró la parte de atrás de mi cabeza y se metió en mi boca. Traté de hundir mis dientes en él... me golpeó en la cara y tiró de mi cabeza hacia arriba por el cabello. —Todavía podía sentir las lágrimas picando en mis ojos, la grava

clavándose en mis rodillas cuando me arrodillé frente a él—. Dijo que si lo intentaba de nuevo, me golpearía con fuerza. No sabía lo que estaba haciendo... seguía empujando mi cabeza hacia abajo y me estaba forzando. Cuando entró en mi boca, me levanté y lo escupí en la cara. Traté de correr, pero él me agarró y dijo que necesitaba que me dieran una lección. Me tiró al contenedor de basura y Killian... ahí fue cuando apareció.

Connor no dijo nada. Simplemente me mantuvo envuelta en sus brazos, acariciando mi cabello.

—Está bien. Fue hace mucho tiempo.

—No está bien —dijo, su voz temblaba de ira—. Tenías catorce años. Nada de eso está bien.

Lo sabía. Estaba tratando de consolarlo.

—Lo que hizo que todo estuviera bien fuiste tú. Estar contigo... el sexo y todo... sentí que estaba recuperando algo de mi poder. Porque estaba haciendo algo que quería hacer y nunca me obligarías a hacer nada que no quisiera. Y todas esas veces... cuando me atreví, y lo hicimos en todo tipo de lugares locos, me sentí empoderada. Fue como un gran jódete para Jake Masters, lo que probablemente suene estúpido, pero... ya no me sentía como una víctima.

Alguien se aclaró la garganta. Me aparté de Connor y miré a Lana. Me tendió el suéter de cachemira gris perla.

—Pensé que lo necesitarías. Hace frío.

Me bajé de la motocicleta y la miré, preguntándome cuánto tiempo había estado allí parada y cuánto había escuchado.

—Pero es tuyo.

Ella lo puso en mi mano.

—Quédatelo. Se ve bien en ti. Combina con tus ojos.

—¿Crees que un suéter compensará lo que le hiciste a Ava? —le preguntó Connor, su voz baja y enojada.

—Connor... déjalo ir.

—Eres su hermana mayor —dijo—. Era tu responsabilidad protegerla y defenderla. En cambio, la apuñalaste por la espalda y lo has estado haciendo durante años.

Lana entrecerró los ojos y plantó las manos en sus caderas.

—¿Y qué has hecho por ella? ¿Además de arruinar su vida?

—Él estuvo allí para mí...

—¿En serio, Ava? ¿Cómo estuvo él ahí para ti? ¿Cuántas veces te metiste en problemas por su culpa? Lo único que trajo a tu vida fueron

problemas. Deberías haberte quedado con Zeke. Toda la familia lo amaba. —Giró sobre sus talones y se alejó. Estuve tentada de tirar su suéter a la acera y pisotearlo, pero lo até alrededor de mi cintura, ganando tiempo antes de enfrentarme a Connor. Lana siempre había sido vengativa y parecía que el tiempo no la había cambiado.

—Zeke conoció a tu familia —dijo Connor, su voz plana.

Volteé para mirarlo, pero no pude mirarlo a los ojos. No importaba. De todos modos, no me estaba mirando. Observaba la calle, su mandíbula trabajando para contener sus emociones.

—Sí, fue... al almuerzo de cumpleaños de mi papá. Yo solo... no debería haberlo traído.

Me entregó mi casco y se puso el suyo.

—Connor...

La Harley cobró vida con un estruendo y él aceleró el motor.

—Súbete a la moto. Necesito ir a trabajar.



Me bajé de la parte trasera de la motocicleta y me quité el casco. Connor miró al frente, con la mandíbula apretada, y sospeché que había sido así durante todo el viaje. Cuando envolví mis brazos alrededor de él, agarrándome fuerte mientras conducía demasiado rápido desde Bay Ridge a Williamsburg, sentí la tensión rígida en su cuerpo. Miré calle abajo en dirección al mar, tratando de encontrar las palabras.

—¿Qué tal una comida china para llevar y una noche de cine? Puedes venir después de...

—Ava. Connor. ¿Qué tal? —Zeke se detuvo a mi lado y miró de mí a Connor. Interiormente, gemí. Hablar de tiempos de mierda—. Whoa, amigo. ¿Qué le pasó a tu cara?

Connor apretó la mandíbula y permaneció mudo, con la mirada fija en el frente.

—Oye, Zeke. Danos un minuto. Te veré dentro.

—Sí. Por supuesto.

Lo vi alejarse y esperé hasta que estuvo dentro del bar antes de devolver mi atención a Connor.

—No escuches a Lana. No me importa lo que piense mi familia.

—Pero lo hago. Siempre seré el tipo que te jodió la vida.

—Bésame.

—¿Qué?

—Bésame. Llévame de regreso a un lugar mejor.

—La vida no funciona de esa manera, ¿recuerdas?

Se quitó el casco y yo me incliné y envolví mis brazos alrededor de su cuello.

—Solo has sido tú, Connor.

Presionó su frente contra la mía, sus manos acunando mi rostro. Me aparté para mirarlo a la cara. Después de lo que le acababa de decir, no esperaba que se viera triste.

—¿Escuchaste lo que dije?

Asintió un poco y abrió la boca como si fuera a hablar, pero no salió ninguna palabra. Busqué su rostro. Los moretones de color verde amarillento me recordaron cómo le habían golpeado la cara hace un año. Y sus ojos... no había luz en ellos. Di unos pasos hacia atrás, dándome cuenta.

—¿Dónde viste a Jake?

—La tienda de dulces.

¿La tienda de dulces? ¿Qué diablos había estado haciendo allí? En un club que solía frecuentar... un club al que conocía muy bien a Danny Vargas. Todos mis instintos de autoconservación se aceleraron.

—¿Porque estabas allí? —Observé su rostro, esperando atraparlo en una mentira.

Dejó escapar un suspiro y se pasó la mano por el cabello.

—No anoté. Pedí una bebida, pero la dejé en la barra. —Connor sostuvo mi mirada y vi que estaba diciendo la verdad. Cuando solía mentirme, nunca podía mirarme a los ojos. Para alguien que solía mentir a menudo, nunca había sido muy bueno en eso.

Se puso el casco y la Harley cobró vida.

—Te veo esta noche.

Connor

La sala de estar de Ava resplandecía de color rosa por el letrero de neón *Good Vibes* sobre su sofá gris. Estábamos comiendo comida china con palillos, pasando los recipientes de un lado a otro, sin molestarnos con los platos y viendo *Los Vengadores*, aunque para mí era solo ruido de fondo.

Escuchar su historia esta mañana, sobre lo que Jake le había hecho, me dio náuseas. Me enfureció. Hirió. Enojó. Entristeció. No pude evitar preguntarme por qué nunca había confiado en mí lo suficiente como para decirme la verdad. La habría entendido mucho mejor si lo hubiera hecho. Traté de estar ahí para ella, pero a los catorce, ¿qué demonios sabía sobre las chicas y la forma en que operaban? Ni una maldita cosa. Solo recuerdo haber pensado que ella era frágil y que tenía que andar con cuidado. Siempre había querido protegerla, mostrarle que no todos los hombres eran unos cabrones como Jake, pero no sabía ni la mitad de eso.

—¿Ya terminaste? —le pregunté, señalando con la barbilla los recipientes de comida.

Ella asintió y se levantó del sofá, alcanzando los contenedores.

—Lo tengo —dije. Ava se sentó y metió las piernas debajo de ella. Limpié los contenedores y tiré los vacíos a la basura, guardando el sobrante de Lo Meing en el refrigerador. *Maldito Jake Masters*. Cerré la puerta de la nevera de golpe y pellizqué el puente de mi nariz, respirando profundamente para tratar de calmarme. No funcionó. Pateé el armario debajo de su fregadero. Una vez. Dos veces. Tres veces por si acaso.

Mierda. Mierda. Mierda. ¿Cómo podía alguien hacerle esa mierda a una chica de catorce años?

Sentí sus manos en mi espalda y luego sus brazos alrededor de mi cintura, su mejilla presionada contra mi espalda. Me froté la cara con ambas manos.

—¿Por qué diablos no me lo dijiste? —pregunté, dejando de lado toda pretensión de calma.

—Solo quería olvidar.

Sí, lo entendía. Había intentado hacer lo mismo tantas veces en mi vida. Pero la verdad siempre tuvo una forma de salir a la luz. Solté sus manos y tiré de ella para mirarla.

—No habrías tenido que pasar por esto sola. Si me hubieras dicho...

—Teníamos *catorce años*. Ni siquiera me atreví a decir las palabras. Y eres un chico. Estaba demasiado avergonzada.

—Has tenido diez años para contármelo. En cambio, tuve que averiguarlo por ese cabrón.

—No me dejarías darte una mamada esta noche.

Tan pronto como entré por la puerta, me desabotonó los jeans y se arrodilló frente a mí. Como si tuviera algo que demostrar. Se había sentido tan mal.

—No te quiero de rodillas por mí.

Sacudió la cabeza con frustración como si no lo entendiera.

—Es mi elección. Yo quiero hacerlo. Si le das el poder a un matón, ganará. Tú, entre todas las personas, deberías entender eso.

Ava tenía razón. Después de toda una vida de ser acosado, debería haber comprendido ese concepto antes. La vi quitarse la sudadera, dejando al descubierto una camiseta blanca sin mangas, con su sujetador rojo visible debajo. Se bajó las mallas negras, saliendo de una pierna y luego de la otra antes de patearlas a un lado. Su camiseta sin mangas se unió a la otra ropa en el piso y ahora estaba parada frente a mí con nada más que un sostén rojo de encaje y ropa interior a juego. Ella los había usado para mí.

—En el restaurante —dijo—. Lo que quería decirte es que ninguno de los otros chicos importó. Nadie se acercó nunca a ti. Y Jake tampoco importa. Lo he dejado atrás.

Envolví mis brazos alrededor de ella y sentí su piel suave y cálida bajo mis manos. La subida y bajada de su pecho contra el mío. Era consciente de que sostenía algo precioso en mis brazos. Algo insustituible. Y recordé, una vez más, lo pequeña que era Ava. Pero también era feroz, fuerte y valiente.

Había pasado por suficiente mierda en mi vida como para saber que cuando te ofrecían una segunda oportunidad para algo, la tomas. Y haces todo lo que está en tu poder para asegurarte de no arruinarlo.

Tomé su mano en la mía y la llevé al dormitorio. Se acostó en la cama, con la cabeza apoyada en la mano y me miró desnudarme.

—Ven aquí, amante —dijo, su voz baja y sensual, burlona. Me reí entre dientes mientras ella se arrastraba hasta el borde de la cama y se arrodillaba frente a mí. Envolvió su mano alrededor de la base de mi polla, sus ojos en los míos mientras se humedecía los labios y bajaba la cabeza, guiándome

dentro de su cálida boca. Jesús. Su boca era como el cielo. Su otra mano agarró mi trasero, sus uñas cortas clavándose en mi piel. Envolví mis manos en su cabello suave y sedoso, sosteniendo la parte de atrás de su cabeza mientras ella chupaba y jugueteaba, haciendo rodar la barbilla con su lengua. Mis bolas estaban tan apretadas y la succión de su boca mientras me chupaba hasta la garganta era tan jodidamente caliente que me olvidé de todo lo demás y me dejé llevar. Pero no quería correrme en su boca.

Me retiré y ella me miró, lista para pelear conmigo.

—Quiero estar dentro de ti.

Ella se quitó la ropa interior, ansiosa por lo mismo.

—¿Cómo quieres follarme? —preguntó, todavía usando su voz de dormitorio. Era otro lado de Ava. La charla sucia, los fuertes gemidos y gritos. Ella nunca se contuvo en nada de eso.

La empujé contra el colchón, le doblé las piernas a la altura de las rodillas y se le abrí, poniendo la cabeza entre sus muslos. Sus dedos tiraron de mi cabello y gritó *sí, sí, sí* cuando mordí su clítoris y luego aplané mi lengua contra el apretado manojito de nervios, provocándole un orgasmo antes de que la follara con mi lengua. Su cuerpo sufrió un espasmo y sus muslos se sujetaron alrededor de mi cabeza como un tornillo de banco antes de quedarse sin huesos, sus piernas temblaban y su cuerpo flácido. Besé mi camino hasta su boca, mi lengua separando sus labios para darle un sabor de la cosa más dulce que jamás había probado. Envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y arqueó su espalda, sus tetas planas contra mi pecho, mi polla saltando mientras me besaba larga y duramente.

Me aparté y me senté de rodillas, poniéndola boca abajo. Se puso sobre los codos y las rodillas, lista para mí y sabiendo lo que quería sin tener que preguntar. Apreté mi longitud, arrastrando la punta a través de su humedad antes de finalmente entrar en ella. Rodé mis caderas, empujándome dentro de ella y ella empujó su trasero contra mí, tomándome más profundamente. Dulce Jesús. Si pudiera quedarme aquí para siempre, lo haría. Extendí la mano y toqué su clítoris mientras me movía dentro de ella.

—Oh Dios —gimió—. Connor... —Se hundió en el colchón, su trasero en el aire, sus brazos envueltos alrededor de su almohada, la cara presionada contra ella.

Mi agarre se apretó en sus caderas, sus músculos se contrajeron a mí alrededor, y sus suaves gemidos me enviaron al límite, llevándome a un orgasmo que fue tan intenso que quedé temporalmente ciego.

20

Ava

Me desperté con el olor del tocino y revisé mi teléfono por la hora, sorprendida de que había dormido hasta las diez. ¿Connor no solo estaba despierto, sino que estaba preparando el desayuno? Siempre he sido una persona de mañana, pero Connor solía dormir hasta el mediodía. Me vestí con una camiseta sin mangas ya que sudaba, sin molestarme con ropa interior o sujetador y luego corrí al baño a lavarme los dientes.

Vamos, Ava. Estás sacudiendo esa cabecita. Y mira el resplandor rosado. No era realmente un resplandor posterior. Era una quemada del rastrojo de Connor. Pero no podía borrar la estúpida sonrisa de mi cara mientras me peinaba con una coleta desordenada. Múltiples orgasmos le harían eso a una chica.

Agarrando mi teléfono de la mesita de noche, avancé por el piso de madera, el olor a tocino haciéndome agua la boca, y encontré a Connor en la cocina, con los vaqueros colgando de sus caderas, las mangas de su térmica gris presionando hasta los codos, exponiendo la tinta en sus antebrazos. Oh Dios, él era sexy. Apoyé mi cadera contra el marco de la puerta, observándolo. Deleitándome al verlo en mi cocina, llenando el espacio que había estado tan vacío sin él. Se volvió de la estufa, una sonrisa perezosa en su cara, los moretones apenas perceptibles ahora. Vi sus ojos oscurecerse mientras su mirada se posaba en mi camiseta sin mangas.

—Buenos días, nena.

—Buenos días. ¿Fuiste de compras? —pregunté, notando el plato de nectarinas cortadas en rodajas, fresas y arándanos. Sin mencionar el tocino que sabía que no había estado en mi refrigerador.

—Sí.

Me acerqué a la mesa de la cocina junto a la ventana y miré fijamente las flores silvestres que Connor había puesto en una jarra de barro azul cobalto. *Flores.* En una mesa ya preparada para dos, los cubiertos descansando sobre servilletas de papel dobladas en triángulos. Sabía cuál era el mío, el que tenía un pájaro azul dibujado en él. Mi mano voló a mi

pecho y la sostuve contra mi corazón que martillaba amenazando con estallar libre y volar a través de la habitación hacia sus manos mágicas.

Toma mi corazón, le diría. Es tuyo y siempre lo ha sido. Mantenlo a salvo.

Me senté en la silla con respaldo de bastón y acerqué mis rodillas al pecho. El radiador bajo la ventana siseó y sonó, calentando la cocina. Luz solar pálida filtrándose por la ventana. El olor de la albahaca, tomillo, y menta de las hierbas en macetas en mi alféizar de la ventana se mezcló con el olor a mantequilla derretida, café y tocino. Mi cocina se sentía acogedora y cálida y mi vida se sentía mucho más plena. Vi a Connor verter masa de panqueques en la sartén chisporroteante. Encendió la tetera eléctrica, la espátula en su otra mano y observé cada uno de sus movimientos con fascinación, mi mentón apoyado en las rodillas.

—Me encantan los panqueques. —Sonaba como idiota. Como si él no supiera que amaba los panqueques y el tocino crujiente.

—Lo sé. Por eso los estoy haciendo.

No sabía qué pensar de todo esto, así que me senté allí, mirando su espalda, sus hombros anchos, la flexión de sus brazos. Mi mirada se aventuró más abajo. Connor tenía un gran culo.

Se apartó de la estufa y levanté mi mirada a sus ojos, atrapando el brillo en ellos. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Me estabas mirando el culo.

Resoplé como si la idea fuera ridícula.

—No, no lo hacía.

En unos pocos pasos, estaba de pie frente a mí. Pasó su pulgar sobre la comisura de mi boca.

—Babeas —dijo.

Puse los ojos en blanco.

—Muero de hambre. Si estoy babeando, es por la comida. —*Mentirosa.* Agite mi mano hacia él—. Tus panqueques se están quemando. —Se rio entre dientes y regresó a la estufa. Me desplazé por mis listas de reproducción, optando por una compilación feliz y tranquila: "*Here Comes the Sun*" de The Beatles sonaba en los altavoces en la sala de estar y subí el volumen, dejando que la música llenara nuestras almas. Alegrando una mañana ya perfecta.

—Sírreme un poco de café, moza.

Me reí y fui a la cafetera, nueva y obviamente comprada por Connor esta mañana en su juerga de compras.

—Qué presuntuoso de tu parte —dije, agarrando dos tazas del armario—. ¿Por qué necesitaría una cafetera?

—Para hacer feliz a tu hombre.

—¿Eres mi hombre ahora? Eso fue rápido.

—Nena, diez años es una maratón, no un sprint.

Cierto. Sonreí mientras servía su café, saqué la leche de la nevera y la añadí hasta que dio el color que le gustaba. Tomé la bolsa de azúcar del mostrador y una cuchara del cajón.

—Sin azúcar —dijo.

Mi mano se detuvo, la cucharada de azúcar suspendida sobre su taza de café.

—¿No pones tres cucharadas de azúcar en tu café?

—Nop. Proteínas magras, verduras, yogur griego, fruta...

Gemí y regresé el azúcar a la bolsa.

—Estás en la dieta Killian. —Puse la taza en el mostrador junto a él—. Solías ser un adicto al azúcar.

—Ya no soy un drogadicto, nena. Pero todavía tengo basura —dijo, agarrando su entrepierna.

Solté una carcajada mientras me preparaba una taza de té verde.

—No escuché ninguna queja sobre mi cuerpo anoche. —No había nada de que quejarse. Su cuerpo era increíble, el mejor que había sido. La última vez que estuvimos juntos, al final de su adicción, estaba demasiado delgado y cuando había estado conmigo, desnudo en mi cama, se sentía como si me aferrara a otra persona. Una sombra de su ser anterior. Nada es más desgarrador que ver a la persona que amas destruirse a sí misma. Su cuerpo. Su mente. Su personalidad. Cambiado por el veneno que inyectaba en sus venas.

Pero yo no quería mencionar eso ahora o hacer nada que arruinara nuestro día. Dejaría ese recuerdo en el pasado donde pertenecía. Estábamos haciendo nuevos recuerdos. Buenos.

—Tu cuerpo es jodidamente fantástico, por cierto —dijo, dándome una nalgada juguetona en el trasero.

Acepté el cumplido con una sonrisa y llevé mi té a la mesa mientras Connor servía nuestra comida: una pila de panqueques cubiertos con fruta, tres tiras de tocino al lado. Puse el tocino encima de mis panqueques y vertí jarabe sobre él, riendo cuando me di cuenta que Connor había hecho lo mismo.

Desayunar juntos se sentía tan bien y tan bueno. Había pasado tanto tiempo desde que dormimos juntos en la misma cama toda la noche. Tanto tiempo sin hacer ninguna de las cosas típicas de pareja. Quería embotellar esta felicidad y almacenarla para los días lluviosos. Durante el desayuno, nos reímos y hablamos de nada importante y se sentía como si hubiéramos puesto a descansar todo lo que había sucedido con Jake y Lana y Zeke.

—Entonces... ¿qué harás antes del trabajo? —pregunté después de limpiar los platos y cargar el lavavajillas.

—No estoy seguro. Necesito revisar mi hoja de cálculo.

Me reí. Connor pasó un brazo alrededor de mi cintura y me atrajo hacia él.

—Necesitamos una ducha —dijo.

—¿Nosotros?

—Mhm. Eres una chica sucia.

Connor me levantó del suelo, me arrojó sobre su hombro y corrió hacia el dormitorio. Golpeé mis puños contra su espalda, riendo.

—¿Qué estás haciendo?

Me tiró sobre la cama y se desnudó ayudándome luego a quitar la ropa y llevándome al baño. Al encender la ducha, comprobó la temperatura del agua con la mano antes de que entráramos en la bañera y cerráramos la puerta de cristal. Connor me guió bajo el rocío e incliné la cabeza hacia atrás dejando que el agua corriera sobre mi cabello mientras sus manos enjabonaban mi cuerpo. Tomé el gel de ducha de su mano y puse un poco en mi palma, enjabonando su cuerpo como él había hecho con el mío. Un trabajo muy minucioso. Mi mano envolvió su polla dura y la deslicé arriba y abajo. Gemía mientras apretaba el champú en su mano.

—Tendré la polla más limpia de Brooklyn —dijo.

—Tanto mejor para mí para chuparla —dije con un guiño.

—Cierra tus ojos, moza. —Me reí mientras él me lavaba el cabello con champú y masajeaba mi cuero cabelludo con sus manos mágicas. Estaba ronroneando con deleite. Masilla en sus manos.

Connor inclinó mi cabeza, enjuagando el champú y luego repitió el proceso con acondicionador. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo besé bajo el rocío del agua, mi cadera presionada contra su erección. Me levantó y mis piernas se envolvieron alrededor de su cintura mientras me empujaba contra la pared de azulejos y se deslizaba dentro de mí, sus manos apretando mi culo, nuestros besos mojados y frenéticos.

Mis músculos se apretaron a su alrededor mientras el orgasmo sacudía mi cuerpo. Connor se vino dentro de mí, colocando la palma en la pared como apoyo. Abrí los ojos y parpadeé mientras el mundo volvía



Lies

emery rose

for
Paradise
BOOKS

rápidamente y la cara de Connor se enfocaba. Me dio una gran sonrisa que alcanzó sus ojos e iluminó toda su cara y luego nos reímos sin razón.

Te he echado de menos, Connor. Es tan bueno tenerte de vuelta.

BEAUTIFUL #2
Beautiful

Connor

Durante las últimas dos semanas con Ava, empecé a creer que podría ser todo para ella. Podría ser el tipo que siempre mereció. La tienda era exitosa, mis antojos estaban bajo control, y mi chica estaba feliz. Lo sabía por la forma en que sonreía cada vez que me veía. Por cierto, me llamó estando en el trabajo y dejó mensajes adorables para hacerme saber que pensaba en mí. Aún no habíamos dicho esas tres palabras, pero traté de demostrarle que la amaba para que cuando las dijera de nuevo, supiera que no eran vacías. Ella necesitaba saber que yo era alguien en quien podría confiar. Alguien que no le mintiera o le guardara secretos.

Sabía que necesitaba decirle la verdad sobre Miami, pero todo estaba tan bien ahora que no quería arruinarlo trayendo más malos recuerdos. Algunos días se sentía como si Miami hubiera sido solo un mal sueño y a medida que mi vida mejoraba, el sueño se volvía más peligroso. Se lo diría. Pero no esta noche.

Me envolvió con sus brazos por detrás y me bajé la máscara, mirándola por encima del hombro.

—¿Ya estás aburrida? —pregunté, dejando la lata de pintura en aerosol.

—Nunca. Me encanta verte pintar. Son increíbles, cariño.

Ella no me había llamado cariño en años. Me encantó que lo dijera ahora, la palabra rodando de su lengua como algo natural.

—Porque el tema es increíble —dije.

Se paró a mi lado mientras estudiaba el arte. Había estado pasando el rato aquí conmigo cada noche mientras pintaba. Después de que la tienda cerraba. Después de cenar hasta tarde juntos. Después de follar en la cocina, su culo desnudo en el mostrador. O montándome en una silla como anoche. Esta noche, la llevé a nuestro restaurante de sushi y me dio sashimi de salmón cubierto de wasabi y luego follamos en el baño unisex. En lugar de sus habituales gritos y gemidos, clavó sus dientes en mi hombro, mordiendo tan fuerte que había sangre dibujada en mi camiseta. Todavía

podía sentir la picadura de las marcas de sus dientes. Estábamos locos, Ava y yo. Siempre pensé que nos amábamos hasta el punto de la locura. Locura, de verdad. Pero no conocía otra forma de amarla excepto locamente.

—Soy yo, pero no realmente yo —dijo, refiriéndose a las pinturas.

Estas dos piezas fueron inspiradas libremente por la clase de seda aérea de la semana pasada a la que ella me invitó. Pinté dos Avas. Fuego y Hielo. Tenía razón. No eran realmente ella, pero eran su esencia. Ava en llamas. Una mancha de movimiento y explosiones de color. Cabello llameante, seda roja ondulante, su rostro resplandeciente, chispas disparando de sus dedos. Ava la reina de hielo. Sedas suspendidas de una bola de nieve, cabello plateado y nieve arremolinada, un pájaro azul posado en su hombro.

—Son las mejores piezas que has hecho —dijo, su voz baja como si estuviera en la iglesia, su aliento saliendo en bocanadas blancas.

Se estremeció, y la envolví en mis brazos, pensando que era por el frío.

—Todo está hecho aquí. Entra y caliéntate. Voy justo en un momento. Solo tengo que limpiar.

—No tengo frío —dijo, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarme, su rostro iluminado con el resplandor de los reflectores, sus mejillas sonrosadas por el frío. Y esos malditos ojos. Juro que podría perderme en ellos—. Simplemente estoy feliz. —Ava me dio una sonrisa que podría iluminar el cielo nocturno. Y sabía exactamente lo que pintaría después.

—Eres tan jodidamente hermosa —dije.

—Bésame como si lo dijeras en serio —dijo, sus ojos a media asta, su cuerpo inclinándose contra el mío.

Sostuve su cara en mis manos y la acerqué a la mía antes de bajar mi boca a la suya.



Mi teléfono sonó, y Ava lo tomo del mostrador, comprobando la pantalla antes de contestar.

—Hola, Killian. ¿Qué pasa?

Puso sus ojos en blanco y me reí entre dientes mientras ella suspiraba.

—Hemos vuelto a estar juntos desde hace semanas. Sigue con el programa. —Sus cejas se unieron mientras escuchaba lo que Killian repartía—. Yo no. Las cosas están bien. ¿No te habla Eden? Pensé que ella te lo había contado todo.

Ava escuchó por un momento y luego hizo una mueca.

—Ups. Eh, dile que lo siento. Es solo que... oh, hola Eden. Sabes que te quiero. Cuando regreses, trabajaremos en nuestra fabulosa tabla de Pinterest y resolveremos todos los detalles. E iremos a comprar vestidos y... —Ava se detuvo y mordisqueó su uña—... No voy a decirlo.

Volvió a poner los ojos en blanco.

—Bien. Tenías razón. ¿Feliz ahora? Si estás buscando una paliza, estoy bastante segura de que puedo contigo.

Solté una carcajada y Ava me sacó la lengua.

—Muy madura, nena.

—Solo dices eso porque eres la mascota del maestro —le dijo Ava a Eden—. Pero tengo habilidades locas. Pregúntale a Connor. —Ella me sonrió y le di una palmada en el culo mientras se despedía y me daba el teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunté, sin estar seguro de recibir a Killian o a Eden. Killian, resulto.

—¿Estás bien?

—Todo está bien. ¿Estás en la carretera? —Killian iba a pasar el día de Acción de Gracias en Pensilvania con la familia de Eden, al igual que lo hizo el año pasado.

—Sí.

—Buen viaje y feliz día de Acción de Gracias.

—Así que tú y Ava...

—Sí.

—Uh.

—Creo que es genial —gritó Eden en el fondo—. A pesar de que mi mejor amiga y la dama de honor han estado desaparecidos durante dos semanas. Todavía los amo a ambos.

—Nosotros también te amamos —dije—. Eso fue para el Eden.

—Sí, lo supuse —me dijo Killian resoplando—. ¿Seguro que estás bien?

Es gracioso, no le importó una mierda cómo estuve el último día de Acción de Gracias.

—Estoy genial. Tengo planes.

—El comedor de beneficencia.

Lo trabajé el año pasado con Tate y lo volví a hacer este año. Después de haber salido del comedor de beneficencia el año pasado, no había estado

en un buen lugar. Tate había caminado conmigo por millas. Sin hablar. Solo estando allí para mí así que no hice nada de lo que me arrepienta.

—Es algo bueno para hacer.

—Sí. —Estuvo en silencio durante unos segundos y no tenía ni idea de cuál era el propósito de esta llamada telefónica—. Volveremos el sábado por la noche. Si me necesitas, llámame.

Si lo necesitara, cosa que no haría, dudo que él pudiera ayudarme desde trecientos kilómetros de distancia. Sin mencionar que Killian no era muy conversador. Lo que no le dije fue que Tate era mi primera llamada telefónica en estos días. No Killian. No quería cargarlo con más de mi mierda.

—Estoy bien. Disfruta tu fin de semana. Te veo luego.

Se despidió, con Eden haciendo eco al fondo y tiré mi teléfono en el mostrador, tomando un asiento en la isla al lado de Ava que mordía su labio.

—Desearía...

Puse mis dedos sobre sus labios, ya sabiendo lo que iba a decir.

—Shh. No importa. Es solo un día.

—No lo es. Es Acción de Gracias.

—Te recogeré en Bay Ridge el viernes por la mañana.

—Lo sé, pero no está bien que tu...

La acerque a un beso para detener el resto de sus palabras. Ya habíamos superado esto. Su familia no me aceptaba y aparecer en el Día de Acción de Gracias de su familia la arruinaría.

—¿Quieres estar conmigo, Ava? No estoy hablando solo de mañana.

Levantó sus ojos hacia los míos.

—Sí.

—¿Te hago feliz?

—Sí.

—Eso es todo lo que me importa. ¿De acuerdo?

Ella me dio una pequeña sonrisa.

—De acuerdo. —Pero sus ojos grises se habían nublado y esa sonrisa brillante de antes se había ido.

—Vamos a la cama —le pedí mientras ella sofocaba un bostezo. Asintió y me siguió hasta el dormitorio. Después de turnarnos en el baño, nos desnudamos y nos metimos a la cama. Puse el edredón sobre su hombro y la envolví con un brazo mientras encajaba su cuerpo en la curva del mío. Se quedó dormida instantáneamente, sus dedos entrelazados con los míos, y a pesar de no poder pasar el día de Acción de Gracias con ella, yo estaba



Lies

emery rose

for
Paradise
BOOKS

feliz. Estaba en paz. No había monstruos acechando en la oscuridad para mí esta noche. Solo Ava, su pálido cabello extendido por la almohada, su piel suave y cálida, su sonrisa de antes impresa en mi cerebro.

BEAUTIFUL #2
Beautiful

22

Ava

—Es un buen chico. Y tan guapo. Su madre me mostró fotos. Y es abogado —dijo mi madre—. Le di a su madre tu número. Puedes apostar que te llamará.

Feliz Acción de Gracias. La mesa estaba llena de comida, el vino fluía, y mi mamá no había dejado de insistirme desde que entré por la puerta.

—Si lo hace, estará perdiendo su tiempo —dije—. No me interesa.

Mi madre suspiró y miró a través de la mesa a mi padre.

—Lars, habla con tu hija. Dile lo importante que es encontrar un buen hombre. Alguien que sea un buen proveedor.

—Pásame la salsa de arándanos —dijo mi padre. Mi mamá lo pasó por la mesa y cambió de manos hasta que me llegó. La puse al lado de las coles de Bruselas frente a él. ¿A alguien le gustaban las coles de Bruselas? Mi papá sirvió la salsa de arándanos, ignorando la mirada puntiaguda de mi madre.

—¿Qué le pasó a ese otro joven... el rubio? —preguntó mi abuela.

—Parecía una mariquita —dijo mi abuelo, ganándose un fuerte codazo de mi abuela.

—Es solo un amigo —le dije a mi abuela—. Y no puedes llamar a un chico marica —le dije a mi abuelo. Él gruñó y se metió comida en la boca.

—Ella lo dejó sin ninguna buena razón —dijo mi mamá, levantando las manos—. ¿Pueden creer eso? Qué buena atrapada.

Suspiré y empujé la comida en mi plato, pensando en Connor. Parecía tan mal que ni siquiera podía invitarlo a la cena de Acción de Gracias con mi familia. Pero probablemente le hice un favor.

Miré a Lana, sentada a mi lado, mientras le reprochaba a Joe.

—Te dije que quería un trozo de pavo y un bocado de relleno. No puedo comer todo esto. —Joe estaba pasando un pedazo de pavo y un poco de

relleno a su propio plato. El pobre hombre la atendía de pies y manos, pero no recibió más que críticas por sus esfuerzos.

—Ava. ¿Qué tiene de malo la comida? —preguntó mi mamá, apuntando su tenedor hacia mí. No lo pondría más allá de ella para ensartarme con él—. He estado cocinando durante tres días. Me desperté a las seis de la mañana para meter el pavo en el horno y apenas has tocado tu comida.

Me metí un bocado de cazuela de patata dulce en mi boca y comí un par de bocados de pavo para mantenerla feliz. Entonces me bebí el vino. Antes de darme cuenta, el vaso estaba vacío. Lo rellené pensando que las vacaciones con mi familia convertirían a cualquiera en alcohólico. Perdí la cuenta de cuántas copas de vino ya había bebido. Suficiente para hacer todo borroso alrededor de los bordes. Pero no lo suficiente para ahogar la voz de mi madre.

—Ava... su nombre es Nathan —gritó en la mesa—. Cuando te llame, quiero que seas dulce y agradable. Hazle preguntas sobre sí mismo y dile acerca de...

—Mamá. Detente. Por favor no me emparejes con cualquiera de los hijos de tus amigas. O cualquier otra persona. No estoy interesada.

—¿Por qué no? ¿Tienes una oferta mejor? —preguntó mi abuela.

Tomé otro trago de vino por valor líquido antes de soltar la bomba.

—Connor y yo hemos vuelto a estar juntos.

El tenedor de mi madre golpeó su plato.

—Lars —dijo, agitando sus manos en el aire—. Haz algo.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó mi papá, sus ojos pegados al plato de comida.

—Dile que está cometiendo un gran error. Dile que ese chico es una mala noticia.

Mi padre cortó un trozo de pavo, lo cubrió con relleno y una cucharada de salsa de arándanos, se lo puso en la boca y masticó en silencio.

—Trabajó para ti ese verano, papá. ¿Fue mala noticia? Apuesto a que hizo un buen trabajo. Trabajó duro. Llegó a tiempo. ¿No es así? —Sabía que Connor había hecho todas esas cosas. Él estaba agradecido de que mi padre le hubiera dado trabajo, y pensaba que eso lo acercaría a mi familia.

Mi papá se encogió de hombros y murmuró algo ininteligible.

Defiéndelo. Defiéndeme a mí, grité en silencio.

Pero él no lo haría. O no podía. Era demasiado cobarde. Me hizo tan triste porque amaba a mi papá. Realmente lo hacía. Pero perdí el respeto por él hace muchos años, y no hizo nada para recuperarlo.

Bebí el resto de mi vino y dejé la copa vacía. Entonces empujé hacia atrás mi silla y me puse de pie, sintiéndome mareada por el vino. Guau.

—Amo a Connor —anuncié a la mesa.

—¿Quién diablos es Connor? —preguntó mi abuelo.

—Exactamente —dije—. Ni siquiera lo conocen, y él ha sido una gran parte de mi vida durante diez años.

—No ha sido más que problemas durante diez años —dijo mi mamá.

—Siempre he amado a Connor. Y siempre lo haré. No puedo imaginar mi vida sin él y no quiero hacerlo. Y lamento que lo odies tanto, pero ¿sabes qué? Él creyó en mí cuando nadie más lo hizo. Me ama exactamente como soy. Y quiero pasar mi día de Acción de Gracias con él porque mi familia... no lo recibirá en su casa y eso me pone triste, enojada y herida. Así que sí, me voy.

Me alejé tropezando de la mesa, un poco desinflada después de mi gran discurso. Una escena como esa resultó mejor en una película.

—Ava Christensen —llamó mi madre—. Vuelve aquí ahora mismo. No puedes irte de la cena de Acción de Gracias con tu familia.

Me detuve en la puerta, de espaldas a ella. Si la miraba a la cara, perdería los nervios.

—Mírame.

Agarré mi parka del gancho en la entrada y me la puse, mis manos temblando mientras intentaba subir la cremallera. Me puse en el hombro el bolso de noche y salí por la puerta principal, respirando profundamente el aire frío mientras caminaba hacia la estación de metro. Alguien necesitaba defender a Connor. Yo era suya y él era mío. La persona a la que llamas a las tres de la mañana porque tuviste una pesadilla y necesitabas a alguien que te asegurara que todo estaba bien. La primera persona a la que quería llamar cuando recibía buenas noticias. O malas noticias. O cuando solo querías hablar de todo y nada y sabías que era la única persona que realmente lo entendería. Connor me entendió. Nunca intentó cambiarme. O convertirme en un ideal de lo que él pensaba que debería ser.

Saqué el teléfono del bolsillo del abrigo, lista para llamar a Connor y decirle que estaba de camino hacia él. Desafortunadamente, mi teléfono estaba muerto. ¿Qué? Nunca dejo que mi batería se agote así. Lo guarde de nuevo en el bolsillo. Solo tendría que sorprenderlo.

—¡Ava!

Me detuve y giré mientras Lana me alcanzaba.

—Oye. ¿Necesitas que te lleve?

Miré calle abajo, sin saber qué decir.

—Um... puedo tomar el tren.

—Te llevo. A donde quieras ir.

—¿Por qué? —le pregunté, sospechando algún motivo oculto.

—Solo... déjame llevarte. No he bebido.

La seguí hasta su SUV plateada, sin estar segura de si debería confiar en ella. Pero hacía frío y estaba un poco borracha y cansada, así que me subí al asiento del pasajero y me abroché el cinturón de seguridad. El interior olía a auto nuevo y pino falso del ambientador que colgaba del espejo retrovisor.

—¿Te vas a casa? —preguntó, encendiendo el auto y la calefacción a todo lo que daba.

—No. Voy a una iglesia en Bed-Stuy.

Encendió su GPS y me pidió que ingresara la información, así que lo hice. Luego se alejó de la acera y condujimos en silencio por un rato.

—No sabía que Jake te hizo eso. Quiero decir... pensé que estaba coqueteando contigo y diciendo cosas...

Supongo que ella escuchó todo ese día, pero no tenía ni idea de por qué lo traía a colación ahora.

—No importa. Historia antigua —murmuré, mirando por el parabrisas.

No respondió, y tuve la tentación de encender la música, pero no podía ser molesto así que dejé que el silencio se extendiera entre nosotras.

—Jake Masters fue el primero. Pensé que lo amaba.

Mis ojos se abrieron de par en par, y traté de procesar esta información, pero no pude. Quizás escuche mal. Ni siquiera sabía que ella conocía a Jake Masters.

—¿Qué?

—Me enamoré de él. Y al final de nuestro tercer año, me enteré de una fiesta que él estaba organizando. Así que fui. Y me emborraché mucho. Más o menos me le tiré encima. Después de eso, lo hicimos un par de veces más.

¿Lo hizo? ¿Mi hermana tuvo sexo con Jake Masters? ¿Voluntariamente?

Mi estómago se revolvió. Pensar que alguien realmente querría eso... no solo alguien, sino Lana, me hizo sentir mal por dentro.

—Vino a nuestra casa unas cuantas veces durante el verano cuando mamá y papá estaban trabajando. Tú estabas en ese campamento de artes escénicas. Y él... —La escuché respirar profundamente y exhalar como si lo que estuviera a punto de decir fuera difícil—... Jake vio fotos tuyas en mi

habitación. Y dijo cosas como: *“tu hermana es una belleza. Mejor ten cuidado con ella. Tendrá chicos arrastrándose sobre ella”*. Él quería saber todo sobre ti.

Abrí la ventana, necesitando aire fresco mientras Lana seguía hablando, todos sus secretos desparramándose después de todos estos años.

—Me dejó y siguió adelante y cuando volvimos a la escuela, me ignoró completamente como si nunca hubiera existido. Como si nunca hubiéramos tenido sexo o... incluso como si ni siquiera nos conociéramos. Y entonces vi la forma en que te miraba y juro que no sabía lo que realmente estaba pasando. Pensé... que estabas teniendo sexo con él.

La bilis me subió por la garganta.

—Detente —dije, mi voz se tensó mientras bajaba la ventana del todo.

—¿Qué?

—Voy a... —Colgué la cabeza por la ventana y vomité vino tinto y la cena de Acción de Gracias. Las malditas coles de Bruselas. El auto paró y me arranqué el cinturón de seguridad y abrí la puerta, salí del auto tropezando. Vomité todo lo que quedaba dentro de mí, mis piernas temblaban, mi estómago dolía.

—¿Por qué? —le pregunté, mi espalda se volvió hacia ella—. ¿Porque lo leíste en las paredes del baño? Nunca tuve sexo con él. Seguía siendo virgen.

—Ava. Vuelve al auto.

Tomé algunas respiraciones profundas y consideré irme por mi cuenta, pero estaba a kilómetros de donde necesitaba estar, y no tenía la energía, así que volví a su auto y cerré la puerta. Lana, que había sido la perfecta niña scout, me dio una botella de agua, chicle sin azúcar, y Tic Tacs. Tome los tres, tratando de deshacerme del mal sabor en la boca.

—Supongo que estaba celosa —dijo, minutos después—. Quiero decir, él nunca me prestó tanta atención.

—El tipo de atención equivocada, Lana. ¿Crees que *quería* eso?

—No. Solo quería que supieras... que lo siento.

No respondí. Su momento era años demasiado tarde y hubiera preferido que estuviera de mi lado cuando la necesitaba. No estaba segura de que pudiéramos reparar el daño. Ya ni siquiera conocía a Lana. No sabía lo que le gustaba hacer en su tiempo libre, qué música escuchaba, cuáles eran sus programas de televisión o películas favoritas. Había estado en su apartamento unas cuantas veces, pero no me había dicho nada sobre la persona que vivía allí. Todo en la casa era nuevo, de una gran tienda de cajas, beige y aburrida.

Lana se detuvo frente a la iglesia y agarré la manija de la puerta.

—Gracias por el paseo.

—Por supuesto.

Abrí la puerta y salí. Antes de cerrarla, asomé la cabeza y pregunté:

—¿Estás contenta con Joe? Quiero decir... ¿lo amas con el poder de mil soles?

Sacudió la cabeza.

—Ava... nadie ama así.

—Yo lo hago. —Cerré la puerta y caminé hacia la iglesia. Qué triste para Lana que nunca hubiera tenido ese tipo de amor. Qué triste que ella alguna vez hubiera creído poder estar enamorada de un tipo como Jake Masters. Prefiero arder por mi amor que ser indiferente.

23

Ava

Los voluntarios estaban limpiando las mesas, y la cena parecía haber acabado, pero no vi a Connor por ninguna parte. Recorrí la sala y asomé la cabeza por la puerta de la cocina. Reconocí al tipo de la coleta, a pesar de que no lo había visto en un año.

—Hola, Tate.

Se dio la vuelta desde su lugar frente al fregadero y le ofrecí una pequeña sonrisa.

—Ava. ¿Qué tal?

—Estaba... ¿Está Connor por aquí?

—Se fue hace unos cinco minutos.

—Ah... bueno, me alegro de verte.

—Espera —dijo, secándose las manos con un trapo de cocina—. Te llevo.

—No te preocupes. No hace falta que...

—Lo sé, pero lo haré. —Me señaló con un dedo—. No te vayas.

Asentí y aguardé a que regresara, manteniéndome fuera del camino de los voluntarios que limpiaban la cocina.

Dos minutos después, Tate regresó con su abrigo. Lo seguí fuera y calle abajo hacia una camioneta negra que decía Atlas Motors en un costado, junto con una dirección y un número de teléfono publicitando su negocio.

—Es una suerte que haya traído la camioneta —dijo, desbloqueando las puertas—. No tengo un casco de repuesto.

Subí al vehículo y me abroché el cinturón, acomodándome contra el asiento mientras Tate arrancaba, con una canción de rock clásico sonando en el estéreo.

—A Connor le ha estado yendo muy bien, ¿cierto? —le pregunté a Tate, intentando llenar el silencio a pesar de que a él no parecía molestarle.

—Sí. Estoy orgulloso de él.

Volvimos a quedarnos callados, y me resigné a tener un viaje silencioso.

—¿Lo amas? —me preguntó Tate unos minutos después, sorprendiéndome.

—Sí.

—¿Estás dispuesta a quedarte a su lado? ¿A no marcharte cuando las cosas se pongan complicadas?

Medité sus preguntas e intenté no sentirme ofendida de que las hubiera hecho. Era obvio que a Tate le importaba mucho Connor y que realmente lo apoyaba. Había estado ahí para él cuando nadie más lo había estado.

—Acabo de marcharme de la cena de acción de gracias de mi familia porque no apoyan mi relación con Connor. Nunca les agradó, y nunca quisieron que estuviéramos juntos.

—Vaya. No me digas. Pero no respondiste las preguntas.

—No. Supongo que tienes razón. —Lo reflexioné por un momento. Tate sentía la necesidad de proteger a Connor de mí. Eso dolía. Pero tal vez tenía una justificación. Siempre había creído que era Connor quien se marchaba cuando las cosas se ponían complicadas, pero tal vez todo este tiempo esa había sido yo—. Estamos construyendo algo bueno, y no quiero volver a perderlo.

Tate asintió, satisfecho con mi respuesta, quizá. No lo conocía lo suficientemente bien para descifrar qué significaban sus gestos. Frenó la camioneta frente a la casa de Connor y aparcó.

—Gracias por traerme —dije, bajando de un salto.

—Cuando quieras.

Golpeé la puerta de Connor con el lado de mi puño, rogando que pudiera oírme desde el piso de arriba. Un timbre sería muy útil. Aguardé, con la oreja pegada a la puerta, intentando oír algún sonido al otro lado. Un segundo después oí sus pisadas bajando las escaleras.

—¿Quién es? —preguntó, con la voz ronca y seria, impropia de él.

—Soy yo. Ava.

Abrió los pestillos y luego la puerta, en jeans, sin camiseta y descalzo.

—Hola —dije—. Sorpresa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo, echando una mirada sobre mi hombro. Tate alzó un pulgar antes de arrancar el auto y alejarse, y yo regresé mi atención a Connor.

—¿Vas a dejarme pasar?

Abrió un poco más la puerta y, si no lo conociera mejor, habría creído que lo había atrapado con otra mujer. Le pasé por al lado y él cerró la puerta, poniendo los pestillos de espaldas a mí. Observé la pistola que llevaba en la parte trasera de la cintura de sus pantalones. *Una pistola.*

—Connor...

Hizo un gesto con la mano indicándome que debería adelantarme. Subí las escaleras y me quité el abrigo, dejándolo sobre una silla junto con mi bolso. Connor desapareció en su habitación y oí cómo se abría y cerraba un cajón. Regresó a la sala de estar, pasándose una mano por el cabello.

—Estaba por darme una ducha...

—¿Por qué abriste la puerta con un arma encima?

—Tienes que enviarme un mensaje o llamarme cuando vienes.

Había estado asustado. Pensé en la noche en que habíamos ordenado comida china. Cuando había intentado dejar pasar al chico del delivery, Connor me había detenido diciéndome que iría él a recoger la comida.

—Mi teléfono estaba muerto. No podía hacer ninguna de las dos cosas.

—Déjame darme una ducha rápida, ¿sí?

Asentí.

—Sí, está bien.

Aquella no era la bienvenida que había estado esperando. Me dejé caer en el sofá a esperarlo. Sentía la cabeza pesada, pero por dentro, me sentía hueca, vacía. Me había marchado de la cena familiar. Y Lana había estado acostándose con Jake Masters. Habían sido celos, de todas las cosas posibles, los que habían evitado que se pusiera de mi lado. Había elegido a Connor sobre mi familia, pero ni siquiera sabía si él me quería aquí.

Tomé mi cepillo de dientes y pasta dental de mi bolso y me lavé los dientes en el fregadero de la cocina. Tres veces. Connor entró en el momento en que escupía un chorro de agua y pasta dental. Alcé la cabeza y me limpié la boca con el dorso de la mano. Qué elegante, Ava.

Se recorrió el cabello húmedo con una mano y mi mirada descendió hasta su torso desnudo, al dragón japonés que llevaba tatuado en el pecho, la cola desapareciendo en la curva de su hombro. Y luego descendió un poco más, hasta los pantalones de chándal alrededor de su delgada cintura. Tomó dos botellas de agua del refrigerador y me entregó una.

—Lo siento por eso. Vamos a repetirlo.

—¿A repetirlo?

—Hola amor, me alegro de que estés aquí. Te extrañé y he estado pensando en ti todo el día.

—Feliz día de acción de gracias.

Me rodeó la cintura con un brazo y me acercó a él.

—¿Qué pasó? ¿Por qué te estás cepillando los dientes en el fregadero de mi cocina? ¿Por qué viniste?

—Porque te extrañaba. Y prefiero pasar acción de gracias contigo que con mi familia. —Le conté lo que había sucedido, y escuchó con atención toda la historia, el brazo que tenía a mi alrededor tensándose a medida que avanzaba. Pero no me interrumpió. Cuando terminé de hablar, respiré hondo y exhalé, dejando escapar toda la tensión que había sentido hasta aquel momento.

Sostuvo mi rostro entre sus manos, mirándome a los ojos.

—Lo siento —dijo—. Lamento haberte causado problemas con tu familia. Siento que Lana sea tan zorra.

—Deja de disculparte por cosas de las que no tienes la culpa. Pensé que no me querías aquí.

—Sí que te quiero aquí. —Presionó su frente contra la mía—. Soy un imbécil.

—Sí —dije—. Lo eres, uno muy grande.

—Lo sé. Pero aun así me amas —dijo, provocándome.

—Mi más trágico defecto.

Se alejó un poco para mirarme a la cara, sus manos deslizándose hasta los lados de mi cuello, sus ojos encontrándose con los míos.

—¿Me amas, Ava?

Connor siempre había necesitado oír esas palabras, necesitaba una reconfirmación de que siempre lo amaría, de que siempre estaría con él y lucharía a su lado.

—Nunca he dejado de amarte.

Esbozó una brillante sonrisa, y su rostro se encendió de una manera que me hizo pensar que todo estaría bien, después de todo, y supe en aquel momento que había tomado la decisión correcta. Porque Connor... necesitaba saber que lo amaban. A pesar de todas las cosas por las que había pasado, del dolor y los corazones rotos, nunca había dejado de amarlo, y sabía que nunca dejaría de hacerlo.



—No puedo creer que me hayas hecho ver esto otra vez.

—La amas, aunque no quieras admitirlo —dije.

—La primera vez lo hice. Tal vez incluso la segunda. Pero la hemos visto decenas de veces.

Era una exageración, pero no por mucho.

—Deja de quejarte —le dije, metiéndole a la fuerza un puñado de palomitas en la boca, sin desviar la mirada de *La Princesa Prometida*.

—Como desees —dijo, deslizando una mano por mi pierna—. Me encanta que lleves puesta mi camiseta.

A mí también me encantaba llevar puesta su camiseta. Era suave y estaba desteñida luego de tantos lavados. Era una camiseta azul a cuadros que se parecía mucho a la que usaba en la secundaria. No me sorprendería que fuera la misma. Esbocé una pequeña sonrisa cuando su mano comenzó a ascender por mi muslo. Si seguía así, se encontraría con una sorpresa.

—Dios mío —dijo, deslizando su mano entre mis piernas. En un abrir y cerrar de ojos, las palomitas habían sido relegadas a la mesa baja frente al sofá y yo me encontraba sobre el regazo de Connor, mis piernas al lado de su cuerpo.

—Es difícil ver la película dándole la espalda.

—A la mierda la película.

—Sí, prefería estar haciendo otras cosas.

Se rio mientras se ponía de pie y, aun sosteniéndome en sus brazos, me llevó hasta la habitación y me acostó sobre su cama. Me quité la camiseta y la hice a un lado antes de regresar a mi posición con la cabeza sobre la almohada. Otra vez, Connor no tenía ropa interior puesta. Se sacó los pantalones y repentinamente estaba desnudo y listo para mí. Lo cual era bueno, porque yo siempre parecía estar lista para él. Connor me convertía en una maniaca cegada por la lujuria y trastornada por el sexo, y era como si nunca pudiera tener suficiente de su cuerpo. Separó mis piernas y yo rodeé su cintura con ellas, pasando los dedos por su cabello y sosteniéndolo de la parte trasera de su cabeza mientras él tomaba uno de mis pechos con una mano y se lo llevaba a la boca. Moví las caderas contra su erección y soltó un gemido, la vibración provocando que mis pezones se pusieran aún más duros, mi sexo tensándose.

—Te necesito. Ahora —dije, sin que me importara lo desesperada que sonaba. Estaba muy mojada, y podía sentir la humedad descendiendo por mi pierna.

Pero a Connor no le apetecía que fuera rápido y sucio, aparentemente. Ignoró mis ruegos y movió la boca hacia mi otro pecho, acariciando con la

lengua mi sensible pezón, haciéndome soltar más gemidos. Su mano se deslizó entre mis piernas, y hundió un dedo en mí, curvándolo, estirándolo, y un momento después ya no estaba. Frotó mis labios con él y lo introdujo dentro de mi boca.

—Chúpame el dedo —ordenó, y le hice caso. Me saboreé a mí misma, sabiendo que amaba que lo hiciera, y succioné, ahuecando las mejillas hasta que finalmente me dio lo que quería. Tomó su polla con una mano y la llevó hasta mi entrada, penetrándome con un movimiento rápido, entrando y saliendo de mi cuerpo con un ritmo lento y acompasado—. Quiero oírte decirlo —dijo mientras su boca ascendía por mi cuello, depositando besos dulces, haciéndome el amor con una gentileza de la cual no sabía que era capaz. Era lo que era esto. Hacer el amor.

—Te amo —susurré.

Besó la comisura de mis labios.

—Otra vez.

—Te amo. —Balanceé mis caderas contra las suyas, necesitando aún más—. Te amo. Te amo. Te amo.

Connor capturó mi labio inferior entre los suyos y tiró, succionándolo y dejándolo ir con lentitud antes de que su boca cubriera la mía y me penetrara con fuerza, tan profundo que hasta fui capaz de sentir los piercings mientras el orgasmo me rompía en pedazos. Como aquel corazón hecho de cristal.

—Te amo, Ava Blue —dijo, desarmándose en mis brazos. Y en aquel momento, pensé que todo había valido la pena. Todo el dolor. Toda la angustia. Porque estábamos aquí, luego de todos aquellos desvíos, enamorándonos otra vez.

Me desperté, con el cuerpo contra la curva que formaba el de Connor, la habitación a oscuras.

—¿Connor? —susurré, no muy segura de si estaba o no dormido.

—¿Sí, amor?

—Bebí demasiado vino.

—Pasa.

—Debería dejar de beber. Cada vez que lo hago, me convierto en un mar de lágrimas o hago alguna locura. ¿Pero sabes qué? No me arrepiento de nada de lo que le dije a mi familia.

—Ojalá hubiera sido yo quien te hubiera defendido. Odio que tengas que luchar por mí.

Me giré, con sus brazos aun rodeándome, hasta encararlo.



Lies

emery rose

for
Paradise
BOOKS

—Creo que te equivocas. Siempre hemos luchado el uno por el otro. Cuando uno deja su espada, el otro la toma y libra batalla.

—¿Cuándo deja la vida de ser una batalla? —preguntó.

—Cuando el bien le gana a las probabilidades.

BEAUTIFUL #2
Beautiful

Connor

Otro caso de un tatuado arrepentido. La mañana siguiente a una despedida de soltero, el tipo que ahora estaba sentado en mi camilla (Jason) se había despertado con un tatuaje de una pelirroja desnuda con una banda sobre su hombro, al estilo ganadora de concurso de belleza, que decía Lola. Y ahora era mi trabajo arreglarlo.

—La próxima vez que te emborraches, no vayas a un estudio de tatuajes —dije.

Sacudió la cabeza.

—Créeme, lo sé.

Me frustraba siquiera pensar que un tatuador le haría un tatuaje a una persona ebria. Yo lo habría obligado a darse la vuelta, lo habría mandado a dormir hasta que se le pasara la borrachera.

La campanilla de la puerta comenzó a sonar. La ignoré y me concentré en mis líneas. Era sábado por la tarde y había mucho trabajo en la tienda. Tenía turnos por el resto del día, al igual que AJ, Lee y Gavin. Si alguien entraba sin un turno, Claudia sabía que debía decirles que regresaran otro día. Jason soltó un silbido.

—Virgen santa. No me molestaría tener su cara y su cuerpo tatuados en el brazo. Mírala, hombre. Tienes que ver a la mujer que acaba de entrar.

Alcé la aguja y giré la cabeza para mirar, sin esperar mucho, juzgando por su gusto en tatuajes, y casi me caí de mi maldito taburete al hacerlo.

¿Qué diablos estaba haciendo *ella* en mi estudio?

La esbelta morena transmitía pura conmoción y asombro. Como una supermodelo que acabara de bajar de la pasarela. Problemas con P mayúscula. Respiré hondo unas cuántas veces por la nariz, intentando calmarme, pero podía sentirme volverme loco.

—¿Tienes turno? —preguntó Claudia. Estaba usando esa voz que solamente reservaba para mujeres hermosas, como si las odiara inmediatamente luego de tan solo dirigirles una mirada. Keira recorrió la

tienda con la vista y sus ojos se clavaron en mí, una sonrisa brillante iluminando su rostro. Si estaba feliz de verme, el sentimiento no era mutuo.

—Vine a ver a Connor.

—Está ocupado —dijo Claudia.

Lástima que no era invisible. Y lástima, maldición, que Jason no era mudo.

—Esa chica vino por ti. Se está acercando —dijo, contándome segundo por segundo cómo el desastre venía directo hacia mí. Como si no fuera plenamente consciente de ello.

—Connor —dijo Keira—. Es... vaya, realmente eres tú... Estás aquí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con brusquedad.

—Vine a verte. Tengo tantas preguntas... tantas cosas que quiero decirte. Tenemos que hablar.

—Estoy con un cliente. Ve a sentarte en el área de espera.

—Nada de eso, te quedas aquí. Trae algo para sentarte —dijo Jason—. No me molesta.

—A mí sí —dije entre dientes—. Necesito que salgas de mi espacio y vayas a sentarte en el sofá. O aún mejor, ve a dar un paseo. —Y no vuelvas, añadí en silencio.

—Los artistas son bastante susceptibles —dijo Jason, guiñándole un ojo.

Keira ignoró su comentario.

—Esperaré en el sofá. —Su mirada revoloteó por mi espacio (*mi espacio*) y aterrizó sobre el portafolio forrado de cuero que se encontraba sobre una estantería. Jason observó cada movimiento que realizaba mientras serpenteaba por su lado, tomaba el portafolio y se lo llevaba al sofá. Quitándose el abrigo, apoyó el portafolio sobre su regazo y comenzó a pasar las páginas. No solo estaba en mi estudio, sino que también estaba observando detenidamente mi arte. A pesar de que solía dejar que mis clientes lo hojearan en busca de ideas, se sentía como una invasión a mi privacidad que fuera Keira quien lo estuviera haciendo. Me sequé el sudor de la frente con el antebrazo, repitiendo mi mantra en mi cabeza, pero aquel abrumador sentimiento de pavor se estancó en la base de mi estómago. La montaña rusa estaba comenzando a acelerar y estaba a punto de salirse de las riendas. Mi corazón latía con rapidez y el sudor humedecía mi frente. Necesitaba salir de aquí. Las paredes estaban comenzando a ahogarme.

Me quité los guantes.

—Vamos a tomarnos un descanso. Se me acalabró la mano —mentí.

—Por supuesto, hombre. Lo que necesites. —No le había quitado los ojos de encima a Keira, que estaba estudiando las fotos de mi portafolio como si quisiera grabarlas a fuego en su memoria. Me alejé sin que se diera cuenta y le robé un cigarrillo a Lee, quien dibujaba en la sala de descanso, antes de salir por la puerta trasera. Apoyándome contra la pared, encendí el cigarrillo y le di una larga calada, viéndome asaltado repentinamente por los recuerdos de Miami. La casa de estilo español de los Shaughnessy en Coral Gables, con la verja de seguridad, los jardines bien cuidados, y la piscina. El rostro de mi madre cuando abrió la puerta y me vio allí parado. Ronan Shaughnessy vestido con un traje hecho a medida y una camisa blanca. Tan atractivo como una estrella de cine. Tan temido como admirado. Encantador. Carismático. Peligroso. El diablo de incógnito.

—Protejo lo que es mío. No deberías haber metido la nariz donde no debías. Regresa a Brooklyn y mantén la boca cerrada sobre todo lo que pasó aquí. ¿Está claro?

Le eché una mirada a mi Harley, sintiendo la tentación de saltar sobre ella y conducir lejos. Llevar a Ava a ese viaje que le había prometido hacía años. Caminé de un lado al otro y fumé el cigarrillo hasta llegar al filtro, intentando razonar conmigo mismo.

¿Qué era lo peor que podría pasar?

Te acusarán de ser el mentiroso que eres.

Shaughnessy se aparecerá aquí para llevar a Keira a casa.

Justo cuando Ava y yo habíamos encontrado el camino hacia un lugar medianamente bueno, el cielo tenía que partirse en pedazos. Se había marchado de la cena familiar de acción de gracias. Por mí. Le había vuelto a mentir y era demasiado tarde para arreglarlo.

Imbécil. Deberías habérselo dicho. Regresé dentro para encarar lo que fuera que se estuviera acercando, sabiendo perfectamente bien que no sería agradable. Me lavé las manos, me metí algo de goma de mascar en la boca y regresé con Jason. Tatuar usualmente me relajaba y me obligaba a concentrarme, e intenté entrar en mi zona y bloquear todo lo demás a mi alrededor.

La campanilla sobre la puerta volvió a sonar y Jason volvió a silbar.

Y como no podía ser de otra manera, vi a Ava entrar al estudio, con las mejillas sonrojadas del frío. Vestida de negro de pies a cabeza, su cabello claro y sus labios rojo cereza provocando un fuerte contraste; se veía preciosa.

—Tengo que venir más seguido. Está lleno de chicas sexy.

Estuve a punto de darle un puñetazo para hacerlo callar.

—Hola amor —dijo Ava, saludándome con una mano y sonriéndome con dulzura. Intenté forzar una sonrisa, pero sentía el rostro tenso, y lo

único que pude formar fue una mueca. Como si me doliera algo. Lo cual era cierto.

Intenté tragarme el nudo que tenía en la garganta.

—Hola amor. ¿Qué haces aquí?

Plantó las manos sobre sus caderas.

—No soy bienvenida. ¿Otra vez?

Diablos.

—No. Siempre eres bienvenida. Es solo que pensé que tenías cosas que hacer en el bar.

—Estoy en mi hora de Forever Ink. Apréndete el horario, Rocket Man —soltó sobre su hombro. La observé acercarse al escritorio y conversar con Claudia. *Regresa al área de las oficinas.* ¿Desde cuándo Claudia y Ava se habían vuelto amigas? Viéndolas, nunca creerías que Ava había amenazado con arrancarle los ojos a Claudia. Keira las observaba con interés, y nuestros ojos se encontraron. Desvié la vista de inmediato.

—¿Quién es la otra chica? —me preguntó Gavin desde su espacio.

—Nadie —murmuré.

—¿Te acostaste con ella? —preguntó, manteniendo la voz baja.

Respiré hondo. No tenía idea de por qué Gavin insistía en preguntarme sobre mi vida sexual cuando jamás me había abierto con él. Él, muy al contrario, me compartía reportes infinitamente detallados sobre todas las mujeres con las que follaba. Si me preguntabas, diría que eran relatos fantásticos.

—No es que me moleste compartir...

—No está disponible —gruñí. Y un segundo después caí en la cuenta de que estaba defendiendo y protegiendo a Keira como lo haría un hermano mayor. ¿Qué diablos?

Jason soltó una carcajada resonante.

—Se está guardando a las dos para él solo.

Nuevamente, tuve que abstenerme para no plantar mi puño en su rostro. Bajé la cabeza y volví a concentrarme en el trabajo. Cuarenta minutos más tarde, el tatuaje de Jason estaba listo. Había logrado mantener la boca cerrada todo aquel rato, dejando claro a través de mi silencio que no me apetecía mantener una conversación amistosa, así que Jason se había mantenido ocupado mirando su celular. Aunque no se había quedado callado. Me lo había contado todo sobre sus aventuras de Tinder.

Acompañé a Jason hasta en escritorio de entrada y recibí su dinero, recordándole que siguiera las reglas del folleto sobre los cuidados posteriores que le había entregado.

—Gracias, hombre. Suerte con las chicas.

Lo ignoré y Claudia alzó las cejas.

—Ey. Connor. —Me giré para mirar a Nico. Había olvidado que vendría hoy. Echó un vistazo a Keira, quien le ofreció una sonrisa brillante, desestabilizándolo—. Ah... eh... —Nico se aclaró la garganta y regresó los ojos a mí, hundiendo las manos en los bolsillos de sus jeans—. Llegué temprano. Puedo esperar. Nada más se me ocurrió que... no me molestaría ver el diseño.

—Sí. Por supuesto, no hay problema, hombre.

Regresé a mi lugar de trabajo y tomé mi cuaderno de dibujo del armario, pasando las páginas hasta llegar al diseño que había bocetado para Nico. Un león con los dientes a la vista y una densa melena. Luché por mantener mi rostro inexpresivo al regresar al área de espera, sin siquiera arriesgarme a echarle una mirada a Keira. Pero podía sentir cómo me miraba mientras le mostraba el dibujo a Nico.

—Ah, hombre. Dios —dijo, observando el diseño. Era obvio por su voz y su expresión que le gustaba, y aquello era una recompensa en sí misma. Hacer feliz a Nico era importante para mí. Habíamos empezado a entrenar juntos las mañanas de los sábados y los domingos. No hablaba mucho, pero había dejado escapar algunas cosas, lo suficiente para que supiera que era un buen chico en una situación de mierda. Comprendía lo que era sentir dolor por alguien más, sentirse inútil y culpable por ello. Comprendía su miedo y su furia ante la injusticia de la situación. A la gente buena le pasaban cosas malas todo el tiempo.

—¿Te gusta el diseño? Puedo cambiar...

—No. Es perfecto.

—Bien. Quiero que estés feliz. —Killian me había pedido que cuidara a Nico y que me asegurara de que se hiciera el tatuaje que quisiera. Era su regalo de cumpleaños, por sus dieciocho, y Killian me había dicho que él lo pagaría. No tenía intención alguna de cobrarles ni a Nico ni a Killian por el tatuaje—. Claudia te dará todo el papeleo. Llénalo y volveré en un segundo, ¿sí?

—Sí. Está bien. Tómame tu tiempo. No me molesta esperar.

Eché un vistazo a la parte trasera de la tienda, hacia el área de las oficinas. Ava no estaba.

—Está preparando té —dijo Claudia. Alcé la vista hacia ella, y me miró con los ojos entrecerrados, como acusándome, y bajó la voz—. Si la lastimas, será mi turno de patearte las pelotas.

Este maldito lugar. Todo el mundo se metía en los asuntos de todo el mundo. Y, aparentemente, Claudia y Ava se habían vuelto amigas. Era hora de encarar a Keira. Se puso de pie y se acercó un par de pasos, abriendo la boca para hablar. No quería que dijera ni una sola palabra frente a Nico o Claudia o nadie más.

—Vamos afuera.

Me dirigí con grandes zancadas hasta la puerta, con Keira detrás de mí y sintiendo los ojos de Claudia en la espalda. Mierda. Mierda. Mierda.

—Connor... ¿por qué no me lo dijiste? —preguntó Keira cuando nos frenamos a un lado del edificio.

—¿Decirte qué? —pregunté, haciéndome el tonto.

—Que eres mi hermano.

—¿Cómo te enteraste?

—Estaba pensando en ti. De hecho, pienso mucho en ti. Así que te busqué en Google. Puedes enterarte de muchas cosas sobre una persona mirando sus redes sociales.

Diablos.

—¿Y de qué te enteraste?

—Encontré fotos tuyas... debías tener dieciocho o diecinueve. Estabas en las Vegas con Killian y la rubia de la tienda. Encontré un montón de cosas sobre Killian también. De sus días en UFC. Y de cuando entraron a tu casa en Greenpoint. ¿Cuándo mataron a tu padre? Me enteré de que eras dueño de este estudio y de que tienes una exhibición de arte en tres semanas.

Dios mío. Era por esto que las redes sociales eran peligrosas.

—Así que, en fin, me puse a investigar un poco sobre tu padre porque tenía una sensación extraña... como si tuviera que verlo. Te pareces tanto a mi madre. Y por supuesto, encontré que había estado casado con Maggie O'Rourke. No puedo creer que mis padres me hayan ocultado esto. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué estoy diciendo? Sí que me lo creo. Mi padre siempre quiere controlarlo todo y mi madre es...

—¿Qué es tu madre? —pregunté, sin poder tragarme la curiosidad. ¿Cuándo aprendería?

Keira se encogió de hombros.

—Mi padre toma todas las decisiones y mi madre hace lo que sea que le diga porque tiene demasiado miedo de perderlo. Están como obsesionados el uno con el otro. Y ella lo adora. Sin importar lo que haga, ella hace ojos ciegos. —Se enderezó, mostrándose en toda su altura, apenas a unos pocos

centímetros de llegar al metro ochenta y cinco, y tensó los hombros—. Pero yo no soy mi madre.

—Sí, bueno, no deberías estar aquí. ¿Qué haces aquí?

—Quería conocerlos a ti y a Killian.

—Él ni siquiera sabe que existes.

—Bueno, más te vale contarle. Porque pretendo quedarme.

—Sí, claro. No. Voy a llamarte un taxi y puedes regresar al aeropuerto y tomar el primer vuelo que te lleve a casa.

—Conduje hasta aquí.

—Condujiste —repetí.

Hizo un gesto con la mano, y observé el Porsche 911 plateado con placas de Carolina del Norte que estaba señalando. ¿Carolina del Norte?

—Tengo que quitarme esta cosa de encima. ¿Sabes de alguien a quien pueda vendérselo? Preferentemente alguien que no vaya a pedir documentos.

—Robaste un auto.

—Tomé prestadas las llaves de mi padre. Simplemente que no va a recuperarlas. Así que, sí, técnicamente lo robé. Pero cambié las matrículas.

Malditamente genial. Una criminal en formación. De tal palo, tal astilla.

—Vuelve a meterte en ese auto y conduce hacia el sur. No pares hasta llegar a Miami.

—Voy a quedarme aquí. En Brooklyn. Y voy a conocer a mis hermanos. Tenía planeado hacer una parada en el gimnasio de Killian...

—Killian no está aquí. —Gracias a Dios por aquel pequeño milagro. Desafortunadamente, regresaría hoy por la noche—. Vas a tener que dejarme hablar con él antes de aparecerte para una visita sorpresa. ¿Entendido?

—Sí, está bien. Entonces, ¿nunca le contaste nada sobre mí o sobre lo que pasó en Miami?

—No.

—¿Quién es la rubia? Es bonita. ¿Es tu novia?

—No la metas en esto.

—Connor —llamó Ava.

Giré la cabeza para mirarla, sus brazos cruzados contra el pecho, los ojos llenos de furia.

—Creí que habías dicho que no habías estado con nadie en Miami.

Me froté la nuca. Bienvenidos a la tormenta de mierda que era mi vida. Sería mucho más simple si Keira fuera una chica con la que me hubiese acostado.

—No estuve con nadie. Ella está a punto de irse.

—Soy Keira. La hermana de Connor. Y no me voy a ninguna parte.

Santo Dios. Ava soltó una exclamación, sus ojos bien abiertos.

—¿Tienes una *hermana*? —gritó.

¿Por qué no se lo contaba a todo el maldito vecindario? Dejé escapar el aire.

—Es una larga historia.

—Bueno, me encantaría oírla. Pero en este preciso momento, ni siquiera puedo mirarte, ni hablar de escuchar otra *historia*. —Desvió la vista hacia Keira—. Soy Ava, y me encantaría ser tu guía turística.

—Genial —dijo Keira, ofreciéndole a Ava una sonrisa cegadora—. ¿Por casualidad tienes idea de dónde está la casa de empeños más cercana?

Observé a Keira. ¿Qué diablos?

—¿Para qué quieres una casa de empeños?

—Tengo algo de joyería para vender —respondió, como si fuera perfectamente normal.

—Me encantaría llevarte —dijo Ava, sonriéndome—. Vamos.

Observé sin ser capaz de hacer nada cómo Ava se subía al asiento del pasajero del Porsche de Keira. Dos segundos después, con el motor rugiendo, Keira arrancó y aceleró por la calle como una piloto de Fórmula Uno. Aquella chica era totalmente impredecible. Si Ronan había pretendido mantenerla bien vigilada, había fallado terriblemente.

Universo, ¿por qué me odias? Sin importar cuánto intentara dejar el pasado atrás, siempre golpeaba a mi puerta. Y esta vez, no había manera de ganarle. Los problemas estaban viniendo directo hacia mí. De nuevo.

Deslicé un dedo sobre la pantalla de mi teléfono y llamé a Deacon Ramsey.

25

Ava

Quería hacerle como un millón de preguntas a Keira, pero no tenía idea de por dónde empezar. No se parecía en nada a Connor y Killian. Tenía los ojos ámbar, y su cabello era algunos tonos más claros, cortado en largas capas y con iluminaciones color caramelo y miel. Tenía un rostro perfecto, pómulos altos, labios gruesos, y dientes prístinamente blancos. Era preciosa, sin mencionar siquiera que su chaqueta Moncler y su bolso Luis Vuitton, que se encontraban a mis pies, probablemente costaban más que todas mis posesiones juntas.

Se acomodó en su asiento y apretó el acelerador con fuerza, lo cual no era algo que pudieras hacer en Brooklyn. Un auto se apareció frente a nosotras y Keira apretó en freno, deteniendo repentinamente el auto con un chirrido. Mi cabeza golpeó contra mi asiento, y el parachoques rozó el auto frente a nosotras. El conductor le dirigió una mala mirada a través de su espejo retrovisor, y Keira lo saludó con una mano y le ofreció una brillante sonrisa.

—¿Quién te enseñó a conducir? —pregunté.

—Anthony —dijo—. Trabaja como seguridad para mi padre.

—¿A qué se dedica tu padre?

Me miró de reojo.

—Es el dueño de un club.

Tenía la sensación de que encargarse de un club no era lo único que hacía. Volvió a apretar el acelerador solo para tener que hundir el freno hasta el fondo cuando llegamos al siguiente semáforo. Este viaje me estaba causando dolor de cabeza.

—Relájate, Mario. Estamos en Brooklyn. Tienes que compartir la calle con los demás.

Se rio y relajó la presión que estaba ejerciendo sobre el acelerador. Un poco.

—Dobla a la derecha en la próxima calle —dije, guiándola hacia la casa de empeños cuya dirección había buscado en Google. Según las reseñas, era la más honesta y pagaba precios justos. Ya que nunca había puesto un pie en una casa de empeños, no tenía idea de qué significaba eso.

—¿Hace cuánto que conoces a Connor? —preguntó, girando a la derecha y apenas esquivando a un ciclista. Si llegábamos a la casa de empeños enteras, lo consideraría una victoria.

—Diez años. Fuimos amigos por un tiempo y empezamos a salir a los dieciséis.

—Vaya. Ni siquiera me di cuenta de que tenía novia.

—Rompimos por unos años, pero volvimos hace poco. —Aunque, a estas instancias, me estaba cuestionando seriamente esa decisión. Me había mentido. Le había mentado a todo el mundo. ¿Por qué?

—Yo no sabía que tenía hermanos hasta hace una semana —dijo.

Le dirigí una mirada sorprendida.

—¿Connor no te lo dijo?

Sacudió la cabeza.

—Y tus padres...

—Me lo ocultaron. Pero debería haberlo visto. Connor se parece tanto a mi madre. Si lo hubiera sabido, todo habría sido mucho menos... incómodo.

—¿Incómodo? —pregunté.

—Cuando lo conocí, pensé que era simplemente un chico atractivo que estaba de vacaciones en Miami. Así que me le insinué.

—¿Te le insinuaste a Connor?

—Sí, a más no poder. Mi ego sufrió un gran golpe. Me rechazó como si la simple idea de estar conmigo fuera repulsiva. Pero ahora sé por qué.

—¿Dónde lo conociste?

—En una cafetería cerca del campus. Malentendí las cosas y pensé que estaba coqueteando conmigo. Nos pasamos nuestros números y nos encontramos para almorzar. Me encantaba estar con él. Además, es sexy.

—Sí, lo es. Y cuando no se está comportando como un imbécil, es muy agradable pasar tiempo con él. —La casa de empeños pasó por al lado de nosotras, convirtiéndose en un borrón—. Acabas de pasarte. Dobla en la próxima calle.

Rodeamos la manzana y tuvimos suerte cuando se liberó un espacio a apenas dos edificios de la casa de empeños. Retrocedió hasta entrar en el

mismo y con un solo ajuste, los neumáticos rozaron el bordillo y Keira apagó el motor.

—Eso fue impresionante —dije, pasándole su bolso.

—Conducir es mi pasatiempo favorito. Amo todo lo que tenga un motor. Aviones, autos, motocicletas... lo que sea que pueda llevarme lejos de todo.

No estaba muy segura de qué responder a eso, pero ya había salido del vehículo, su bolso Louis Vuitton en el recodo de su brazo. La alcancé en la acera. A su lado, me sentía muy bajita. Me pasaba como mínimo por quince centímetros.

—¿Por qué vas a vender tus joyas? —pregunté, observando el cartel de neón que leía: DIAMANTES.

—El efectivo es el rey. Y no deja huellas. —Tomó mi brazo para detenerme cuando amagué a entrar. ¿Por qué estaba tan preocupada por no dejar huellas? Aún trataba de procesar aquel pequeño dato que me había brindado sobre ella poniéndose cómoda con Connor. Un café y un almuerzo, pasarse sus números... ¿y no había tenido idea de que era su hermano?—. Por cierto, me llamo Grace Matthews. Pero puedes decirme Gracie.

Me soltó el brazo y apoyó una mano en el pomo de la puerta. Entonces fue mi turno de tomarla del brazo y detenerla.

—¿Por qué vas a usar un nombre falso? —Miré a un lado y al otro de la calle. Según podía ver, todo el mundo estaba ocupándose de sus asuntos, para nada interesados en la rubia enana y la siguiente supermodelo americana que estaban allí paradas—. ¿Y quién podría seguir tus huellas? ¿Estás prófuga?

—No exactamente.

¿No exactamente? Quizá fuera una ladrona de joyas. Le eché un vistazo al Porsche, las palabras Grand Theft Auto inmediatamente apareciendo en mi cabeza.

—¿Las joyas son tuyas? ¿Y el Porsche?

—Sí. Y... algo así.

—¿Algo así?

—Las joyas son mías. El Porsche es de mi padre.

—¿Te lo prestó?

Eludió la pregunta.

—¿Estás conmigo, Ava? ¿O voy a tener que hacer esto sola? —Había cierto desafío en su voz, y me tomó un total de dos segundos tomar una decisión. Lo haría. Quería respuestas y quería saber qué se traía entre manos la misteriosa hermana.

—No vas a entrar sola, *Gracie*.

Esbozó una sonrisa despampanante. Connor tenía mucho que explicar. Si decidía volver a hablarle en mi vida. Todo se estaba volviendo más y más loco con cada minuto que pasaba. La aparición de Keira, de quien no sabía absolutamente nada, me había pillado por sorpresa. La hermana de Connor y Killian. Seguía sin poder comprenderlo del todo. Y eso significaba que Connor había ido a Miami con un propósito. Encontrar a su madre. ¿Pero por qué lo había mantenido en secreto?

Entramos a la brillantemente iluminada casa de empeños, y me vi un poco decepcionada de que fuera un espacio tan estéril, para nada como la tienda de antigüedades que me había estado imaginando. Según el cartel en la pared, pagaban efectivo por diamantes, oro, plata, y aparatos electrónicos. Una larga vitrina de vidrio se extendía por la pared izquierda, y observé la colección de monedas y relojes dentro de la misma.

—¿Puedo ayudarlas, señoritas? —preguntó el hombre de mediana edad, robusto y con el cabello peinado hacia un lado, que se encontraba tras el mostrador.

Keira sacó una bolsa con cordones de su Louis Vuitton y vació sus contenidos sobre el mostrador de vidrio. Solté una exclamación. Un brazalete de tenis de diamantes. Broches de diamantes que debían tener un quilate cada uno. Y una pequeña montaña de oro.

—¿Cuál es tu mejor oferta? —preguntó.

El hombre se llevó la lupa a un ojo e inspeccionó los diamantes. Yo me dediqué a estudiar los contenidos de la vitrina, observando en particular una exhibición de anillos de compromiso y de matrimonio de diamantes. Qué triste que alguien tuviera que vender un anillo de bodas. O aún peor, que una pareja se divorciara y prefiriera tener el dinero que el recuerdo de una promesa rota.

En la prosperidad y en la adversidad. En la salud y en la enfermedad. Hasta que la muerte nos separe. La gente repetía aquellas palabras todos los días, pronunciaban votos y prometían amarse por el resto de sus vidas. Las palabras eran simples de articular, pero difíciles de poner en práctica.

Amaba a Connor. Era el amor de mi vida, y jamás había dudado de ello. Pero cada vez que nos dábamos la vuelta, nos encontrábamos con otro obstáculo en nuestro camino. Había querido creer que nuestro amor era lo suficientemente fuerte para superar cualquier tormenta. Para lidiar con cualquier sorpresa que la vida nos echara encima. Era irónico, sinceramente, que cada vez que me convencía a mí misma de que había cambiado, de que estábamos llegando a un buen lugar, otra sorpresa me diera de lleno en el rostro.

Keira me dio un empujoncito en el brazo, haciéndome desviar la mirada del exhibidor.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Victor fue a buscar el dinero.

—¿Te ofreció un buen precio? —pregunté, pues me había perdido toda la transacción.

—Una fracción de lo que vale, pero ya me lo esperaba. Todo el mundo tiene que ganarse la vida de una u otra manera.

—¿Trabajas? —pregunté.

—No. Iba a la universidad —dijo, rozando con una mano una guitarra acústica, parte de una colección, que se encontraba colgada de la pared frente a las vitrinas de vidrio—. Pero no voy a regresar a terminar mis estudios. Me quedaré en Brooklyn. Buscaré un trabajo y un apartamento. —Me ofreció una sonrisa brillante, como si la idea la emocionara.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpló veintiuno en enero.

Hice la cuenta. La madre de Connor tendría que haber estado embarazada de Keira cuando los había abandonado.

—¿Cuántos años tenían cuando se fue? —preguntó Keira, leyéndome la mente.

—Fue justo después de que Killian cumpliera siete, en agosto. Connor tenía tres y medio.

Su rostro no demostró absolutamente nada de lo que pensaba al respecto. La campanilla de la puerta resonó, y un hombre con cabello rubio ceniza entró a la tienda. Deacon Ramsey. No lo había visto desde aquella noche en el hospital hacía más de un año. En vez de su uniforme del departamento de policía de Nueva York, llevaba puesto un traje negro y zapatos de vestir. Parecía salido de una revista brillante publicitando colonia y relojes caros, pero me daba la sensación de que su apariencia no era accidental.

—Buenas tardes, señoritas. —Nos ofreció una sonrisa, de esas que eran capaces de derretir bragas, totalmente consciente de su carisma y el efecto que tenía en las mujeres—. ¿Cómo estás, Ava? —preguntó, como si realmente le importara.

—Todo va bien —dije, preguntándome si sería cierto—. ¿Y tú?

—No puedo quejarme. —Miró a Keira, recorriéndola de arriba abajo con la mirada y sin molestarse en esconderlo.

—Déjame adivinar —dijo Keira, apoyando la cadera contra el mostrador—. Victor llamó a la policía.

—Deacon Ramsey —dijo mientras esbozada una lenta y relajada sonrisa—. ¿Qué te hace pensar que soy policía?

—Grace Matthews. Tengo un sexto sentido para estas cosas.

Los labios de Deacon se alzaron, divertidos.

—¿Ese Porsche es tuyo, Grace?

—Sí, oficial. ¿He aparcado ilegalmente?

—Voy a tener que ver tu licencia.

Totalmente impávida ante su pedido, Keira sacó su licencia de su cartera y se la entregó a Deacon, quien la estudió. Al estar a su lado, pude echarle un vistazo, mientras me preguntaba cómo sostendría su historia inventada. Pero en efecto, la licencia leía Grace Matthews y la foto era suya. No era una experta en el asunto, pero se veía como una buena falsificación.

—Una chica de Carolina del Norte —dijo, devolviéndole la licencia.

—Vivan los Tar Heels⁵ —dijo Keira, alzando un puño en el aire.

—¿Fuiste a Duke? —preguntó Deacon.

—A la Universidad de Carolina del Norte. El equipo de Duke son los Blue Devils. Tenga cuidado, oficial. Si pasa la línea Mason-Dixon y dice algo así, podría meterse en problemas.

Deacon esbozó una sonrisa ladina.

—Gracias por la advertencia. Ya vuelvo. —Se dirigió con pasos largos a la parte trasera de la tienda y, cuando desapareció, Keira y yo nos miramos.

—¿Juras que las joyas son tuyas? —pregunté, manteniendo la voz baja. Había cámaras CCTV por toda la tienda, y me pregunté si Deacon Ramsey estaba allí atrás observándonos a través de ellas en este preciso momento.

—Sí. No te preocupes.

—¿Y las matrículas?

—Son legales. —Se aclaró la garganta—. Creo.

Aquello no me tranquilizó ni respondió ninguna de mis preguntas, pero no pude indagar más porque entonces Deacon y Victor regresaron. Victor le entregó un sobre a Keira y ella le echó un vistazo a los billetes que había dentro antes de guardarlo en su bolso sin siquiera molestarse en contarlos.

⁵ Equipo intercolegial de baloncesto masculino de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill.

—Un placer hacer negocios con usted —dijo, dándose la vuelta para irse.

Deacon se nos adelantó y nos abrió la puerta para luego acompañarnos por la acera y hasta el auto de Keira.

—¿Solo está de paso? —preguntó—. ¿O planea quedarse por un tiempo, señorita Mathers?

—Es Matthews —dijo Keira.

Deacon sonrió.

—Ah, sí. Tengo mala memoria para los nombres. Pero nunca se me olvida una cara.

—Respondiendo su pregunta, me quedaré un tiempo.

—Muy bien. Presiento que vamos a cruzarnos mucho.

Keira sonrió mientras rodeaba el auto.

—No si te veo primero.

—Que comience el juego.

Me subí al asiento del pasajero, nuevamente sin tener ni idea de qué estaba sucediendo. Más allá del coqueteo entre Deacon y Keira; eso lo había comprendido bien. Pero ya me estaba hartando de esto. Y mucho.

—¿Qué sabes de Deacon Ramsey? —preguntó Keira, mirando por su espejo retrovisor.

Sabía que le había salvado la vida a Killian el año pasado. Sabía que había evitado que Connor fuera arrestado por tenencia de drogas. Pero no mencioné ninguna de esas dos cosas porque no estaba segura de cuánto debía contarle. No estaba segura de qué pensar o de si podía confiar en ella. La muchacha estaba paseándose por ahí en un Porsche, vendiendo diamantes en una casa de empeños, y usando un nombre y una identificación falsos.

—No mucho. Estaba tres años más arriba en la secundaria. En el mismo año que Killian.

—¿Son amigos?

Me encogí de hombros, sin revelar mucho.

—Conocidos.

Aceleró.

—Ah, bueno. Podría ser peor. Si alguien va a seguirme por ahí, al menos es atractivo.

Deacon Ramsey era atractivo, tenía razón, pero no parecía ni lo más mínimamente sorprendida de que la policía de Nueva York estuviera siguiéndola.

—¿Por qué tendría que seguirte?

—¿Lista para darme un tour por Brooklyn? —preguntó, acelerando aún más.

—¿Vas a contarme qué está sucediendo? Odio no saber cosas.

—Conozco bien ese sentimiento.

Sí, supongo que así era. Si lo que me había dicho era cierto, le habían escondido cosas toda su vida. No podía siquiera imaginarme cómo se sentiría enterarte de que tenías hermanos de los cuales no sabías absolutamente nada.

—¿Por qué no te lo contó tu madre? ¿Por qué mantuvo a Connor y a Killian en secreto?

—Tendrías que conocer a mis padres para comprenderlo. E incluso así, probablemente no lo harías. Mi padre cree que le pertenecemos. Y no le gusta compartir.

—¿Y tu madre?

—Es un pájaro encerrado en una jaula de oro.

—¿Eres cercana a ellos?

—Amo a mis padres. Pero a veces odio las cosas que hacen.

Aquello era algo que podía entender, así que la llevé en aquel tour por Brooklyn. Condujimos alrededor de Park Slope y le señalé el apartamento donde solían vivir Connor y Killian. Prospect Park. El Jardín Botánico de Brooklyn. Pasamos por la galería en Bed-Stuy donde sería la exhibición de Connor y Eden dentro de dos semanas. Y luego nos dirigimos hacia Bushwick para ver los graffitis. Cada vez que pasábamos por una pared que Connor había marcado, la señalaba y ella se frenaba y tomaba fotos antes de seguir caminando. Terminamos en un restaurante y pedí comida para ambas; empanadas, arroz con pollo y frijoles.

—Lo acompañé una vez... a verlo hacer graffitis —dijo Keira luego de terminar de comer, mientras esperábamos la cuenta—. En realidad, lo seguí. Él no sabía que lo estaba mirando. Había desaparecido, apagado su celular, y quería encontrarlo. Habíamos hablado sobre graffitis cuando almorzamos juntos y le había dicho cuál era el mejor lugar para hacerlos. Así que prácticamente lo acosé hasta que un día tuve suerte.

—¿Qué pintó? —pregunté, queriendo saber en qué estado de ánimo había estado en aquel entonces. Intenté imaginármelo en Miami pero, ya que nunca había estado allí, me fue imposible.

—El océano. Con una mano saliendo del agua. Solo una mano —dijo.

Sentí una ola de tristeza colisionar contra mi cuerpo. Connor había estado hundiéndose. Pero de alguna manera, había vuelto a la superficie y no había permitido que el agua lo arrastrara hasta el fondo. Otra vez, sentí a mi corazón doler por él. Sin importar lo que hubiera hecho, aún lo amaba. En la prosperidad y en la adversidad. En la salud y en la enfermedad. Pero una relación no podía construirse sobre una base de mentiras.

—Necesito vaciar el Porsche —dijo cuando regresamos al auto—. ¿Conoces a alguien que pueda ayudarme a venderlo?

A estas alturas, nada que dijera podría sorprenderme. Claro que debía venderlo. Solamente conocía a una persona que pudiera ayudar. Veinte minutos más tarde, nos encontrábamos fuera de Atlas Motors, que ya había cerrado. Golpeé la puerta con un puño, en caso de que Tate aún estuviera dentro. Luego en un par de golpecitos, me di la vuelta para irme, lista para decirle a Keira que tendríamos que volver a intentarlo mañana.

Pero entonces la puerta se abrió y me giré para ver a Tate. Me miró y luego al Porsche y luego de nuevo a mí.

—Necesitamos tu ayuda —dije—. Quiere vender su auto.

Si Tate estaba sorprendido, no lo mostró en su rostro. Hizo un gesto para que entrara y luego abrió la puerta del garaje para poder acomodar el Porsche dentro. Keira lo condujo dentro y bajó de un salto.

—Imagino que la licencia y los documentos no coinciden —murmuró, cerrando la puerta.

Keira y yo nos miramos.

—Yo me encargo —dijo Tate.

Desapareció en la parte trasera y Keira vagó por el lugar hasta un Mustang vintage.

—Es precioso —dijo cuando me acerqué a ella. Eché un vistazo a través de la ventanilla, observando los asientos de cuero negro y la consola de madera vetada. Mis conocimientos sobre autos eran casi inexistentes, y nunca había tenido un particular interés en ellos más allá de que me llevaran a donde necesitara ir, pero no podía más que estar de acuerdo con ella. El auto era bellissimo. Podía imaginarme a mí misma tras el volante, conduciendo por la Ruta 66. Connor a mi lado, con la música bien alta, la brisa de verano entrando por las ventanillas abiertas. La luz del sol y la carretera extendiéndose en la distancia. Todo dorado. Salvajes y libres. Invencibles.

Ojalá mi vida real fuera como la veía en mis gloriosos sueños y visiones.

Mi teléfono comenzó a sonar, interrumpiendo mis pensamientos, y le eché un vistazo a la pantalla, esperando que fuera Connor. Ya me había llamado dos veces, pero había dejado que pasara al contestador ambas veces. No había estado lista para hablar con él. Pero era mi madre, no Connor. No habíamos hablado desde acción de gracias y, sin importar lo poco que me apeteciera hablar con ella, sentía que debía hacerlo.

—Ya vengo —le dije a Keira, que se encontraba bajo el capó del Mustang de Tate. No estaba muy segura de cuánto le agradaría eso a Tate, pero supuse que Keira sería capaz de lidiar con él por su cuenta.

Respondí la llamada mientras caminaba por la calle Richardson y me detenía frente a un edificio a dos puertas del garaje.

—Hola mamá —dije.

—No me vengas con “hola mamá” —dijo—. He estado esperando a que llames. Me merezco una disculpa.

Normalmente, habría cedido y me habría disculpado nada más para mantener la paz. Pero esta vez no logré convencerme a mí misma de hacerlo. Estaba enojada con Connor y herida por lo que había hecho, pero mi madre no se merecía una disculpa.

—No voy a disculparme.

Se mantuvo en silencio por unos segundos.

—¿Vas a elegir a *ese chico* sobre tu propia familia?

—No debería tener que elegir.

—No entiendo qué hice mal. Durante toda tu vida, hice sacrificios para que tuvieras las cosas que yo nunca tuve. ¿Fui una madre tan terrible como para que sientas que necesitas castigarme por amarte?

Siempre hacía esto. Me hacía sentir culpable. Abordaba las cosas con una actitud pasivo-agresiva hasta que me veía obligada a admitir que había estado equivocada. Hasta que le decía que no era una madre terrible.

—Arruinaste acción de gracias —dijo—. Luego de que trabajara tan duro para que todo saliera perfecto. Lo mínimo que podrías haber hecho era estar agradecida por todas las cosas buenas que tienes en la vida. Es un día para disfrutar de la presencia de tu familia, no para discutir y estresar a tu pobre padre. Casi se muere. ¿Eso no se te ocurrió? No, claro que no. Estabas siendo egoísta, pensando solamente en ti misma.

Respiré hondo varias veces, inhalando el aire frío y tragándome las palabras de resentimiento que querían ser liberadas.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa? —preguntó.

—Nada —dije—. No tengo nada que decir en mi defensa.

—Estoy decepcionada de ti, Ava —resolló.

Y yo estoy decepcionada de ti.

—Siento que estés decepcionada de mí. Adiós, mamá. —Colgué, tomé un respiro tembloroso y escuché los mensajes de voz que había dejado Connor, su voz sexy y ronca llenando mis oídos.

—Hola, amor. Metí la pata. A estas alturas, debes estar acostumbrada. Estaba intentando correr de mi pasado. Pero siempre me alcanza. Tuve mis razones para no contarte la verdad. Si estás dispuesta a escucharme, te lo contaré todo. No es una historia bonita, pero mis historias nunca lo son.

Escuché el siguiente.

—Acabo de escuchar “*Rocket Man*”. Ya entiendo por qué te pone triste. —Lo oí darle una calada a un cigarrillo y me lo imaginé de pie tras el estudio, soltando el humo por la boca—. Sí, estoy fumando. Lo siento por eso. Soy un adicto, amor. Sin importar cuánto tiempo pase sin tocar drogas, siempre seré un adicto. Y he hecho muchas cosas en la vida de las que me arrepiento. Cosas muy jodidas. Daría lo que fuera por poder volver el tiempo atrás y arreglarlas. Pero no puedo. Necesito encontrar la manera de vivir con mis errores. Nunca quise meterte en este desastre. Y, diablos, lo siento tanto.

Me guardé el teléfono en el bolsillo, preguntándome a qué tipo de desastre se refería.

26

Ava

Connor aparcó en el estacionamiento frente a Atlas Motors y apagó el motor. Quitándose el casco, desmontó la motocicleta e ingresó al garaje. Permanecí en el lugar, esperando que se acercara a mí, como sabía que haría. Aunque no había mirado en mi dirección, me había visto. Minutos más tarde, salió del garaje sin el casco y se acercó. Se detuvo frente a mí, sus ojos escanearon mi rostro, intentando evaluar mi humor. Buena suerte con eso. No tenía idea de cómo me sentía. Confundida. Herida. Triste. Enojada. Mis cambios de humor habían sido muchos hoy. Él masticaba una goma de mascar como si su vida dependiera de ello, el olor a cigarrillo mezclado con cuero, jabón y canela. Por unos segundos, nos quedamos así, mirándonos el uno al otro, hasta que una sirena de policía interrumpió nuestro silencio.

Miró sobre su hombro, entrecerrando los ojos y mordiéndose el labio superior.

—Te llevaré a casa.

—¿Y Keira? —le pregunté, metiéndome las manos en los bolsillos de mi chaqueta.

—Está hablando sobre autos con Tate. Regresaré y la recogeré.

No pregunté por qué iríamos caminando en lugar de montar su Harley. Connor era mejor para hablar sobre cosas importantes cuando estaba en movimiento. *Siempre corriendo*. Pasamos bajo el Brooklyn-Queens Expressway, los autos rodando sobre nuestras cabezas, el aire viciado con olor a aceite de motor y gases de escape. Mi mente elaboraba tantas preguntas que no estaba segura por dónde empezar.

—Fuiste a Miami a buscar a tu madre.

—Sí.

—¿Por qué lo ocultarías?

—Suenas estúpido ahora, pero quería hacer algo bueno por Killian. No salió como lo planeé.

No sabía si quería golpearlo o besarlo.

—¿Cómo sabías dónde encontrarla?

—Me lo dijo Seamus. Fui a verlo después de salir de rehabilitación. Quería enfrentarlo. Estaba cansado de fingir que nada de eso había pasado —dijo, parecía que se estaba hablando a sí mismo—. Cuando llegué allí, él estaba bebiendo. Pero no se puso desagradable o violento. Parecía como si estuviera solitario, o algo así. Vi otro lado de él. Ya no lo odié, sino que lo vi más humano. Me dijo que la amaba y que, cuando ella se marchó, eso lo destruyó.

Seamus Vicent había amado a una mujer. Hasta el punto en que su partida lo había destruido. Era difícil conciliar al hombre que había conocido con el que podría amar así a una mujer.

—Me dijo que ella lo estaba engañando —continuó Connor—. Me dio el nombre del tipo y me dijo que vivían en Miami. No sé por qué me lo contó, después de todos estos años guardándoselo. Ni siquiera recordó habérmelo dicho.

Quizá Seamus no recordaba mucho de lo que había hecho cuando estaba ebrio. De la misma forma que Connor no recordaba lo que había hecho cuando estaba drogado. Pero Connor nunca fue violento o abusivo. Nunca le tuve miedo, sino que temí *por* él.

—¿Cómo es tu madre? —pregunté cuando nos detuvimos en una esquina y esperamos a que un auto pasara antes de cruzar la calle.

—Hermosa. Fría. Distante. Al menos esa es la impresión que tuve. Solo estuvimos cinco minutos a solas. —Se encogió de hombros como si no fuera importante, pero sabía que no era así—. Siempre creí que se había ido por Seamus. Y no podía culparla por eso. Pero ahora... sí, dejó muy en claro que no le interesaba formar parte de nuestra vida.

Connor nunca había culpado a su madre por abandonarlos. Tenía una mayor capacidad de perdón que Killian. Que yo, si tenía que ser completamente honesta. A veces creía que era más parecida a mi madre de lo que quería admitir.

—Lo siento —dije—. Lo siento mucho, Connor.

—Debería haberlo sabido.

—Entonces no estabas huyendo. Estabas intentando encontrar algo. —De alguna manera, eso lo mejoraba todo, saber que tenía una razón para marcharse, aunque todavía no entendía la necesidad de mantenerlo en secreto—. Pero, ¿por qué...? No entiendo por qué no me lo contaste —dije, sin poder ocultar el dolor en mi voz.

—Iba a decírtelo. Quise hacerlo tantas veces. Es una carga muy grande para alguien más.

—No soy solo alguien.

—Lo sé. E iba a contártelo, con el tiempo. Pero estábamos intentando volver a algo mejor. No quería endilgarte con más del pasado.

No sabía qué decía eso sobre nuestra relación. ¿Era tan frágil que no podíamos confiarnos la verdad?

—Entonces, cuando estuviste en Miami, estabas enojado... ¿y saliste a comprar drogas? —le pregunté, intentando darle sentido y llenar los huecos vacíos.

—No compré esas drogas. El padre de Keira me dijo que no me metiera en sus asuntos y que me alejara de mi madre y Keira, pero no escuché. Me tendió una trampa. Dos policías encubiertos me arrestaron por drogas que nunca compré y me obligaron a hacer de informante, así que pasé un par de meses haciendo locuras con un narco. —Dejó escapar un suspiro—. Él creyó que era un tatuador buscando un nuevo comienzo en Miami. Tenía una identificación falsa. Mi nombre era Dylan y crecí en Las Vegas.

—Dylan de Las Vegas. Eras alguien más.

—Seguía siendo yo, desafortunadamente. Solo mi nombre y mi ciudad natal eran diferentes.

—¿Qué pasó con el traficante?

—Está muerto —dijo, su voz plana. Se frotó el pecho con la mano derecha. Siempre lo hacía, como si, de alguna manera, aliviara el dolor en su corazón.

—¿Cómo murió?

Connor negó con la cabeza.

—No importa. Está muerto.

Probablemente importaba mucho y seguramente Connor había corrido peligro, pero lo dejé estar. Una vez más, agradecía que hubiera salido con vida. Sin embargo, seguía intentando darle sentido a la historia.

—¿Por qué te haría eso el padre de Keira? No tiene sentido.

Me estudió el rostro, notando el escepticismo y entrecerró los ojos.

—Lo que acabo de decirte es la verdad absoluta.

—Sí, bueno, discúlpame por intentar devanarme los sesos con esta historia. Tu hermana... Keira... anda por la ciudad con una identificación falsa. Vende joyas en una casa de empeño porque el dinero manda y no deja rastro. Sin mencionar que tuvo que descargar el Porsche con matrículas que obtuvo de Dios sabe dónde. —Alzo las manos al aire—. Explícame eso.

—Lo haría si pudiera. Algunas cosas en la vida están jodidas... no tengo explicación. Solo sé que ocurrió —dijo, su voz dura.

—¿Por qué no le dijiste a Killian?

—Nuestra madre no quiere formar parte de nuestra vida. Y cuando regresé de Miami, él estaba en el paraíso. Por fin era feliz, hubiese ido hasta allí para intentar repararlo. Pero se hubiera metido en un montón de problemas.

Connor tenía razón. Killian no se hubiera rendido tan fácil.

—Estabas intentando protegerlo.

—Creí que sería un buen cambio.

Connor había ido a Miami porque había querido ser el héroe, pero había fallado. Pensé en una conversación que habíamos tenido a los dieciséis años, unas semanas antes de la noche en que Seamus golpeó a Connor.

—*¿Crees que por eso tu madre se fue? ¿Por tu papá?*

Se encogió de hombros.

—*Eso es lo que siempre creí.*

—*¿Todavía piensas en ella?*

—*A veces. No tanto como antes. Cuando era pequeño, imaginaba que la rescataba. Luchaba hasta la muerte para mantenerla a salvo. Como si fuera la reina y yo su leal caballero. —Se rio, pero fue solo para ocultar su dolor—. Niño estúpido.*

—Nada de esto es tu culpa, Connor. Eras una víctima.

—*No era una víctima* —dijo, con voz enojada. “Víctima” era la palabra equivocada. Una palabra tan débil—. No importa cómo o por qué ocurrió. Sigo siendo responsable de traer a esos hombres a nuestra casa. Sigo siendo el tipo que se fue a Miami sin decirle a nadie a dónde iba. Los detalles... no hacen la diferencia.

Pero sí lo hacían. No había escapado y comprado esas drogas. ¿Por qué no se defendió? ¿Por qué no me dijo que nada de esto era su culpa? Pensé en esos anillos de compromiso. Los votos y las promesas. Esa estúpida canción de Tammy Wynette. Quizá había querido que estuviera con él sin importar lo que había hecho. Que lo amara para bien o para mal. Porque su madre no lo había hecho. Y Dios sabía que su padre tampoco. Solía creer que tenía la fuerza para mantenerme a su lado, para estar con él hasta en sus peores momentos, pero quizás le había fallado tanto como él a mí.

—Esta historia tiene más sentido —dije—. Fuiste a prisión antes de que te agarraran como informante. —Connor tenía poco respeto por las autoridades, así que tendrían que haberlo persuadido durante mucho tiempo para hacer que cooperara con policías, corruptos o no. Lo miré por el rabillo del ojo, preguntándome qué habían hecho para obligarlo a actuar

como informante. Si habían intentado sobornarlo con dinero, les habría dicho que se fuera a la mierda—. ¿Qué te hicieron?

—Nena... no necesitas esos detalles. Ya no importa.

Suspiré audiblemente.

—¿Qué detalles no necesito? Porque se siente como si me estuvieras dejando afuera. Deja de intentar protegerme de la verdad. Puedo tolerar mucho más que promesas vacías y mentiras. Solo... no me adornes la verdad, ¿de acuerdo?

Trabó la mandíbula y asintió como si hubiera aceptado contarme las partes importantes.

—No regresé directo a Brooklyn. Después de marcharme de Miami, viajé durante semanas.

—¿A dónde fuiste?

—A todos lados y a ningún lado. Pedí varios aventones.

Dios, en verdad se parecía a Kerouac. Parecía osado y peligroso, pero quizá no le importaban los riesgos después de todo lo que había vivido en Miami.

—¿Quién te recogió?

—Por lo general, camioneros de larga distancia. Supongo que es un poco solitario conducir durante tantas horas. No lo sé. Algunos conversaban, otros no. A veces dormía durante todo el viaje. En la última etapa, me tomé un autobús hasta la Autoridad Portuaria. Salí de la estación, pensando que era hora de regresar a casa, pero no estaba listo. Mi cabeza era un infierno. Así que tomé el Jitney hasta Montauk. Pasé mucho tiempo pensando en esos cuatro días que pasamos allí.

—Nuestras primeras vacaciones. —Y las últimas. Fue el verano en que cumplimos diecinueve y fuimos al campamento. Todavía me negaba a ver lo grave que era su adicción. Se suponía que estuviésemos una semana, pero pasaron cuatro días antes de que Connor necesitara una dosis. Inventó una excusa sobre que necesitaba regresar antes, y en cuanto llegamos a Brooklyn, Danny lo recogió y él desapareció por dos días, empañando mis hermosos recuerdos de Montauk con la horrible realidad de su adicción. Lo que había quedado grabado en mi mente era que nuestros cuatro días en Montauk habían sido de ensueño. Increíbles. Pero no habían sido suficientes para alejar sus demonios.

—Me odié por lo que te hice —dijo, su voz quebrándose con las palabras. En lugar de apresurarme a decirle que estaba todo bien, permanecí en silencio y escuché, sabiendo que no había terminado—. ¿Recuerdas esa playa a la que fuimos? ¿Justo frente a la casa en el acantilado? Era tan tranquila y sentimos como si la tuviésemos para nosotros solos.

Asentí. Lo recordaba. Más abajo en la playa, estaba atiborrado de personas provenientes de hoteles y condominios, y nos preguntamos por qué querían estar unos encima de otros. Imaginé nuestra porción de playa, la arena tan suave y blanca, el cielo tan azul como los ojos de Connor. Estuvimos en la playa todo el día, nuestra piel caliente, el mar frío y el surf salvaje. A la noche, después de comprar comida en el pueblo, regresamos y nos recostamos en la arena fresca, mirando las estrellas, el sonido de las olas rompiendo contra la costa. Connor sabía todo sobre las estrellas y podía señalar las constelaciones.

—Cuando las estrellas mueren, colapsan y explotan. Entonces dejan un agujero negro.

—Entonces todos estamos hechos de polvo de estrellas —dije.

Cuando llegamos a mi edificio de departamentos, nos quedamos afuera en el frío de noviembre y nos sentamos en los escalones de la entrada, uno al lado del otro, a tan solo centímetros de distancia, pero sin tocarnos.

—Una noche, me metí al mar —dijo, y tuve la sensación de que no me gustaría esta historia—. Nadé más allá de la rompiente y planeaba seguir nadando hasta que estuve demasiado cansado para hacerlo. Me dolían los brazos. Creí que no podía seguir. Y estaba listo para dejarme ir, hundirme en el océano. En el olvido. Pero pasó algo muy loco... oí tu voz. Eres amado, dijiste.

Las lágrimas me quemaban los ojos. Una mano alzándose en el océano. *Solo una mano.* Un grito de ayuda.

—Floté sobre mi espalda por un rato y, de alguna manera, regresé a la orilla y me recosté en la arena. Miré las estrellas... y pensé en lo diminutos e inconsecuentes que somos en comparación con el universo. Pensé en la última vez que estuvimos en ese mismo lugar, observando juntos las estrellas. Mi chica hecha de polvo de estrellas. Y pensé en esas que pegué en el techo de Killian y brillaban en la oscuridad, y cómo podías verlas solo cuando estaba oscuro.

Las lágrimas caían por mis mejillas y me dolía tanto el corazón.

—Pensé que quizá... solo quizá... podía encontrar el camino de vuelta a casa y a ti. Podía ser tu Ulises.

Oh, Connor. ¿Por qué siempre tenías que romperme el corazón? Connor me abrazó y enterré mi cabeza en su pecho, las lágrimas cayendo contra su chaqueta de cuero, su mano acariciando suavemente mi cabello, lo que me hacía llorar con más fuerza. Lloré por él, por nosotros y por todo lo que habíamos perdido. Ni siquiera sabía por qué lloraba exactamente, solo que no podía detenerme.

—¿Crees en las almas gemelas, Connor?

—¿Cómo podría no hacerlo? Si conocí a la mía cuando tenía catorce años.

Diez años de recuerdos, buenos y malos, horribles y hermosos, tantos hermosos recuerdos, se reprodujeron en mi mente como si se tratara de una película.

—Lo siento, Ava. Lo lamento tanto. Perdón por todo. —Acunó mi rostro con sus manos y limpió las lágrimas y el maquillaje corrido con sus pulgares.

—Ambos cometimos errores, Connor. Perdimos nuestro camino... Nos desviamos tantas veces en nuestro camino de regreso al otro. Y cuando volviste de Miami... ni siquiera te hablé. Estaba demasiado convencida de que te odiaba. Pero nunca te odié a ti. Odiaba a tu padre y a las drogas...

—Yo fui quien empezó a consumir drogas, Ava. No puedes culpar a mi infancia de mierda. Killian y yo crecimos en la misma casa con el mismo padre, pero él nunca consumió.

—No eres Killian. Sin ofenderlo... lo amo... pero tú eres mucho más profundo y más... —Iba a decir sensible, lo que era cierto, pero Connor probablemente lo categorizaría como víctima, aunque se tratara de una cualidad, una de sus mejores virtudes. Busqué la palabra correcta—. Emocionalmente inteligente.

Connor bufó.

—¿De dónde sacaste eso, nena? ¿Uno de tus exámenes?

Rodé los ojos. Había realizado el examen hacía unos días, pero no iba a admitirlo.

—Lo que sea, solo sígueme la corriente.

Nos quedamos en silencio por unos minutos e intenté asimilar todo lo que me había contado esa noche y todo lo que había aprendido sobre Keira.

—¿Y ahora qué? —le pregunté, esperando que tuviera algunas respuestas, esperando que me dijera cómo seguiría el resto de nuestra historia, pero mi instinto me dijo que no me gustaría la respuesta—. ¿Alguna vez tendremos nuestro final feliz?

—Tengo que creer que sí. Algún día. Pero debo encargarme de algunas cosas antes para que funcione.

—¿Qué quieres decir?

—Espérame.

Tomé una respiración profunda, intentando luchar contra las lágrimas que amenazaban con caer nuevamente. Después de todo lo que habíamos pasado, después de todas las idas y venidas, en verdad había

creído que esta era nuestra segunda oportunidad, que habíamos encontrado una forma de que funcionara esta vez.

—¿Por qué me alejas cuando me necesitas?

—Ya no quiero ser el chico que se oculta en el clóset. No quiero ser el chico que guarda secretos y mentiras. Quiero ser el hombre que mereces. Quiero ser digno de ti. Creí que estaba listo... para ti... para nosotros. Pero todavía me falta.

Busqué las llaves en mi bolso y me siguió hasta la puerta de entrada mientras ponía la llave en la cerradura y abría la puerta. La mantuvo abierta con la mano y bloqueó la entrada con su cuerpo.

—Eres un idiota. Siempre creí que eras digno, incluso cuando tú no creías en ti mismo. Incluso cuando odiaba las cosas que hacías. Incluso cuando te dejé. Ni una vez creí que no lo valías. Pero no importa cuánto crea en ti. Tienes que empezar a creer en ti mismo. Eres suficiente, Connor. *Eres suficiente.*

Alcé el brazo para tocar su rostro y descansé la mano en su mejilla. Él me abrazó por la cintura y se apoyó en mi mano, sus ojos cerrándose brevemente mientras exhalaba. No era estúpida. Siempre supe que estaba dañado y bastante roto. Sabía que no lo solucionaríamos rápidamente. Pero esperaba que, esta vez, se diera cuenta lo que yo ya sabía desde hacía tiempo. Él lo valía. Se merecía todo lo bueno en su vida.

—Entiendo que quieras hacerlo por tu cuenta... —Me detuve y tomé una respiración profunda—. Es mentira, no lo entiendo. Si sientes que tienes que probar algo, no necesitas hacerlo solo. —Tensó la mandíbula y supe que había tomado una decisión. No había nada que pudiera hacer o decir para cambiarla. Crucé los brazos sobre mi pecho—. Para que sepas, creo que es estúpido.

Sonrió con diversión.

—¿Estúpido, eh? Estoy intentando ser tu caballero de brillante armadura.

—No soy una damisela en apuros y no necesito que me salves.

—Lo sé, nena, pero debo hacer esto. Por ti. Por mí. Por nosotros. Necesito luchar contra los dragones o nunca seré libre. —Me estaba pidiendo que intentara comprenderlo. Que esperara a que ordenara su vida.

—¿En qué momento la vida deja de ser una batalla?

—Cuando ganan los buenos.

Estudié su rostro bajo la luz tenue de la entrada y le deseé buena suerte en silencio antes de entrar al vestíbulo.

—Si necesitas que alguien pelee esta batalla contigo, sabes dónde encontrarme.



Lies

emery rose

for
Paradise
BOOKS

—En la esquina de Cabrona y Enana —gritó a mis espaldas.

Qué gracioso. Le mostré el dedo medio mientras subía las escaleras y lo oí reír, la puerta cerrándose con llave detrás de él.

BEAUTIFUL #2
Beautiful

Connor

—Eso huele bien —dijo Keira, entrando a la cocina. Acababa de bañarse, su rostro desprovisto de maquillaje, usaba pantalones de pijama y una camiseta de la Universidad de Miami. Se sentó en un banco de la isla, enrolló de su cabello en un nudo y lo aseguró con un elástico que sacó de su muñeca. Keira había heredado la apariencia de su padre y los pómulos de su madre. Eran tan pronunciados que podías cortar diamantes con ellas. Se sentía extraño tenerla en mi espacio, sus artículos de tocador desperdigados en mi baño, sus maletas en mi habitación. Éramos extraños que compartíamos el mismo ADN y todavía me impresionaba que esta chica sentada en mi isla fuera mi hermana—. ¿Qué es?

—Una tortilla con pimientos, cebolla y queso. ¿Tienes hambre? —le pregunté. Alimentarla, por lo menos, era algo que podía hacer—. Puedes comer esta y haré otra.

—No, Ava y yo comimos empanadas.

Keira era muy delgada, tenía la contextura de una modelo. La vez que salimos a almorzar, pidió una ensalada y un agua demasiado cara.

—¿Comiste empanadas? —le pregunté, sin saber por qué me preocupaba su dieta o algo sobre ella—. Porque parece que no comes.

—Sí lo hago, estaba nerviosa contigo. —Abrí los ojos desmesuradamente. Parecía demasiado osada para sentirse nerviosa por algo—. Creí que era una cita, ¿de acuerdo? Y nunca... bueno, nunca había ido a una cita.

Le di la espalda y me encargué de mi tortilla, sintiendo un poco de culpa. Tenía solo diecinueve años entonces, pero me resultaba difícil creer que nunca había tenido una cita. No es que le faltaran candidatos, de eso estaba seguro.

—¿Qué ocurre entre tú y Ava?

Deslicé la tortilla en el plato, tomé un tenedor del cajón y me senté en la isla frente a Keira. No había comido desde el desayuno, así que inhalé la comida, sin responder su pregunta. Estaba actuando como un idiota, pero

la aparición de Keira no había sido exactamente una buena agradable sorpresa, y seguía intentando aceptarlo.

—Mis padres están en las Islas Caimán. No regresarán hasta el martes, no saben que estoy aquí. Me fui ayer después que ellos se marcharan y conduje durante dieciocho horas.

Seguí comiendo, asimilando la información que me acaba de dar. Si hubiera querido desaparecer, robarse el Porsche de su padre no hubiese sido el mejor plan.

—Es solo temporal, no me quedará mucho tiempo.

—A juzgar por todas las maletas que trajiste, parece que planeas quedarte bastante tiempo. —Tate tuvo que traer las maletas de Keira en su camioneta. Cómo pudo meter todo eso en el maletero del Porsche todavía era un misterio, pero parecía que había empacado todas sus pertenencias. Los logos de sus maletas coincidían con los de su bolso. No sabía una mierda sobre diseñadores, pero incluso yo reconocía a Louis Vuitton.

—Me quedará en Brooklyn, no regresaré a Miami. Solo quería decir que esta convivencia es temporal. Hasta que encuentre un trabajo y un departamento.

Engullí el resto de los huevos, dejé el plato en el lavabo y tomé una botella de agua del refrigerador.

—¿Agua?

—Sí, gracias.

Tomé una botella, la coloqué frente a ella y me apoyé en la encimera, dándonos mucho espacio y una isla entremedio.

—Entonces... ¿qué quieres saber? —instó—. Pregúntame lo que sea.

Su rostro estaba abierto, como si no tuviera nada que ocultar. Tan diferente a mi madre, que no era un libro abierto y a Ronan, que era un maldito hijo de puta retorcido.

—Cuéntame sobre tus padres.

Asintió como si esperara esa pregunta.

—Mi madre odia los conflictos. No le hace preguntas a mi padre sobre sus negocios porque sabe que no le gustarán las respuestas. —Arqueé las cejas. Quizá Keira sabía más de lo que sospechaba—. Lo adora y él a ella. Mientras crecía, a veces me sentía como la tercera en discordia. Como si no hubiera suficiente espacio para mí. —Se encogió de hombros y dejó que una cortina de cabello cayera sobre su rostro para enmascarar su dolor—. No es la clase de amor que quiero, pero es asunto de ellos.

—¿Y ella hace todo lo que él diga? —Por algún motivo, todavía tenía la mínima esperanza de que mi madre... *nuestra* madre... no fuera una mujer fría y sin corazón, aunque las pruebas demostraban lo contrario.

—Sí. Tiene mucho miedo de perderlo. Mi padre no es bueno para compartir. Cree que le pertenecemos.

Eso no me sorprendió.

—¿Qué piensas de él?

—Amo a mi padre. Siempre era a quien acudía cuando era pequeña. De los dos, era quien me hacía sentir más amada —comentó—. Aunque te cueste creerlo.

Sorpresivamente, no lo hacía. Enseguida me había dado cuenta que Maggie y Keira eran la mayor debilidad de Shaughnessy. Las amaba, a su manera enferma y retorcida, y haría lo que fuera para protegerlas.

—Cuando era niña, pensaba que mi padre era una especie de Dios y mi madre era la mujer más hermosa del mundo —dijo—. Apesta crecer y darte cuenta que son humanos y defectuosos. Es como descubrir que Santa Claus no existe.

No lo sabría. Cuando era pequeño, mi padre siempre había sido el malo y mi madre estaba fuera del mapa.

—Durante toda mi vida, viví en un cascarón. Imagina mi sorpresa cuando descubrí que los niños normales no tenían un gigante cuidándoles la espalda e informando cada uno de sus movimientos. —Se encogió de hombros—. Me enseñó a ser más ingeniosa —agregó, con un brillo perverso en sus ojos.

No estaba seguro si quería saber a qué se refería Keira Shaughnessy con la palabra “ingeniosa”. Esos “gigantes” probablemente se mantenían ocupados cuidándola.

—Tu turno. ¿Cuál es tu historia? De verdad.

Entrecerré los ojos y me pasé la lengua por el labio inferior, debatiéndome sobre qué podría contarle. Demonios. Un nuevo y mejorado Connor. Sin secretos. Sin mentiras.

—Soy un adicto a las drogas en recuperación. A la heroína.

Ladeó la cabeza y estudió mi rostro por un momento, sin sorprenderse demasiado con mi declaración. Al igual que Killian, Keira había dominado el arte de ocultar sus emociones detrás de una máscara.

—Hace cuánto tiempo que estás limpio?

—Desde un mes antes de conocerte.

Arqueó sus cejas perfectas.

—¿Entonces por qué pasabas el tiempo con narcotraficantes en Miami?

—¿Cómo sabes eso?

—Sé mucho más de lo que la gente cree.

—¿Fuiste tú quien les dijo a esos matones donde encontrarme? —le pregunté, observándola. Dudaba que fuera a flaquear, pero incluso los mejores mentirosos hacían gestos

—¿Los que entraron a tu casa?

—No entraron, vinieron a buscarme.

Negó con la cabeza.

—No le conté a nadie sobre ti. Al principio, me mortificaba haber entendido mal. Por lo general soy buena para leer a las personas. Estaba tan intrigada que puede ser que te haya acechado algunas veces. —Se encogió de hombros—. Pero soy la hija de mi padre, y sé cuándo mantener la boca cerrada. —Sostuvo mi mirada y supe que decía la verdad.

Todavía no confiaba en ella, pero le creía.

—¿Mi padre tuvo algo que ver con eso? —me preguntó.

—Tuvo todo que ver con eso. —¿Qué demonios tenía que perder? Le conté la misma historia que le había contado a Ava. Después de guardármelo por tanto tiempo, ahora cantaba como un canario.

—Me gustaría poder decir que me sorprende —dijo cuando terminé de hablar—. Mi padre es un idiota. Debes haberte acercado demasiado a algo que no quería que vieras.

—Intenté acercarme a ti y a tu madre.

Negó con la cabeza.

—No te hubiese tendido una trampa por eso. Tiene que ser algo más. Los movimientos de mi padre son calculados. No deja que sus emociones gobiernen sus negocios y mantiene su vida compartimentada. Nunca deja que sus negocios se mezclen con su vida familiar. —Se mordió el labio inferior y entrecerró los ojos, pensando—. Miami es una ciudad grande. Si solo sabías su nombre, ¿cómo lo encontraste?

Pensé en su pregunta. Cuando llegué a Miami, me tomé unos días para encontrar a Shaughnessy. Comenzaba a pensar que era una pérdida de tiempo y que Seamus debía estar demasiado borrado para saber de lo que hablaba. Había dejado escapar que él y Ronan habían crecido juntos en Hell's Kitchen, así que fui allí primero, intentando descubrir lo más que podía antes de dirigirme a Miami. Las personas ni siquiera se acordaban de él o hablaban, aunque descubrí que solía administrar un club nocturno, así que allí es por dónde comencé en Miami. Gradualmente, mi búsqueda

cambió. En lugar de un hijo queriendo reunirse con su madre perdida, me sentía más como un investigador privado intentando sacar los trapos sucios del elusivo Ronan Shaughnessy. No había registros públicos, transacciones de inmuebles, actas de matrimonio, nada. Cuando querías información, buscabas a las personas con lengua floja. Borrachos. Adictos. Personas que querían dinero rápido para satisfacer sus hábitos. Me pareció irónico que era un adicto en recuperación, recién salido de rehabilitación, y aun así obtuve información de un drogadicto.

—Te costará caro.

—Todavía no me has dicho nada. —Balanceé un billete de cien dólares frente a él.

—Con eso no compraré una mierda.

Me guardé el dinero y me alejé, sabiendo que vendría detrás de mí. Lo hizo. En ese momento, me enorgullecí de nunca haber vendido información por una dosis. Idiota.

—Muy bien. Muy bien. Dirige un club en South Beach.

—¿Cómo se llama el club?

—No lo sé. —Se rascó la cabeza—. Collins Avenue. Saliendo de la veintidós. Veintiuno, quizá. Es un club privado. Como Disneylandia para ricachones que obtienen lo que desean. Pero no es así como gana dinero.

—¿En qué anda? —Endulcé mi oferta con cincuenta dólares más para que el tipo siguiera hablando. Se lamió los labios, pensando en lo que podría comprar con ese dinero—. Disneylandia para adultos.

—Tú lo dijiste, anda en eso. Pero nadie hará nada al respecto. Tiene a mucha gente importante en su bolsillo y todos se benefician de ello. —Se inclinó más cerca y bajó la voz, miró para todos lados, paranoico de ser escuchado, aunque no había nadie más en la playa. Estaba tan cerca que podía oler el hedor de su aliento mientras hablaba—. Se dice que se alió con un traficante de drogas y armas. Se lleva una parte de las ganancias a cambio de seguridad. El traficante le sacó algo de dinero. —Alzó las manos—. No lo oíste de mí.

—¿Cómo se llama el traficante?

Negó con la cabeza y apretó los labios cerrados.

—No puedo decirlo. ¿Por qué te interesa tanto Shaughnessy? ¿Te follaste a la hija o algo? —Se rio, mostrando sus dientes amarillos.

—¿Tiene una hija? —le pregunté, asombrado—. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuál es su nombre?

Miró a la izquierda.

—Ya hablé demasiado. Dame mi dinero.

Le entregué el dinero y un paquete de goma de mascar de canela, que arrojé a la arena antes de alejarse para buscar su próxima dosis. Tomé varias respiraciones profundas, intentando refrenar la ansiedad y encendí un cigarrillo. Mi nueva adicción.

—Pregunté por ahí —dije. Ese drogadicto había sido el único que me dio información.

—Así es como te metes en problemas —dijo Keira.

Tenía razón. Los rumores se esparcían e, incluso en las grandes ciudades, los círculos eran pequeños.

—¿Qué es lo que haremos?

—Nosotros no haremos nada.

—Pero tienes un plan, ¿verdad?

Ladeé la cabeza y estudié su rostro.

—¿De qué lado estás?

—Del mío. Y del tuyo. Hice bien en venir aquí y no regresaré a Miami. Me quedaré. Esta es mi vida... no la de mi padre ni tampoco de mi madre... es mía. Y quiero vivir bajo mis propios términos. —Sonaba desafiante y me miró a los ojos, esperando que le cortara las alas. No lo haría. Keira y yo teníamos mucho más en común de lo que había sospechado.

No sabía cuándo había decidido que ella merecía un pasaje a la libertad y felicidad, o que mi misión ahora era ayudarla a obtener eso, pero lo había hecho.

—Si eso es lo que quieres, haré lo que sea para ayudar.

—¿De verdad?

Cuando nos conocimos, había sido un medio para llegar a un fin. Había esperado descubrir más sobre mi misteriosa madre. Le había dicho mi nombre verdadero y que era de Brooklyn y sabía, por la mirada en su rostro, que ella no tenía idea de quién era yo o de que estábamos emparentados. También podía decir que me encontraba atractivo, así que jugué con ella. Una parte de mí la odiaba, estaba resentido con ella porque tener a mi madre en su vida cuando Killian y yo habíamos sido abandonados. Pero ella no debía pagar por los pecados de su padre. Nada de eso era su culpa. Nuestra madre podía habernos abandonado, pero Keira quería formar parte de nuestras vidas y quería darle la oportunidad de hacerlo. Para ser sincero, me gustaba la idea de tener una hermana menor y, con el transcurso de esta conversación, había comenzado a agradarme como persona.

—De verdad. Entiendo lo que es necesitar un nuevo comienzo.

—Supongo que sí —dijo, sin una pizca de juicio en su rostro o en su voz—. ¿Cómo conoces a Tate? Solo aceptó ayudarme a bajar las cosas del auto gracias a ti.

—Es mi padrino.

Asintió.

—Parece un buen tipo.

La observé con sospecha, sabiendo muy bien que planeaba algo. Tate me dijo que había sido un estorbo, husmeando bajo el capó de su preciado Mustang, atiborrándolo de preguntas sobre su negocio. Le había sugerido que comprara autos deportivos y los restaurara a cambio de una ganancia.

—Parece como si quisiera dirigir el jodido lugar —gruñó—. Me pidió trabajo. Jamás en mi puta vida contrataría a una mujer como ella.

—¿Temes que te mandoneé? —bromeé.

—Ni siquiera dejaría que lo intentara.

Keira me sonrió brillantemente y me di cuenta que era la sonrisa que usaba para conseguir lo que quería. Sospechaba que muchos hombres caían por ella.

—Quiero trabajar para él —dijo, sin dar vueltas.

—Sí, me enteré.

—Quizás podrías hablarle bien de mí.

Sonreí y negué con la cabeza, pensando que nunca oiría el final de eso si él terminaba contratándola. Eché un vistazo a sus manos con manicura que envolvían la botella de agua.

—No me importa ensuciarme las manos —dijo, leyendo mi mente.

—Acabas de llegar aquí. Démosle un par de días. —Para ver si todavía sigues por aquí. Noté que no miró su teléfono ni una vez, así que asumí lo había dejado en Miami. Su padre probablemente había instalado dispositivos de rastreo en él.

Ella lo aceptó, pero sabía que el tema no había terminado allí.

—Ahora que estamos del mismo lado, ¿qué ocurre entre tú y Ava?

—Eres como un perro con un hueso.

—Soy persistente. Y curiosa. Y estamos emparentados.

—Emparentados, claro. Ava y yo nos estamos tomando un descanso. Estoy intentando reparar las cosas.

—Eres un buen chico, Connor.

—No siempre.

—A las chicas nos gustan los chicos un poco malos. De lo contrario, nos aburriríamos enseguida.

Su lógica estaba sesgada, pero apreciaba el esfuerzo.

—Te ama. Eso es obvio. ¿Cuál es el problema? —me preguntó, como si de verdad quisiera saberlo y mi respuesta le importara.

—Es complicado.

—Las mejores historias de amor siempre lo son. —Apoyó la barbilla en sus manos como si estuviera esperando que le contara toda la historia. No teníamos tanto tiempo.

—¿Alguna vez estuviste enamorada? —interrogué, esperando que se riera en mi cara o me dijera que no, si lo que había dicho de las citas era cierto.

—Yo... amo a alguien. Pero nunca podría funcionar.

—¿Por qué no? —Sospechaba que estaba relacionado con los asuntos de su padre.

Cerró un ojo, como si intentara descifrar cuánto podría contarme.

—Trabaja para mi papá.

—Anthony —dije, adivinando. Anthony había sido el chofer de Ronan y, por lo que sabía, su mano derecha. Era callado, estaba a mediados de los treinta, si tenía que adivinar, había sido militar. Un escalón más arriba que otros soldados de infantería de Ronan. Anthony era un solucionador. Su trabajo había sido deshacerse del cuerpo de Marco, pero no lo mencioné.

—Sí, Anthony.

Ahora yo estaba intrigado.

—¿Es recíproco?

—Si el amor fuera un concurso, él ganaría. Lo he amado desde que tenía... doce años. Quizá incluso antes de eso. Cuando cumplí dieciocho, pensé que tal vez tendríamos una oportunidad. Qué ilusa. Nunca podríamos estar juntos. En especial ahora...

—¿Por qué viniste a Brooklyn? —pregunté, sabiendo que había algo más que los separaba, además de la distancia.

Me sonrió tristemente.

—Anthony me ama, pero no está *enamorado* de mí. Ante sus ojos, siempre seré la hija de mi padre, la persona que quiere proteger. Nunca cruzaría la línea para algo más, pero eso nunca me detuvo de tener esperanzas. Quizás tengo que dejarlo ir. Porque si amas demasiado a alguien, quieres lo mejor para esa persona. Pero a veces... cuando encuentras a la persona correcta, tienes que sujetarla con fuerza y nunca

dejarla ir. —Me dio una mirada sagaz y supe que la última oración iba dirigida a mí.

—No recuerdo haberte pedido un consejo.

—No lo hiciste, pero lo hice igualmente.

—Qué generoso de tu parte.

Keira rio.

—Ya que estamos en todo esto de ser honestos... lo que refrescante, por cierto... yo también te estaba usando. Cuando nos conocimos, estaba intentando encontrar a un chico de mi edad. Alguien que no estuviera prohibido. Creí que eras el candidato perfecto. —Agrandó los ojos—. Guau, le erré. Debo ser un imán para el amor prohibido.

Ambos reímos con eso. Toda esta situación era tan disparatada que solo podía reír.

—¿Killian y tú se parecen? —me preguntó un rato después, mientras acomodaba el sofá donde había dormido.

Killian. Mañana a la mañana, tenía que contarle las novedades. Eso sería divertido. Pensé en su pregunta por un minuto.

—Nos parecemos mucho, pero ahí es donde terminan las semejanzas. Somos muy diferentes.

Después de que me dejara solo en la sala, la puerta de la habitación cerrándose detrás de ella, me pregunté qué tan cierto era eso. Killian era duro en el exterior y ocultaba mejor sus emociones, pero sospechaba que sus sentimientos eran tan profundos como los míos. Él lidiaba con ellos de manera diferente.

Antes de dormirme, imaginé a Ava como lo hacía cada noche, esperando que ella me visitara en sueños. Nunca lo hacía. Era un idiota por pedirle que me esperara. Quizá debería haberme aferrado a ella y no dejarla ir. Pero no quería que luchara mis batallas por mí y se ensuciara con mi mierda. Necesitaba hacerlo por mi cuenta y demostrarle que podía ser la clase de hombre que necesitaba. Sabía por qué no me había dicho lo que hizo Jake Masters. Había intentado protegerme de la verdad. Desde esa noche cuando teníamos dieciséis años y Seamus nos hizo una visita, la misión de Ava había sido “arreglarme”. Había creído que su amor sería suficiente para salvarme y, en un mundo ideal, lo habría sido. Pero no vivíamos en un mundo ideal. Y su amor no podía competir con mi búsqueda de autodestrucción. Ya no quería estar roto. No quería que ella recogiera los pedazos. Se merecía más que eso.

Connor

—¿De qué necesitabas hablarme? —me preguntó Killian, tomando la taza de café negro de cartón que le entregué mientras caminábamos hacia el final del muelle en Transmitter Park. A esta hora temprana, lo teníamos para nosotros—. ¿Necesitas consejos sobre relaciones?

Eso era gracioso. Antes Eden, Killian nunca había tenido una relación. Habían sido relaciones de una noche y encuentros casuales para él.

—¿Ahora eres un experto?

—Sí. —Se rio, reconociendo el humor de esa declaración—. ¿Tú y Ava están bien?

—Tenemos algunas cosas que resolver.

—Huh.

—¿Qué tal el Día de Acción de Gracias? —pregunté, en parte porque no quería hablar de Ava, pero también porque me importaba.

—Bien. Deberías venir con nosotros el año que viene.

—Sí. Tal vez. —Miré fijamente las agitadas aguas del East River, preparándome contra el frío viento mientras me estrujaba el cerebro para encontrar las palabras adecuadas. A la mierda. No había palabras correctas. O me apoyaba o se alejaba y me dejaba fuera—. Necesito contarte lo que realmente pasó en Miami.

—No me vengas con esta mierda. No otra vez. —Se dio vuelta para irse.

Le agarré del brazo para impedir que se fuera.

—Necesitas quedarte y escuchar.

Entrecerró los ojos ante algo a lo lejos, con la mandíbula apretada, pero le solté el brazo y se quedó. Repetí la historia que le había contado a Ava anoche sobre la noche que fui a ver a Seamus.

—...me dijo que había tenido una aventura, me dio el nombre del hombre, y dijo que vivían en Miami.

Killian me niveló con una mirada dura.

—¿Por qué no me dijiste nada de esto?

—Quería encontrar una manera de compensarte. Después de todo lo que hiciste por mí...

—¿Pensaste que alimentarme con más mentiras, guardar secretos, era la manera de compensarme? —preguntó incrédulo.

—Pensé en ir allí, encontrarla, y que ella me dijera que quería ser parte de nuestras vidas. Pensé que sería capaz de llamarte y decirte: Oye, encontré a nuestra madre. Baja. —Sonaba ridículo y tan ingenuo ahora, pero en ese momento creía que estaba haciendo algo digno. Haciendo realidad una promesa que había hecho hace muchos años.

—Joder, Connor. Yo habría ido contigo. Podríamos haberlo hecho juntos. —Parecía más herido que enfadado—. ¿La has visto?

—Una vez. Brevemente. —Imaginé a la mujer que ni siquiera recordaba. Todavía era hermosa, con cabello oscuro y brillante y los mismos ojos azules que Killian y yo habíamos heredado de ella—. Ella dijo que era agradable verme de nuevo, pero había pasado mucho tiempo y ahora tenía una nueva vida.

Vi el dolor en el rostro de Killian antes de que la cerrara y apretara la mandíbula.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que te dio?

Asentí, deseando poder decirle algo más amable, pero eso fue todo lo que obtuve de la mujer. Eso, y su petición de no decirle a Keira quién era yo. Era obvio que estaba más interesada en proteger a su hija que a sus hijos. Había elegido a su segunda familia en vez de la primera, pero no entendía por qué necesitaba mantenernos en secreto. No entendía nada de eso y había dejado de intentar averiguarlo. Algunas cosas no valían la pena el esfuerzo.

—Siempre pensé que Seamus abusaba de ella... que estaba asustada —dije—. Tal vez la amenazó y por eso tuvo que dejarnos atrás.

—No lo sé —dijo Killian, frotándose la nuca—. No tengo ningún recuerdo de ello. Pero una vez la encontré con otro hombre. Me pidió que mantuviera la boca cerrada.

Dejé salir una risa dura. Tantos secretos y mentiras. ¿Cuándo terminaría? Me reconfortaba el hecho de que Killian seguía a mi lado y no se había marchado.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Ronan Shaughnessy. Es dueño de un club nocturno. Entre otras cosas —le dije—. Me tendió una trampa. Nunca compré esas drogas. La

policía irrumpió en mi habitación de motel y encontró convenientemente drogas en mi bolso.

—No compraste las drogas —dijo, fijándome con una mirada.

—No. —Mantuve su mirada hasta que vio que yo estaba diciendo la verdad. Dejé fuera la parte de cómo me habían "coaccionado" para que cooperara con ellos.

—¿Por qué? ¿Por qué haría eso? —La frente de Killian se frunció, tratando de inyectar lógica a una situación que la desafiaba.

—Me advirtió que me mantuviera alejado de Maggie —dije, usando el nombre de nuestra madre. No se merecía el título de madre—... y de su hija Keira. Pero no le escuché. —Jugué con fuego y me quemé.

—Su hija... —Podía ver las ruedas de su cabeza girando, tratando de juntar las piezas del rompecabezas.

—Keira es nuestra hermana.

—¿Qué demonios? —preguntó, su rostro mostrando la conmoción.

Le di a Killian unos minutos para procesar toda esta información. Era mucho para asimilar de una sola vez. Killian era normalmente agudo. No se le pasaba mucho, así que me sorprendió que se creyera mi historia de que me habían atrapado por hierba y éxtasis. Si hubiera comprado drogas, no habría sido una bolsa de diez centavos y algunas drogas de club. Sin mencionar que el Miami Vice tenía cosas más importantes que hacer que atrapar a un novato por marihuana.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiuno en enero.

Hizo los cálculos en su cabeza, llegando a la misma conclusión que yo. Nuestra madre debe haber estado embarazada de Keira cuando nos dejó.

—Joder —dijo, y luego lo dijo tres veces más por una buena medida, reducida a la única palabra que encajaba en esta situación—. ¿Por qué te tendió una trampa Shaughnessy?

Porque podía.

Metí la nariz en sus asuntos. El traficante de drogas con el que me puse cómodo lo había fastidiado. Los policías que me arrestaron... deben haber estado en la nómina de Ronan. Reventaron el almacén donde Marco, el traficante, guardaba sus drogas y armas y mataron a Marco. Los hombres de Ronan limpiaron el desastre y confiscaron un montón de coca y armas. Y me concedieron mi libertad—Dejé salir una risa amarga. La ironía de todo esto. La libertad era un mito. Mi pecho se apretó y lo froté, tratando de aliviar la culpa—. Shaughnessy no me había necesitado. Ya sabía cómo llegar a Marco. Solo es un enfermo y retorcido hijo de puta que me usó como peón en su juego. Y eso es lo que fue para él. Un juego.

—Maldita sea —murmuró Killian.

—Shaughnessy me prometió mi seguridad a cambio de volver a Brooklyn y mantener la boca cerrada sobre todo lo que pasó allí.

—Podrías haberme dicho esto cuando regresaste el año pasado —dijo Killian—. Yo habría...

—¿Habrías qué? —le pregunté, sabiendo exactamente cómo respondería.

—Habría bajado a la maldita Miami y me habría ocupado de ello.

Sacudí la cabeza.

—Por eso no te lo dije. ¿Qué hubieras hecho? ¿Pegarle una paliza? ¿Reunir a todos los hombres que trabajan para él? ¿Los policías encubiertos? ¿Seguridad? Es un criminal con un traje caro y con suficiente dinero y poder para conseguir lo que quiera en esa ciudad.

Killian consideró esto por un minuto.

—¿Por qué no fuiste a la policía... policías honestos... y reportaste su trasero?

Sí, eso sonaba fácil. ¿Por qué no lo hice?

—En ese momento, pensé que era más inteligente mantener la boca cerrada. ¿Quién habría creído la palabra de un drogadicto? Shaughnessy tiene conexiones en Miami... —Dejé que mi voz se desviara. Killian lo entiende ahora. Pude ver en su cara que me creía.

Anoche, antes de ir al garaje de Tate a ver a Ava, le conté a Deacon Ramsey toda la historia. Cada detalle que había dejado fuera en mi declaración. Confié en Ramsey más de lo que nunca había confiado en Seamus. Ramsey había creído en mi historia y no me había tratado como si yo fuera poco fiable o un mentiroso por mi pasado y por eso el hombre tenía mi eterna gratitud. Como Miami estaba fuera de su jurisdicción, necesitaba ir a los federales con mi historia. Lo cual planeaba hacer hoy. Le conté a Killian mi plan y él asintió con la cabeza para aprobarlo.

—Bien. Iré contigo. Iremos...

—No. Escucha... agradezco el apoyo. —No estaba seguro de cómo esperaba que Killian reaccionara a mi confesión, pero no esperaba este tipo de apoyo. Quizás debería haberle dado más crédito—. Pero necesito hacer esto por mi cuenta. Es otra cosa que tengo que hacer para enmendar las cosas.

Se quedó en silencio durante unos segundos y esperé a que aceptara.

—Está bien.

—Bien.

—¿Por qué se tomó tantas molestias Shaughnessy para alejarnos de ella?

No estaba seguro de si hablaba de nuestra madre o de la hermana de la que nunca supimos nada. De cualquier manera, la respuesta fue la misma.

—¿Por qué alguien hace lo que hace? ¿Por qué Seamus te dio una paliza? ¿Por qué el padrastro de Nico golpea a su madre? Tal vez los tipos como ese se excitan haciendo daño a la gente. Tal vez son tan inseguros que necesitan ejercer su poder para hacerlos sentir como hombres. —Sacudí la cabeza—. No podría ni siquiera empezar a decirte por qué la gente hace lo que hace.

—Este año pasado... pensé lo peor de ti.

—Tenías todo el derecho.

Sacudió la cabeza.

—Has pasado por mucho.

—Todos lo hemos hecho —dije.

—Deja de ser tan jodidamente razonable.

Me reí a carcajadas. Rara vez me acusaron de ser razonable.

—Escucha... si hubiera pensado que esos tipos vendrían a la casa, nunca habría dejado que Eden se quedara conmigo. No creo que Shaughnessy los haya enviado. Sospecho que eran traficantes callejeros de bajo nivel que fueron estafados con algo de dinero. Pero siento mucho que tú y Eden se hayan visto envueltos en eso. No tienes ni idea de cuánto lo siento.

Asintió, con una expresión pensativa. Libre de mis mentiras y secretos, sentí que parte de la carga se me quitaba de los hombros. Las disculpas eran solo palabras, pero podía decir que él sabía que las decía en serio.

—Lo sé. Pero deberías haber...

—Se lo dije a Seamus —dije, sabiendo que era a donde se dirigía con esto. Killian me había dicho una vez antes que si se lo decía a Seamus, podría haber puesto a sus mejores hombres en el caso para protegerme. Y una mierda. Lo sabía mejor—. Le dije todo tres días antes de que esos tipos aparecieran en nuestra casa.

La cara de Killian registró conmoción y por unos momentos de aturdimiento, no dijo nada.

—Maldito Seamus. Lo sabía... y no hizo nada para ayudar.

Todo estaba ahí fuera ahora. Toda la fea verdad. Por alguna razón, Killian siempre se aferró a la creencia de que había una pizca de decencia

en Seamus. Tal vez porque lo conocía antes de que empezara a beber. Antes de que nuestra madre se fuera y Seamus comenzara a golpearlo. Siempre había pensado que Seamus era un buen policía, y Killian estaba agradecido de haber venido a rescatarnos esa noche. Ahora le había mostrado la historia bajo una luz diferente y no sabía qué pensar. Bienvenido al maldito club.

—¿Te sientes mejor sabiendo la verdad? —le pregunté.

—Tú fuiste quien me mostró lo importante que es enfrentarse a la verdad —dijo—. Fuiste tú quien se enfrentó a Seamus por lo que había hecho.

—Según recuerdo, no estabas muy contento con eso. —No mucho después de que regresé de Miami, le abrí la puerta a Seamus. Me golpeó por los viejos tiempos y luego exigió saber dónde había estado los últimos cinco meses. Pude ver por su cara que no recordaba haber confiado en mí. Eden y Killian habían estado arriba, y Killian había bajado, una vez más tratando de protegerme, pero yo había decidido que era hora de airear nuestros trapos sucios. Killian estaba furioso conmigo y más furioso aún porque Eden lo había escuchado.

—Era lo correcto —dijo Killian—. Siempre has sido bueno enfrentándote a la verdad.

Lo miré como si tuviera tres cabezas.

—Siempre estaba mintiendo.

—No sobre las cosas que realmente importaban. Saldremos de esto —dijo Killian—. No te decepcionaré. No otra vez.

—Nunca me decepcionaste.

—Te quité tu poder. Te envié al armario. Te alejé. Te menosprecié como lo hizo Seamus.

Aflojé mi mandíbula, no estaba seguro de qué decir sobre esta inesperada confesión. Me imaginé a mí mismo a los seis, siete, ocho... escondiéndome en el armario, con las manos cubriéndome los oídos, tratando de bloquear el sonido de Killian recibiendo una paliza. Con cada puñetazo que recibía, un pequeño trozo de mí se rompía hasta que tenía tantas grietas y fisuras en el interior que no podía remendarlas. Ese enorme agujero dentro de mí se hizo más grande, más grande que el maldito Gran Cañón. Recordé esa sensación de impotencia. La culpa que se deslizó en mi propia inutilidad para detener el abuso o ayudar a Killian. Y las palabras de Killian que yo había bloqueado, resonaron en mi cabeza.

—¿Qué carajo te pasa, Connor? Tenías todo, pero lo tiraste a la basura. Todo lo que hice fue para protegerte y ¿para qué? Entonces, ¿podrías matarte con drogas? Las drogas son para los malditos perdedores. ¿Quieres ser un perdedor toda tu vida?

—¿Por qué todo es mucho más difícil para ti, Connor? Tengo mi propia mierda con la que lidiar. No necesito tu mierda.

Y luego el día que me dejó en rehabilitación.

—Organízate. Estoy cansado de limpiar tus desastres. Si vuelves a las drogas después de esto, he terminado contigo. ¿Entiendes?

—Hiciste lo mejor que pudiste —le dije porque era verdad. Éramos solo dos chicos tratando de encontrar la salida de una situación de mierda lo mejor que podíamos—. Siempre estuviste ahí para mí. Me pateaste el trasero cuando lo necesitaba. No juguemos al juego de la culpa. Pierde la culpa. Soy el capitán de mi propio maldito barco. El amo de mi alma... y de toda esa mierda.

Entrecerró los ojos en la distancia, tratando de aceptar un pasado que no podíamos arreglar o cambiar. Sin embargo, habíamos recorrido un largo camino. Hace cinco años, incluso hace un año, nunca habiéramos podido tener esta conversación.

—Esta hermana nuestra... Keira —dijo, probando el nombre—. ¿Cómo es ella?

Estaba a punto de lanzarle la siguiente bomba.

—¿Listo para conocerla? Ella está aquí.

—¿Aquí? ¿En Brooklyn? ¿Por qué demonios me estoy enterando de esto ahora?

—Ella llegó ayer. Fue una sorpresa.

—Imbécil —dijo, dándome un puñetazo en el brazo, no tan fuerte como para herirme. Le devolví el puñetazo y luego los dos nos reímos como idiotas mientras caminábamos hacia la cafetería donde Keira nos estaba esperando.

Había recuperado a mi hermano y, por primera vez, sentí que estábamos en igualdad de condiciones. Toda mi vida, me sentí como si hubiera estado viviendo a su sombra. Siguiéndole la pista. Había sido más grande que la vida. El más fuerte. El más valiente. El que Seamus amaba más, a su manera enferma y retorcida. Seamus había respetado a Killian, había estado orgulloso de su carrera de MMA. Siempre me recordó que Killian había hecho algo de su vida mientras yo era la mierda, la triste excusa de un hijo. Pero era hora de dejarlo todo atrás. Para iluminar esos malos recuerdos para que ya no tuvieran el poder de destruirme.

—Pareces nervioso —dije, notando la forma en que Killian se frotaba la nuca.

—Nervioso —se burló.

Me reí en voz baja. Nunca lo admitiría, pensando que era una debilidad. Algunas cosas nunca cambiaban. Entramos en la cafetería y sacudí la barbilla en dirección a Keira.

—Jesucristo. ¿Es ella? —Asentí. Esa era ella. La había dejado hace veinte minutos y ya estaba siendo abordada por un hípster barbudo. Por la expresión educada de la cara de Keira, me di cuenta de que este tipo no tenía ninguna oportunidad en el infierno.

—Otra mujer de la que preocuparme —murmuró Killian.

Me reí. Tenía la loca idea de que todas las mujeres de su vida necesitaban su protección. La mayoría de las veces, eran más que capaces no solo de cuidarse a sí mismas sino de patearnos el trasero. Tenía la sensación de que Keira encajaría perfectamente con Ava y Eden. Era una fuerza a tener en cuenta.

—Tendrás que meterla en una de tus clases de Krav Maga. Enséñale a patear a los chicos en las bolas.

Killian se rio.

—Me enteré de eso.

—Me alegra que te diviertas —murmuré lo que solo le hizo reír más.

Keira levantó la vista cuando nos detuvimos en su mesa. Killian frunció el ceño al tipo del asiento de enfrente y sacudió la barbilla, indicando que el tipo debería salir corriendo por la puerta. A veces era un dolor en el trasero. No sabía cómo lo aguantaba Eden.

—Gracias por hacerme compañía —le dijo Keira al tipo—. Mis hermanos están aquí ahora.

Hermanos. Las cejas de Killian subieron un poco.

El tipo escribió su número en una servilleta de papel antes de dejar su asiento.

—Llámame. Pasaremos el rato. Puedo mostrarte los alrededores de Brooklyn.

—Suenas bien —dijo Keira, dándole una deslumbrante sonrisa que yo sabía que era falsa. También sabía que el tipo nunca recibiría una llamada.

—Encantada de conocerte, Gracie.

Killian me miró de reojo. Me encogí de hombros y giré una silla, a horcajadas mientras Killian se sentaba en el asiento frente a Keira.

—Vaya. Killian. Me moría por conocerte. Esto es un poco raro, ¿verdad?

—Sí, lo es. —Se veía muy incómodo y yo reprimí una risa mientras se pasaba la mano por el cabello y se agarraba el labio superior entre los

dientes, tratando de decir algo, pero estaba totalmente perdido. Su mirada se posó en la taza que tenía delante de ella y estaba a medio camino de su silla antes de que le preguntara si quería otro café.

—No, gracias. Estoy bien. —Killian se acomodó en su asiento y Keira le dio una sonrisa que yo sabía que era genuina y que lo tranquilizaría. Apoyó sus codos en la mesa y apoyó su barbilla en sus manos, su rostro un libro abierto como anoche. Lo cual fue sorprendente, considerando la forma en que había sido criada—. Entonces... ¿qué quieres saber?

Una hora más tarde, dejamos la cafetería, la incomodidad inicial un recuerdo lejano. Era extraño lo rápido que nos habíamos unido. Lo fácil que era hablar con Keira. Pero habíamos patinado alrededor del elefante en la habitación y ahora estaba a punto de delatar a su padre. No sabía si el FBI se interesaría en mi historia, si la creerían o si se molestarían en investigarla. Esa era la fe que ponía en el sistema de justicia criminal. Sin embargo, iba a cumplir la palabra grabada en mi pecho y esta vez no sentí ningún remordimiento.

—Oye Connor —dijo Keira, acercándose a mi moto mientras me subía a ella. Killian estaba de pie a unos metros, hablando con Eden en su celular, y esperando para acompañar a Keira a su gimnasio.

—Sobre mi padre... ¿cuál es tu plan?

Podría mentir, pero no lo haría.

—No busco venganza, pero espero que se haga justicia.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—Puede que te veas obligada a elegir un bando.

—Me elijo a mí, como te dije anoche. —Su voz sonó con convicción y reconocí la testarudez de su mandíbula obstinada.

—Voy al FBI.

—Extiende tu mano —dijo, sacando algo del bolsillo de sus vaqueros. Estaban tan apretados que era una maravilla que pudiera meter la mano ahí.

Extendí mi mano y ella colocó un pendrive en mi palma.

—¿Qué es esto?

—Un regalo.

—¿Qué hay aquí?

—Munición extra. Suficiente para encerrarlo. Son cosas de cuello blanco. No hay ningún mapa del tesoro que lleve a los cuerpos enterrados —susurró, tratando de hacerlo pasar por una broma.

—¿De dónde sacaste la información?

Sacudió la cabeza, sin querer decírmelo. *Anthony. Si el amor fuera un concurso, él ganaría.*

—No importa. No es un truco. La información es real.

Killian y yo intercambiamos una mirada antes de que mi mirada se fijara en Keira.

—¿Estás segura de esto? —Sostuve el pendrive entre el pulgar y el índice, dándole la oportunidad de cambiar de opinión. El pedazo de plástico que tenía en mis dedos era liviano como una pluma, soportando el peso de todo lo que me había dado. Aunque el FBI no creyera mi historia, les encantaría tener en sus manos este tipo de información. Sospeché que Ronan hizo parte del lavado de dinero. ¿Quién demonios sabía? Tal vez solo era evasión de impuestos. Todos los mejores criminales fueron detenidos por eso. Pero había una razón para que Keira no entregara esta información, y en su lugar me la dio a mí. Culpa—. ¿Puedes vivir con esto? ¿Serás capaz de dormir por la noche?

Quería que lo pensara bien antes de salir de la acera y entregar la información. Si ella tenía razón y había suficiente evidencia para encerrarlo, tendría que aceptar la responsabilidad de sus acciones.

—Dijiste que querías justicia, no venganza. Quiero ayudarte a conseguirla. Y necesito hacer esto por mis propias razones. Por mí y por mi madre. No es que ella lo vea de esa manera. Pero la ha estado controlando durante más de veinte años. No puedo seguir fingiendo que mi padre es uno de los buenos. Todo lo que hace es para su propio beneficio. Incluso su amor tiene un precio. Exige nuestra lealtad incondicional y trata de mantenernos encerradas en una torre de marfil. Lástima que me haya cansado de jugar con sus reglas hace mucho tiempo.

Actuó con dureza, pero me pregunté cuánto le había costado entregar información sobre su propio padre, un hombre al que amaba a pesar de las cosas que había hecho. Una vez que me decidí, me embolsé el pendrive. El tiempo se agotaba y si Shaughnessy no sabía ya que Keira estaba en Brooklyn, no tardaría en enterarse.

29

Ava

Una vez más, estaba recibiendo mi información de Eden. El padre de Keira había sido arrestado y Connor fue quien entregó la información al FBI. Ella me lo dijo en privado. No era algo que nos sintiéramos cómodas discutiendo frente a Keira. Tiré la corteza de pizza en la caja y tomé un trago de cerveza, mirando las luces del gran árbol de Navidad de Eden y Killian. La semana pasada fueron a Pensilvania para cortarlo y transportarlo en el techo de su Range Rover. Si es posible, era más grande que el árbol del año pasado lo que era decir mucho. Mis ojos se fijaron en los lienzos apoyados contra la pared, cubiertos de papel marrón, listos y esperando ser colgados mañana para la exhibición. Connor había venido algunas mañanas esta semana y él y Eden habían estirado sus lienzos en marcos, o eso me habían dicho.

Eden sacudió mi brazo con su dedo índice.

—Ouch —me quejé, frotando mi brazo. Le devolví el gesto porque éramos muy maduras—. ¿Por qué fue eso?

—Esta es la mejor parte de la película. No quería que te la perdieras.

Rodé los ojos y Keira se echó a reír. El maratón de películas de Navidad, la cerveza y la pizza, había sido para Keira, quien le había confiado que nunca había tenido una noche de chicas. Ella nunca había tenido una fiesta de pijamas y Eden lo había encontrado demasiado triste para las palabras, así que aquí estábamos, tres películas, descansando en el sofá, viendo el final *Realmente Amor*.

—Se trata de los grandes gestos —dijo Eden mientras pasaban los créditos. Como si fuera una señal, Killian cruzó la puerta y Eden voló a través de la habitación y saltó a sus brazos como si no lo hubiera visto en años. Como si su amor todavía fuera nuevo y brillante. Quería que mi vida con Connor se viera así. Quería darle la bienvenida a casa. Quería compartir una casa con él, cocinar la cena con él, darle un beso de buenas noches y despertar con él por la mañana.

—Hola, rayo de sol —dijo antes de que su boca cubriera la de ella. Suspiré fuerte y giré la cabeza, así no tuve que presenciar su muestra

pública de afecto. Estaba celosa, y sucumbir a la autocompasión me hizo sentir pequeña, un mínimo histórico.

—Connor vendrá —me tranquilizó Keira, sintiendo que había estado pensando en él.

—Te has acercado —dije, pensando que estaba mal de mi parte sentir pena por mí misma, considerando lo jodida que era su vida. Pero Eden me había dicho que Keira y Connor pasaban mucho tiempo juntos, a pesar de que ahora se estaba quedando en la habitación libre de Killian y Eden. Supongo que Connor se había convertido en un visitante habitual aquí.

Sonrió.

—Sí, es un buen tipo. —Su sonrisa se desvaneció.

—¿Tu mamá... has tenido noticias de ella? —le pregunté. Su madre era un tema delicado y me fue difícil preguntar por ella sin dejar que el resentimiento se deslizara en mi voz.

Sacudió su cabeza.

—No. Pero no estoy sorprendida. Dudo que alguna vez me perdone.

—¿Perdonarte por qué? ¿Por irte? —Sentí que todavía faltaba una parte de este rompecabezas.

—No. Por traicionar a mi papá.

—¿Cómo traicionaste a tu papá?

—Le di a Connor mucha información sobre él. Suficiente para encerrarlo.

Mis ojos se abrieron.

—Oh. No me di cuenta... vaya. ¿Él sabe que fuiste tú?

—Connor no le dijo al FBI dónde la consiguió, pero estoy segura de que mi padre podría resolverlo. Eso era lo correcto. Ha lastimado a mucha gente y necesitaba ser detenido.

—Fue algo valiente de hacer. Se necesitó mucho coraje —dijo Killian, uniéndose a nosotras, su brazo alrededor de Eden.

Keira dejó escapar un suspiro e intentó reunir una sonrisa. Me preguntaba si lamentaba haberlo hecho. Esperaba que no lo hiciera.

—¿Estás lista para ir a casa? —me preguntó Killian, girando su llavero alrededor de su dedo índice y luego capturando las llaves en su palma—. Te llevaré.

—De acuerdo, gracias. —Le di a Keira un abrazo, sintiendo que necesitaba tranquilizarla. De una manera extraña, todos éramos familia ahora: Keira, Killian, Eden, Connor, yo. Una familia disfuncional pero aun así... familia—. Todo estará bien. Estamos de tu lado.

—Gracias —dijo mientras la soltaba. Me despedí de Eden con un abrazo, agarré mi abrigo y mi bolso y seguí a Killian por la puerta.

Antes de que Killian le vendiera su parte del bar a Zeke, solía verlo todos los días, pero ha pasado un tiempo desde que estuvimos solos. No es que Killian haya sido un gran conversador. Pero solía compensar su silencio.

—¿Estás bien? —preguntó mientras salíamos del garaje subterráneo.

—Algo así. ¿Qué hay de ti? ¿Ahora que tienes una hermana? Eso debe haber sido una sorpresa.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro como si no pudiera creerlo.

—Un shock. Pero uno bueno. —Observé su rostro de perfil y sus labios se curvaron en una sonrisa. Había cambiado mucho, *para mejor*, pensé. Sus bordes se habían vuelto más suaves y sabía que mucho de eso tenía que ver con Eden, pero también sabía que había estado trabajando en ello.

—No estás enojado con Connor —le dije. Una declaración, no una pregunta. Eden ya me había dicho que Killian no estaba enojado.

—No. No lo estoy. Entiendo por qué no me lo dijo. No digo que me guste. Solo que lo entiendo.

—¿Lo hablaste con tu psiquiatra? —bromeé

Se rio entre dientes.

—¿Cuándo me puse tan patético?

—Cuando te enamoraste de Eden —bromeé—. Ella te arruinó. De la mejor manera.

—Sí, lo hizo. —Nos quedamos en silencio hasta que se detuvo frente a mi edificio—. Casi me alejé de ella el año pasado, pensando que era lo mejor que podía hacer por ella. Pensé que no la merecía. —Bajó la mirada a sus manos y las flexionó, sus palabras no dichas en voz alta en el silencio. Killian había matado a dos hombres, uno fue un accidente y el otro en defensa propia. Ninguno había sido culpa suya, pero eso no cambió el hecho de que tenía sangre en las manos o que le pesaba mucho.

—Tomaste la elección correcta —le dije—. Si hubieras dejado Eden, le habría roto el corazón. Y el tuyo.

Soltó un profundo suspiro.

—Sí. Tengo mucha suerte de tenerla en mi vida.

—Sí, la tienes. Pero ella también tiene mucha suerte. Creo que cualquier chica que se gane el corazón de un hermano Vincent es una chica con suerte.

Él no respondió y nos sentamos en silencio por unos segundos.

—Quería hablarte sobre algo. Connor donó el resto del dinero que heredó de Seamus a mi programa.

Eso no me sorprendió. Esperaba que lo hiciera, la verdad sea dicha. Connor nunca se había preocupado por el dinero, pero le importaban las buenas causas.

—También recibí una donación del padre de Zeke. Una donación considerable.

—Eso es genial.

—Sí lo es. Zeke me ayudó a establecerla como una organización sin fines de lucro. —Asentí, sabiendo esto—. Necesitamos a alguien que la maneje. Serías perfecta para el trabajo.

—¿Qué? ¿Yo? No sé nada sobre... ¿Qué implicaría este trabajo?

—Recaudación de fondos. Escritura de concesión. —Agitó su mano en el aire—. Zeke está preparando una descripción del trabajo. Cumples con todos los requisitos. No hay nadie a quien queramos más.

—Tengo un trabajo. Un trabajo que me gusta.

—Un trabajo en el que estás aburrida. Necesitas un nuevo desafío.

—¿Quién te dijo esto? ¿Connor?

—Connor. Y Zeke.

Abrí la boca para protestar, pero la volví a cerrar. Me sentía cómoda en Trinity Bar, pero Killian tenía razón. Ya no me desafiaba. Podía hacer el trabajo mientras dormía, pero esto parecía un gran trabajo y no sabía si tenía las habilidades.

—Killian, no soy corporativa. No creo que pueda hablar con peces gordos, ya sabes. Y ya ves cómo me visto...

—Es una organización sin fines de lucro para jóvenes en riesgo. Tus atuendos encajarán perfectamente.

Solté una carcajada y golpeé su brazo.

—No sé si puedo hacerlo.

—Ava. Tenías veintiún años cuando comenzaste a trabajar en el bar, ajustándolo a tu horario universitario y aun haciendo el trabajo. Construiste mi carrera en UFC. Debido a tus habilidades en las redes sociales, obtuve patrocinadores. Nunca lo habría hecho solo.

Eso era una mierda. Sus fanáticos lo amaban, y fue uno de los luchadores de UFC más populares de la historia. Pero sabía por qué hice eso por él. Era mi forma de decir *gracias*, así que no discutí lo que dijo.

—Piénsalo —dijo, refiriéndose al trabajo.

—De acuerdo.

—Te veré mañana por la noche. Si no vienes, Eden nunca te perdonará.

Me reí un poco.

—No hay presión entonces.

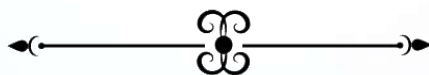
—Él te quiere allí. Te necesita. —Killian sacudió la cabeza—. Solo está siendo...

—¿Un cabeza hueca? Es de familia. Has tenido tus momentos.

—Sí, lo sé. —Se rio por lo bajo, su humor se desvaneció y su rostro se puso serio—. Dale algo de tiempo. Connor y yo... estamos tratando de aprender a ser buenos hombres —dijo, luciendo más vulnerable de lo que lo había visto. Se frotó la nuca y supe que le incomodaba exponerse así.

—No necesitan aprender cómo. Ustedes ya son buenos hombres. Cabezas huecas. Pero aun así... buenos hombres. El mejor tipo de hombres. —Abrí la puerta y salí de la camioneta—. Gracias por la conversación —dije antes de cerrar.

Levantó la mano y miró por la ventana. Sabía que seguiría vigilando hasta que yo estuviera a salvo adentro. Mientras subía las escaleras, pensé en la suerte que había tenido de tener a los hermanos Vincent en mi vida. Ambos habían estado allí para mí, de diferentes maneras, en diferentes momentos en que los necesite. Estaría allí mañana por la noche. No quería perder la oportunidad de ver a Connor recibir todos los elogios que se merecía. Sabía lo bueno que era su arte y sabía que todos los que entraran a esa galería también lo verían.



Connor

Las luces del árbol de Navidad brillaban a través de las cortinas de encaje de la ventana panorámica, con el parpadeo del televisor al fondo. Subí los escalones hasta el porche y respiré hondo antes de tocar el timbre, sonriendo mientras “Joy to The World” señalaba mi llegada. A través de los cristales, vi que se encendía la luz del pasillo.

—¿Quién es? —preguntó Lars desde el otro lado de la puerta. Eran solo las ocho en punto, lo que esperaba era un momento civilizado para una visita, pero había venido sin avisar.

—Connor Vincent.

La puerta se abrió, y Lars Christensen se paró al otro lado, sus cejas subieron hasta ser una muesca mientras miraba las flores en mi mano. Un ramo de Navidad, flores rojas y blancas con ramitas de bayas y eucaliptos. Deliberé sobre estas flores durante tanto tiempo que la señora de la tienda había estado preocupada por mi bienestar.

—¿Para quién son, cariño?

—Los padres de mi novia —había dicho, sin explicarme.

—Bueno, entonces... quieres causar una buena impresión. Tengo la sensación de que te amarán, con o sin las flores, pero nos aseguraremos de que sean hermosas, solo para estar seguros. —Me guiñó un ojo como si estuviéramos juntos en esto y no tenía dudas de que tenía buenas intenciones, pero, desafortunadamente, no tenía idea de lo equivocada que estaba.

—¿Qué es lo que quieres? —gritó Marie detrás de él.

—Me gustaría hablar con usted. Con los dos. ¿Es este un buen momento?

Lars se pasó una mano por el cabello y dejó escapar un suspiro mientras mantenía la puerta abierta.

—Entra.

Pasé junto a él y le tendí el ramo a Marie. El azúcar en polvo o la harina espolvorearon el delantal verde que llevaba sobre un suéter y jeans. Ella plantó sus manos en sus caderas y entrecerró los ojos.

—¿Para qué es esto? ¿Te envió Ava?

—Ava no sabe que estoy aquí.

Olfateó y miró las flores sin hacer un movimiento para sacarlas de mi mano, pero aun así, se las ofrecí, esperando que las aceptara. Era patético cuánto necesitaba que ella reconociera esta pequeña ficha.

—Alguien te trae flores, las aceptas con un agradecimiento —dijo Lars bruscamente, sorprendiéndome.

Marie enderezó su columna, tomó las flores de mi mano, luego se volvió y entró en la cocina sin decir una palabra. La seguí, sin invitación, al calor de su alegre cocina amarilla, el aroma de la mantequilla y el azúcar de las galletas recién horneadas perfumando el aire. La vi cortar las puntas de los tallos de las flores con unas tijeras, me dio la espalda y me quedé parado incómodamente en medio de su cocina, sin saber qué hacer. Lars sacó una silla de la mesa de la cocina y me indicó que me sentara.

—¿Quieres un trago? —preguntó y luego se aclaró la garganta—. Agua o...

—No. Estoy bien. Pero gracias —respondí, recordando mis modales. Eso había sido parte del problema. Nunca había tenido un buen comienzo con ellos, constantemente a la defensiva cuando era adolescente. Les respondí, actué mal y perdí el control más de una vez en mis tratos con su familia. No tanto Lars, sino Marie que sabía cómo presionar todos mis botones con solo una mirada o una palabra aguda.

Marie llenó un jarrón de vidrio con agua, arregló las flores y luego las llevó a la mesa de la cocina y las dejó en el medio.

—Las flores son bonitas —dijo de mala gana—. Festivas.

—Me alegra que le gusten. —Esperé que se sentara frente a mí en la mesa, preocupado de que no lo hiciera. Que saliera de la habitación y se negara a hablarme. Finalmente, sacó una silla y se sentó, su espalda recta, los brazos cruzados sobre su pecho.

—Si Ava no te envió, ¿qué haces aquí? —me preguntó.

—Realmente no nos hemos conocido todavía. Pensé que debería presentarme. Soy Connor Vincent.

—No seas ridículo —se burló—. Sabemos perfectamente quién eres. —Ella apretó los labios en una línea plana, pero ignoré el juicio en su rostro y no dejé que me disuadiera de continuar.

—No. No creo que lo hagan. No tuvimos un buen comienzo y fue mi culpa —les dije, aceptando voluntariamente toda la culpa de mi comportamiento pasado. Había recibido suficiente asesoramiento y asistido a suficientes reuniones para saber que el primer paso para tratar de hacer las paces era aceptar la responsabilidad de tus acciones y reconocerlas—. Lamento todo el dolor que les causé en el pasado. Por todas las veces que fui irrespetuoso. Lamento muchas cosas y solo quería que supieran eso. Por eso vine esta noche.

Ella juntó las manos sobre la mesa y durante unos largos momentos, nadie dijo una palabra. Mis disculpas flotaban en el aire entre nosotros, sin ser reconocidas. Pero ella seguía sentada a la mesa, así que tal vez era una pequeña victoria.

—Siento que perdimos a Ava —dijo, y escuché el dolor en su voz—. Ella te eligió sobre nosotros. Y como te dije antes, no la merecías. No le causaste nada más que angustia y miseria. Nuestra niña... ella era la hija perfecta hasta que llegaste y llenaste su cabeza con todo tipo de ideas. Ninguna buena, eso sí.

Respiré hondo y lo dejé salir. Esperaba esto. Me había preparado. Pero eso no lo hizo más fácil de escuchar. Traté de elegir mis palabras con cuidado, no queriendo estar a la defensiva.

—La amo. Todavía la amo. Siempre la amaré. Ava es su propia persona, toma sus propias decisiones y, en mi opinión, siempre ha sido

perfecta tal como es. Rompí con ella justo como me lo pidió porque sentí que no la merecía. Volví a las drogas y me da mucha vergüenza. Me avergüenzo de todas las cosas malas por las que la hice pasar. Todas las noches sin dormir y las promesas vacías... todo. Todo lo que puedo hacer ahora es dar mi mejor esfuerzo para no caer en mi autodestrucción. Y trabajo duro todos los días para asegurarme de no hacerlo. No le estoy pidiendo caerle bien. Solo le pido que me dé una oportunidad para probarme. No por mí sino por el bien de Ava. Si voy a volver a ser parte de su vida, y espero serlo, no quiero que Ava sienta que tiene que elegir entre su familia y yo.

—Ella ni siquiera me ha llamado. No he hablado con mi hija en casi tres semanas.

—Lo siento.

—Deberías. Regresaste encabritado a su vida y la volteaste de nuevo. Eso es lo que haces. Lo haces para que ella ni siquiera pueda pensar con claridad. Ella pierde de vista las cosas importantes en su vida cada vez que estás cerca. La familia es primero. ¿Y ahora vienes aquí con tus flores y disculpas y esperas que te perdonemos? ¿Después de todo lo que la has hecho pasar? Estás pidiendo mucho. —Me dio una mirada que normalmente me enviaría por la puerta. Enfadado. Sintiéndome como una mierda. Pero esta vez me quedé y una vez más busqué profundamente e intenté encontrar las palabras correctas.

—Lo sé. Pero estoy preguntando de todos modos. Estoy tratando de ser un mejor hombre. He luchado con lo correcto y lo incorrecto toda mi vida. Cuando era niño, sabía la diferencia. Todo fue muy claro para mí. Quería ser bueno. Quería cambiar el mundo. Arreglar los errores. Luchar contra la injusticia. Pero en algún momento, perdí el contacto con ese chico. Me escapé a las drogas. Guardé secretos. Dije mentiras. Nunca asumí la responsabilidad de mis actos. Y estaba lo suficientemente delirante como para creer que las personas que me rodeaban, las personas que amaba, debían aceptarme tal como era y amarme de todos modos. Porque nada de eso era mi culpa. Fue culpa de Seamus. Fue culpa de la sociedad. De mi madre. —Me detuve y respiré, mi mirada pasó de Lars, cuyo rostro era neutral a Marie, que se negó a mirarme a los ojos—. Y no hace mucho tiempo, entré de nuevo en la vida de Ava y la puse al revés. Pero a pesar de todo lo que la he hecho pasar, Ava todavía me ama. No sé cómo es posible o cómo tuve tanta suerte de tenerla en mi vida, pero puedo prometerle que, si ella me tiene, haré todo lo que esté en mi poder para hacerla feliz y darle el tipo de vida que merece. —Había dicho demasiado o tal vez no lo suficiente. Demonios, si lo supiera. Nadie había dicho una palabra para interrumpir mi pequeño discurso, que se había parecido mucho a algo que diría en una reunión de NA. Pero fue honesto, y había querido decir cada palabra para que fuera lo mejor que pudiera darles. Me levanté para irme, agarré mi chaqueta de cuero del respaldo de la silla y coloqué la invitación a la exhibición de arte sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Marie, mirando la invitación, pero sin hacer un movimiento para recogerla.

—Una invitación a una exhibición de arte. Si quiere ver a Ava como yo la veo, pase por aquí. Todas mis pinturas... son de Ava.

—¿Estará allí? —me preguntó Lars.

—No lo sé, pero espero que sí —dije con sinceridad—. Perdón por interrumpir su velada. El lugar se ve bien. Festivo.

—Bueno, debería —dijo Marie—. Llevamos días decorando.

Lars se levantó y me acompañó hasta la puerta, girando la manija y manteniéndola abierta para mí. Esta visita no había sido un éxito, y no estaba más cerca de ganar su aceptación de lo que había estado antes de entrar por esta puerta esta noche.

—Espera un minuto —me llamó Marie—. Déjame empacar algunas de estas galletas navideñas. Hice suficiente para alimentar a un ejército.

—Estoy bien. Yo no...

—Acepta las malditas galletas —dijo Lars lo suficientemente bajo como para que Marie no lo oyera.

Obviamente, todavía no había entendido esto. Extendía una rama de olivo y yo la rechazaba. Regresé a la cocina.

—Me encantarían algunas galletas navideñas.

—Bueno, ¿A quién no? —Llenó una lata de Navidad con una variedad de galletas, separando las capas con hojas de papel encerado. Recordé sus galletas de hace años cuando Ava solía traerlas a la escuela y compartirlas conmigo en el almuerzo—. Todos aman mis galletas. Uso toda la mantequilla y todos los buenos ingredientes. No como las galletas de mi hermana. No puedes usar margarina y esperar que sepan bien. —Hizo una mueca mientras ajustaba la tapa del recipiente y lo presionó en mis manos.

—Gracias —le dije, tomándola.

Asintió una vez.

—De nada.

Me giré para irme, una vez más pensando que habíamos terminado aquí.

—¿Connor?

—¿Sí?

—Ava me dijo que tu padre solía golpearlos a Killian y a ti. ¿Es cierto?

Asentí, aun dándole la espalda.

—Es verdad.

—Bueno... supongo que después de todo obtuvo lo que merecía. Ahora asegúrate de mantener la tapa en la lata para que las galletas no se pongan rancias. Deberían durar hasta Navidad.

—Gracias.

Ella me siguió hasta la puerta.

—¿No tienes un abrigo más cálido?

—Estaré bien.

—Bueno, está congelando allá afuera. Y todavía estás manejando esa motocicleta —dijo, mirando el casco en mi mano—. El viento atravesará ese cuero fino. ¿Dónde están tus guantes?

—Deja de preocuparte, Marie. El chico está bien.

Sabía que este era el tipo de cosas que enloquecían a Ava, la forma en que su madre la molestaba constantemente por las cosas pequeñas. ¿Pero yo? Me encantó que le importara lo suficiente como para fastidiarme. Tomaría esto cualquier día de la semana en lugar de ser ignorado o tratado como si fuera suciedad debajo de su zapato.

Mientras conducía de regreso a Williamsburg, con el viento frío atravesando mi chaqueta de cuero tal como ella dijo que lo haría, tenía una sonrisa en mi rostro. Tal vez todavía había esperanza para nosotros. Quizás Ava y yo teníamos una oportunidad de algo real y bueno. Aprendí mucho en las últimas tres semanas. Había aprendido que decir la verdad era más fácil que esconderse detrás de secretos y mentiras. Al final resultó que, Ronan Shaughnessy había sido una persona de interés. Cuando entregué esa información, los federales actuaron como si les hubiera dado un regalo de Navidad adelantado, y fácilmente acepté testificar en su contra. La única persona que me preocupaba era Keira, pero Killian y yo acordamos que haríamos todo lo posible para apoyarla. Seríamos los hermanos que nunca tuvo. Éramos su familia ahora.

30

Ava

Observé a Connor a través de la ventana de la galería de arte. ¿Era así como solía sentirse cuando veía mis clases de baile? Afuera mirando hacia adentro, pero viendo mucho. Allí estaba con una camisa azul oscuro abotonada arremangada hasta los codos, exponiendo la tinta en sus antebrazos y jeans oscuros, hablando con el señor Santos. Sonreí, feliz de que mi viaje a nuestra antigua escuela secundaria hubiera valido la pena. Había desafiado a los detectores de metales y al guardia de seguridad en la puerta, el pasillo que todavía olía a hormonas y lejía, y las paredes de color beige lúgubre para entregar un mensaje al maestro de arte de Connor.

Se estrecharon la mano, Connor asintió, con una sonrisa genuina en su rostro; Dios, amo su sonrisa, antes de que el señor Santos caminara hacia la puerta para irse. La mirada de Connor se dirigió hacia la ventana y nuestros ojos se encontraron a través del cristal. Levanté la mano y le di un pequeño saludo. Por unos momentos, nos miramos, congelados en el tiempo, las personas que se movían por la galería desaparecieron.

Te extraño. Tanto. Mi estómago se llenó de mariposas y respiré profundamente el aire helado de mentol, tratando de calmarme. Solo habían pasado tres semanas. En el pasado, habíamos pasado semanas, meses, años sin estar juntos. Esto debía ser fácil, pero no lo era. Connor se dirigió hacia la puerta y luego salió, parándose frente a mí.

—¿Piensas entrar? —preguntó.

—No lo sé. Me gusta la vista desde aquí.

—También me gusta la vista desde aquí —dijo, con los ojos deslizándose sobre mí, bajando por mis piernas cubiertas con medias de rejilla hasta los tacones de aguja *fóllame* en mis pies. Demasiado vestida para la ocasión, pero mal vestida para el clima—. ¿Qué hay debajo de ese abrigo? —preguntó, tocando la solapa de mi abrigo de lana negro, un regalo de mi madre que había vivido en mi armario hasta su aparición de esta noche.

—Mi traje de cumpleaños —le dije con una sonrisa.

Soltó el aliento y se pasó la mano por el cabello antes de guiarme hacia el interior, hacia el calor y la charla de la galería, su mano en mi espalda baja. Maldije las capas de ropa que me impedían sentir el calor de su mano sobre mi piel. Me llevó a través de la galería a una pequeña habitación en la parte de atrás.

Me desabroché el abrigo, me ayudó a quitarlo y lo puso sobre su chaqueta de cuero que colgaba del respaldo de una silla. Sus ojos se oscurecieron mientras pasaba mis manos sobre el vestido rojo sin hombros que abrazaba cada curva de mi cuerpo, el dobladillo golpeaba justo por encima de la rodilla.

—Ava... —Se detuvo, respiró hondo y soltó el aire—. Maldito infierno. Este vestido... —Se pasó una mano por la cara y ahogó un gemido. Mis labios, pintados de rojo, se curvaron en una sonrisa—. ¿Te pusiste esto para mí?

—Tal vez. —Por supuesto, lo usé para él. Agarré mi labio inferior entre mis dientes. Tragó saliva, su manzana de Adán moviéndose y se pasó una mano por el cabello. Demasiado. No estaba jugando limpio y no tenía intención de hacerlo fácil—. ¿Por qué no me muestras el arte ahora?

—Nadie mirará el arte —murmuró, lanzándome miradas de reojo mientras caminábamos por el espacio de la galería, hasta el comienzo de la exposición. Eden y Killian mantenían una conversación profunda con lo que supuse que era un comprador potencial.

—¿Dónde está Keira? —pregunté, escaneando la habitación sin verla.

—La perdiste. Fue a pasar el rato en el garaje de Tate. Quería ver un Charger que acaba de comprar en la subasta.

—Esa es una forma interesante de pasar un sábado por la noche.

—Ella es una chica interesante —dijo con una sonrisa.

—Es bastante genial. Pero no esperaba nada menos. Después de todo, es tu hermana. Eso la hace genial automáticamente.

—De verdad.

—Sí.

—Casi tan genial como tú. Invitaste al señor Santos. Por mí.

—Pensé que debería ver el éxito que has hecho de tu vida. Me dijo que eras uno de sus estudiantes más talentosos. La mascota del profesor —bromeé.

Soltó una carcajada.

—¿Como has estado?

—Excelente. Ocupada. ¿Qué hay de ti?

—Sí. Ocupado. Yo... sí, he estado ocupado. —Respiró hondo y dejó escapar el aire. Estábamos actuando como conocidos, excesivamente educados, del mismo modo que ese día en la cafetería. Excepto que esta vez quería estar con él y él era el que se detenía.

Connor me guio a través de la exhibición y me detuve frente a cada cuadro, maravillándome de lo asombrosos que se veían, los lienzos se extendían sobre marcos en las paredes blancas con focos enfocados en cada uno.

—Eres la estrella del espectáculo —me dijo mientras nos deteníamos frente a uno que no había visto antes. Era yo, una máscara negra con plumas moradas ocultaba mi rostro, barras de música arremolinándose sobre el lienzo—. Esa fue la primera que hice —dijo—. La tiré a la basura, pero al día siguiente la encontré en la sala de descanso. Claudia la rescató.

—¿Por qué tirarías esto a la basura?

Negó con la cabeza, pero no respondió. Debió haber sido la noche que estuve en el hospital después de que mi madre le había pedido que se fuera. Antes de ir a The Candy Store. Debe haber pensado que no era lo suficientemente bueno. Qué equivocado estaba. Tendría que agradecer a Claudia por rescatarlo.

—Vamos. Hay algo que quiero que veas. —Me llevó a la vuelta de la esquina y nos detuvimos frente a una pared divisoria con una sola pintura, más grande que las otras.

—Connor... es tan hermosa. —Y lo era.

—¿Recuerdas cuando dijiste que todos estamos hechos de polvo de estrellas?

Asentí.

—Lo recuerdo. Recuerdo todo —dije suavemente. Era el cielo nocturno lleno de estrellas, brillando sobre un océano iluminado por la luna. Sombras de azul profundo, púrpura y polvo de estrellas se dispersaban por el cielo. Sin pensarlo, tomé su mano y la apreté alrededor de la mía—. Mira lo que has hecho, Connor. Tomaste lienzos en blanco y creaste hermosas obras de arte. Estoy tan asombrada de tu talento. Ni siquiera puedo... me sorprendes.

Me apretó la mano.

—Entonces, ¿Te gusta?

—Me encanta. Y Connor, sé que dijiste que necesitas tiempo, pero...

—Disculpa, ¿Eres el artista? —preguntó una mujer.

Connor apartó su mirada de mí y se centró en la mujer.

—Sí lo soy.

—Oye. Dejaré que hagas lo tuyo —le dije, dándole una pequeña sonrisa.

Abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar y asintió.

—Me encanta esta pieza —dijo la mujer—. Sería perfecto...

Respiré profundamente mientras me alejaba. Este arte... era demasiado personal para pertenecer a nadie más que a nosotros. Lo bueno es que no me lo habían dejado a mí. Hubiera puesto pegatinas redondas de color naranja en todas ellas para que todos supieran que ya se habían vendido.

—Oye, lo lograste —dijo Eden, abrazándome y luego sosteniéndome con el brazo extendido—. Te ves increíble. Si ese vestido no consigue que Connor se arrastre de regreso, entonces es un idiota.

—Connor no es un idiota.

La sonrisa de Eden se ensanchó.

—¡Já! Lo estás defendiendo.

Me encogí de hombros y dirigí la conversación hacia su arte.

—Hábleme de ellos —le dije, y escuché su descripción de cada pieza. Nos detuvimos frente a la última. Dos niños con cabello oscuro y ojos azules, uno era pequeño y el otro unos años mayor con el brazo colgado del hombro del menor. Fueron sus sonrisas las que me capturaron. Se veían felices, sus rostros se iluminaron de alegría de una manera que rara vez había visto en ninguno de ellos. Tan jóvenes e inocentes, sin una idea de lo que les deparaba el futuro.

Killian envolvió sus brazos alrededor de Eden desde atrás y estudió la pintura como si nunca la hubiera visto, aunque seguramente debe haberlo hecho.

—Encontré las fotos en una caja de zapatos en el armario de Seamus cuando limpié su casa el año pasado —dijo, a modo de explicación.

—¿Crees que tu mamá se las llevó?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Me sorprendió que se las quedara.

—Eras adorable. —Lo era. Los dos lo fueron. A diferencia de Connor, Killian tenía un conjunto de hoyuelos a juego y Eden los había capturado perfectamente.

Él resopló, pero Eden estuvo de acuerdo conmigo.

—Es una gran pintura —le dije—. Me encanta. —Noté la pegatina redonda de color naranja que indicaba que se había vendido. La decepción me golpeó en el estómago. Era la peor. El objetivo de una exhibición era

vender las piezas, sin embargo, no quería que nadie las comprara—. ¿Quién la compró?

—Keira.

Me sentí aliviada de que esta pintura se quedara en la familia. Parecía apropiado que ella la comprara, una pequeña pieza de sus hermanos, de una infancia que no había podido compartir con ellos. Después de escuchar la historia de Connor, decidí que odiaba a su madre. Ella no era mejor que su padre. De alguna manera, lo que había hecho era aún peor. Pero me lo guardé por respeto a Keira.

—Tus pinturas se ven increíbles en una galería —dije.

—Connor tampoco se ve muy mal —dijo Eden.

—Lo hizo bien —dijo Killian, y tuve la sensación de que estaba hablando de algo más que del arte.

—Ava. —Me giré al oír la voz de mi madre.

—¿Mamá? —Miré más allá de ella hacia mi padre, confundida. No había hablado con ella en tres semanas, y nunca le había hablado de la exposición—. ¿Qué están haciendo aquí? ¿Cómo incluso...?

Ella apretó los labios.

—Connor nos invitó.

Mis cejas se alzaron.

—¿Connor los invitó? ¿Hablaron con Connor?

—Hola Killian —dijo, y mi mandíbula cayó al suelo. ¿Qué estaba pasando aquí? Retrocedí cuando Killian saludó a mis padres y les presentó a Eden como si fuera la cosa más natural del mundo. Como si fueran viejos amigos poniéndose al día con las vidas de los demás. Después de las presentaciones y algunas pequeñas conversaciones entre mi madre y Eden, Killian se llevó a Eden, dejándome sola con mis padres.

—Te ves hermosa —dijo mamá, observando el vestido y los tacones, sin siquiera comentar sobre el tatuaje que asomaba por la manga de mi vestido. Movié mi cabello sobre mi hombro—. ¿Usaste las tenacillas que te di?

Asentí tontamente. Me había peinado en suaves ondas tal como me había mostrado.

—Parece que perteneces a la alfombra roja.

—No iría tan lejos —le dije, dándole una pequeña sonrisa—. También te ves hermosa.

—Oh, bueno, pensé que debía hacer un esfuerzo. —Se pasó una mano por el peinado. Iba con el vestido negro y las perlas, mucho más elegante

que mi atuendo—. No todos los días mi hija aparece en una exhibición de arte. Aunque Bedford-Stuyvesant no es exactamente...

—Marie —advirtió mi padre.

Ella levantó las manos en señal de rendición.

—Bien, bien. Vengo en son de paz. Dame un descanso, ¿Quieres?

Me reí. A veces mi madre podía ser divertida.

—Entonces ¿cómo pasó esto?

—Connor nos hizo una visita y hablamos.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida—. ¿Ustedes hablaron? ¿Por qué te visitaría?

—Porque él te ama —dijo simplemente—. Estoy dispuesta a encontrarte a mitad de camino, pero me gustaría una disculpa. —Mi madre levantó la barbilla y me dio esa mirada terca que conocía tan bien.

Los ojos de mi padre me suplicaron que cumpliera con los deseos de mi madre, así que me rompí el cerebro por una disculpa que sonaría sincera.

—Lamento haber arruinado la cena de Acción de Gracias. —Esa parte, al menos, era cierta.

—Ahí —dijo—. ¿Eso fue tan difícil?

Me reí un poco.

—Ahora es tu turno.

Se cruzó de brazos.

—¿De qué tengo que disculparme?

—Marie —advirtió mi padre. Le di una sonrisa agradecida. Después de todos estos años, empezaba a enfrentarse a mi madre. Me dio esperanza. Tal vez la gente realmente podía cambiar.

—Bien. —Mi madre suspiró con resignación, pero sospeché que era por costumbre, más por espectáculo que por nada—. Lamento no haber dado la bienvenida a Connor a nuestra casa en Acción de Gracias.

—Gracias, mamá. Eso significa mucho para mí.

Ella olisqueó y desvió su mirada y me pregunté qué podría haber dicho Connor para causar esta transformación después de todos estos años. Desearía haber sido una mosca en la pared en esa conversación. Mi corazón se hinchó de orgullo y gratitud. Había ido allí por mí.

Me di vuelta para ver a Connor caminando hacia nosotros, sus ojos revolotearon sobre mi rostro antes de que su mirada se moviera hacia mis padres. Casi se me salieron los ojos de la cabeza cuando mi padre dio un

paso adelante y estrechó la mano de Connor. Cuando mi madre lo abrazó, mi mandíbula cayó al suelo. ¿Había entrado en un universo alternativo?

Todavía estaba mirando, atónita, cuando mi madre soltó a Connor con una palmada en el hombro y se secó una lágrima del ojo.

—Ahora, si no te importa, me gustaría ver este arte.

Cuando Connor se los llevó, miró por encima del hombro y me guiñó un ojo. *Muy orgulloso de ti mismo.* Y con razón.

—Ava es mi musa —les decía a mis padres cuando me uní a ellos—. No es que ninguna pintura pueda hacerle justicia.

—No lo escuchen. Es un artista increíble —dije. Esta era su noche y quería que él fuera el centro de atención, para verlo recibir los elogios que merecía. Eché un vistazo a mi madre, sin saber qué pensaba de sus pinturas. No había dicho una palabra, lo que generalmente significaba que lo desaprobaba.

Continuamos en silencio hasta llegar a la pintura final. Quería que dijeran algo, pero solo si lo que tenía que decir era bueno. Estaba dividida entre querer que mantuvieran la boca cerrada y expresaran su opinión.

Mi papá habló primero.

—Este es un trabajo muy bueno —dijo, mirando a mi madre como preguntándole.

—Bueno, no soy una gran fanática del graffiti... —Levantó la barbilla y apreté los dientes. *No lo hagas, mamá. No le dispares. Por el amor de Dios, por favor di algo lindo—.* Pero me encanta.

Exhalé un suspiro de alivio, tan agradecida con ella que casi lloré de alegría.

—Son hermosos —dijo—. Verdaderas obras de arte.

—Gracias —dijo Connor, su rostro neutral, pero sabía que sus sentimientos eran todo menos neutrales. Había necesitado escuchar palabras de elogio y aceptación de mi madre durante años, pero siempre se le había negado. No sabía qué había dicho o hecho para cambiar su opinión sobre él, pero fuera lo que fuese, había funcionado.

Ni siquiera la aparición de Zeke atenuó mi alegría. Había traído una cita, una rubia de piernas largas que parecía que pertenecía a su mundo. Y fiel a la forma, mi madre no pudo resistirse a hacer un comentario sarcástico.

—Corre en círculos alrededor de esa chica.

—Mamá, ella es hermosa.

—Su cara es demasiado de caballo para mi gusto.

Suspiré y sacudí la cabeza, golpeando con el codo las costillas de Connor cuando su cuerpo se sacudió con una risa silenciosa.

—Cuídate, Rocket Man.

—¿Estás celosa? —preguntó en voz baja.

Miré a Zeke luciendo guapo y de muy buen gusto con su chaquetón azul marino, su piel perpetuamente dorada incluso en invierno y su cabello rubio llegando hasta el cuello de su abrigo, su brazo envuelto alrededor de la chica rubia, y ni siquiera sentí una punzada de celos. Durante los dos años que conocí a Zeke, lo había visto con muchas chicas. Nunca me había afectado en ese momento y no me afectaba ahora. Había sido lo que necesitaba en ese momento, tal vez, una distracción como él había señalado. Había sido divertido y fácil, libre de estrés y drama, sin emociones en juego.

—Ni siquiera un poquito. —Pero si hubiera venido aquí esta noche y visto a Connor con otra chica, me habría hecho trizas.

Mis padres se quedaron un poco más y luego se fueron, alegando que se pronosticaba nieve y que mi madre no quería que mi padre condujera en ella.

—Ciertamente espero que no hayas conducido esa motocicleta —le dijo mi madre a Connor cuando salían de la galería, las primeras ráfagas comenzaron a caer.

—Vine en la camioneta de mi amigo. Es difícil transportar arte en una motocicleta.

—Bueno, al menos estabas siendo lógico para variar —dijo mi madre.

Él se rio entre dientes, sin molestarse por su pequeña excavación y me mordí la lengua para evitar que las palabras salieran. No tenía sentido discutir con ella cuando intentaba tanto. *Cielos. Mira lo madura que me había vuelto.* Me reí por lo bajo, abracé a mis padres y volví a entrar con Connor.

—Probablemente debería llamar a un Uber...

—O... podrías quedarte y tener un aventón a casa con Killian. Ahórrate algo de dinero.

Solté un suspiro frustrado. Quería que me dijera que quería que me quedara con él. Solo estaba tratando de ahorrarme dinero. Maldición ¿Por qué todo tenía que ser tan difícil para nosotros?

—Estoy cansada de esperar. —No hablaba de esperar un aventón, pero él no intentó detenerme cuando escribí la información en mi teléfono y pedí un Uber—. Cinco minutos —dije, mirando a las personas que se apiñaban en la galería. Una pareja se le acercó y lo reconoció como el artista de la foto que había subido a las redes sociales de la que no sabía nada. Probablemente nunca había revisado la página de FB para esta exposición

de la galería. Podría haber sido la foto que ayudó a Keira a encontrarlo. ¿Cuánto tiempo habría guardado ese secreto si ella no hubiera aparecido?

—Oye, tengo que irme. Fue genial verte. De verdad. Y tu arte... —
Tragué saliva antes de que cayeran las lágrimas—. Es asombroso.

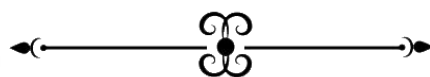
—Gracias por venir. Déjame salir contigo...

—No. Quédate. Haz tus cosas.

—Ava.

Recogí mi abrigo y salí de la galería hacia el frío y la nieve. Un Prius gris se detuvo en la acera y verifiqué que las placas coincidieran con el número de mi teléfono antes de subir al asiento trasero y cerrar la puerta detrás de mí. Observé por la ventana mientras nos alejábamos de la galería, casi esperando que Connor me persiguiera.

No lo hizo.



Mi timbre me despertó de un sueño a medias y tropecé con mis zapatos desechados en mi prisa por responder.

—Hola —dije por el intercomunicador, sin molestarme en preguntar quién era porque lo sabía. *Sabía* que era él.

—Hola, nena.

Nena. Bufé y abrí la puerta de mi departamento. Abajo, escuché el portazo seguido de un ruido sordo y unas pocas maldiciones de Connor.

—Cuidado, Tate. Este no es uno de tus cachivaches. Ve con cuidado.

Tate refunfuñó algo, pero no entendí las palabras.

Me incliné sobre la barandilla y miré hacia abajo.

—¿Necesitan ayuda? —grité por la escalera, incapaz de borrar la sonrisa de mi cara.

—Lo tenemos. Tate no está acostumbrado a manejar objetos delicados.

—Jódete —gruñó Tate. Connor se echó a reír, y esas mariposas estaban de vuelta ahora, invadiendo mi estómago y poniéndome en picada. Sabía cuál era ese delicado objeto, y estaba tan feliz que mi cuerpo apenas podía contener toda esta alegría. Cuando llegué a casa antes, me desplomé en el sofá, abatida. Me entristeció que me dejara ir sin pelear. Ningún gran gesto. Sin perseguir a mi auto en la nieve. Ninguna proclamación sobre cómo

quería pasar el resto de su vida conmigo. Me sentí desanimada y, aunque me pidió que lo esperara, aún deseaba que se diera cuenta de que podíamos hacer esto juntos.

Él apareció en el rellano, con una sonrisa tentativa en su rostro y mantuve la puerta abierta para dejarlos entrar. La pintura estaba envuelta en plástico de burbujas, pero podía ver los tonos azules y el púrpura y supe que era la pintura de polvo de estrellas.

—¿Dónde quieres esto? —pregunto Tate.

—El dormitorio —dijimos Connor y yo al unísono. Ya había decidido que pertenecía a la pared frente a mi cama y, obviamente, Connor había llegado a la misma conclusión.

—Gracias, Tate —le dije cuando regresaron a la sala de estar.

—No hay problema —respondió al salir por la puerta. Una parte de mí todavía tenía miedo de que Connor lo siguiera. Que solo viniera a dejar la pintura. Pero cerró la puerta y se volvió para mirarme.

—Pensé que habías vendido esa pintura.

—No pude. Te pertenece. —Se acercó—. Todavía llevas puesto el vestido.

—Tal vez esperaba que pasaras. O tal vez me quedé dormida en el sofá.

Sonrió y luego cruzó la habitación hacia mi árbol de Navidad frente a la ventana. No era tan grandioso como el de Eden, pero me encantaban las luces brillantes y las decoraciones kitsch que había coleccionado a lo largo de los años en mercados de pulgas y tiendas de antigüedades.

—Recuerdo estas —dijo, sosteniendo una lágrima de cristal en la palma de la mano y pasando el pulgar sobre ella. Las habíamos visto en una tienda de antigüedades el verano que teníamos dieciocho años. Nos dijeron que venían de un candelabro y Connor había regresado y las había comprado sin que yo lo supiera. Un día, volví a mi dormitorio y las encontré colgadas de un alambre de pesca a través de mis ventanas, que había decorado con cientos de luces de colores, convirtiendo mi horrible dormitorio en un lugar encantado. Me uní a él junto al árbol. Aún no se había quitado la chaqueta.

—Dijiste que estás cansada de esperar. En la galería —aclaró—. Solo han pasado tres semanas.

—Se siente como toda una vida.

—Empecé a ver al psiquiatra de Killian. Todavía tengo muchas cosas que resolver.

Me preparé, esperando que dijera que se iría de nuevo, que necesitaba más tiempo.

—Si no te vas a quedar, sal por esa puerta. No puedo seguir haciendo esto contigo. No puedo seguir perdiéndote, Connor.

—Si me tomas como soy, un trabajo en progreso... no voy a ir a ninguna parte —dijo, deslizando su mano por mi cuello y enredándola en mi cabello mientras me acercaba. Mis brazos se envolvieron alrededor de su cuello y bajó la cabeza, su boca cubrió la mía. Nos besamos con todo lo que teníamos y todo lo que éramos. Cada lágrima y recuerdo, secreto y mentira, cada desamor y promesa. Vertimos todo en este beso. Cuando nuestros labios se separaron, nuestra respiración era irregular.

—Te amo —dijo—. Malditamente tanto.

—Yo también te amo.

Connor me había escuchado decir esas palabras cientos de veces, pero esta noche parecía que las creía.

Epilogo

Connor

Nuestra vida no cabe en una caja y no podemos envolverla en un pequeño moño. Todo lo que podemos hacer es abrazar cada día como viene. Reconocerlo como un regalo y agradecer cada nuevo amanecer y atardecer. A medida que avanzamos kilómetros, mantenemos nuestras miradas fijas hacia adelante, no en el espejo retrovisor. Nuestro pasado no nos define, pero nos ayudó a darle forma a quiénes somos hoy: versiones mejores y más fuertes de nosotros mismos. Nunca se trató del destino. Es el viaje lo que importa. Y quiero dar cada paso, cada salto de fe con esta chica que me robó el corazón hace tantos años y nunca me lo devolvió. Me detengo en el arcén de la carretera y apago el motor, golpeando el tablero del Mustang Shelby '69 que le compré a Tate hace unos meses. Resulta que me lo había estado guardando. Le entregué las llaves a Ava por su vigésimo quinto cumpleaños e inmediatamente comenzó a planear nuestro viaje por carretera a California. Había borrado su hoja de cálculo y le había dicho que íbamos a donde nos llevaba el camino. Sin itinerario, sin agenda, solo nosotros y el camino. Ambos necesitábamos las vacaciones. La vida ha sido agitada. Ocupada, pero buena. Ava comenzó su nuevo trabajo en enero. Se lanzó al cien por cien, como sabía que lo haría, y dice que está contenta de que la hayamos presionado. El nuevo trabajo es más difícil y las horas son más largas, pero dice que es más satisfactorio.

Hace unos meses, testifiqué contra Ronan Shaughnessy. Me trajo el cierre. Me dio paz. Está en una prisión federal a la que pertenece. ¿Y mi madre? Me gustaría poder decir que todo funcionó, que eliminar a Shaughnessy de su vida la había obligado a darse cuenta de todo a lo que había renunciado por ese hombre. Pero no había funcionado de esa manera. Ella se fue y no sabemos dónde está. Sé que golpeó a Keira con fuerza, pero todos hemos tratado de estar allí para ella, para compensar la ausencia de sus padres.

—Siento pena por el hombre en la luna —dice Ava, mirando hacia el cielo del desierto tambaleándose con estrellas—. Debe estar solo.

—Y celoso.

—Nos van a matar —dice, levantando su mano izquierda para inspeccionar el símbolo del infinito tatuado en su dedo anular, idéntico al mío. *La tinta es para toda la vida. Los anillos se pueden empeñar*, razonó, y me encantó que quisiera un símbolo de para siempre—. ¿Pero cuán divertido es eso?

Me reí, recordando nuestra boda en la capilla de Elvis en Las Vegas. No podía imaginar hacerlo de otra manera.

—Si quieres una gran boda blanca, podemos hacerla cuando regresemos.

—No. La boda de Eden fue genial, pero la nuestra fue perfecta. Fue tan... nosotros.

Sonrí de acuerdo cuando se sube a la caja de cambios y se sienta a horcajadas sobre mí, sus brazos envueltos alrededor de mi cuello, la cabeza inclinada hacia atrás, exponiendo su cuello. Desde la luna, ni siquiera seríamos motas de polvo, pero desde aquí lo somos todo. El sol, la luna, las estrellas y todos los planetas.

—Te amo hasta las estrellas y de regreso —dice, llevando sus ojos a los míos.

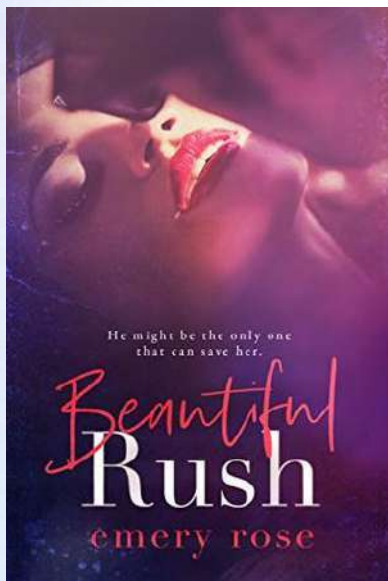
—Te amaré hasta que seamos viejos y grises e incluso mucho después de eso, cuando nuestros cuerpos se descompongan... mi alma encontrará la tuya... siempre.

—Extraordinario —murmura. Me reí y ella se me unió, el sonido de nuestra alegría resonando en el aire nocturno.

Y en ese momento, fuimos perfectos y estuvimos completos.

FIN

Siguiente Libro



Después de toda una vida siendo vigilada por los guardaespaldas de su padre, Keira Shaughnessy sólo quiere su libertad e independencia, y unirse a sus hermanos perdidos.

En una búsqueda para dejar atrás su pasado, se dedica a las carreras callejeras ilegales. Le apasiona la adrenalina, la insinuación de peligro y vivir al borde de perder el control. Lo último que necesita es un detective que la siga, por muy bueno que esté o por mucho que le tiene besarlo. Otra vez.

Cuando Deacon Ramsey se cruza con Keira en una carrera callejera, sabe que debe mantenerse alejado. Ella es imprudente. Peligrosa. Una tormenta perfecta. No puede permitirse el lujo de

descubrir su tapadera. Y no está convencido de poder confiar en la hija de un criminal despiadado. Pero cuando el pasado de Keira la alcanza, Deacon podría ser el único que puede salvarla.

Sobre la autora



Emery Rose ama escribir sexys héroes alfa, heroínas fuertes, artistas, almas hermosas, y personajes defectuosos pero redimibles que necesitan trabajar por su felices para siempre.

Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla mirando Netflix, trotando el globo en busca de sol, o inmersa en un buen libro. Ex neoyorquina, actualmente vive en Londres con sus dos hermosas hijas y una gruñona pero encantadora Border Terrier.

Lies
emery rose

for
Paradise
BOOKS

for
Paradise
BOOKS

¡Visítanos y entérate de nuestros proyectos!

BEAUTIFUL #2
Beautiful